

TREMERE

(Colección: "Old World of Darkness" ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Saga: «Clanes», vol.12)

ERIC GRIFFIN

"Clan Novel: Tremere" © 2000

Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano

PRIMERA PARTE:

«LA TUMBA DEL DRAGÓN»

_____ 1 _____

DOMINGO, 18 DE JULIO DE 1999, 2:00 AM

PAISAJE DE MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Aisling Sturbridge caminaba chapoteando por las empapadas calles. A su alrededor, por todas partes, la ciudad se erguía formando colosales glifos de acero picado y crepitante neón. El revoltijo de señales y signos arcanos que asaltaba sus sentidos parecía fortuito. Las calles de la ciudad estaban llenas hasta gran altura con ambiciones medio olvidadas cristalizadas en hormigón y altitud.

Ésta era la Tumba del Dragón: el lugar en el que los torpes colosos de la desenfrenada industria iban a morir. Sturbridge podía sentir el peso de las viejas osamentas cerniéndose sobre ella.

Pasó bajo una arcada baja y se encontró en mitad de una

columnata abovedada de sobresalientes costillas. Cada uno de aquellos monolitos suavemente curvos había sido amarilleado y carcomido por una exposición prolongada a los elementos. Pasó de forma ausente una mano sobre el más próximo de los pilares de marfil. Su superficie estaba envuelta por una película casi invisible de agua fría, que la recorría formando docenas de fuentes, cascadas y cataratas en miniatura. Como si estuvieran dotados de vida propia, sus dedos buscaron y dibujaron las letras de la enseña, el sagrado nombre que los fieles habían grabado en el obelisco tantos años atrás.

El Plaza.

Sonrió al recordar una imagen lejana, el vestíbulo del tamaño de una catedral, poblado por las luminarias de la aristocracia americana que resplandecían entre los mármoles incomparables. Después de un breve contacto, su mano cayó de forma ausente a un lado y ella siguió su camino.

En los rigores de la caza apenas quedaba espacio para la nostalgia.

Tras un cuidadoso escrutinio, empezó a darse cuenta de que las suyas no eran las únicas señales de vida presentes entre las ruinas. Le asombraba que los desechos de doscientos años de avaricia y ambición no se contentasen con yacer inmóviles y permanecer muertos. A su alrededor, por todas partes, la ciudad se elevaba con un clamor, se abría camino desgarrándolo todo, apoyándose sobre sus propios hombros en su apresuramiento. Las torres de cristal parecían ondear como el líquido bajo su mirada, fluyendo hacia algún mar oculto en la oscuridad del cielo nocturno. Con ansias de experimentar, extendió una mano y rompió la superficie acristalada del más cercano de los edificios.

El tintineo no fue el rápido y agudo rumor del agua fresca que había esperado, sino algo diferente... algo como centenares de diminutas patas escabulléndose sobre su piel.

El toque de la hechicería del Sabbat.

La visión cambió abruptamente mientras el ataque enemigo estallaba a su alrededor. El insólito paisaje mental palpó como una migraña de destellantes luces rojas. De la cegadora luz brotaron motores de fuego que, acto seguido, se lanzaron aullando hacia el Río

Harlem, donde una gran pira funeraria se liberó de un tirón del abrazo de los bajos edificios. Crepitó hacia el cielo como un latigazo. Había figuras entre las llamas. Figuras altas, ágiles, que hablaban con un farfullar ininteligible. Honraban con su danza la primacía de las llamas: el legado de Heráclito.

Al principio era la llama. Y la llama estaba con Dios y la llama era Dios. Lo mismo ocurrió al principio con Dios.

Por medio de ella todas las cosas fueron hechas; sin ella no pudo hacerse nada. En ella estaba la vida y esa vida era la luz del hombre. La luz brilló en la oscuridad y la oscuridad no la comprendió.

Sturbridge podía sentir cómo se alargaban las llamas para abrazarla, para engullirla. Se tambaleó y se cubrió los ojos con un brazo para protegerse de la luz y el calor. Se abrieron camino hacia el interior de su cráneo. Retrocedió dando un traspié hacia el edificio más próximo, pero su cambiante superficie no la acogería.

En vez de las intactas y calmadas torres de agua que había contemplado antes, los edificios hervían ahora, convertidos en caparazones rebosantes de insectos. Sturbridge retrocedió, dio un traspié. Podía sentir cómo la oleada de diminuta y rápida vida se abalanzaba sobre ella. Sintió que su cuerpo cedía bajo el peso de innumerables patas que se aferraban a ella, reptaban, la picaban. Dobló la rodilla.

Al instante hubo manos bajo sus brazos, sosteniéndola. El antiguo canto que formaba la columna vertebral del ritual se reafirmó. Las voces distantes se alzaron para convertirse en un crescendo atribulado. Aunque los cantantes estaban a kilómetros de distancia, recludos tras los muros de la Capilla de los Cinco Distritos, las voces se impusieron sobre la visión.

Ella podía ver cada una de las voces, distintas y radiantes, como hebras de luz coloreada. Se enroscaron a su alrededor, sosteniéndola, acariciándola. Allí donde se posaban, los insectos aferrados a su cuerpo ardían y desaparecían.

Sturbridge extendió la mano hacia el fragmento de canción más cercano y se aferró a él. Con fuerza.

Reconoció algo familiar en la brillante pero insegura hebra de luz ámbar: era Eva. Sturbridge sonrió. Sintió que la novicia se tambaleaba a causa de aquel inesperado tirón que no provenía de ninguna fuente discernible. Casi podía verla agitando alocada los brazos, tratando de recuperar el equilibrio y perdiendo momentáneamente el ritmo del canto.

La luz ámbar parpadeó y se desvaneció, pero de inmediato hubo otra decena de ellas para reemplazarla. Sturbridge ya no podía ver lo que la rodeaba a causa de su brillo.

Estaba exultante, bañada en su luz. Las adeptas, Jacqueline y Helena, eran sendos pilares de humo y fuego que reunían y guiaban a los elegidos. Pastoreaban a los novicios que destellaban de forma incierta como frágiles tubos fluorescentes. Sturbridge no pudo reprimir por completo una sonrisa de júbilo y orgullo al percibir a sus jóvenes protegidos.

Pero, ¿dónde estaba Foley? Rápidamente, realizó un recuento mental de sus fuerzas. Era imposible que hubiera olvidado el ritual. El secundus solía jactarse ante los novicios de la infalibilidad de sus poderes mnemónicos.

A su mente acudieron pensamientos de traición y los desechó con rapidez. No, Foley era ambicioso pero no tan necio como para intentar acabar con su superior de una manera tan torpe, imprecisa y pública.

Eso significaba probablemente que había algún problema en la capilla. Podía tratarse de algo tan inocente como un huésped inesperado o un extraño que había traspasado inadvertidamente sus límites. O podía significar un intruso, un ladrón, un grupo de reconocimiento del Sabbat o incluso un ataque a escala total.

Realizó otro recuento rápido para asegurarse de que ningún otro miembro de sus fuerzas estaba siendo retirado del ritual para enfrentarse a la crisis de la capilla. No, todo el mundo parecía encontrarse en su lugar con la curiosa excepción de Jacqueline. Y allí, al fin, estaba también Foley. Su brillo, afectado y de un púrpura regio, estaba enrojecido y palpitaba como si acabase de realizar un gran esfuerzo.

Sturbridge lo sujetó y le impidió tomar el lugar que le

correspondía a la cabeza de los adeptos. Era una forma sutil de hacerle notar que su ausencia no había pasado inadvertida y que recibiría una reprimenda no bien el ritual hubiese concluido. Foley no se encogió bajo su examen. Su luz se volvió más estable. Bien, al menos no estaba herido. Tampoco intentó atraerla de regreso a la capilla. La situación estaba bajo control.

Sturbridge atrajo las variadas y multicolores hebras hacia ella. Acarició cada una de ellas para tranquilizarlas, al mismo tiempo que absorbía su fuerza y se la devolvía duplicada. Ella era el conducto. Su cuerpo entero vibraba como una cuerda tirante. Girando. Afinándose.

Allí. De nuevo se había unido perfectamente a la melodía de las palpitantes esencias vitales y condujo el canto hacia la misma esencia de la ciudad.

Las cumbres de los rascacielos vecinos se precipitaron furiosamente hacia ella, tratando de inmovilizarla, serpenteando contra el cielo de la noche.

Pero mientras caían sobre ella, ya estaba conjurando sus defensas. Su armadura estaba forjada con los materiales que había a mano en abundancia, los desechos de las calles de la ciudad. Se envolvió con los cubos de basura volcados, los coches abandonados, los edificios de apartamentos destripados, las rejillas de hierro oxidado, los cuerpos (algunos de ellos todavía se agitaban, otros no) que languidecían en los callejones: los detritos de la ciudad, abandonados por ésta en su desenfrenada carrera hacia el cielo.

Una vasta pirámide de escombros y basura estaba tomando forma a su alrededor. La vengativa estocada de los rascacielos chocó contra los costados de la pirámide, pero no pudo prevalecer frente a ella. La basura cayó sin causar daño para alimentar la maraña de ruinas que había a sus pies.

Sturbridge quebró la presión de los voraces edificios como un ave de presa que se alzase sobre el dosel de un bosque. De pronto era capaz de ver en kilómetros a la redonda. En cualquier momento... Allí.

Avistó el enclave principal de las fuerzas del Sabbat junto al ardiente río y planeó en su dirección. Su presa estaba allí, entre ellas. El Koldun. El engendro del Dragón.

El hechicero Tzimisce tenía el aspecto de un espejo roto, con un cuerpo que era una confusión de ángulos crueles y dentados. Al verlo, Sturbridge creyó que sus movimientos serían tortuosos y pesados, pero en cambio el demonio era inhumanamente ágil. Parecía fluir sin el menor esfuerzo, entrando y saliendo de las siniestras pausas que se extendían entre los zarcillos de parpadeante luz del fuego. El menor de sus movimientos venía acompañado por la música de un delicado cristal.

El demonio sintió su proximidad. Levantó la mirada y la apuntó con un dedo acusador. Sturbridge sintió el impacto del golpe a pesar de la distancia que los separaba. Se trastabilló en el aire y se escoró sin control hacia los expectantes brazos del infierno que la esperaba allí abajo.

El Koldun cerró la mano que había alzado con el chirrido del diamante al cortar el cristal. Sturbridge caía a plomo, como una piedra.

Luchó por enderezarse mientras las llamas se alzaban rugiendo hacia ella. Debía recuperar el control de la dirección de su descenso. Por lo menos para arrojar su cuerpo contra el Koldun como si fuera un proyectil. No lo logró. Daba vueltas y vueltas sobre sí misma, incapaz ya de saber dónde se encontraba el cielo.

Sabía que la primera caricia de las llamas eliminaría toda incertidumbre. Pensó en Ícaro, el muchacho que, a despecho de las advertencias de su padre, voló demasiado cerca del sol. En su mente, ella podía trazar hasta el menor detalle de las alas, intrincadamente fabricadas. Podía ver cómo la cera que las mantenía unidas se ablandaba, fluía, se fundía y caía mientras se aproximaba al ardiente orbe. Lanzó un grito al tiempo que sus alas se desplegaban. Había estado muy, muy cerca. Incapaz de sostenerse en el cielo, Sturbridge se precipitó sobre el suelo, lejos del celoso sol.

El Koldun retrocedió tambaleándose, incrédulo al ver que Sturbridge había logrado romper su presa y ascendía alejándose de las llamas. Volvió a extender el brazo hacia ella. Demasiado tarde.

Una llamarada de un rojo incandescente estalló en el cristal de su puño alzado. Con un chillido, el hechicero apartó la mano del cegador brillo. La luz latía y parpadeaba como un pilar de fuego. Casi de inmediato, se vio secundada por un haz de plata etérea. Un pilar de

humo.

El Koldun resplandecía como un prisma. Una docena de hebras de luz de color brillaron a su través. El aire estaba inundado de líquida canción. Daba vueltas y vueltas por su cuerpo.

Podía sentir cómo el calor, la preocupación y la responsabilidad se consumían y desaparecían frente a la pureza de esa luz desgarradora. Sintió el tintineo del canto corriendo por sus dedos y notó que se perdía en el pavimento, a sus pies. Con una insólita falta de pasión contempló cómo la piel de sus manos fluía tras ella, persiguiéndola, y la dejaba mirándose los desnudos y brillantes nudillos.

Presa de la curiosidad, flexionó los dedos. A pesar de la certeza de que aquellos iban a ser sus últimos momentos, sentía una calma antinatural. El resto de su carne abandonaba sus huesos y fluía suavemente sobre el suelo con un suspiro. No sentía pesar. Había sabido que nunca abandonaría aquel lugar. Había ido allí –a la Tumba del Dragón– a morir.

Con gran cuidado, dio un paso para abandonar su vestimenta de carne. Si le quedaba siquiera un gesto, se liberaría y bailarían sólo con sus huesos. Dio este paso y entonces su esqueleto se negó a sostenerlo. La tierra la acogió.

Sturbridge se posó suavemente sobre el suelo. El chapoteo de sus pies rompió las imágenes fantasmales que se habían reunido en los charcos, desperdigando los reflejos en todas direcciones. Puso mucho cuidado en evitar las fuerzas mundanas de los Sabbat, que todavía se encontraban cerca, entregadas a su enfebrecida danza del fuego.

No sabía en qué medida podrían percibir el estrépito arcano, pero ahora distinguió a varios de ellos observándola, guardando una respetuosa distancia con el aparcamiento vacío y cubierto de maleza en el que yacía acurrucada la masa que había sido el Koldun. No era probable que irrumpieran en la guarida del demonio sin ser invitados. Los Koldun tenían una reputación bien merecida de ser fieramente territoriales.

Sturbridge volvió su atención hacia los novicios. Una tras otra, tocó las tenues hebras de luz para asegurarse de que todas ellas

estaban bien. Sólo después de que la última hubiera parpadeado y se hubiera apagado se volvió para encaminarse de regreso a la capilla. Por alguna razón no podía sacudirse de encima la idea de que algo andaba mal. Escudriñó los alrededores en busca de cualquier pista visible que pudiera anunciar una nueva amenaza. Por el momento, todo parecía normal.

Bueno, casi todo. Al mirar hacia el suelo se dio cuenta con cierta perplejidad de que parecía proyectar dos sombras diferentes. ¿Un truco de la luz? Para asegurarse se dirigió en línea recta hacia la farola más cercana que todavía funcionaba. Ahora no había la menor duda. Incluso bajo el brillo de una única e intensa fuente de luz, tenía dos sombras diferentes.

Su primer pensamiento fue que estaba siendo vigilada o, lo que era peor, seguida. Era reacia a regresar a la capilla mientras un huésped no deseado le estuviera siguiendo, literal o figuradamente, los talones. Asumió lo peor. Si esta nueva presencia era amistosa, ¿por qué no se dejaba ver? Por supuesto, era posible que la sombra no representara una entidad consciente. Quizá no era más que un efecto secundario e inofensivo del choque de las arcanas energías. Últimamente, incluso los rituales más antiguos y mejor conocidos provocaban resultados inesperados. Y las hechicerías del Sabbat a las que se había enfrentado aquella tarde representaban un elemento todavía más volátil. Al enfrentarse con las insólitas conjuraciones del Koldun, era difícil discernir entre los propios encantamientos y sus peligrosas consecuencias.

Contempló la sombra con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Casi había esperado que se irguiera de pronto noventa grados en vertical y arremetiera contra su garganta. Sin embargo, al cabo de unos minutos de observación logró quitarse de encima esta aprensión. La sombra parecía comportarse de manera normal, si uno pasaba por alto el hecho evidente de que no parecía reaccionar a la presencia, dirección o intensidad de la luz de la forma que hubiera podido esperarse. Y su silueta no correspondía del todo con la de su sombra normal. Era más pequeña y sus contornos no eran del todo como debieran. Los diminutos miembros eran más finos y alargados, más juveniles.

La comprensión cayó sobre Sturbridge, acompañada por un grito de pura furia animal. Encolerizada, pateó el charco como si pretendiera aplastar la cambiante sombra que había bajo sus pies. Ésta osciló mientras las ondas se alejaban rodando del punto de impacto, pero la pequeña y frágil figura se aferró a ella con tenacidad.

Maldición.

Se revolvió con aire enojado, como si tratara de dejar tras de sí, no sólo la ahora conocida sombra, sino también el menor pensamiento referente a ella.

Fue un gesto inútil. El rostro de la niña pequeña se extendió frente a ella sobre el pavimento, burlándose, mofándose de su pérdida.

Los hombros de Sturbridge se tensaron bajo el peso de las fuerzas que se estaban reuniendo. Con un gesto brusco, sus brazos se precipitaron hacia delante y hacia abajo, como si estuvieran arrojando una gran roca sobre el pavimento. La cólera brotó de sus manos. El asfalto se quebró, humeó y se fundió. Pero eso no la calmó.

El acre humo negro la cegó. Allí donde tocaba su piel, se condensaba y se aferraba a ella, ardiendo como un fuego líquido. Se apartó, retrocedió tambaleándose mientras levantaba un brazo frente al rostro para protegerse. Pero cuando hubo logrado salir de la letal nube, la sombra seguía allí, frente a ella. Paciente, tenaz, acusadora.

Los ojos le picaban con sal y humo y los oídos le ardían con el eco de una risa distante.

Nickolai despertó bañado en sudor sangriento. Una fina y rojiza película cubría cada centímetro de su cuerpo y había empapado ya su pijama de seda. Estaba arruinado.

Apartó la sábana superior, que se empeñaba en aferrarse a su

cuerpo, y la dejó caer pesadamente al suelo. La sangre formó pequeños charquitos alrededor de sus manos mientras las apoyaba para ponerse en pie. Un reguero de pegajosas pisadas rojizas lo siguió por todo el salón hasta el cuarto de baño.

En cuestión de días, sin duda, las autoridades descubrirían aquellas macabras señales y darían comienzo a la búsqueda un cadáver que jamás podrían encontrar. Pero eso no le importaba a Nickolai. Este cadáver ambulante en particular se encontraría muy lejos de allí antes de la llegada del día.

La ducha siseó al cobrar vida. La mano de Nickolai tembló mientras abría el grifo. *Agua corriente*, pensó. *Solo lo que el doctor me recetó*. Por vez primera en aquella noche, sonrió. El agua corriente era el remedio popular para esta clase de situaciones. *Interponer agua corriente entre el paciente y la pesadilla. Tómese una vez por noche cuando sea necesario*.

Los de su raza, no obstante, solían encontrarse al otro lado en el caso de esta superstición en particular.

Sin embargo, el agua caliente funcionó como era de esperar. Su humilde magia no sólo disipó las señales físicas del enfrentamiento de la pasada noche sino también parte del terror que lo acompañaba, el terror de despertar con la certeza de que, mientras estaba dormido, había sido observado.

Siempre era lo mismo: los rostros de los niños, observándolo, juzgándolo. No podía encontrar la menor huella de acusación en sus ojos vidriosos, implacables, ni la menor palabra de condena en sus labios fríos y azulados. Pero su mera aparición bastaba para llenar a Nickolai de terror y de la certeza de una condenación inminente.

Por tercera noche consecutiva, Nickolai había soñado con los Niños del Pozo.

Cerró los ojos. Los rostros seguían allí, esperándolo. Redondos y brillantes como lunas, sonriéndolo apenas bajo la superficie de unas aguas tranquilas. Infinitamente pacientes. Su mirada fue paralizada por el semblante del más próximo de ellos, un niño de no más de siete años. Nickolai trazó la delicada curva de la suave e inmaculada mejilla. Los gélidos y azules ojos del niño eran tan grandes y tan perfectamente redondeados como sendos platos. Su cabello envolvía

en abanico el brillante rostro, como una red de pesca arrojada sobre la superficie de unas aguas oscuras. Algunos rizos enmarañados lamían con suavidad el resbaladizo borde del pozo.

Los rostros no se movían ni hablaban. Los habían ahogado y, aparentemente, sus cuerpos habían pasado algún tiempo bajo el agua. Aunque los semblantes estaban tranquilos, casi serenos, Nickolai sabía que sus muertes no eran resultado de un mal paso dado en la oscuridad.

Los habían ahogado. Repitió la frase una segunda vez con un leve, pero significativo cambio en el énfasis. Los habían ahogado a propósito, los habían arrojado al pozo, los habían dejado allí, presas del pánico, para que se debatieran y se hundieran bajo las gélidas aguas. Hurtados a la vista. Hurtados al recuerdo.

Sólo que no se habían quedado allí (¡no iban a quedarse allí!). Habían realizado la última y milagrosa transformación.

Eran como los alquimistas, esforzándose durante décadas en sus húmedas celdas para conseguir la Gran Obra –la transmutación del plomo en oro–, para liberarse de la carga de sus plomizos cuerpos físicos y alcanzar el oro puro de la trascendencia espiritual. Pero eran los Niños quienes habían descubierto cómo se realizaba el truco.

Las aguas del pozo se los habían tragado por completo. Pero los niños... ellos habían obrado la Gran Transmutación, tragándose a su vez las aguas del pozo. Se habían alzado, habían ascendido, sino hasta los cielos, al menos hasta la superficie del agua. Y allí aguardaban, suspendidos como luminosas lunas, presidiendo sobre las ignorantes aguas.

Aquellos eran sus silenciosos acusadores, sus jueces. Como una amante, las ondeantes aguas le susurraban al oído promesas y suaves reproches.

Nickolai ya no se levantaba contra sus recriminaciones. De una manera extraña, había empezado a considerar sus visitas nocturnas como una especie de legado, como un derecho de nacimiento.

Ciertamente, aquellos brillantes y jóvenes rostros eran muy viejos. Mucho más viejos que Nickolai o que cualquiera mal que él hubiera podido cometer. Sin embargo, sabía que formaba parte del crimen cometido contra ellos, si no contra estos niños que se

balanceaban suavemente junto a las resbaladizas piedras del pozo, sí contra centenares como ellos. Almas a las que había arrojado, de súbito y sin que estuvieran preparadas, al río de la noche.

Nickolai siempre había sospechado (pero sin saberlo, y ahora nunca podría) que el pozo estaba lleno de jóvenes, un hervidero de ojos brillantes y dorados empujados cada vez más cerca de la superficie por la masa de cuerpos que se acumulaba debajo de ellos. Imaginaba que cualquier noche, pronto (muy pronto ya), despertaría para descubrir que se habían desbordado. Imaginaba la inundación de los ahogados extendiéndose por los campos, discurriendo como un sinuoso río entre los bosques, rompiendo contra las faldas de las montañas. Se preguntó qué podría, si es que algo podía, resistir frente a tan inmensa crecida, si algún rompiente levantado contra ella tendría alguna oportunidad de prevalecer.

No, al final triunfarían ellos, los Niños. La riada de resplandecientes víctimas. Tenían el peso del número a su favor. Contaban con la ventaja de la edad... de incontables edades. Y además eran muy pacientes.

Nickolai estaba tan seguro de que él iba a ser su víctima como de que ellos lo habían sido de él. Lo habían buscado especialmente, lo habían elegido, marcado. Cuando la oleada se alzase al fin, cuando su sueño se derramase sobre el mundo de la vigilia, lo matarían, a él entre muchos otros. Nickolai no le temía a la muerte (la había visitado ya por lo menos una vez). Tampoco le temía al olvido. Pero tenía la honda convicción de que era su deber seguir entre los vivos. Su deseo no derivaba de ningún sentido hipertrofiado de preservación, ni del egoísmo, y ciertamente no de una consciencia exagerada de su propia importancia. Nickolai era consciente, de una manera muy aguda, de lo que era. Era el último de su raza. Y ésa era una grande y terrible responsabilidad. Había presenciado algo que nadie hubiera debido ser obligado a presenciar: el sacrificio de sus hermanos, su orden, su casa, a un hombre. Cuando la muerte viniese por fin a buscarlo, no sólo pondría fin a su forma física –una deuda que, justo era admitirlo, se había aplazado durante demasiado tiempo– sino que también borraría para siempre ciertos recuerdos, ideas e ideales de los que su forma física era el depositario último.

Con la muerte de Nickolai pasaría a mejor vida para siempre el conocimiento del funesto ritual llevado a cabo bajo las calles de Ciudad de México, la masacre que había destruido a sus hermanos. Con su muerte pasaría a mejor vida el recuerdo de las multiformes e insólitas maravillas, los arcanos, las contraseñas, los milagros, los signos secretos, los nombres ocultos de Dios: los tesoros obtenidos con tantas tribulaciones a lo largo de los siglos. El legado y el derecho de nacimiento de los suyos.

Y con esa muerte pasaría también a mejor vida el último recuerdo viviente de aquellos ojos inolvidables, de su terrible resplandor, que ni siquiera el peso de la muerte y las negras aguas que los cubrían podían enturbiar. En su victoria, los Niños debían necesariamente morir con él y los temores de la noche –*les tremeres*– habrían tocado a su fin de una vez por todas.

Cerró el agua y salió empapado de la ducha, dolorosamente consciente de que se encontraba una noche más cerca de ese fin y sin saber cómo detener o siquiera demorar su llegada.

JUEVES, 15 DE JULIO DE 1999, 1:10 AM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

La sensación de la plumilla de latón de la pluma al arañar el papel calmaba la tensión de Johnston Foley. Resultaba muy grato sentir cómo se agarraba el metal a la rugosa superficie. Ninguno de esos resbaladizos papeles modernos podía ni remotamente aspirar a parecersele. Artesanía, tradición: en ellas radicaba la esencia del arte. Para Foley, la humilde magia de la pluma y la tinta representaba un rito espiritual. Cada hoja de aquel pergamino prensado a mano, cada pluma tallada a mano era una herramienta ceremonial especialmente consagrada.

Su mano se movía con destreza y confianza, corriendo entre las cinco grandes letras miniadas que ya decoraban el margen izquierdo

del pergamino. El fruto del trabajo de la pasada semana. Leídas de arriba abajo, rezaban HPVSY, un nombre que no escondía ningún significado especial para Foley.

No dejó de escribir hasta haber llegado al fondo de la página. Con un ademán ostentoso, espolvoreó generosamente la tinta húmeda.

Entonces esperó.

Dejó que el momento se prolongara, lo saboreó. Una semana entera consumida en la costosa preparación de aquellas letras miniadas podía haber sido culminada o echada a perder con aquel simple minuto de garabateo enloquecido. Era algo sublime. Era, en muchos aspectos, el legado y el derecho de nacimiento de los Tremere. Las décadas (siglos algunas veces) que sus hermanos pasaban urdiendo pacientes planes, maniobrando para conseguir una posición, conducían a la apuesta de una sola noche, al juego del poder y del prestigio. Todo o nada.

Foley levantó la página y le dio unos suaves golpecitos contra el escritorio. Una cascada de fino polvo azulado cayó sobre el secante. Con creciente impaciencia, devoró las palabras que acababan de aparecer.

*Hay una sombra silenciosa
Entre la pluma y la página
Las más antiguas guardas dispuestas
Acaso para proteger el arte
De la mano inconsciente*

*Pero aun ahora, tras años
De aprender las fintas, las paradas
Las formas deacometida, no veo
Un oponente, sino cientos de ellos*

*Vivos y muertos: lectores
Amantes, rivales
Viejas obras y maestros
Y titubeo*

*Si de veras es la pluma
Más poderosa que la espada, ¿quién
Es herido? Quizá
No vuelva a escribir*

*Ya la sangre
De gente que nunca conoceré
Ha brotado de las sombras
Manchando esta página
De palabras y dudas*

Foley escudriñó cada rabillo, cada curva, cada uno de los veintiún puntos que coronaban sus correspondientes íes. Perfecto.

Abrió uno de los cajones superiores del escritorio y sacó dos pañuelos de papel y un sobre manila. Se dirigió rápidamente hasta un archivador muy atestado que descansaba contra una pared y guardó el conjunto –el pergamino dentro del papel y éste dentro del sobre– en la H, por "HPVSY".

Para cualquier otra persona, este sistema de clasificación hubiera resultado frustrante, si no sencillamente enloquecedor. Foley, no obstante, no necesitaba un "sistema". Su memoria era infalible. Igualmente podría haber archivado el sobre en la "P" o la "Q", a su capricho. No hubiera supuesto diferencia alguna.

Pero el alfabeto suponía una disciplina. Foley apreciaba el orden en todas sus formas. A lo largo de los años, se había ido convirtiendo en una criatura de listas. Al principio, las listas le habían proporcionado un medio para instaurar el orden en un mundo en el que la entropía estaba más que ansiosa por irrumpir al menor lapso de vigilancia. Un mundo demente, un mundo dado la vuelta. Un lugar en el que las pesadillas eran reales, los muertos caminaban bajo la luna y los héroes trazaban pentagramas con sangre robada.

Incluso décadas más tarde, después de que sus facultades hubiesen progresado más allá del punto en el que las listas eran todavía necesarias, había continuado, y de hecho los había redoblado, con sus esfuerzos por tabular, por enumerar, por imponer ese orden

perfecto que es el reflejo de una mente y un espíritu verdaderamente disciplinados. Y su inquebrantable perseverancia no había pasado inadvertida para sus superiores.

Tras volver a tomar asiento frente al escritorio, Foley cogió otra hoja de pergamino del montón que había a su derecha y la colocó sobre el secante, frente a sí. Reflexionó un momento antes de seleccionar uno de sus instrumentos de escritura favoritos del expositor en el que descansaban, a su izquierda. Una púa sin ninguna pluma decorativa. Su anterior propietario había sido un puercoespín.

Su mano se volvió rápidamente hacia la página. Palabras, números y fórmulas empezaron a manifestarse, trazadas, se diría, por puntillismo.

Foley se enorgullecía grandemente de su atención por los detalles. Su mesa de escritura estaba completamente vacía, excepción hecha del secante, el tintero y el papel. Su compacto estudio estaba lleno hasta el límite de su capacidad por estanterías, jarros de pigmentos, maderas raras, delicados especímenes del arte de la taxidermia y otras curiosidades. Sin embargo, resultaba a la vista distintivamente diáfano.

Cada libro, cada frasco, cada uno de aquellos ojos de cristal ciegos tenía su lugar, que sólo abandonaban cuando Foley así lo requería y al que eran invariablemente devueltos.

Un fuerte golpe en la puerta quebró el ordenado silencio de la habitación.

—Pase —dijo, dejando que su desagrado se hiciera evidente en su voz. La llamada se demoraba diez minutos.

Jacqueline, Aprendiz Tertius, entró con aire vacilante en la habitación. Era una mujer madura, una antigua profesora cuyos rasgos revelaban constantemente el tormento de alguien acostumbrado en vida a hablar de forma autoritaria con estudiantes.

En su nueva familia "adoptiva" había descubierto que debía acostumbrarse a recibir instrucciones y directivas de la práctica totalidad de los miembros de la comunidad. Era evidente que el brusco cambio no la había sentado bien.

No obstante, su contento (o más bien la falta de éste) no preocupaba a Foley.

–Llegas tarde –dijo él con brusquedad.
–Estaba ayudando a Aarón con... –empezó a decir ella.
–¿Acaso te he pedido una explicación?
–No.

Foley entornó la mirada.

–¿Y es así como te diriges a tus superiores?

Jacqueline se puso rígida.

–No, Secundus.

Foley se detuvo, dejó la pluma sobre el tintero y cruzó las manos deliberadamente.

–Quiero decir... no, Regente Secundus –se apresuró a corregirse ella.

Foley suspiró con fingida exasperación. La novicia parecía lo bastante contrita, aunque una Iniciada del Tercer Círculo debiera haber estado más allá de tales lapsos en el decoro.

Era una situación difícil, cuando las capacidades de un aprendiz excedían claramente su comprensión de la situación en la que se encontraba. Jacqueline había demostrado su potencial, pero los Tremere no podían tolerar la menor grieta en la armadura de disciplina que había permitido al clan sobrevivir durante tantísimo tiempo a despecho de una oposición resuelta.

Foley tomó nota mental de que debería reprender públicamente a la novicia a la menor oportunidad. El ritual de aquella noche resultaría una ocasión apropiada. Si el problema persistía, se vería obligado a informar a la Regente Quintus Sturbridge de que Jacqueline no estaba haciendo progresos. Y de que se había visto obligado a acabar con ella.

–No pienso tolerar familiaridades en un subordinado –dijo al fin, y entonces hizo de nuevo una pausa significativa.

–Sí, Regente Secundus.

Una vez que Foley estuvo satisfecho, empujó hacia ella la lista que había sobre el escritorio.

–Éstos son los materiales que necesitaré para un determinado ritual la semana que viene –dijo–. Encárgate de que sean llevados a mi sanctum la madrugada del día veintidós.

Jacqueline estudió la lista. Después de un momento, Foley

alargó la mano. Al comprender lo que pretendía, ella le devolvió el papel de mala gana.

–Eso es todo. –Foley la observó mientras retrocedía y abandonaba la cámara. El breve destello de alarma que había visto en sus ojos mientras le devolvía la lista lo había gratificado. Le había concedido tiempo más que suficiente para memorizar el pedido. Si no había conseguido hacerlo era culpa de ella y podría ser castigada.

Por supuesto, Foley no estaba dispuesto a permitir que su incompetencia potencial interfiriera con el ritual. Desde el amanecer del veintidós tenía tiempo más que de sobra para inspeccionar el trabajo y realizar cualquier ajuste que fuera necesario.

Foley no ignoraba que, en último caso, la responsabilidad por los errores de sus subordinados recaería sobre él.

Se puso en pie con la lista en la mano y se dirigió hacia su sanctum. La habitación contigua estaba, si cabe, más llena incluso de rarezas que el estudio exterior. El efecto se exageraba por el hecho de que el sanctum era sólo un poco más grande que un cuarto de la limpieza. Ése era un punto sujeto a discusión. Era consciente de que el alojamiento no suponía ninguna afrenta personal. Pero la solución seguía fastidiándole.

Ahora que se estaba librando una guerra abierta entre las fuerzas de la Camarilla y del Sabbat –y que los frentes de batalla avanzaban y retrocedían sobre sus mismas cabezas– había poco tiempo y poco espacio para preocuparse por las comodidades materiales. La energía y los recursos de cada Tremere debían aprestarse para la defensa. Había sido así durante muchos años y la situación no daba señales de ir a mejorar en un futuro próximo.

Foley suponía que debía dejar pasar la cuestión. Después de todo, haber sido enviado a una capilla tan prestigiosa no era cosa baladí. La Capilla de los Cinco Distritos –o "C5D", como se la conocía en los memorandos que se intercambiaban las capillas entre sí– gozaba de renombre por las oportunidades únicas que ofrecía. Su nombre solía encabezar las listas de candidatos para promocionarse en el seno del clan. No obstante, tras un examen más cuidadoso, Foley se vio forzado a admitir que la mayoría de tales promociones tenían por escenario el campo de batalla.

Cinco Distritos era uno de los pocos lugares en los que los halcones que vivían en el palomar podían jugar abiertamente sus bazas. Foley había tenido que soportar las pretensiones de un número incontable de supuestos hechiceros de guerra, piromantes, guerreros astrales y otras abominaciones que no eran más que carne de cañón para arrojar frente a las victoriosas fuerzas del Sabbat. Sin embargo, después de las recientes conquistas del Sabbat en el Sureste, cada vez eran más los halcones del clan que estaban siendo enviados hacia Washington D.C. Algunos de los recién llegados a C5D habían sido tentados por el rumor persistente de que esta capilla se mostraba, a causa de su posición ligeramente precaria, más indulgente en lo que se refería a la Tercera Tradición: la concesión de permiso para Abrazar a otros y abrirles las puertas del clan.

Ridículo, pensó Foley. Se preguntaba cómo era posible que se diera pábulo a un cuento tan poco verosímil. Suponía que la fórmula estaba compuesta por una parte de buenos deseos y dos partes de no haber conocido nunca a Aisling Sturbridge. La verdad, generalmente ignorada –y no estaba en la naturaleza de Foley distribuir un bien tan volátil como la verdad sin mediar una compensación adecuada–, era que durante todo su mandato en los Cinco Distritos nadie había recibido permiso para engendrar progenie. Ni una sola vez.

A pesar de esta curiosa –perversa, podrían decir algunos– tradición, la capilla seguía disfrutando de un continuo flujo de novicios nuevos transferidos desde sus casas hermanas en todos los EE.UU.

Foley suponía que debía sentir gratitud. Era este mismo desorden lo que hacía necesaria su presencia allí.

Cinco Distritos era una especie de curiosidad, la reliquia de una era anterior. A Foley siempre le recordaba a una casa monástica medieval, en el cénit del poder temporal de la orden, cuando el abad de un monasterio influyente ostentaba poder feudal sobre las tierras circundantes. Probablemente era la más poderosa capilla de los EE.UU. que no era al mismo tiempo el refugio personal de algún dignatario del clan: un gran señor o un pontifex. En ningún otro lugar del país podría un mero regente contar con tanta libertad.

Un *mero* regente. Foley soltó un bufido. Él era un *mero* regente. No importaba que de haber sido asignado a cualquier otra capilla,

ahora mismo la estaría gobernando. Cinco Distritos era una de las pocas capillas que contaba con dos regentes: él mismo como *secundus* y su superior, Aisling Sturbridge. No era algo normal en la política del clan, pero, como Sturbridge solía señalar a sus superiores –y con un éxito que no por no ser reconocido resultaba menos exasperante–, C5D no era una capilla normal. Aquí las cosas funcionaban de manera *diferente*.

Después de todo, ser un regente subalterno no era algo tan indigno. La propia Sturbridge había sido regente subalterno en su momento. Decían que su superior había sido sorprendida por el Sabbat más allá de la protección de las defensas de la capilla. Una lástima.

No hubiera sido ninguna locura decir que una desgracia como aquella podía ocurrirle a la propia Sturbridge... alguna noche, cuando estuviera sola y lejos de los muros de la capilla. Alguna noche como ésa. Foley no era ajeno a la posibilidad de que una bien ganada promoción recayera de forma muy conveniente sobre sus propios hombros. Así que trató, si bien no con pleno éxito, de devolver a su resentimiento al nicho que le correspondía. Posiblemente los aposentos de Sturbridge no fueran más espaciosos que los suyos. Por supuesto, no podía hablar con autoridad sobre esta materia. Nunca había sido invitado a la cámara privada de su superior.

Lo limitado de la propiedad real no hubiera sido asunto tan importante de no ser por la creciente presión poblacional. Ahora que las fuerzas del Sabbat estaban arañando las puertas, se requería que todos los aprendices, oficiales, maestros y adeptos asignados a la capilla vivieran dentro de sus límites.

Desgraciadamente, esto suponía que Foley tenía que trabajar y coexistir en incómoda proximidad con meros novicios como Jacqueline, Aarón y los demás.

La opinión generalizada parecía ser que la capilla, arrojada en medio de la fracción de la ciudad que pertenecía a la Camarilla, compensaba con su valor estratégico lo que le faltaba en espacio.

–Hay mucho espacio entre Barnard College y el Río Harlem –le había contestado Sturbridge la única ocasión en que se había aventurado a mencionarle la estrechez de sus aposentos. Aquella

forma peculiar y sumaria de restarle importancia a su preocupación lo había disuadido de preguntarle por qué la capilla no se expandía en otras direcciones.

De entre las estanterías cubiertas hasta arriba de curiosidades, Foley había extraído un modesto cofre de madera –no mayor que un joyero– que contenía el objeto de su actual obsesión.

Los preparativos que había encomendado a Jacqueline no eran más que una parte menor del esfuerzo que iba a realizar para desentrañar los secretos de este pequeño enigma. A Foley no le gustaban los misterios.

El cofre no tenía otro ornamento que una diminuta flor de lis de madreperla taraceada sobre la tapa. Foley cubrió la caja con sus manos. En la sombra creada por ellas, la imagen despedía una tenue radiación lechosa.

Excelente, pensó. Sigue activa.

Con mano firme, abrió la tapa. En el interior tapizado de fieltro descansaba una piedra semi-preciosa no mayor que una canica. Era un cuarzo finamente tallado, de forma aproximadamente esférica. Su color era un rojo turbio y uniforme a excepción de un círculo negro a cada lado. El lado superior era suave y no tenía el menor defecto. El inferior era levemente rugoso. Las áreas en relieve que recorrían la superficie de la piedra no conformaban patrón alguno que Foley pudiera discernir.

Nunca hubiera esperado que la piedra pudiera resultar tan interesante.

Sturbridge se la había entregado varios años antes, junto con el encargo de que experimentara con ella. La naturaleza exacta de este experimento nunca había sido especificada. La piedra despedía una tenue resonancia, pero, claro, lo mismo ocurría con un incontable número de baratijas, chucherías y auténticas falsificaciones que habían terminado en las manos del clan Tremere.

Foley había realizado algunos experimentos preliminares, pero con poco éxito. No había tardado demasiado en perder interés por la gema. Desde entonces había pensado en ella en muy raras ocasiones y la mayoría de ellas en términos no muy favorables: una piedra semi-preciosa que ocupaba un precioso espacio en sus estantes.

Todo ello había cambiado tres semanas atrás.

Foley había entrado en su sanctum y había descubierto que el precario sello que colocara en la caja estaba roto y que habían abierto la tapa.

¡La misma idea de que alguien hubiese estado *manipulando* sus cosas...! Era algo sucio. Era una violación. ¡Vaya, era un ultraje!

Ya había azotado a tres novicios por su contumacia cuando el hecho se repitió a la noche siguiente. Nadie en la capilla hubiera sido tan necio como para burlarse de él después de tan señalada y pública expresión de descontento. De modo que se había visto obligado a asumir una rutina de vigilante espera. Había comprobado el estado de la piedra varias veces por noche, renovando los sellos de la caja al cabo de cada una de estas inspecciones. Durante semanas, nada cambió, excepto la degradación natural de las energías residuales. Entonces, la pasada noche, la gema había vuelto a cobrar vida súbitamente y hoy, como indicaba el brillo de la madreperla, todavía rebosaba de poder.

A simple vista, por supuesto, la gema no daba señal alguna de ello. Pero Foley había terminado por confiar de forma implícita en su pequeña caja. Sabía de buena tinta que la caja había sido sacada de Versalles justo antes de que los acontecimientos dieran un irreversible giro hacia lo sangriento y lo miserable.

Dejó la lista que había enseñado a Jacqueline sobre un plato hondo de cobre que descansaba sobre su mesa de laboratorio. Encendió una cerilla y la sostuvo contra el pergamino hasta que sus bordes se arrugaron y ennegrecieron. Ya no necesitaba la lista; la había recuperado sólo como una cuestión de principios.

Antes de que la hoja se hubiera consumido por completo, recogió una vela puntiaguda de color púrpura de una estantería cercana y la colocó sobre el fuego. Esta vela era otra de las creaciones de Foley. Para un observador lego, la única señal visible de que la candela había sido fabricada cuidadosamente a mano era que la mecha la recorría en toda su longitud hasta asomar por el extremo romo.

La llama se encendió y la cera liberó al empezar a arder un tenue aroma a miel. Un momento más tarde, de forma inexplicable, el

extremo inferior de la vela soltó una llamarada y cobró vida. Foley le dio la vuelta con lentitud y permitió que la llama inferior ablandase el extremo romo antes de clavarla abruptamente sobre una afilada escarpia de hierro que sobresalía de la esquina noroeste de la mesa de laboratorio. Un montículo de cera endurecida –el legado de varias noches de estudiva vigilia– yacía desparramado alrededor de la escarpia.

Foley le dio la espalda al cofre mientras empezaba a pronunciar las primeras sílabas del encantamiento que necesitaba. Introdujo la mano en un nicho y extrajo una delgada lanceta de plata. Lentamente, pasó los dedos de su mano izquierda sobre la llama de la vela. No lo quemó, pero dudaba que su trabajo mostrase idéntica consideración hacia cualquier otro lo bastante necio como para intentar imitar la hazaña.

Con un movimiento hábil, se atravesó la yema de su dedo medio con la aguja de plata y contempló cómo una sencilla gota de sangre brotaba, tomaba forma, se hinchaba y por fin caía sobre la chisporroteante llama que había debajo. El fuego bebió con avidez y liberó una bocanada de humo negro y oleoso que era más denso que el aire. El vapor descendió arrollándose y dando lánguidas vueltas alrededor de la vela. Indecisos zarcillos reptaron sobre la mesa de laboratorio y cayeron en cascada por su borde.

Foley colocó el pequeño cofre en el centro exacto de la mesa y, con los dos índices, abrió la tapa.

La vela chisporroteó y siseó. La llama pareció arquear la espalda en respuesta a la presencia de la piedra rojiza y sin vida.

Foley tomó un par de largas y delicadas tenazas de plata y levantó con todo cuidado la piedra de su lugar de descanso. Con gran paciencia, la aproximó a la llama.

Veinte centímetros de distancia. Ningún cambio. Diecinueve. Dieciocho. Diecisiete. Dieciséis.

La llama trepidó como si hubiera sido azotada por una ráfaga de viento. Pero se negó a apagarse.

La vela estaba menguando a ojos vista y la cera se derramaba por sus costados a causa del calor de su esfuerzo. Quince. Catorce, trece...

Allí.

Foley había estado esperando que la llama de la vela se rindiera repentinamente con el indicador pop de una pequeña implosión. Había llevado a cabo el mismo experimento durante muchas noches con casi idéntico resultado. La única variación en el tema era la distancia exacta a la que la piedra aplastaba la frágil llama. Esa distancia y, por asociación, la funesta influencia de la piedra, se estaba incrementando noche tras noche.

Los que Foley no esperaba era que la llama, repentina e inesperadamente, *rotase* noventa grados. El tenaz zarcillo de fuego se estiró a lo largo de toda la mecha, como si hubiese recibido un golpe feroz. Tendida de costado, la titubeante lágrima de llama no parecía otra cosa que un diminuto ojo ardiente. Foley parpadeó dos veces a fin de disipar tal ilusión, pero fue en vano. Por el contrario, tuvo la impresión de que el vacilante orbe le devolvía el parpadeo.

Ahora el interior de la piedra estaba lleno de oscuridad. Una astuta pupila entornándose. Foley se encontró inclinándose de forma involuntaria hacia la vela. Cada vez más cerca. Más cerca.

La llama ya no se encogía frente a la piedra que llevaba en la mano. Por el contrario, parecía expandirse como si estuviese anticipando su contacto, su reunión tanto tiempo frustrada. El ojo amarillo crepitó y vertió viscosas lágrimas de cera. Foley se sentía como si estuviera siendo tragado, consumido por aquel funesto escrutinio. No podía apartar la mirada. Su mano derecha, olvidada, pendía de un lado a otro con torpeza, como si su cuerpo hubiese perdido el control de esa extremidad. Se movía a tientas, en busca de pluma y pergamino.

Tras encontrar, se diría que casi por azar, la pluma que andaba buscando, la mano de Foley descendió, desesperada y casi paralizada sobre la herramienta de escritura. Empezó a escribir sin control. Las enloquecidas líneas se tambalearon al llegar al borde de la página. La delicada plumilla de latón se hincó de manera agonizante en la madera de la mesa de laboratorio.

DOMINGO, 18 DE JULIO DE 1999, 3:45 AM
MORNINGSIDE HEIGHTS, CIUDAD DE NUEVA YORK

Sturbridge caminaba como una furia en medio de lo que quedaba de la visión mientras ésta se disolvía. A su alrededor, por todas partes, elaboradas construcciones arcanas volaban y corrían como acuarelas. Las vividas imágenes y encantamientos que habían sostenido el ritual cayeron sobre ella como una delicada llovizna y formaron charcos alrededor de sus pies. Los pisoteó, enfadada, mientras cada paso la conducía de forma instintiva a un lugar más familiar. La topografía de aquel paisaje en fusión dio pie a un escenario de arcos iris callejeros y charcos manchados de aceite.

En medio de la llovizna del temprano amanecer, Morningside Heights estaba en calma a excepción del grave zumbido de actividad proveniente de los bares que cerraban a última hora. Sturbridge podía sentir cómo se deslizaban las puntas de sus delicados y letales colmillos en respuesta a este zumbido.

En algún lugar de su interior, el apetito abrió un ojo soñoliento, se estiró y se apoyó sobre su correa. Sturbridge lo apartó a un lado sin miramientos. Estaba mucho más enfurecida que hambrienta.

Mucho más enfurecida, repitió para sus adentros, como si pretendiera reforzar su convicción.

Ya no tardaría mucho. Ya podía ver el contorno familiar de la residencia de Barnard College alzándose en medio de la brumosa lluvia. Pronto estaría en casa. Estarían, sin duda, esperándola.

Ojalá no fuera así.

En aquel preciso momento podía habérselas con casi cualquier cosa salvo las miradas de preocupación en sus ojos. Hubo un tiempo –sí, admitió, incluso un centenar de años era poco para atenuar la viveza del recuerdo– en el que hubiera dado la bienvenida a los rostros de preocupación de sus familiares. Cuando trataba de *provocarlos*. Cuando se hubiera demorado justo esas pocas horas de más sólo para ver el destello momentáneo en el rostro de su madre.

Antes de que la presión se fundiese en medio de la dureza de la cólera y la indignación.

Pero había pasado mucho tiempo desde entonces, se recordó. Toda una vida.

Ahora tenía una nueva familia. Una familia cuya "preocupación" era (con mucha razón) temida incluso en los concilios de los inmortales. No se sometería a esa preocupación.

No, ella era su regente. Ella sería fuerte. Sería reservada. Sería inasequible.

Estaría enfurecida. *Sólo tengo que seguir enfurecida, pensó.*

* * *

Antes de que la puerta se hubiera cerrado tras ella, ya estaban allí. El aleteo de su cháchara la envolvió como si estuviera hecha de mantas calientes. El flujo de su preocupación se apretó contra ella como la calidez de una taza de humeante cacao apretada contra sus manos. Habría sido muy fácil sumergirse en el solaz que ofrecía aquella bienvenida preocupada.

No. Concéntrate. Tienes que permanecer enfurecida. Esos bastardos del Sabbat. ¡¿Cómo se atreven?!

Agitó los brazos, dispersando a los novicios como si fueran una bandada de aves carroñeras.

–Jacqueline, ¿dónde demonios estabas? Hemos estado trabajando en este ritual todas las noches de la última quincena, desde que logramos aislar la localización de la madriguera de ese maldito Koldun. Y esta noche, cuando llega el momento de destruirlo, ¿de pronto te acuerdas de un compromiso anterior? Cuando salimos a enfrentarnos con algo como eso, vamos todos. El que yo esté fuera, en la línea de fuego, no significa que tengáis la tarde libre.

¿Comprendes?

–Sí, su Regencia, pero el Secundus Foley me hizo llamar...

–¡Foley!

–Con permiso, su Regencia. –El secundus se abrió camino hasta las primeras filas de la multitud–. Es exactamente tal como ella ha contado.

Foley se sujetó el dobladillo de la túnica con aire incómodo. Estaba irritado, despeinado, absorto en otra cosa. Sturbridge advirtió que la manga de camisa que asomaba por detrás de ese dobladillo estaba manchada hasta el codo en tinta derramada. Su otra mano estaba gravemente quemada, casi ennegrecida.

–No estás bien. –No era una pregunta.

Foley escondió las manos en el hueco de la manga.

–No es nada. Hablaremos más tarde. Ha habido... *progresos*.

–Hablaremos de ellos ahora. Dejas que los novicios acudan solos a la batalla. Les debes una explicación. Me debes una explicación.

–Aunque podría cuestionar la conveniencia de elegir este lugar y este momento para discutir tan delicada, tan *personal*, materia, sigo siendo el leal y humilde servidor de mi regente. Me encontraba en mi sanctum, ocupado con determinadas actividades de rutina, cruciales para el bienestar de esta casa. Los novicios no estaban solos. Johanus y Helena estaban sin duda más que capacitados para guiarlos a través de las fases preparatorias del ritual hasta el momento en que yo pudiera reunirme con ellos. Tengo la mayor confianza en sus habilidades. Honestamente, mi señora, los mimáis demasiado. Al fin y al cabo, todos ellos son *adepti*...

–¿Estaba siendo atacada la capilla?

La paciencia de Foley se incrementó para igualar la impaciencia de ella.

–No debéis temer tal cosa, mi señora. Los edificios están...

–¿Un incendio? ¿Un derrumbamiento? ¿Un terremoto?

–Los *edificios son* seguros.

–Entonces es que *algo no* lo es. Un espía, quizá. ¿Es que has encontrado a un espía entre nuestras filas?

Una risa nerviosa se escapó de algún lugar entre las filas de novicios. Foley se volvió a medias, enarcó un ojo, tomó una nota mental.

–Por supuesto que no, mi dama. Todos los que están aquí son incuestionablemente leales. A vos. A esta casa, a Viena, a la pirámide. Descansad tranquila –la apaciguó–. Estáis fatigada, nada más. Y nosotros os entretenemos aquí, de pie en la entrada. Es vergonzoso.

Se volvió hacia el novicio más próximo.

–Es vergonzoso. Regresad al *domicilium*. Todos –hizo un amplio gesto que inadvertidamente volvió a mostrar su mano. Se apresuró a esconderla de nuevo.

–Secundus –el afilado tono de voz de Sturbridge detuvo en seco a los novicios, que ya habían empezado a retroceder–. ¿Cuál es la naturaleza de la crisis que te ha obligado a demorarte esta noche?

Foley se volvió con aire incómodo. Replicó, en voz baja:

–Mi señora está al corriente de la delicadeza de la tarea que consume mis noches últimamente. Esperaría, por tanto, que fuera consciente de la razón de que sea tan imperativo que no hablemos de tales asuntos aquí.

–No recuerdo la naturaleza de esa tarea.

–Ruego a mi regente que me perdone. Es culpa mía. Siempre asumo que todos cuantos me rodean comparten mi fascinación por el arte de la memoria. Mi señora recordará que no sólo autorizó mi actual investigación sobre –su voz se convirtió en un susurro conspirativo– *el objeto del que hablamos*, sino que dijo que el asunto debía recibir la mayor prioridad.

Foley estaba muy complacido consigo mismo. Estaba facilitándole mucho la tarea a Sturbridge. El hombre gozaba de un talento único para resultar absolutamente irritante. Ella le había visto hacer esa misma jugada en varias ocasiones. Podía arruinar el plan más cuidadosamente construido en cuestión de segundos, empujando a su rival sobre el borde en el momento preciso. Sturbridge había reconocido este útil talento en los primeros tiempos de su regencia y, como consecuencia, Foley había ascendido rápidamente a la importante posición de segundo en el mando.

–¿Te dije yo que tu... proyecto debía tener prioridad sobre mi seguridad personal, o ésa fue una prioridad establecida por ti mismo?

Foley balbució.

–¡Mi señora! No he querido... No he querido decir que...

–Dejaremos a un lado el hecho de que has puesto en peligro mi persona. Por el momento. –Incluso el novicio más inexperto reconoció en aquellas tres palabras el diáfano mensaje de que aquel fallo tendría todavía su reprimenda. Una reprimenda personal y privada.

–Mi regente es de lo más generosa –contestó Foley mientras agachaba la cabeza en gesto de sumisión.

–Pero resta el hecho de que has llevado a esta novicia por el mal camino. Un asunto que me tomo muy en serio. El Pacto de la Providencia es bastante específico en lo que se refiere al castigo de tales infracciones.

Muy raras veces estaban los miembros de una capilla familiarizados con el corpus de la ley. Sturbridge dudaba que siquiera dos de los maestros presentes hubieran oído hablar del Pacto de la Providencia, y mucho menos que hubieran puesto alguna vez los ojos sobre sus disposiciones. Sólo un regente o un erudito especializado en derecho hubieran tenido siquiera una familiaridad pasable con su contenido.

Pareció reflexionar por un momento.

–Hay tres sentencias apropiadas –no se discutía la posibilidad de que existiera juicio, defensa o apelación. Sólo la naturaleza del castigo. El regente era el único responsable de interpretar la compleja red de ordenanzas, disposiciones, convenios y precedentes que conformaban el enmarañado cuerpo de la ley Tremere. En el seno de la capilla, ella se ocupaba de forma rápida y decisiva de cualquier infracción percibida como tal. El regente no servía a la ley; hacía justicia.

Sturbridge enumeró las posibles suertes con los dedos de su mano izquierda.

–Uno, la Expiación del Silencio. El secundus se someterá a la separación, por el fuego, de la lengua que condujo al novicio por el mal camino. –Levantó un segundo dedo para acallar cualquier interrupción–. Dos, la Expiación del Servicio. El secundus asumirá la responsabilidad de instruir y guiar a tres nuevos iniciados a través de los siete círculos del noviciado. Y tres, la Expiación del Sacrificio. El secundus cederá el objeto de su obsesión, ése que lo ha alejado de la comunidad de sus hermanos y le ha hecho arrostrar peligros en solitario, la bagatela que esta congregación, quizá de forma poco sabia, le había confiado.

Al escuchar la mención a la piedra, la cabeza del acusado se alzó como impulsada por un resorte. No pudo controlarse con la

suficiente rapidez como para ocultar una mirada desafiante que todos pudieron ver. Se recuperó de inmediato, murmuró algo sobre la sabiduría de la regente y retrocedió medio paso.

–Jacqueline, como parte agraviada, te corresponde a ti decidir el castigo que se impondrá al secundus.

Una mirada muy próxima al terror cruzó el semblante de la novicia. Sturbridge la ignoró.

–Pero, su Regencia –balbuceó Jacqueline–. No soy más que una novicia. ¿Cómo iba yo a tener la pretensión de juzgar al secundus?

–Pronunciarás la sentencia *in loco regenti*, en mi lugar –esbozó una sonrisa benigna destinada a la joven novicia. *Sí, también esta pequeña debe recibir esta noche una lección difícil. Una lección sobre la cadena de mando*–. ¿Silencio, servicio o sacrificio? Elige.

Hay que decir en su favor que Jacqueline sólo vaciló unos momentos antes de reunir coraje.

–Me... me gustaría elegir la clemencia, si eso place a mi muy justa señora.

Sturbridge sonrió. Tendría que mantener a ésta vigilada.

–Nada me complacería más. Pero la indulgencia no satisfará a la ley. Elige. Ahora.

Tras haberse limpiado con el agua ardiente, todavía chorreando, Nickolai se sentó al borde de la cama. Puso cuidado en evitar la sangre que todavía empapaba el colchón. Trató de forzar a sus pensamientos a concentrarse en su siguiente movimiento, pero ellos lo

conducían irremediablemente hacia el pasado.

Hasta ese momento, sus movimientos habían sido instintivos: una huida precipitada del lugar de la masacre, de las blasfemas ruinas que se escondían bajo Ciudad de México. El único propósito de Nickolai había sido interponer tanta distancia como fuera posible entre él y aquella pesadilla demasiado reciente en el tiempo. Si la verdad llegaba a saberse, no podría decir con certeza si no sería demasiado tarde.

Tampoco sabía cuánto tiempo había yacido maniatado e impotente bajo las ruinas. Podía haber pasado inconsciente unas pocas horas o varias noches. Ni podía estar seguro de no haberse sumido en el más profundo letargo mientras su cuerpo luchaba por recomponerse. Si ése era el caso, el tiempo transcurrido se mediría, ya no en noches, sino en meses o incluso en años.

Demasiado tiempo, pensó. Demasiado tarde.

Nickolai había despertado presa de un hambre voraz, pero no se había atrevido a detenerse ni siquiera para cazar. Había atravesado la frontera de los EE.UU. a pie, tratando de evitar hasta el más casual encuentro con el menos amenazante de los seres humanos. En ese punto, atraer cualquier atención podría haber supuesto su ruina al acelerar su detección y su destrucción.

Una vez se encontró al otro lado de la frontera, se volvió más osado. Se permitió correr el riesgo de cazar a algún motorista ocasional para obtener sustento y transporte. Empezó a interponer un delgado, pero crítico amortiguador de sangre y distancia entre él y la pesadilla que lo perseguía.

Irónico, pensó. Sólo tras la estela de aquellas depredaciones salvajes había empezado a elevarse por encima de las demandas de los instintos puramente bestiales. Sólo tras satisfacer aquellas necesidades animales, primarias, los más civilizados y racionales procesos mentales habían podido empezar a emerger.

Ironía. Un concepto humano. Era la primera vez desde la catástrofe que sus pensamientos lograban elevarse sobre el nivel básico de huida y alimentación. Nickolai se sentía como si estuviera regresando a casa. Como si de alguna manera pudiera todavía sobrevivir a todo aquello.

Lentamente, como si tuviera miedo de provocar a la bestia, empezó a frenar su peligrosa fuga. Por vez primera prestó atención a cuanto lo rodeaba. Se encontraba en alguna parte de los desiertos del sudoeste de los EE.UU.

Conforme la razón regresaba gradualmente, y para su horror, Nickolai se encontró entre los lugares familiares de su no-vida. Con creciente consternación advirtió que sus pasos lo habían conducido hasta los puntos de reunión que tan bien conocía, las capillas, los escondrijos secretos, los lugares de poder que conformaban el legado de los suyos. Eso casi bastó para devolverlo a las garras de la bestia. Huyó, ciego. Ahora mismo nada era tan peligroso para él como lo familiar. Lo que quiera que hubiese destruido a sus hermanos buscaría sin duda a los supervivientes. Uno de los primeros lugares en los que lo haría sería aquel, asumiendo que los rezagados regresarían a casa.

Después de varias noches de huida, mirando siempre por encima de su hombro en busca de alguna señal de persecución, Nickolai se sintió lo suficientemente seguro como para detenerse por vez primera. La habitación del hotel de Cincinnati estaba por completo alejada de su concepto del confort, pero posiblemente esa era la razón que más le había atraído.

Pero, incluso allí, a medio continente de distancia de la causa de su huida, no se encontraba lo bastante lejos. Se preguntó si alguna vez lo estaría. Sacudiendo la cabeza, expulsó tales pensamientos de su mente. Tenía que concentrarse en lo pragmático.

Lo primero que tenía que hacer era determinar con exactitud a quién debía evitar. Sin duda, cualquier encuentro con un miembro de la Casa Tremere significaría una sentencia de muerte. Los esclavos de la pirámide no albergaban amor alguno por los taumaturgos de la casa Goratrix.

Nickolai reflexionó. Podía haber otros, no obstante, a quienes pudiese recurrir. Otros que compartiesen la sangre, pero que no perteneciesen a la pirámide. Refugiados, rebeldes, parias, renegados.

Una vez más, sus pensamientos regresaron al legado de los suyos. Si podía encontrar un aprendiz, un sucesor, entonces era posible que el conocimiento de su casa no desapareciera por entero de la faz de la Tierra.

Con extremada precaución, empezó a reunir sus herramientas.

DOMINGO, 18 DE JULIO DE 1999, 10:45 PM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

Los preparativos de Foley eran minuciosos. Con mucho cuidado, ordenó la ecléctica colección de instrumentos que descansaba frente a él, sobre la mesa de trabajo. Pero su mente no lograba concentrarse en lo que sus manos estaban haciendo.

Sus pensamientos todavía estaban repasando la humillación sufrida la pasada noche en el Grande Foyer. Las palabras de Sturbridge resonaban en su mente. ¿Silencio? ¿Servicio? ¿Sacrificio?

"Represalia" hubiera sido una descripción más apropiada. No había nada más frustrante e irritante que el que tu superior inmediato no te respaldase... y de una manera tan pública. Los ojos le ardieron al recordarlo.

No importaba. Reestablecería la disciplina rápida y certeramente. ¡El mero pensamiento de que esa novicia –una simple novicia– se hubiera atrevido a imponerle a él una sentencia...!

Se encargaría de que aprendiera cuál era su lugar. De una forma o de otra.

Tres nuevos novicios, pensó consternado. Conducir a un solo neófito a lo largo de los siete círculos del noviciado le costaría como mínimo un centenar de años. Y si el estudiante no contaba ya con una sólida base en magia práctica, el tiempo se aproximaría más bien a los dos siglos. Y no quisiera Dios que lo encadenaran a un pupilo que contase con un historial en el mundo de las ciencias ocultas: tardaría tres siglos sólo en deshacer el daño.

Siglos perdidos, desperdiciados. Si podía encontrar algún consuelo en su actual situación era que no podía recordar cuál había

sido el último iniciado en la capilla de los Cinco Distritos que hubiera sobrevivido lo suficiente como para pasar por los siete rangos del noviciado y ganarse el codiciado título de oficial.

El principal beneficio que acarreaba tan elevada condición, tal como Foley lo veía, era que el oficial recién nombrado era asignado de inmediato a otra capilla. La justificación oficial para esta política era que eso permitía a cada estudiante la oportunidad de gozar de muchos tutores diferentes en el difícil camino que conducía hasta la maestría. La razón no oficial, sospechaba Foley, era que eso impedía que los regentes desarrollasen grupos demasiado fuertes de partidarios leales.

Entonces lo asaltó un pensamiento, un pensamiento astuto y placentero. Era un aspecto de su actual condición que hasta entonces no había considerado. Se maldijo y se llamó necio por no haber reparado antes en ello.

Con tres novicios confiados por completo a su cuidado, se le había concedido una oportunidad preciosa, la materia prima necesaria para forjar una facción, un bloque de poder. Sí, ya contaba con aliados y agentes por toda la capilla, pero la relación mentor/novicio creaba un lazo mucho más formidable. Era la cosa más próxima al lazo místico que unía a un sire con su progenie que se permitía entre los estrechos confines de la capilla.

Los planes empezaban ya a decantarse, a destilarse, a sublimarse. Daría comienzo de inmediato. Lo primero que haría a primera hora de la siguiente noche sería pedirle a Sturbridge el primero de sus nuevos pupilos. Ella no se lo negaría.

De inmediato, sus pensamientos regresaron a Jacqueline. Sí, pensó, sería una excelente elección. No importaba que la presuntuosa cachorra ya hubiese pasado unas pocas décadas de instrucción bajo la tutela de otro maestro. El rango, después de todo, tenía que tener sus privilegios.

Se aseguraría de que su nueva pupila fuese convenientemente recompensada por la difícil elección que había hecho.

Foley canturreó en voz queda para sí mientras regresaba a sus preparativos.

Esa noche ardían cinco velas sobre la mesa de laboratorio. Otra

de sus creaciones de doble mecha estaba clavada en la escarpia de hierro que sobresalía de la esquina noroeste de la mesa. Cada uno de los cuatro puntos cardinales ostentaba una achaparrada vela votiva: dorada al este, roja al sur, azul al oeste y verde en el norte. En el mismo centro, la caja con la flor de lis yacía abierta, revelando la enigmática canica de color rojo turbio.

Un lápiz negro aguardaba en la mano derecha de Foley. La izquierda, envuelta cuidadosamente en un prístino vendaje de lino blanco, logró coger las delicadas tenazas de plata. Esta vez no estaba dispuesto a dejarse sorprender. Había revisado con exhaustivo detalle el recuerdo del malogrado ritual de la pasada noche. Al menos una docena de veces.

No había estado preparado. El experimento había escapado de su control. Todavía no estaba del todo seguro de qué era lo que había interrumpido la reacción mística en cadena que comunicaba la llama de la vela y la piedra, desterrando con ello al funesto ojo amarillo al que en su temeridad había invocado.

Era posible que, sencillamente, el llameante orbe se hubiera quedado sin combustible. Cuando hubo recuperado el dominio de sus sentidos, había visto que la vela se había consumido hasta la misma superficie de la mesa. La escarpia de acero sobresalía con aire desafiante del grumo de cera púrpura veteado de amarillo.

También era posible que él mismo hubiera interrumpido el lazo al soltar la piedra. Tras una búsqueda frenética había encontrado su perdido premio bajo la mesa, en donde había terminado tras caer por el borde y rodar hasta detenerse contra una de las patas talladas en forma de patas de león.

Esa noche, Foley no iba a correr riesgos. Había protegido los puntos cardinales con los cuatro elementos. Con el lápiz de sebo en la mano, dio comienzo a la invocación de los cuatro arcángeles protectores. Como si estuviera impulsada por una voluntad propia, su mano garabateó, uno tras otro, cada uno de los cuatro nombres en finas y arácnidas letras árabes. Al este, la leyenda bajo la llama dorada reveló *Rapha-el, el sanador*. El sur ostentaba el nombre *Micha-el, el guardián*. El oeste proclamaba, *Gabri-el, el heraldo*. Y el norte rezaba simplemente, *Uri-el, el recolector*.

Específicamente, el epitafio de esta última vela no hacía mención alguna al "ángel de la muerte". Foley era lo bastante supersticioso para saber que poner por escrito la palabra "muerte" era una forma de atraer la mala suerte, y mucho más utilizarla en una inscripción ritual.

Una vez completadas sus protecciones, Foley extrajo cautelosamente la gema, cuidándose mucho de que no entrara en contacto con su piel. Empezó a aproximarla con suma lentitud a la llama de la vela:

Veinte centímetros. Diecinueve. Dieciocho. Calma ahora. Diecisiete. Ningún cambio. Dieciséis...

La llama de la vela chisporroteó un instante y entonces estalló hacia arriba. Foley retrocedió medio paso. Como si estuviese sintiendo su debilidad, la llama se precipitó hacia delante, restallando como un látigo. Alzó la mano izquierda para escudarse los ojos y, a mitad del golpe, la gota de llama cambió de dirección y siguió a la gema.

Advirtiendo el verdadero peligro un momento antes de que las dos entrasen en contacto, Foley apartó apresuradamente la gema y la colocó dentro de la protección del diagrama grabado con luz de velas y lápiz de sebo sobre la mesa de laboratorio.

La viscosa llama se detuvo frente a la invisible barrera y el aire crepitó ante su repentina detención. La ígnea emanación se balanceó momentáneamente, como una serpiente, antes de regresar al lugar que le correspondía en lo alto de la vela púrpura.

Se arrolló sobre sí misma, retorciéndose, sacudiéndose... antes de transformarse en un ardiente ojo amarillo.

Se miraron el uno al otro a través del diagrama de protección que los separaba. El ojo parecía enfurecido por la frustración. La vela estaba casi consumida por completo a causa de la intensidad del goterón de fuego. Foley sabía que no tenía demasiado tiempo.

Su mano derecha encontró el lápiz de sebo y, de forma convulsa –como la mano de una torpe marioneta–, empezó a garabatear marcadas letras árabes.

Repentinamente, las cinco velas se apagaron.

Foley se puso tenso, esperó el inminente ataque.

Nada. Silencio. Oscuridad.

Se obligó a inhalar profundamente, a exhalar. Un ritual de purificación. Habían pasado muchos años desde la última vez que el hábito de la respiración le reportara beneficios prácticos. El mero acto se había transformado en una de sus herramientas ceremoniales.

Invocó una luz utilizando la magia más humilde que conocía. El Zippo gorjeó, soltó una chispa, se encendió.

En cuestión de segundos caminaría hasta el interruptor de la luz, recogería sus herramientas, borraría de forma metódica toda señal del experimento de aquella noche. Pero aún no.

Con creciente impaciencia sostuvo el encendedor sobre la cruel escarpia de la esquina noroeste de la mesa.

Allí, en su base, oscurecida parcialmente por un charco de cera que se coagulaba a toda prisa, había una sencilla palabra: *Hazima-el*. El embustero.

LUNES, 19 DE JULIO DE 1999, 1:00 AM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

Los tres golpes fueron más suaves esta vez, más contenidos y puntuales al segundo.

–Pase –respondió Foley con voz imperativa. Jacqueline entró en la habitación con la solemnidad de una condenada. Permaneció de pie y en silencio frente al secundus, los ojos cautos, la postura defensiva. Foley no levantó la mirada del expediente de aspecto oficial que tenía delante. Permitted que el incómodo silencio se alargase. De tanto en cuanto, atacaba el texto con una rápida nota en el margen.

Jacqueline descubrió que aguzaba la vista tratando de distinguir lo que decían sus anotaciones. Se maldijo en silencio y asumió una pose de calculado desinterés. Foley le estaba ofreciendo un cebo.

–Su Regencia me ha dicho que deseabais hablar conmigo
–Sturbridge había dicho mucho más, pero Jacqueline no veía razón alguna para facilitarle la entrevista a Foley.

Éste levantó la mirada y la observó sin expresión alguna, como si estuviese tratando de desenfocar su rostro.

–No recuerdo haberme dirigido a ti, *novitia*.

–No, Secundus... Regente Secundus –se enmendó.

Foley devolvió la atención al expediente. Jacqueline estaba inquieta e incómoda. Se encontró contemplando un paisaje poco inspirado, una escena campestre de principios de siglo que colgaba tras la mesa del secundus. Eran los colores lo que más la desagradaba, descubrió tras unos momentos de reflexión. Eran demasiado brillantes para el tema. Y por alguna razón había algo erróneo en la textura.

La comprensión cayó sobre ella y se le erizó la piel. No era una pintura; era un collage. El cuadro estaba minuciosamente elaborado con centenares de alas de mariposa arrancadas una a una.

–¿Algo va mal, *novitia*? –Foley dejó la pluma a un lado y cruzó las manos sobre el escritorio, frente a sí.

Con esfuerzo, Jacqueline apartó la mirada de la macabra obra de arte.

–No, Regente Secundus.

–He estado revisando tus progresos.

–Es muy amable de vuestra parte. Estoy segura de que mis humildes logros no se merecen vuestra atención.

–Cierto. No son tus logros, sino más bien tu lugar en el seno de esta orden lo que está en cuestión aquí. Seré breve. He discutido tu caso con la Regente Sturbridge y ella coincide por completo con mi análisis. Demuestras gran potencial, Jacqueline, pero sin disciplina formal y una instrucción estructurada, este potencial sólo conducirá a la frustración, el fracaso y la autodestrucción. Es una senda bien conocida y no me gustaría ver cómo te pierdes por ella.

El tono de Jacqueline fue tirante y formal.

–Os agradezco vuestros esfuerzos en mi favor.

–Consecuentemente –continuó él sin prestar atención a la interrupción–, se me ha ofrecido asumir la responsabilidad personal de guiarte a salvo a través de las complejidades del Cuarto Círculo del noviciado. Tu nuevo curso de estudios comenzará de inmediato.

–Eso es muy generoso por vuestra parte, Regente Secundus.

Pero estoy segura de que no es necesario cargar a alguien de vuestro estatus con tan humilde y poco gratificante tarea. El maestro Ynnis es bien capaz de...

–Ya no estás bajo la tutela del Maestro Ynnis. Pero no te confundas. Tu nuevo aprendizaje no te excusará en modo alguno de tus actuales lecciones o responsabilidades. Continuarás recibiendo las lecciones rudimentarias en el Ars Sanguine junto con el resto de tus compañeros. Aquí nos dedicaremos a perfeccionar... otras artes. ¿Me has entendido?

–Creo que sí, Regente Secundus.

–Excelente. Tengo la intención de empezar de inmediato. Puedes hacerlo recitando la conversación que hemos mantenido hasta el momento.

Jacqueline reflexionó durante un momento.

–Dijisteis que habíais revisado mis progresos y discutido mi caso con la Regente. Dijisteis que, sin disciplina y orden, mis talentos naturales se arruinarían. Con efecto inmediato, asumiréis la responsabilidad de mis estudios hacia el Cuarto Círculo. Responderé antes vos en vez de ante el Maestro Ynnis. Continuaré con mis lecciones y mis responsabilidades en las salas de los novicios. ¿Hay algo más?

Era evidente que la paciencia de Foley se estaba agotando.

–Te daré la entrada. Yo dije, "Pase".

–¿Queréis decir la conversación entera, al pie de la letra? No la recuerdo palabra por palabra. Habéis dicho algo así como "Siéntate, he estado revisando tus progresos".

Foley suspiró de forma exagerada y empezó a frotarse las sienes.

–No. No sigas, por favor. Sólo conseguirás demostrar aún más tus limitaciones. No sabes. De ahora en adelante, habrás de saber. Tienes que recordar. ¿Estoy siendo lo bastante claro? Veo que tendremos que empezar con las artes mnemónicas.

La voz de Jacqueline fue desapasionada, formal.

–Debo saber. Debo recordar. Estáis siendo lo bastante claro. Veis que tendremos que empezar con las artes mnemónicas.

–Mejor. Todavía yerras, pero al menos parece comprender lo

que se espera de ti. Dime, ¿de dónde crees que dimana nuestro poder?

–*El poder reside en la sangre* –Jacqueline recitó de forma automática la respuesta tal como la expresaba el catecismo del Primer Círculo.

–Ah, veo que al menos recuerdas algo de tu instrucción. Puede que todavía no esté todo perdido. Dime, y en cuanto a este poder, ¿estás segura de que no proviene de la voluntad?

–*La sangre observa el mundo a través de la voluntad.*

–¿Y no de la mente?

–*La mente es el conducto de la sangre.*

–Entonces, ¿me está diciendo que la sangre fluye a través de la mente?

–*La sangre no fluyó. Ni caerá. Se engendró en el corazón del Padre.*

–¿Tu sangre no fluye? Si te corto, ¿no sangrarás?

–*No soy yo quien fluye, sino sólo el Padre.*

–¿Y cómo es eso?

–*Mi mente es una vena abierta. A través de mí, el Padre derrama la vida en el mundo.*

–¿A qué forma, entonces, debe aspirar la mente? ¿Debo convertirme en un estrecho y recto canal? ¿Un canalón? ¿Una artesa?

–*La mente es una pirámide con siete escalones. Siete, el número de los Fundadores. Siete, el número del Concilio. Siete, el número de los órdenes del misterio. Siete, el número de los círculos dentro de cada orden. Siete, el número de las artes que se alzaron de las cenizas de aquellos que se perdieron. Siete, el número de los días de la hechura del mundo. Siete, el número de la completitud.*

–Precisamente. La mente es una pirámide de siete escalones, Jacqueline, una jerarquía ordenada de forma estricta. Del mismo modo, el clan Tremere se ordena en una pirámide de siete escalones. Sin esa disciplina, el centro no puede sostenerse. Debes poner en orden tus pensamientos, tus miedos, tus deseos. Eso aportará estructura a la pirámide de tu mente y reforzará la pirámide de tu clan. ¿Comprendes estas cosas?

–Sí, Regente Secundus.

–La próxima vez que nos encontremos, me recordarás el contenido de esta conversación. Su contenido exacto. Además, leerás y memorizarás un pequeño tratado que tengo aquí para ti. Es el *de Memoria* de Aquinas. Sí, ya imagino que no estarás familiarizada con la obra. Nunca disfrutó de lo que podríamos llamar una difusión generalizada. ¿Podemos dedicarnos ahora a asuntos más prácticos? Excelente.

El secundus cerró el expediente y lo dejó a un lado.

–Ahora realizaremos un sencillo y pragmático examen de tus progresos. Este tintero nos servirá a las mil maravillas –lo colocó directamente frente a ella–. Utilizarás tus artes para moverlo por la mesa. Debo advertirte, no obstante, que esta pieza en particular fue un regalo y le tengo bastante cariño. No toleraré que le causes el menor daño.

Una mirada de aprensión cruzó el rostro de la novicia. Empezó a protestar.

–Puedes empezar –la interrumpió él.

Jacqueline contempló la mirada en el rostro de Foley: imperiosa y ansiosa por tener una discusión. Abandonó toda objeción. Se resignó y se encaró con su delicado oponente tallado en cristal.

El metro de mesa que mediaba entre Foley y ella se le antojó de pronto una distancia enorme. Desesperada, se aferró al borde de la mesa, como si quisiera inmovilizarla para impedir que se alejase más. Frunció el ceño y su rostro adoptó una expresión de concentración intensa. Murmuró lo que podrían ser fragmentos de versos en un griego quebrado. Todo su cuerpo estaba tensamente erguido. Podía sentir la presión de la tabla de madera de la silla apretándose contra la columna vertebral. Eso la ayudó a mantenerse con los pies en la tierra, centrada. Todas las demás impresiones estaban remitiendo a toda velocidad. Ya no pensaba en Foley, ni en el fracaso, ni en la humillación.

Su austera figura era un ardiente crisol de arcilla y temblaba ligeramente por el esfuerzo de tener que contener las crecientes energías que se acumulaban en su interior. Sus ojos se volvieron vidriosos, su mirada vacía no enfocó a nada al principio y luego se volvió hacia lo alto. Incluso sus rasgos parecieron borrarse mientras su

rostro se volvía pálido, suave, quebradizo... cobrando el aspecto de una fría e implacable porcelana.

Foley, por su parte, no dedicó una sola mirada al tintero, supuesto objeto de su experimento. Estaba interesado más bien en estudiar las líneas del rostro de Jacqueline. Ya empezaba a distinguir las finas grietas que recorrían su compostura. Las fallas por las que brotarían en tropel las furias, los miedos y los deseos que la novicia no había logrado dominar, haciendo añicos la delicada máscara china.

Sacudió la cabeza ante lo absurdo que resultaba. Era evidente que a la novicia le faltaba disciplina, autoconocimiento, instrucción formal. Ni siquiera había logrado dominar las artes mnemónicas. ¿De verdad pensaba que podría mover el tintero sólo con pensarlo muy fuerte? Era como observar los primeros y torpes esfuerzos de un bebé. Aunque a la mayoría de los bebés, admitió Foley, no se les permitía trastear con tan volátiles juguetes.

Acababa de decidir intervenir cuando un sonido lo distrajo. Un burbujeo húmedo, pesado.

Bajó la mirada hacia el tintero, justo a tiempo de ver cómo una segunda burbuja sucia se alzaba hasta la superficie del tintero y reventaba, derramando una gota sobre el labio de la abertura. La cuenta de intenso color rojo pendió en equilibrio un instante, resplandeciendo de forma húmeda contra el cristal. Entonces resbaló lentamente hacia abajo.

—¡Basta!

Jacqueline se sobresaltó, como si acabara de recibir un golpe.

Foley alargó una mano para llevarse el tintero, para esconderle los fallidos resultados de sus esfuerzos. Lo pensó mejor y la apartó.

Con toda calma, preguntó:

—¿Debo medir la distancia?

Jacqueline miró con aire preocupado el tintero. Seguía exactamente en el mismo sitio en que Foley lo había dejado. No se había movido un ápice. Su desilusión inicial dio paso a la perplejidad.

La superficie de la tinta parecía hervir de actividad. Vetas viscosas de color rojo se abrían camino entre la masa de tinta, negra como el azabache. Estallaban en la epidermis de su superficie y se extendían... jadeando, filtrándose, coagulándose. Ella lo observó

mientras capa tras capa de vida derramada trepaba por las paredes del tintero hasta que su mero peso ahogó las nuevas burbujas que estaban tratando de formarse. Al cabo de unos momentos, todo volvió a estar en calma.

–No entiendo –susurró Jacqueline–. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ido mal?

–¿No lo entiendes? Toma. Lo has mancillado con tu sangre. A mí ya no me sirve de nada.

–¿Pero cómo?

Ahora Foley estaba enfadado.

–Debes pensar. Y debes cuestionarte las cosas antes de actuar. El poder reside en la sangre. La voluntad es la ventana de la sangre al mundo. Pero la mente es el conducto. Si la mente no está disciplinada, enfocada y entrenada, el poder de la sangre se libera, pero carece de forma. Golpea donde le place. Los resultados de tales esfuerzos sin propósito son monstruosidades... actos que no sólo ofenden a la naturaleza, sino también a la razón. ¿Crees que eso ha sido magia? ¿Esos torpes y ciegos tanteos de la voluntad sin dirección ni propósito? *Esto* contiene más magia que tus patosos e infantiles esfuerzos.

Foley extendió una mano y levantó el tintero. Lo sostuvo con aire desafiante frente a su rostro un momento antes de volver a dejarlo en el mismo sitio con un fuerte golpe.

–Poder. Voluntad. Enfoque. Resultados –alzó un dedo para acallar la réplica de Jacqueline–. ¿Acaso esto no ha sido magia? ¿Porque he levantado el tintero con algo tan mundano como los músculos, los huesos, los tendones? ¿Qué crees que es precisamente la magia? No, ahórrame más demostraciones de los terribles vacíos de tu entendimiento. Yo te lo diré. Es utilizar la voluntad para imponer un reflejo del perfecto orden del mundo interior a la entropía del mundo exterior. Al principio, la Tierra carecía de forma y era el vacío. La magia es el perpetuo y continuo acto de la creación.

Jacqueline no pudo contenerse más.

–Pero esto –levantó el tintero y volvió a dejarlo frente a sí con un golpe–, no es magia. ¿Por esto hemos sacrificado tanto? ¿Nuestras vidas, nuestras familias, nuestros amigos? ¿O acaso es

demasiado abstracto para vos? Después de todos estos años, estéis un poco hastiado, un poco cansado. Ideas, principios, ya no logran penetrar la endurecida piel. Bueno, ¿qué hay de las cosas que importan, lo concreto, lo real? ¿El tirón de la pegajosa mano de un niño? ¿El sabor del chocolate? ¿El brillo de la luz del sol a través de un cristal tintado? Yo no abandoné todo eso sólo para que me dijerais que lo mismo podría haber levantado el maldito tintero.

–Harías bien en recordar que te estás dirigiendo a un superior
–Foley echó la silla hacia atrás y caminó con lentitud hasta encontrarse exactamente detrás de ella–. Pero sí, resulta bastante más eficiente mover el tintero con la mano. La naturaleza te ha proveído de herramientas deliciosamente apropiadas para la tarea.

Un frío toque acarició su mejilla. Su primer instinto fue encogerse y rehuirlo, pero se mantuvo inmóvil. Ni se apartó ni se volvió para demostrar que había reparado en aquella caricia no deseada.

–Entonces, ¿no es más que eso? ¿La magia consiste tan sólo en tomar el camino más fácil? ¿Un protocolo de ahorro de energía? ¿Un mecanismo pintoresco y arcaico?

–No entiendo por qué debería eso enfurecerte tanto. Si tienes que mover el tintero con la mano, debes entrenar tu mano. Si quieres moverlo con la mente, debes entrenar tu mente.

Lo primero que registró la mente de Jacqueline fue el sonido producido por el tintero al apartarse de ella sobre la superficie de madera. La visión, o quizá la aceptación de esa visión, tardó más en llegar. Se demoró un poco más allá de la sensación deprimente que se había formado en el fondo de su estómago.

Desde detrás, Foley posó ambas manos sobre sus hombros. No era un gesto que la confortase. Se inclinó hacia ella y le susurró a un oído:

–¿Te gustaría aprender a mover el tintero sólo con la mente? Yo podría enseñarte, ¿sabes? ¿Eso te gustaría? ¿Qué yo te enseñara?
Ella se estremeció.

–¿Piensas que sería difícil? ¿Arduo? Las largas noches de estudio. ¿Meses, años quizá? ¿Estarías dispuesta a hacer los necesarios... sacrificios? ¿O preferirías lamentarte con absurdos sentimentalismos... dedos pegajosos, chocolate fundido, bonitos

colores?

Foley sintió que se ponía tensa. Sonrió y se aproximó para cobrarse la presa.

–¿Te sorprendería, me pregunto, descubrir que podría enseñarte a mover al tintero en poco más de un centenar de horas de estudio concentrado? Casi el mismo tiempo que se tarda en enseñar a leer a un niño mortal. ¿Eso te sorprendería? Tú misma fuiste profesora una vez. Seguramente has enseñado a algún niño a leer. ¿Qué podría ser más sencillo? ¿Qué podría ser más natural? ¿Te gustaría eso? ¿Te gustaría que te lo enseñara?

Un cambio se había producido en Jacqueline. Su voz era más grave. Sonaba como si llegara desde una gran distancia. Como un eco surgido del fondo de un profundo pozo.

–Me... me gustaría.

–Bien. Esperaba que dijeras eso. Estoy seguro de que nos divertiremos mucho juntos. Sí, estoy impaciente por disfrutar de los años venideros.

–¿Años? Pero vos dijisteis...

–Oh, sí, años. Quizá décadas. Pero no te preocupes, no hay prisa. Literalmente, tenemos todo el tiempo del mundo.

–Cien horas –repitió ella, obstinada. Parte del fuego estaba regresando a su mirada–. Eso habéis dicho, cien horas. Incluso con una sola hora por noche, apenas llega a los cuatro meses.

–Me temo que me has malinterpretado. Dije que *podría* enseñarte en cien horas. Cualquiera podría hacerlo, en realidad. El poder ya está en ti... en la sangre. Sin embargo, a pesar de tu entusiasmo, no tengo la menor intención de liberar el poder en tu interior con tamaño apresuramiento. No me lo agradecerías, puedes estar segura. Eres ambiciosa y eso es una ventaja. Pero debes templar tu ambición con paciencia. Tendrías poder, sí. Eso es obvio. Pero tendrías muchas más debilidades. Es la falta de disciplina. Te hace vulnerable.

–Pero me habíais prometido...

–No te he prometido nada, excepto que te enseñaría. No nos apresuraremos en tu entrenamiento. Seremos mucho más... concienzudos. La instrucción de los novicios es algo en lo que me

tomo un gran interés. ¿Quieres que empecemos por el principio?

La inesperada oferta de comenzar inmediatamente socavó las objeciones de Jacqueline. Todavía quería discutir, enfrentar a Foley con sus imprecisas promesas, arrojarle sus transparentes manipulaciones a la cara. Pero ninguno de sus insultos, ninguna de sus manipulaciones poseía el peso de aquella imperativa llamada, el sonido hecho por el tintero al deslizarse, aparentemente por propia voluntad, sobre la mesa de laboratorio.

–Estoy preparada, Regente Secundus.

Foley no dio señal alguna de recrearse en su victoria.

–El problema es precisamente que no estás preparada. Te faltan los cimientos adecuados para comprender incluso los fundamentos de lo que voy a enseñarte. Te falta la disciplina necesaria para memorizar mis palabras, para revisarlas cuando, con el tiempo, hayas logrado dominar los aspectos básicos. No puedo permitir que tomes notas por escrito por razones obvias, así que debes arreglártelas lo mejor que puedas. Son siete las lecciones que yo imparto: las siete grandes verdades de la pirámide Tremere. Si no estás preparada para recibirlas, tu esfuerzo está condenado al fracaso desde el principio y te verás relegada al reino de la frustración y la derrota. Las siete lecciones de la pirámide son Discontinuidad, Jerarquía, Apatía, Favor, Autoridad, Documentación y Vigilancia. Naturalmente, la próxima vez que nos encontremos las habrás olvidado todas.

»De modo que esta noche sólo nos referiremos a la primera. La primera lección que le enseñé a cada uno de mis estudiantes es la de la discontinuidad. Descargo sobre ellos una tormenta formada por fragmentos de astrología, cabalística, quiromancia, teorías de la conspiración, mitos griegos, ritos católicos, el Tarot, cristales, drúidicos, Gehena, demonología, teoría de la evolución, alquimia, el Libro de los Muertos, Lovecraft, los misterios órficos, los OVNI, el Ciclo del Grial, Nostradamus, la teoría cuántica, los arcángeles, la Rama Dorada, relativismo radical, neopaganismo, el Libro de Nod, la herejía catara, etc. Nada de cuanto enseñé está contaminado por contexto específico alguno. Las progresiones lógicas –ya sean cronológicas o conceptuales– son suprimidas sin miramientos. Todas las teorías, incluso aquellas que se sostienen de manera más precaria, reciben un

mismo trato. Cada una de ellas se presenta como si todas fueran igualmente plausibles y, a fin de cuentas, verdaderas. Si un estudiante da señales de estar entusiasmándose con alguna, inmediatamente cambiamos de tercio, si es posible por una tradición que vilipendia o al menos contradice abiertamente la anterior. Pero hay muchas más distracciones que impiden que la mente del novicio se acomode en cualquier teoría particular. La capilla es una sinfonía de campanas y alarmas, que tañen las horas de servicio y las de estudio; que convocan a los fieles a las reuniones o las comidas; que anuncian la llegada de emisarios o invasores. En medio de tan frenética actividad, existe una elegante discontinuidad, no sólo de temas sino también de ritmos. Los beneficios de la discontinuidad son legión. Desanima el exceso de especialización, el apego a las cosas y el sentimentalismo. Proporciona al novicio la base de conocimiento más amplia posible. Le hace desarrollar saludables reservas de sofismo, cinismo e intelectualismo para poder navegar por los enfrentamientos cósmicos. Pero, y esto es lo más importante, reconcilia al novicio con su nueva existencia. ¿Qué utilidad tienen la continuidad, la interconexión, la lógica de causa y consecuencia en un mundo en el que incluso el inevitable lazo entre la vida y la muerte ha sido cortado de forma irrevocable y por completo?

Jacqueline escuchaba con horror creciente. Foley estaba dando rienda suelta a un cinismo siniestro. A juzgar por sus palabras, el sistema que estaba describiendo era poco menos que una sentencia de muerte. Décadas, quizá siglos perdidos con el único fin de preservar una institución monolítica y ruinosa.

Si Foley creía que podía encadenarla a una prisión como aquella, tendría que sacarlo de su error.

–Tres talentos que son muy apreciados en Irlanda –empezó a decir Talbott, reuniendo a su alrededor al gentío como la gallina madre–. Un verso diestro, música en el arpa y el arte de afeitar los rostros. Tres sonrisas que son peores que las penas: la sonrisa de la nieve al fundirse, la sonrisa de tu mujer cuando otro hombre ha estado con ella, la sonrisa del mastín a punto de saltar. Tres escaseces mejores que la abundancia: la escasez de parloteo innoble, la escasez de vacas en un pequeño pasto y la escasez de amigos alrededor de la cerveza. Esto es lo que nos dice la Tríada... ah, gracias. –Talbott aceptó la copa que se le ofrecía–. Y no es menos cierto hoy de lo que lo fue en tiempos del bendito Padraig.

La palabra "Padraig" brotó apagada en medio de la espesa cerveza tostada. Talbott bebió profundamente y con gran deliberación.

Normalmente, la antecámara de la Capilla de los Cinco Distritos solía tener algo así como el aspecto de una lujosa biblioteca. Las estanterías, que cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo, contenían un sinnúmero de textos eruditos encuadernados en los terrosos tonos del cuero repujado, interrumpidos tan sólo por el agudo contraste de los brillantes herrajes.

La ordenación de los libros era precisa, si bien inútil. Los volúmenes se agrupaban por el más evidente y sencillo de los criterios: el color. Este método alentaba un hojear ocioso y desinteresado y frustraba cualquier intento de descubrir información de verdadero interés. Los frecuentes visitantes de la capilla habían tenido el valor de señalar abiertamente la curiosa y desproporcionadamente numerosa representación de las obras de un tal señor Z. Grey entre las estanterías.

Al otro extremo de la antecámara, más allá de la antiquísima puerta doble de madera de roble, decorada con paneles tallados –las dos fieles y apreciadas hojas se inclinaban a ojos vista sobre sendos goznes flojos– se encontraba el Grande Foyer y la Capilla propiamente dicha. La antecámara, no obstante, era el señorío privado de Talbott. Él era el hermano portero, el guardián de las puertas, el guardián del camino. Había servido fielmente a la capilla durante casi cuarenta años.

Durante este período había podido contemplar gran parte del misterio y la majestad de los Tremere. De hecho, uno no podía pasar demasiado tiempo en la vecindad del destartado Gran Portal sin asistir a una buena dosis de la magia casual que goteaba por él.

Sin embargo, en todo el tiempo que había pasado acompañando a suplicantes, místicos, dignatarios y alguna que otra mascota extraviada al otro lado de aquel portal formidable, Talbott nunca había atravesado las grandes puertas en su aspecto de Portal de la Iniciación.

Ni una sola vez había probado la fruta prohibida.

–Nunca he sentido la tentación –podía oírsele decir con aire satisfecho a algún huésped pasmado–. No señor, ni siquiera he sentido la tentación.

Aquella noche, los adornos de la formal sala de espera habían sido apartados sin miramientos y relegados a las esquinas más lejanas. Talbott presidía la reunión de un grupo exaltado de novicios, lugareños, veteranos y algunos de los más aventureros estudiantes de la escuela de los pisos superiores. Todos ellos guardaban un respetuoso silencio mientras esperaban que Talbott dejase el vaso y volviese a retomar el hilo de su relato.

No obstante, un centenar de tenues sonidos traicionaban su paciente espera. Una jarra de barro arrastrada sobre la áspera superficie de una mesa. El crujido de una silla apoyada sobre dos patas. El chasquido de una cerilla, su chisporroteo al encenderse.

La puerta que conducía a la calle se abrió hacia dentro. La luz de la luna penetró difuminada formando un perezoso y enroscado cono a través del omnipresente humo. Una nube uniforme llenaba la sala desde el techo hasta el suelo, lo bastante espesa a la altura de los ojos para ensombrecer visiblemente el interior. Un humo dulce, formado a partes iguales por el fuego de turba y el tabaco.

Huele a moho, pensó Talbott. Verde, húmedo, vivo.

El aroma lo sorprendió con el recuerdo del que era uno de sus lugares preferidos cuando era joven: una pequeña hondonada de tierra escondida bajo las expuestas raíces de Bent Willow. Asomándose por la celosía capilar formada por las fibras de las raíces, Talbott había contemplado cómo se deslizaban las tardes en pos del

Río de la Vida mientras éste se abría camino, sin ninguna prisa, a través de los exuberantes y verdes pastos de Meadth. El hogar.

Sacudió la cabeza como si pretendiera desalojar la imagen de allí, pero lo hizo con suavidad. El pasado era tenaz. Se aferraba con fuerza, arrastraba la vida, bebía la juventud. Pasó una de sus manos nudosas por su escaso y plateado cabello para apartarlo de sus ojos. *Una vez fue dorado, pensó. Pobres recompensas de hecho por toda una vida de servicio.*

Desde la puerta abierta que daba a la calle penetraron varias voces. Irrumpió de forma abrupta una risa tres niveles demasiado ruidosa para el estrecho espacio.

–Lo siento, mozos. –Rafferty trató de suspirar, pero lo que obtuvo fue algo situado entre su objetivo y un cacareo. Cerró la puerta apoyándose pesadamente sobre ella. Bajó con rapidez los tres escalones hasta la atestada calidez del interior.

–Ya la has cagado –se escuchó un murmullo a modo de respuesta–. ¿Y qué hubiera dicho de esto su querida madre?

–Diría que el chico fue siempre un buen estudiante –dijo una voz distintivamente maternal desde algún lugar situado en la cercanía del fuego–. Más triste aún es que no escogiera otro campo de estudio.

Rafferty se dirigió de forma subrepticia hacia la chimenea, con la cabeza agachada, como si esperara un golpe. Se agachó, le dio a la mujer un beso en la mejilla sin más ceremonias y luego se alejó para coger otra pinta.

Talbott dejó la jarra en la mesa con audible satisfacción y prosiguió donde lo había dejado, como si no hubiera habido ninguna pausa.

–Y no es menos cierto hoy de lo que lo fue en tiempos del bendito Padraig. Habréis, sin duda, escuchado cómo el Buen Padraig expulsó a las serpientes de Eire.

Talbott esperó a los gestos de asentimiento antes de dar una vuelta por la habitación.

–Oh, vamos Talbott. Ésa ya nos la conocemos. Danos algo fresco, ¿quieres? –la voz era familiar y quizá un poco demasiado alta para un lugar tan estrecho.

Talbott sonrió. Una sonrisa con una brizna maliciosa.

–Muy bien, saltimbanquis paganos, si no queréis oír la historia del Bendito Padraig, y no es que crea que alguno de los presentes pudiera soportar un codazo en la dirección apropiada, cuidado, ¿cuál os contaré? La de Etain es un poco menos casta, pero no sé si podré terminarla sin sonrojarme y balbucir delante de la presente concurrencia.

Su exagerada reverencia dirigida al grupo de jóvenes damas fue recibida con un coro de comentarios en general poco amables que parecieron disipar tanto la fuerza como la autenticidad de sus supuestos escrúpulos.

Alzándose para responder al desafío, la voz de Talbott bramó brevemente sobre el tumulto para ofrecer los antiguos versos en precisa métrica y anatómico detalle. Sin dejar de reír, permitió que la indignación avergonzada de las damas ahogara su voz.

–Bien, pues. Ya veo que todavía podéis ser redimidas –capituló–. Algo intermedio, entonces, entre la intachable santidad y las inmodestas hazañas de Etain. ¿Qué tal...?

–¿Por qué no nos cuentas el Cuento de Aisling? –La suave, casi tímida voz se abrió camino con limpieza entre el estruendo reinante. *Una de las novicias*. Talbott se volvió y esbozó una sonrisa cálida. *Eva*.

Los conocía a todos tanto por su voz como por su aspecto. Sabía quiénes eran. Sabía por qué venían. Sabía lo que aquel lugar les hacía.

Otros se habían vuelto también. No todos ellos mostraban la misma compasión. Algunos observaron a la novicia con suspicacia abierta e incluso una cierta hostilidad. Sus pensamientos resultaban claros en sus semblantes. *El cuento de Aisling. Aisling Sturbridge. La señora de la casa*.

Aquellas pequeñas reuniones de Talbott caminaban por una línea muy estrecha. Al reunir iniciados de la capilla con gente del exterior, siempre existía la posibilidad de que algo se escapara. Algo revelador. Algo... desafortunado.

–¿El Cuento de Aisling? Pues ésa es una petición peculiar, sí. Déjame pensar –sus ojos escudriñaron el rostro de la novicia en busca de sus motivos, pero sólo encontró en ella una curiosidad

encantadora y casi infantil—. Bueno, pues a decir verdad existen, no uno, sino muchos cuentos de Aisling. Pues "Aisling" significa algo así como "gesta onírica" en la vieja lengua, ¿sabéis a qué me refiero? La lengua de los bardos. No pocos de los héroes de Erin han cruzado la imprecisa línea que media entre los mundos de la vigilia y los del sueño. Y han pagado con creces este privilegio.

Eva absorbió ansiosamente esta revelación, pero sus pensamientos ya se precipitaban hacia delante. No logró oír ni prestar atención a esta advertencia.

—Pero, ¿no es cierto que existe un cuento sobre una *dama* llamada Aisling? Una dama que danzaba entre los mundos.

Talbott murmuró algo con aire despreocupado y su mirada se perdió en el fondo de su jarra. Atrapada ya en su propio entusiasmo, Eva se precipitó sin freno hacia delante.

—¿Una que hablaba las palabras del fuego y de la sangre? ¿Una que había firmado un pacto con la muerte y que había perdido a su hija en un oscuro pozo?

Su estallido hizo que Talbott alzara una ceja.

—Parece que debieras ser tú la que contara ese cuento porque, a decir verdad, pareces estar mucho más enterada que yo.

El rostro de Eva brillaba. Su voz era dura.

—¿Existe tal cuento?

Un silencio incómodo había caído sobre la habitación. Talbott dejó que se formara, que avanzara lentamente como una tormenta.

—Por supuesto, chiquilla —la apaciguó—. Siempre existe un cuento. Pero eso no significa que yo lo conozca por completo.

La desilusión, la frustración y el azoramiento pugnaban por el control de los rasgos de la muchacha.

—Lo poco que sé —le ofreció él en tono conciliador—, lo he pagado en oro —*cuarenta años*, pensó, al tiempo que se pasaba una mano cansada por los plateados cabellos. *Plata, oro*—. Este saber me ha costado muy caro.

El regocijo de Eva dejaba bien a las claras que no había oído una sola palabra de lo que él había dicho.

—Me encargaré de que seas bien recompensado por tu esfuerzo. Eso fue un error. Lo supo antes de que las palabras hubieran

caído, pesadas como plomo, en medio de la silenciosa sala.

–Creo que me has malinterpretado –replicó Talbott con una pizca de brusquedad–. No era mi intención ponerle un precio al cuento. No somos verduleras voceando en el mercado...

–Lo siento. No pretendía... –empezó a decir Eva, pero se vio interrumpida abruptamente.

–Como estaba diciendo, conozco *parte* del cuento, pero incluso el menor conocimiento tiene su precio. Lo que no sé es por qué debería relatároslo. Por qué debería ponerte a ti y los demás que se encuentran aquí en peligro.

Eva estaba de espaldas a la sala. Habló en voz baja, intensa, casi cuchicheante, para no ser oída.

–Oh, Talbott. Tengo que comprender. Tengo que comprenderla a ella. Tengo que comprender en qué se ha... en qué me he convertido.

Su rostro estaba muy próximo al de él. Talbott vio que estaba a punto de romper a llorar.

–Calma, pequeña –susurró mientras le tocaba la mejilla–. Ya lo sabrás. –Sin dejar de acariciarla, añadió intencionadamente: – Pero pagarás ese conocimiento por todos cuantos hay aquí.

La tomó del brazo y la sentó a sus pies.

–**"El Dolor de Muelas del Diablo"** –exclamó, rompiendo el silencio que se había instalado en la sala–. Aarón, trae otra jarra de cerveza a un viejo idiota e indulgente. Buen chico...

*

*

Érase una vez en el Condado de Meadth, donde el Río de la Vida discurre en dirección a la Costa del Fin –la rocosa playa cuyo secreto es que sólo conoce partidas y nunca regresos– una niña que había nacido en la copa de un sauce.

Morena como un cuervo negro era ella y tan erguida como un clavo. En su boca llevaba el lenguaje de las bestias y ya sabía hablar antes siquiera de que hubiera aprendido a llorar. Sus ojos eran blancos como la leche pues albergaban la visión de las brujas y en los pulgares tenía sabiduría... sabiduría suficiente para saber que un sauce no era lugar apropiada para una joven muchacha llena de

promesas y ambición.

Bueno, fue allí donde la encontraron y, después de que los hubiera saludado con tamaña educación, difícilmente hubieran podido dejarla allí –quejándose a las mismas bestias de la campiña del trato cruel que le habían deparado–, así que la llevaron a su casa. Y le pusieron por nombre Aisling por que se les antojó que debía de pertenecer al pueblo de las hadas.

¿Cuántos problemas, al fin y al cabo, podía causar una niña pequeña? En su favor debe decirse que podría haberse muerto de añoranza por su casa bajo las colinas hasta que no quedara de ella más que los huesos de los nudillos mondos y lirondos. Sí, le ganó una pena profunda y nadie hubiera dicho que duraría el tiempo necesario para convertirse siquiera en una molestia.

Pero en el mismo día del nacimiento de Aisling, empezó a tañer en el oído del Diablo una campana que no le daría tregua.

Ahora dicen que el Diablo nunca duerme, pero no menos cierto es que uno no puede disfrutar de la desgracia del vecino cuando una campana está sonando constantemente en su cabeza. Durante la mayor parte de la mañana, iba de un lado a otro hecho una furia, distraído, desatendiendo sus obligaciones. Los gemidos de los Afligidos pasaban casi inadvertidos, para desazón colectiva de los susodichos. Aquella indignidad los azuzó para alcanzar cotas de fervor aún más elevadas y muy pronto su malhumor se transmitió incluso a los Impenitentes, lo que no contribuyó demasiado a mejorar la actitud al-Diablo-con-todo que les era propia. Incluso las muchedumbres de los Bienintencionados que hacían cola justo al otro lado de las Puertas podían sentir el cambio que se había operado en la Ciudad Infernal.

Mucho antes de que llegara el mediodía se hizo evidente que las cosas no podían continuar así. Las Calamidades Mayores y Menores se reunieron en asamblea y decidieron elegir una diputación. Con la adecuada parafernalia de pies arrastrados y dientes rechinantes, los más principales entre los Miserables fueron enviados a descubrir qué era lo que afligía a su Amo y Señor.

Como podía esperarse, lo que más afligía en aquel momento al

amo y señor, era la intrusión en su malhumor. De inmediato ascendió a los pobres Miserables a las filas de los Incuestionablemente Obedientes, confiriéndoles todos los tormentos y tribulaciones asociadas con tan elevada posición, al mismo tiempo que realizaba una sugerencia muy acertada referente al lugar al que podían dirigirse aquellos invitados no deseados. Pero incluso entonces, el amo y señor obtuvo poca satisfacción de su crueldad.

–Aire fresco –dijo en alta voz, porque en el Infierno no hay pensamiento que no se exprese en palabras. Siempre podías distinguir a los recién llegados entre las Huestes de los Condenados. Sus pensamientos salían a borbotones de sus bocas, traicionando las palabras pronunciadas con el mismo aliento. Siempre estaban diciendo cosas como "Pero señor, no ha sido culpa mía, demonio con cabeza de cerdo... maldita sea... Lo que pretendía decir. Señor. Lo que pretendía decir, SEÑOR, es ". Llegados a este punto era mejor abandonar y aceptar lo que te estaba reservado. De todas maneras no ibas a poder librarte. Era la naturaleza del lugar. Era el Infierno. Te acabas acostumbrando–. Eso es exactamente lo que necesito para ponerme bien. Un paseo por un prado. Y un trago, sólo uno, para aclarar la cabeza. Ouiskey. Agua de Vida.

–Eso mismo, si su Bajezza tiene a bien repararen mi presencia.

Los Sicofantes habían tenido tiempo de sobra para dominar el arte de armonizar palabra y pensamiento. Todo el tiempo, de hecho.

–Ouiskey. Agua de Vida –murmuró el amo y señor–. Fue uno de mis inventos, ¿sabéis? Lo recuerdo como si fuera ayer mismo. Se lo dije Al De Arriba, cuando nuestra relación era más civilizada. "¿Hálito de Vida?", le dije. "¿Qué van a hacer con el Hálito de la Vida? No puedes guardarlo en la alacena para protegerte del frío del infierno ni llevarlo en el cinturón para alentar al espíritu cuando flaquea. ¿Y qué me dices de las rameras? ¿Qué van a hacer para olvidar la injusticia de todo ello si ni tan siquiera tienen una casa pública decente? No, el agua es lo que Tú necesitas".

Un coro de voces serias pugnaba por llamar su atención.

–Ojalá hubiera estado allí para tomar parte en el... en ese logro glorioso.

–¡Las llamó rameras en Su cara! Qué valor.

–Apostaría a que eso atizó Su justa cólera. Vaya, es asombroso que no os levantara por la espalda y os expulsara del... oh, vaya.

Se produjo la más breve de las pausas mientras la estricta jerarquía del Infierno se reajustaba con la rapidez y sutileza de una trampa para osos al saltar. Al momento siguiente fue como si el desgraciado cortesano nunca hubiera existido.

–Estúpido –clamaron a coro los Recalcadores de lo Dolorosamente Obvio, haciendo dos palabras diferentes de ella–. Es túpido.

–¡Silencio! –exclama el Diablo. Y Silencio responde a su llamada.. La Hueste de los Condenados se hace a un lado lo mejor que puede y se agita incómoda mientras ésta pasa a su lado.

Ahora dicen que Pecado tiene un único hijo y que su nombre es Muerte. Y que es heredero por derecho del Reino del Hombre. Y que más tarde o más temprano todos han de acudir a rendirle homenaje.

Pero el Diablo también tiene su Orgullo. Una sola hija, la niña de sus ojos, y la llamó Silencio. Y cuando incluso Muerte ha pasado, ella viene detrás.

Siempre era un momento terrible cuando Silencio entraba en los Salones del Infierno. Semblantes crispados por el dolor profiriendo sin palabra alguna aullidos, maldiciones, súplicas. Garras, azotes y hierros calientes mordiendo sin sonido alguno la carne palpitante. El sonido de todos y cada uno de aquellos pies arrastrados, el crujido de cada articulación, los jadeos de las respiraciones, magnificados por la potencia de los incontables millones de almas perdidas arrojadas en cada fisura, cada nicho y cada grieta, todo ello extinguido de súbito, por completo y de pronto, una quietud atormentadora.

No sólo era la ausencia de sonido, era su completa negación. Todo cuanto tenía lugar en su presencia adquiriría un aire espeluznante, irreal. Era como si todos los tormentos de las Legiones de los Muertos fuesen una especie de triste pantomima. Un acto ritual cuyo verdadero significado se hubiese vuelto oscuro, olvidado tiempo ha.

El Diablo sonrío cálidamente.

–Toma mi mano, niña. Tengo un dolor fiero y devorador en la cabeza y me ha puesto de mal humor. Tengo el antojo de dar un

paseo por un prado, beber un trago y vigilar a las rameras, porque tengo miedo de que se hayan descarriado, si es que esta campanada en mi oído es una señal. Y normalmente lo es. Y normalmente lo hacen.

Silencio no dice nada, sólo toma a su padre del brazo y lo conduce fuera del salón.

*

*

La audiencia de Talbott estaba tan absorta en su extraño relato que nadie había reparado en la silenciosa mujer –severa, morena, erguida como un clavo– que había penetrado sigilosamente en la sala. El Gran Portal exhaló un suspiro contenido, se cerró tras ella y ella se envolvió en su familiar y confortante sombra.

Paciente como la muerte, empezó a convocar a sus tropas: palabras de fuego y de sangre. Las formó en erizadas falanges, las dispuso en centurias que se extendían hasta donde alcanzaba la visión.

Reunió a sus campeones y se preparó para defender su hogar, su pasado.

9

<<< VIERNES, 23 DE JULIO DE 1999, 10:25 PM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

–Excelente, Aarón. Lo has hecho muy bien. Tus preparativos son impecables. Procede, por favor. –Foley hizo un gesto ausente en dirección al trecho de suelo vacío que había en el centro de la habitación y se volvió. Hasta muy recientemente, el lugar había estado tan atestado de parafernalia arcana como el resto de su estrecho sanctum.

Según todas las apariencias, la nueva ordenación de la habitación era el resultado de una generosa aplicación de pólvora.

Está loco, pensó Aarón. Peligrosamente loco. Con cautela, recogió todos los objetos que había dispuesto con sumo cuidado sobre el aparador para que Foley pudiese examinarlos. *No puede pretender de verdad que sigamos con todo esto.*

Durante semanas Aarón había soportado las miradas de presunción, las risillas de complicidad, los contactos demasiado familiares de su superior. Cada uno de los centenares de insignificantes gestos había estado calculado para transmitir el mismo e inquietante mensaje: *conozco tu secreto.*

Aarón se maldijo por su estupidez. Todo había ocurrido la noche que habían cazado al Koldun. La capilla entera se había reunido para llevar a cabo el ritual de caza. En su centro, Sturbridge se había sumergido en el corazón mismo de la pesadilla, en el paisaje místico de Nueva York: la Tumba del Dragón. Y ellos la habían seguido.

Todavía podía recordar la viveza de las torres de acero picado y destellante neón que se habían alzado por todas partes a su alrededor. Podía sentir la burlona insinuación de lo familiar tras la morosa procesión de las paradas de autobús, los bloques de pisos y la cinta amarilla de la policía. Era casi como la ciudad que conocía.

Pero algo familiar había cambiado. Por esa razón Sturbridge los había llevado hasta allí, para que pudieran ver con sus propios ojos los cambios que se habían producido. Las ondas levantadas por una sola piedra arrojada desde arriba sobre el Río de la Noche.

Las alteraciones eran sutiles, pero generalizadas. El otro estaba rehaciendo pacientemente la ciudad a su imagen y semejanza. Aarón había creído que el elemento anómalo introducido en su amada ciudad era el Koldun, el hechicero Tzimisce. La misma palabra parecía revelar blasfemos secretos e impías depredaciones al oído. Era un hálito venido directamente de las tumbas del Viejo Mundo. Era una palabra de poder, un nombre para conjurar.

La mera mención del culto de hechiceros demoníacos evocaba imágenes de noches sin luna a siglos de distancia, noches en las que los antepasados de Aarón habían cazado (y habían sido cazados a su vez) entre los afilados picachos de los Cárpatos. Los Tremere habían hecho grandes esfuerzos para escapar de tales recuerdos.

Aarón podía recordar la primera caricia de la siniestra brujería

del Koldun. Recordaba a Sturbridge cayendo, abatida por el asalto enemigo. Recordaba la enfermiza sensación que había experimentado en el marchito estomago mientras acudía de forma involuntaria en su auxilio, como si alcanzarla fuera a ser la culminación de sus décadas de no-vida, de sus afanes, de sus sacrificios. Maldita sea.

Y entonces ella estuvo a su lado. Y lo tocó. Lo conocía. Y le sonrió.

Maldita sea, odiaba esa sonrisa. Era la sonrisa que reservaba para los encuentros en los umbrales. Ella tomaría tu mano y esbozaría esa sonrisa para ti y tú sabrías con irrefutable certeza que había ideado aquel encuentro por completo improbable con el único propósito de robarte ese momento de simpatía. Para darte la mano, para intercambiar un suspiro exagerado y entonces darte la espalda una vez más y convertirse de nuevo en patrimonio de todos.

Aarón no estaba muy seguro de cómo había logrado ella sacarlos de allí, devolverlos sanos y salvos a casa. Ésa era la realidad, por supuesto, ésa y no la maldita sonrisa. Ella no los necesitaba ni la mitad de lo que ellos la necesitaban. Y todos lo sabían. Aunque fuera muy agradable fingir lo contrario, siquiera por un rato.

Pero al regresar a la capilla aquella tarde, estaba furiosa. Era algo que tenía que ver con Foley y Jacqueline, Aarón no sabía con exactitud el qué. Sturbridge estaba enfurecida, bramaba sobre invasores, terremotos, traidores.

En aquel preciso instante, Foley le había mirado a los ojos. Y lo vio, maldito sea. Aarón no supo cómo, pero en aquel instante Foley lo supo todo. Durante las últimas semanas se había tomado muchas molestias para hacer saber a Aarón que estaba al corriente. Aquellas barreras –las insignias elementales que Foley había insistido en que Aarón reuniera personalmente– no eran más que la última en una larga cadena de insinuaciones. Oh, Aarón había seguido al pie de la letra las instrucciones de su superior. Pero había creído que eso sería el final de todo. Le presentaría los tesoros que tanto le había costado reunir al secundus. Sería humillado. Sería desenmascarado. Quizá incluso fuera chantajeado.

¿Pero eso? No era posible que Foley pretendiera seguir adelante. Desde el lugar en el que se encontraba, Aarón volvió a mirar

con incertidumbre al secundus. Pero Foley estaba absorto en los preparativos.

Lo estudió durante un largo rato, al tiempo que sus pensamientos recorrían todos los escenarios posibles: intriga, amenazas, chantaje, confesión, violencia, sumisión, soborno, reconciliación. Tomó cada uno de ellos y los examinó como si fueran joyas raras. Casi con el mismo cuidado, los fue dejando a un lado y descartando. Gradualmente, algo cristalizó en su interior. Sus facciones se tornaron duras, angulosas, afiladas.

Con la cruel precisión de un diamante que corta el cristal, Aarón se inclinó y marcó en el suelo el este verdadero con una tiza de color blanco hueso. No era el este que señalaría una brújula hecha por el hombre. Ni el este celeste de los equinoccios o solsticios visto a través de los menhires. Era el verdadero este, Viena. La sede del Concilio de los Siete, la última morada del Padre, el trono de la sangre.

Resignado, Aarón colocó su heterodoxa protección sobre el Ojo de la Tormenta, el punto más oriental del diagrama. Era una tabla de horca, larga, delgada, recta como un pentagrama. La madera tenía la virtud añadida de no haber tocado jamás la tierra.

Ahora estaba implicado. De este punto en adelante, no había marcha atrás en este proceder demente. Tras acallar toda las dudas que aún albergaba, Aarón caminó la distancia precisa hasta el punto más meridional, el Salón del Fuego.

Allí extrajo de su fardo una daga oxidada. Las líneas clásicas de la hechura romana resultaban inconfundibles, incluso bajo los años de desgaste y corrosión. Dispuso el cuchillo cuidadosamente, la hoja apuntando de forma traicionara el centro. Hacia el lugar en el que Foley debía encontrarse para invocar la sangre.

Otro giro preciso llevó a Aarón hasta el punto más occidental, las Aguas del Olvido. Sin ceremonia, depositó allí la copa de cicuta. No se detuvo para asomarse a las oscuras aguas que había en el fondo del cáliz. Sólo le recordarían aquellas otras aguas no menos oscuras y los rostros de los Niños, redondos y brillante como lunas. Se volvió apresuradamente y caminó en dirección norte.

Tras detenerse para evaluar su marca, retrocedió y arrojó el último de sus tesoros al suelo. Al caer, la podrida bolsa dejó salir trece

de las treinta monedas de plata que contenía. Un mal augurio. Aarón la dejó allí.

Se volvió hacia Foley. Seguramente el juego iba a terminar ahora. Foley no seguiría adelante. Foley se volvería, se mofaría de él, se burlaría de él. "Toma ahora el lugar que te corresponde en el centro de estas traiciones que has traído hasta mi casa".

Pero no. Foley seguía sosegado, aterradoramente tranquilo. Aarón reconoció esa tranquilidad. Era la pausa pesada y preñada en la que se vertía la sangre.

No, aquello era una estupidez. Tenía que detenerlo. Lo arruinaría todo. ¿Qué posible utilidad podían tener aquellas bagatelas y supercherías en un ritual de verdad? Una invocación de la sangre era una cosa delicada y no poco peligrosa. ¿Qué clase de loco se protegería sólo con tan insignificantes baratijas?

La voz de Foley estaba en calma.

–¿Aarón?

–Sí, secundus.

–¿Serías tan amable de llamar a Jacqueline mientras sales?

–Secundus, no podéis...

–Gracias, Aarón.

–No, señor, lo digo en serio. Lo siento. No debe ser así. Haré... haré que se marche.

Foley sonrió.

–¿Hacer que se marche? No puedes hacer que se marche sin más. Lo sé. He mirado en su ojo. No hay manera de oponerse a su voluntad.

Aarón empezó a replicar, mientras lanzaba una mirada por encima de su hombro en busca del oscuro y silencioso cómplice que, lo sabía, ya no se encontraba allí.

–Pero no podéis haber mirado en su... –entonces guardó silencio. Vio la sangre. Las retorcidas hebras de vitae que se extendían hacia el suelo desde los dedos flácidos de Foley.

Ya había empezado.

Foley extendió una mano temblorosa hacia el aprendiz. Mientras la palma se volvía hacia arriba, Aarón pudo ver los crueles cortes que corrían paralelos al antebrazo del secundus. Había un agujero abierto

en el centro de la palma. Una piedra negra y roja estaba profundamente hincada en la herida. En el estado de sobreexcitación de Aarón, el conjunto semejaba nada menos que un ojo sin párpado.

–Él me lo ha mostrado todo, nuestro querido Hazima-el. He escudriñado su ojo. ¡El ojo que perdíó! Me he asomado hasta el fondo de sus profundidades. ¿Acaso crees que no lo veo frente a mí antes de irme a descansar? Se encuentra allí, desnudo delante de mi rostro. Tu también estás allí, por supuesto y el otro. Tu oscura sombra. Estás conspirando fuera del *Exeunt Tertius*. Oh, y hay otros. Jacqueline está allí... por eso debes enviármela.

Aarón no podía más que mirar, presa del horror, mientras Foley avanzaba tambaleándose.

–Pero no es ninguno de esos el que alcanzará mi fin –Foley rió y tosió, rociando una fina capa de sangre. Las yemas de sus dedos buscaron a tientas la mejilla de Aarón. El aprendiz reunió fuerzas y permaneció firme frente a los estragos de la sangre.

Entonces, como si acabara de asaltarlo un pensamiento por completo diferente, Foley dejó que la mano cayera de forma ausente a un lado. Murmuró algo y, mientras se volvía, empezó a alisar las arrugas de su túnica ceremonial. No consiguió más que dejar sobre ella alargadas manchas de sangre. Un esfuerzo torpe, como el de un niño pintando con los dedos. Miró en derredor como si fuera la primera vez que veía la habitación. Igual que una urraca, su curiosidad saltaba de una cosa a otra. A veces daba un traspié. A veces sacaba cosas de sus chiribitiles. A veces arrancaba libros de las estanterías, o páginas de los libros o palabras de las páginas. Algunas de las palabras las blandía frente a Aarón. Otras las dejaba caer al suelo. Y aun otras las devoraba con gran deleite mientras canturreaba para sí.

Está loco, pensó Aarón. Lo va a arruinar todo.

Sin una mirada atrás, Aarón abandonó el sanctum y se dirigió a toda prisa hacia el *Exeunt Tertius*.

SÁBADO, 24 DE JULIO DE 1999, 11:35 PM
ANTECÁMARA DE LA CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS,
CIUDAD DE NUEVA YORK

Talbott se trabucó a mitad de frase y se estremeció como si alguien estuviese caminado sobre su tumba. Llenó el lapso en la narración con un débil ataque de tos y aprovechó la oportunidad para pedir con gestos una nueva jarra de cerveza. Alguien atizó el fuego para avivar las llamas y las sombras se escabulleron hasta las esquinas de la habitación. Las sillas fueron movidas apresuradamente para hacer sitio al narrador más cerca de la chimenea.

Talbott no estaba tomando parte en todo aquello. Una vez que volvió a fortificarse contra el frío con un largo trago, cortó en seco sus aspavientos con un gesto de fingida indignación.

–Me mataréis con tantos cuidados. No me ha hecho falta la ayuda de nadie para limpiarme la nariz en las últimas siete décadas. Si la memoria no me falla. Sólo ha sido un estremecimiento pasajero –*un estremecimiento premonitorio*.

Podía sentir que el cuento se alzaba de nuevo, a su pesar. Esto era lo más extraño. Un cuento, un cuento de verdad, había de ser coaccionado, cortejado, mimado. Tenía la inquietante sospecha de que este cuento lo estaba esperando.

–***"Una Palada de Tierra de tu Tumba"*** –exclamó.

*

*

–*¿Qué es lo que ves aquí, niña? –dijo el viejo demonio a su única hija–. En la lejanía. Mis viejos ojos tienen reuma y no pueden distinguirlo. Te ordeno que hables.*

–*Un incendio, padre –fue el susurro de su respuesta. Si su quietud imponía terror a las Huestes del Infierno, su voz era todavía más aterradora. Desgarraba el mismo aire. Las palabras que pronunció eran más suaves que el aliento de una víbora, pero parecían contener el peso de montañas. La voz arrastraba consigo un escalofrío, como si alguien acabase de sacar una palada de tierra de tu tumba–. En la Llanura de la Adoración.*

Una siseante invectiva escapó de los labios del Diablo porque al

fin empezaba percatarse de la naturaleza de su aflicción.

–Una señal –dijo en voz alta, por hábito–. Es inconfundible.

Y ahora lo sabe. Sabe que ha nacido una niña, una niña que un día podría erguirse frente al oscuro pozo de Cromm Cruiach, el Encorvado y pronunciar las palabras de fuego y sangre. El fuego en la destrozada llanura señala el nacimiento de la niña. Así lo hizo con el suyo.

El Diablo se descubre escudriñando con los ojos entornados la distancia, tratando de avistar la mancha de tierra quebrada que marca la frontera de la Llanura de la Adoración, el lugar del sacrificio.

–Demasiada sangre ya –piensa en voz alta–. Sangre de los primeros nacidos para pulir la tosca piedra del ídolo. Cromm Cruiach. Él fue su Moloch, su Fratricida, una pesadilla de un orden anterior. Desterrado de Dios, condenado a morar en los lugares oscuros de la Tierra, siempre ocultándose del mismo sol que otorga con su luz el presente de la vida. Ha tenido siglos para madurar en esas sombras, marcando el paso del tiempo por la sangre vertida en su oscuro pozo.

La mera idea de otra alma perdida al Encorvado, vaya, hace que el frío corazón del Diablo se tome aún más frío.

Así que el Diablo decide bajar en persona y ver si puede encontrar a esa niña. Sólo para echarle un vistazo. No es que pretenda hacerle el menor daño, creedme. Ni siquiera el viejo Pepe Botero puede soportar el sufrimiento de los niños. Oh, bueno, puede que a menudo obligue a otros a hacérselo, pero ni por asomo disfruta con ello.

–Déjame –dice con amabilidad y su chiquilla desaparece tan repentinamente como había aparecido. Una buena moza y lista, por añadidura.. Un gran consuelo para su padre, que bebe los vientos por ella.

Las mismas piedras suspiraron mientras se marchaba.

–No sé lo que haría sin ella –así que el Demonio baja a aquel distante manchón verde, sólo para poder ver con un poco más de claridad.

Pero cuanto más se aproxima a Eire y a la niña recién nacida, más ruidosa se vuelve la campanada.

Ahora bien, un poco de incomodad no va a detener a nuestro

hombre, así que sigue acercándose. Pero pronto la campanada es tan intensa que hace que le castañeteen los dientes en la boca. Aprieta con fuerza la mandíbula mientras corona el borde del mundo y empieza a ascender con trancos de siete leguas. Al principio no puede verse nada de él salvo la cabeza, que aparece poco a poco a la vista. Ojos azul hielo, brillantes, pero opacos, como la luz de la luna al pasar a través de las nubes de tormenta. Ajenos, ambiguos, incomprensibles.

Entonces los delgados hombros, afilándose hasta llegar a un punto en la espalda en el que se encuentran con la curva descendente del magnífico par de alas. A estas alturas aparece por vez primera la cabeza de su bastón y para entonces su propia cabeza está escondida entre las nubes.

Cada vez que abre la boca para tomar aliento, la campanada brota de las nubes como si fuera un trueno. Los pescadores que reparan en las tinieblas del cielo ya están recogiendo sus redes y lanzan miradas de reproche al cielo que con tanta premura ha incumplido sus anteriores promesas. Y la vengativa tormenta los sigue todo el camino hasta llegar a las hermosas costas de Eire.

El Diablo, cuya cabeza está partiéndose literalmente a estas alturas, llega entonces y al fin pone el pie firmemente sobre el extremo de los muelles, en Malehide. El sonido de esa pisada atruena como si un rebaño entero de ganado estuviese corriendo sobre el muelle de madera con cascos claveteados. Los pescadores levantan la mirada con aprensión y regresan apresuradamente a sus amarres y sus estibas. La amenazadora tormenta parece ser un visitante llegado desde las mismas puertas del Infierno.

Bien, a estas alturas, el Diablo está tan cerca que si cayera de bruces chocaría con suelo irlandés. Pero no puede acercarse más así que se sienta allí, apoyando su dolorida cabeza entre las manos y gimiendo quedamente para sus adentros. Un sonido, grave, melancólico y desesperado, como el de una tormenta al formarse, recorre la ribera.

Y mientras él se balancea lentamente adelante y atrás, parece volverse hacia el interior de sí mismo como una espiral. Como una serpiente que se muerde la cola. Pronto el gigante coronado de nubes

no es más grande que una mera montaña. Luego es un orgulloso navío que se alza justo sobre la cresta del mundo. Ahora es una noble morada, elevada sobre la ciudad. Ahora un oso, de pie sobre el asustado cazador.

Y pronto no es más grande que un hombre y un hombre pequeño y triste, por añadidura. Y sigue aovillándose sobre sí mismo en sus bordes.

–Oye –gritó Corraig sobre el creciente maelstrom–. Te encontrarás con tu muerte aquí con esa tormenta monstruosa a punto de estallar. Toma mi mano. He aquí un buen hombre. ¿Estás herido?

Digo que si estás herido. –Pero el Diablo se limita mirar al pescador con un aire más o menos ceñudo y a espantarlo con ademanes. Con cada gesto de sus manos, las olas rompen más altas contra los muelles. Corraig se encoge de hombros y dice algo que se lleva el viento. Mueve la red que carga sobre un hombro. Entonces se inclina hacia delante y, sujetando al Diablo por el antebrazo, lo sube a tierra de un tirón.

Cuando es evidente que el Diablo ha recuperado el equilibrio, Corraig lo suelta y le da una palmada en los hombros, por si acaso. Entonces, dándole la espalda al viento aullante, se pone en camino por el puerto.

Apenas ha recorrido la mitad cuando vuelve la mirada atrás y ve a nuestro hombre, todavía de pie donde él lo ha dejado. Con los ojos en el cielo. Corraig regresa trabajosamente a su lado y, tras pasar el brazo del hombre alrededor de sus hombros, se pone en marcha hacia su casa.

*

*

Talbott dio un respingo mientras la mano se cerraba sobre su hombro. En su contacto no había ninguna tranquilidad, ninguna calidez humana. Ningún pulso contradecía la frialdad gélida de su caricia.

–Mi señora... –balbució–. Nos honráis. Por favor unios a nosotros –despejó el banco más próximo a él con un movimiento exagerado.

Sturbridge no lo soltó ni se movió para aceptar su invitación.

Talbott se apresuró a añadir:

–Parece que llegáis justo a tiempo. Justo estaba relatando el cuento de...

–Tengo cierta familiaridad pasajera con esa historia.

–Mi señora, no pretendíamos ofenderos –su voz descendió hasta convertirse en un susurro confidente–. Estos jóvenes os son por completo devotos. Su mayor deseo es complacer a su señora. Sólo quieren saber, comprender, aproximarse.

En severo contraste con sus cuchicheos, la voz de Sturbridge se elevó con claridad sobre los presentes.

–No te corresponde a ti, Hermano Portero, promover la familiaridad entre instructores y pupilos en este lugar –su presa era de hielo y acero.

–No, no. Tenéis toda la razón, mi señora.

–¿Quién consideras que debe pagar por este lapso de juicio?

Detrás de ella, Eva se puso en pie.

–Su Regencia, yo le pedí a Talbott el cuento. Él no es responsable. Él trató de disuadirme, pero yo insistí. Yo pagaré el precio de su narración.

Sturbridge lanzó una dura mirada a Talbott.

–El precio de su narración. Esas palabras llevan tu voz, Hermano Portero, no la de ella. ¿Le has explicado también cuál ha de ser exactamente el precio de esa narración? ¿Y en qué moneda debe ser pagada?

Una vez dorado, pensó él. Empezó a explicarse, pero Eva lo interrumpió.

–Su Regencia, si he cometido alguna falta, pagaré el precio.

Sturbridge se volvió y la examinó cuidadosamente, como si estuviera viendo a la novicia por primera vez. Asintió con gravedad.

–De tus labios al oído del Diablo, chiquilla. Se hará como dices.

Foley se detuvo abruptamente y se escoró sobre la mesa. Dio unas palmaditas sobre su superficie a modo de disculpa al mismo tiempo que empezaba ya a volverse en otra dirección. Entonces se detuvo y retrocedió un paso. Examinó la parafernalia dispuesta sobre la mesa con abierta maravilla. Se inclinó y estudió los peculiares instrumentos con mirada crítica.

Satisfecho, tomó medidas de los dos espejos ovales de veinte centímetros de alto y diez de ancho. Pasó un dedo sobre sus marcos de plata, perfectamente pulidos, admirando la suavidad del cristal y los respaldos de plata. Con aire distraído reparó en que ahora uno de ellos tenía una grieta del grosor de un pelo que corría desde la parte superior derecha a la inferior izquierda. La barra siniestra.

Un pensamiento lo asaltó débilmente. *Jacqueline*. Sí, aquellos eran los objetos cuya preparación había encomendado a Jacqueline. Ahora podía ver la lista frente a sí, con toda la claridad de sus avanzados poderes mnemónicos. Era una imagen perfecta, un reflejo sin falla alguna.

Tras volver a dejar cuidadosamente en su lugar el espejo roto, sus dedos toquetearon seis varillas de madera de pino finamente lijadas. Cada una de ellas tenía más o menos el tamaño de un lápiz grueso de niño. Habían sido dispuestas con esmero sobre una bandeja plana de plata decorada con el familiar grabado de una flor de lis: la pieza hermana del cofrecillo que, hasta muy recientemente, había albergado la gema. Su ojo. Su ojo al Ojo. Ese *Ojo es como asomarse a este ojo*, pensó. *Pero en un lugar bajo, no un lugar alto*.

Ahora las varillas de madera de pino yacían revueltas como los palillos chinos tras su precipitada colisión con la mesa de laboratorio. Foley levantó la primera, luego otra. Las miró fijamente, como si pretendiera arrancarles sus secretos. Con una paciencia excedida tan solo por el incontrolable temblor de sus manos, empezó a colocarlas.

Las puso de pie sobre uno de sus extremos y las inclinó unas sobre otras como soldados soñolientos. Volvieron a caer al suelo.

Su mano resbaló. Una de las varillas se partió bruscamente en dos contra el borde de la mesa. No era savia sino sangre lo que fluía

del extremo partido. Se deslizaba sin esfuerzo, lánguida, sobre la delicada plata de la bandeja.

Una parte distante de la mente de Foley era consciente de que algo iba mal. Terriblemente mal. Era la sangre... el modo en que fluía, su consistencia. Era demasiado fina; era demasiado rápida.

La aprendiz debía de haber infundido las varillas con su propia sangre: la sangre de los Tremere, la sangre de los Siete. *El poder estaba en la sangre.*

Foley se abrió a la Visión. Su mirada se concentró sobre un punto imaginario situado en la media distancia. Sus ojos se desenfocaron. Abrió la mano, revelando el ardiente ojo incrustado en su palma. Y vio.

Una sombra ágil se deslizaba entre las varillas de pino, serpenteaba entre ellas y frotaba su lomo contra ellas. Ronroneaba.

Un gato negro, pensó Foley. La sangre de un gato negro.

Ahora todo empezaba a resultar claro. No sería necesario que Aarón le enviase a Jacqueline, después de todo. Ahora comprendía por qué el Ojo se la había mostrado y el papel que interpretaría.

Miró a su alrededor con aire ausente, en busca de Aarón, pero no podía ver al aprendiz por ninguna parte. No importaba. Pronto regresaría. Tenía que regresar. Eso estaba claro.

Con gran deliberación, alargó el brazo y tomó una segunda varilla. La rompió y dejó que la sangre se reuniera con la que ya se había vertido sobre la bandeja. Tomó otra.

Al romper la sexta y última varilla, siete llamas rojas cobraron vida. *También obra de Jacqueline, pensó Foley.* Su jueza, su aprendiz, su asesina potencial. Sonrió.

Sus instrucciones habían sido precisas. Cada una de las velas había de estar trabajosamente fundida con entrañas de lechuza salvaje. Para acelerar los pensamientos que aleteaban en la noche. Para otorgar una mirada escrutadora que pudiese atravesar los velos de la oscuridad.

Varias de las velas habían levantado ya el vuelo cuando Foley se inclinó sobre la mesa. Estaban desperdigadas por el suelo cuando la rama se partió. Su alegría se extendió rápidamente. El humo que se alzó por todas partes emitía rojizos latidos... imitando a la ardiente

piedra roja hincada en la palma de la mano de Foley.

Podía percibirse el inconfundible olor de la sangre que ha sido derramada al sol.

Pero también algo estaba mal en las velas. Foley podía ya distinguir la imagen, no de la lechuza de las nieves, sino de un gallo negro que se pavoneaba entre las llamas.

Sangre de gato negro, corazón de gallo negro. *Se acerca alguien*, pensó Foley. De forma instintiva, midió la distancia que lo separaba del círculo de protección. Demasiada.

*DOMINGO, 25 DE JULIO DE 1999, 12:14 AM
COLEGIO BARNARD, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Era la cuarta noche de su vigilia en el exterior de Milbank Hall. El edificio administrativo del campus estaba en silencio. Desde el lugar privilegiado en que se encontraba, oculto entre las sombras del contiguo edificio de ciencias, Anwar mantenía su atención fija en una puerta en particular, secundaria y aparentemente abandonada.

Por primera vez desde que diera comienzo su vigilancia, la puerta se había abierto. Al instante, estaba por completo alerta, más incluso de lo que era propio en su normalmente alto nivel de vigilancia, y se sumía en ese estado de hipersensibilidad en el que el deber y la fe se mezclaban y se hacían uno.

El hombre que había salido subrepticamente por la puerta parecía nervioso, agitado. Era joven, rubio, estaba bien afeitado y vestía con normalidad, a la manera de estos *kafires* occidentales. Podría haber paseado por la facultad sin llamar la atención.

Si Anwar había esperado un nudoso y viejo gnomo –barbudo, vestido con túnica y un cráneo calvo coronado precariamente por un capacete de plata – no dejó que su decepción saliera a flote. Por el

contrario, obligó a sus expectativas a alinearse con la realidad que había aparecido frente a sus ojos.

Con la aparición del hombre nervioso, el campo de posibilidades que se abrían ante él acababa de reducirse a dos. O bien aquél era su contacto o se trataba de otro que había descubierto su clandestino acuerdo, había eliminado al contacto y había decidido temerariamente ocupar su lugar para aprovecharse.

Anwar aguardó sin moverse, esperando la señal acordada.

El recién llegado escudriñó los alrededores, en especial las cruzadas sombras formadas por los árboles y los tres edificios de la universidad. Se arrebujo más profundamente en su escondrijo, las sombras tanto naturales como preternaturales que lo envolvían.

Me está buscando, pensó. Pero si es el que es, pero, ¿por qué se demora? ¿Por qué no hace la señal? No había testigos ni otros obstáculos que pudiesen justificar sus titubeos. Anwar, no obstante, tenía la ventaja de haber pasado varias noches oculto en aquel lugar. Quizá el hombre delgado estaba tan sólo siendo cauto.

O quizá no había logrado comprender tan crucial detalle en el contrato original.

El recién llegado continuó su inquieta búsqueda. Empezó a andar. Se detuvo bruscamente para escudriñar fijamente las sombras y luego reanudó su caminar. Se limpió el sudor de la frente. Se frotó los ojos. Musitaba para sí.

Su intranquilidad resultaba contagiosa. De forma instintiva, Anwar le dio unas palmaditas a su cuchillo.

El hombre giró sobre sus talones. Su mirada se posó sobre Anwar, se detuvo y lo *vio*. Anwar estaba seguro de ello. Sus ojos se cruzaron un instante antes de que el recién llegado se volviera y reanudara su distraído paseo.

Había algo más que agitación nerviosa en los ojos del otro. ¿Era locura? Su mirada parecía llena de miedo y fuego. Anwar sacudió la cabeza para borrar la impresión. Tonterías románticas. Sólo era resultado del sanguinolento sudor que salpicaba su frente y que no dejaba de echarse sobre los ojos con el revés de la mano. Nada más.

Observó al recién llegado con más atención. Éste no daba la menor señal de haber avistado a quien lo acechaba desde las

sombras. Consultó su reloj mientras murmuraba para sus adentros. Con un movimiento rápido, ahuecó las manos frente a sí. En el interior del hueco formado por ellas apareció una lenta llama. No había encendido cerilla ni mechero y sin embargo una llama bailaba sobre su mano abierta. Llevó las manos a la boca como si estuviera encendiendo un cigarrillo. Anwar pudo ver la luz parpadeando momentáneamente a través de la celosía formada por los dedos del otro. Entonces, tan rápidamente como había aparecido, la llama se extinguió.

Sabía que cualquier otra persona que hubiese observado el breve brillo de la llama dudaría de lo que había visto, se convencería a sí mismo de que todo había sido un error. El propio Anwar hubiera puesto en duda la evidencia que le mostraban sus ojos de no ser porque la llama era precisamente la señal que había estado esperando. Incluso ahora, después de que el momento de actuar hubiera llegado, todavía se contuvo un instante. Sentía el impulso de aferrarse a las protectoras sombras y rodear en la medida de lo posible hasta el área abierta que había entre los edificios. Lo suprimió.

Si su contacto no había cumplido con su parte del trato –haciendo cuanto era necesario para garantizar el éxito de la misión–, había poco que Anwar pudiera hacer a esas alturas. Poco, salvo enfrentarse a su fin con dignidad.

Ahora que las largas noches de inactividad tocaban a su fin, una aproximación indirecta consumiría segundos vitales. Anwar caminó resuelto hacia campo abierto.

Mientras se acercaba, observó cuidadosamente las manos de su contacto. Revelaban impaciencia. Anwar sabía que todavía no era demasiado tarde para escapar si el *kafir* demostraba no ser digno de confianza. Sin embargo, una vez que se encontrase dentro de la capilla propiamente dicha, estaría a merced del brujo. Era muy posible que una fuga resultase imposible. Apretó con más fuerza la oculta hoja de su cuchillo contra la línea de su antebrazo.

Hay que reconocer en su favor que el hombre no dio un respingo cuando Anwar emergió de las sombras. En vez de ello, consultó su reloj por segunda vez y soltó una imprecación.

–Soy Aarón –su voz era seca, como si hubiera sido él y no

Anwar el que hubiera estado esperando. A corta distancia, la piel de su rostro y de sus manos revelaba su juvenil apariencia. La carne ajustaba con demasiada perfección. Crujía como pergamino alrededor de los ojos.

Anwar inclinó la cabeza a modo de saludo sin que sus ojos abandonaran una sola vez los del brujo. En aquellos ojos inyectados en sangre había esperado encontrar la afilada huella de un oportunismo astuto y despiadado, rasgos por los que los brujos eran famosos. Quizá incluso había esperado entrever alguna pista de los motivos del traidor: el calor de la avaricia, la mirada ladeada de la culpabilidad, la pura lujuria de la venganza.

En vez de ello, no vio más que desesperación, impaciencia y abandono. Era una combinación poco saludable que estaba acostumbrado a evitar. El comportamiento de su acompañante de aquella noche estaba evidentemente empezando a demostrar impaciencia.

–Que Haqim guíe tu mano y te ayude a conseguir tus propósitos, Aarón Portador de la Luz. Esta noche nuestras voluntades son una. Que la sangre que caiga entre nosotros pertenezca tan solo a extraños. ¿Todo está dispuesto en el interior?

–Aquí no –fue la susurrada respuesta. Aarón se volvió y tanteó la puerta en busca del picaporte. Anwar era consciente de manera muy intensa del frío contacto de la hoja de su cuchillo contra el antebrazo. Contuvo su impaciencia, en espera de una presa más grande.

La puerta se abrió hacia el interior y sólo reveló oscuridad. Aarón entró. Si se había percatado del peligro que por tan escaso margen había evitado, no dio la menor muestra de ello.

Lo siguió. Al cruzar el umbral, fue dolorosamente consciente de que ahora se encontraba a merced de sus enemigos. Pero no carecía de recursos. Se descubrió preguntándose cómo habrían obtenido los ancianos poder sobre este brujo, cómo habría acabado uno de los odiados Tremere en deuda con los hijos de Haqim. Abundaban los rumores sobre la fanática lealtad de los brujos. Las historias sobre los irrompibles lazos de sangre que unían entre sí a los Tremere –lazos que debieran haber convertido en imposible esta clase de alianza

eventual– habían llegado incluso hasta el remoto refugio montañoso de Alamut.

Como todos los suyos, Anwar podía dar testimonio de la potencia de la maestría Tremere sobre la sangre. Y de su poder para esclavizar a otros con ella. El recuerdo de los siglos que habían sufrido como las marionetas de sangre de la maldición de los brujos no se desvanecería pronto, no hasta que la sangre del último de los opresores hubiera sido reclamada.

Pero los ancianos, que Haqim los bendijese, habían dado con la manera de ganarle la mano a los Tremere y liberarse del oscuro poder de la sangre mancillada de los brujos. Y si los ancianos podían levantar la Gran Maldición que había maniatado a los suyos, ¿qué era en comparación el lazo de sangre de un solo novicio?

Anwar debió de haber bufado ruidosamente. El sonido no podía haber sido mayor que un susurro, pero su guía se volvió al instante y le indicó con un gesto que guardara silencio. Era evidente que temía ser descubierto. Bien.

Anwar se deleitó un instante con el pensamiento de un mundo en que los brujos se volvían contra los brujos. Imaginó a los hijos de Haqim, tan numerosos e inevitables como las arenas del desierto, alzándose para engullir la pirámide de los Tremere. Bailarían la *hadd*, la venganza, en lo alto de sus ruinas. Sus pies enterrarían bajo las cambiantes arenas hasta el último recuerdo de los brujos. Olvido.

Sí, en aquel mismo momento la fortaleza de la venganza estaba alzándose de las arremolinadas arenas y sus vastas murallas se elevaban, grano a grano, por encima de la desolación del desierto. Cada grano formaba con su hermano la argamasa por la sangre de sus enemigos, la sangre que durante tanto tiempo les había sido negada. Se avecinaba un gran ajuste de cuentas. La sangre que derramaría Anwar esa noche acercaría a los suyos mucho más –exactamente un grano de arena más– a la fortaleza de la venganza final.

¿Qué más necesitaba saber para preparar su empresa de aquella noche? Él no era más que una herramienta de venganza. No le correspondía conocer las mentes de los constructores. Su deber no era otro que el de golpear con precisión. Y, por encima de todo, no

romperse ni temblar en la mano rectora de su maestro.

No se le habían revelado los detalles sobre la traición del *kafir* hacia sus propios y malhadados hermanos. Anwar no tenía más razón que una leve curiosidad para desear conocer tal información. No obstante, eso no impedía que se hiciera preguntas. Seguramente el brujo sabría el fin que los esperaba al cabo de este camino.

El recelo de Anwar aumentó. No lo complacía en absoluto el acuerdo que lo dejaba en manos de un *kafir*, especialmente de uno que se había entregado a la desesperación y la traición. ¿Cómo podía confiarse en alguien así? ¿Cómo podía alguien así esperar sobrevivir a su traición?

–Sígueme –susurró Aarón–. No te alejes.

Anwar lo hizo así. Colocaba cada uno de sus pasos exactamente en el mismo lugar que el pie de Aarón acababa de abandonar. Sospechaba que ya se encontraban dentro del perímetro de las defensas arcanas de la capilla. No había lugar para un mal paso.

Un pasillo estrecho discurría desde la puerta lateral hasta una oscuridad aún más profunda. El pasillo conducía más allá de una pesada puerta de roble con cristal cilindrado y las siguientes palabras pintadas: DECANO ASOCIADO DE REVISIÓN DISCIPLINARIA ACADÉMICA INTERDEPARTAMENTAL. Anwar memorizó cada letra en el lugar exacto que ocupaba en la secuencia.

Lo intrigaba el significado exacto de las palabras, pero, respetando la admonición de su guía que pedía silencio absoluto, no le pidió que las leyera. Las letras parecían burocráticas y desalentadoras. Un efecto calculado, sin duda, para desanimar a los meros curiosos, epíteto que englobaba a la grandísima mayoría de quienes acudían a estas "universidades" occidentales.

La inscripción no desanimó a Aarón. Insertó una llave de aspecto normal en la cerradura e hizo pasar a Anwar.

El asesino esperaba abandonar el monótono y académico entorno para aparecer en una fortaleza de esplendor y libertinaje, expresión de los excesos por lo que el clan Tremere era renombrado. Por el contrario, la oficina que había al otro lado de la puerta era tan sosa como el propio pasillo. Una mesa, varios archivadores y unas pocas sillas formaban su único mobiliario.

Aarón cerró la puerta tras ellos, echó la llave y exhaló de forma audible.

–Aquí podemos hablar. Pero tenemos que darnos prisa. Va a arruinarlo todo –se aproximó a la mesa y cogió una de las dos túnicas grises que descansaban sobre ella. Se la arrojó a Anwar.

–¿Quién lo va a arruinar todo? –Anwar cogió la túnica. No se la puso inmediatamente sino que esperó pacientemente hasta que Aarón tuvo su cabeza y sus brazos enmarañados con la suya. Sólo entonces lo imitó.

–Foley. El objetivo –el Tremere tropezó con la palabra con aire culpable.

–Johnston Foley –recitó Anwar mientras pasaba revista a sus datos–. Regente Secundus, segundo en el mando. Capilla de los Cinco Distritos, Ciudad de Nueva York, Nueva York. Altura: 177 cm. Peso: 80 kg. Pelo: negro, con canas. Ojos castaños. Bigote, barba: ambos, con canas. Edad aparente: en torno a la cincuentena. Edad real: cerca de doscientos años. Período antebellum americano.

–Sí, sí. Foley. Muy impresionante. Pero el problema es...

–Amenazas conocidas, Taumaturgo: magia de sangre que se manifiesta a través de la palabra escrita, dibujos, glifos, protecciones, diagramas rituales. Armas de fuego: tirador pasable con pistola, normalmente desarmado. Venenos: se sospecha implicación en la muerte de dos compañeros novicios, capilla de Atlanta. Reasignado, puesto de alta importancia en C5D. Política: conexiones de alto nivel con...

–Se ha vuelto loco.

Eso hizo que Anwar se detuviera en seco. Otro brujo loco. Las cosas estaban empezando a complicarse.

–Explícate, por favor.

–No puedo creer que esté siguiendo adelante con eso. Si no acabamos pronto con él... Mira, cuando dejé a Foley, ya estaba empezando a celebrar el ritual, un ritual muy peligroso y muy estúpido. Va a matarlo. Si no llegamos allí primero.

Anwar reflexionó.

–No comprendo tu repentino interés por la seguridad del objetivo.

–Mira, no sé lo que tus ocultos señores te harán si regresas sin haber matado a Foley. Pero sí sé que... sé que es importante que Foley sea asesinado. Aquí. Esta noche.

–Y así será ¿Está solo?

–Sí. Lo estaba. Pero no para de decir que otros van a venir. Creo que podría estarse refiriendo a ti.

Espléndido. Dos brujos locos y el objetivo ha sido advertido.

–¿Puedo hacerte otra pregunta, Aarón Portador de la Luz?
¿Una pregunta personal?

Aarón parecía impaciente, pero le indicó con un gesto que continuara.

–¿Por qué es tan importante que Foley sea asesinado? ¿Y esa noche? ¿Y dentro de los muros de esta capilla? ¿Por qué estás haciendo esto?

Sin duda sabes cómo va a acabar todo esto.

Aarón le devolvió la mirada sin pestañear. Lentamente, pronunciando cada sílaba de manera distintiva, replicó:

–¿Por qué estás haciendo esto?

Al escuchar su propia pregunta repetida para él, Anwar se sorprendió. Entonces, al fin, entendió. Realizó una reverencia profunda, formal, ante su guía.

–Hagamos, entonces, lo que debe ser hecho. ¿Vamos?

–Acabemos con esto. –Aarón se volvió hacia lo que aparentemente era un guardarropa. Puso una mano sobre el picaporte–. No creo que volvamos a hablar. Más allá de este punto no es seguro. Me encargaré de llevarte hasta el sancrum de Foley. Si tienes éxito, te traeré de nuevo hasta aquí. Más que eso no puedo hacer. Si nos interceptan mientras estamos de camino...

Anwar asintió.

–No digas más. Es suficiente, Aarón Portador de la Luz. Haremos lo que haya de hacerse.

El brujo devolvió su atención al picaporte y musitó entre dientes unas pocas palabras. Anwar no sabía si se trataba de un encantamiento o una plegaria desesperada.

Sintió un momentáneo hormigueo en la piel mientras las palabras eran pronunciadas, influencia de la energía de la hechicería o

meramente del poder de la sugestión. Se reprendió en silencio por el estremecimiento.

La puerta se abrió y reveló unas paredes de hormigón desnudo y una estrecha escalera de metal que descendía. El confinado espacio era frío y húmedo. Había algo en la visión que hizo que Anwar creyera por un instante estar asomándose a un pozo. Registró diligentemente todos los detalles de su descenso: el número preciso de escalones antes de cada giro (siete); el número total de recodos (cincuenta y dos); el número de puertas junto a las que pasaban mientras descendían en espiral (cuatro); el número de veces que Aarón se detuvo por completo (doce) aparentemente para escuchar algún sonido que revelase que estaban siguiéndolos o acaso para oír el lejano tintineo del agua o para cronometrar el retorno del eco de sus pisadas que ascendía ruidosamente de vuelta a ellos desde las profundidades.

La impaciencia de Aarón era evidente, así que Anwar no cuestionó sus frecuentes paradas. Sabía que, si no se tratara de precauciones necesarias, Aarón las hubiera descartado por completo. Puede que tuviera algo que ver con las defensas de la capilla. No obstante, cualesquiera protecciones que hubiesen atravesado hasta el momento eran de naturaleza tan sutil que Anwar no había podido detectarlas. Quizá los ancianos de su clan, en su sabiduría, pudiesen al escuchar la descripción exacta de cuanto había visto desentrañar misterios que para él estaban ocultos.

Se mantuvo muy próximo a Aarón e hizo oídos sordos a las voces que se alzaban desde las profundidades del pozo central. Sabía perfectamente que no era más que un truco acústico que trocaba el rumor del goteo de las aguas por voces quejumbrosas. Voces de Niños.

Hadd, le susurraban los Niños. Venganza.

DOMINGO, 25 DE JULIO DE 1999, 1:14 AM
ANTECÁMARA DE LA CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS,
CIUDAD DE NUEVA YORK,

Sturbridge observó a Eva con toda compostura mientras la evaluaba como si de verdad estuviera viendo a su joven protegida por vez primera. Tantas cosas dependían de ella... Tantas cosas que no podía esperar que comprendiera.

Asintió con gravedad.

–De tu boca al oído del Diablo, chiquilla. Tú sola habrás de pagar el precio del cuento.

Volvió su atención hacia Talbott, lo tomó por el codo y casi lo puso en pie de un tirón.

–Cede el testigo, viejo bardo.

–¿Mi señora?

–Has terminado. Tómate una pinta y siéntate junto al fuego. Te lo has ganado. La noche se ha hecho más profunda y el cuento ha pasado a otras manos. Y no discutas con tus mayores –añadió tras pensarlo un instante para prevenir ulteriores objeciones.

–Mis mayores –soltó él un bufido nervioso–. Bien sabéis que si fuera a rechazar tal oferta, una pinta de cerveza tostada y un asiento de honor junto a la chimenea, la orden revocaría mi licencia de poeta. Me rindo. Al fin y al cabo, el derecho de relatar el cuento os corresponde a vos y a nadie más.

Sturbridge le dio un apretón en los hombros mientras Talbott se apartaba y entonces se sentó confortablemente. Su voz recorrió la sala con autoridad:

–***"Una Extraña Captura para un Día de Trabajo"...***

*

*

Emer estaba esperando en el umbral con el rostro lleno de preocupación. Al verlos se volvió, desperdigando una manada de niños por el interior de la casa. Cuando arribaron, había ropa seca y mantas preparadas. Las sillas habían sido acercadas al fuego.

Los niños corrían de un lado a otro, entregados a las tareas que

apresuradamente les habían sido encomendadas. Uno, dos... ¿cuatro de ellos? Sólo Emer permanecía inmóvil en medio de aquel torbellino de actividad, con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Corraig ap Culain –Emer pronunció el nombre con total desapego, como si fuese un señor dictando sentencia–. Algunas veces creo que no tienes ni el sentido común que el buen Señor le dio a una cabra. ¿Es que no viste cómo se estaba formando la tormenta? Casi matas de la preocupación a una buena mujer –arrojó una toalla sobre la cabeza de él–. Y qué extraña captura para todo un día de trabajo –tomó al extraño por el brazo y lo llevó hasta el fuego–. Debéis perdonar a mi querido esposo. Es un sujeto bastante estable la mayor parte del tiempo. Y pensar que venía con tan buenas referencias... Por supuesto, uno nunca lo hubiera creído al mirarlo. "Débil", decía siempre mi pobre madre. "No durará mucho".

–Y también en eso demostró estar equivocada –exclamó Corraig mientras se asomaba bajo la toalla sin dejar de frotarse la cabeza–. Un hombre podría salir adelante consultándole religiosamente y haciendo luego justo lo contrario.

–Y dale. Estoy segura de que al Padre le encantará conocer tus progresos en las artes adivinatorias. Me aseguraré de mencionárselos el domingo. Entretanto, podrías servirle a nuestro invitado un trago que le ayude a recuperar el calor. El pobre diablo está completamente empapado. Y tiritando.

–No deje que lo asuste –dijo Corraig por encima del hombro–. Raras veces la he visto hablar hasta que a los invitados se les cayeran las orejas..

–No le haga caso –se mofó ella tras su marido–. El pobre se cayó de cabeza cuando era niño. Su madre nunca se lo perdonó. Aquí, envuélvase en esto. Gracias Padraig, buen chico. Me pregunto de dónde lo ha sacado. Brigid, cariño, tráele un cuenco de estofado a nuestro invitado. Y sí, puedes traérselo también a este hombre de aquí.

Corraig volvió a cruzar la habitación con una copa en cada mano.

–Tome. A su salud.

El ouiskey recorrió sus venas como oro líquido: la cálida

bienvenida de un viejo amigo. La agonía que ensordecía la cabeza del Diablo remitió un poco. El dolor seguía allí, pero es que nuestro amigo no es ajeno al dolor.

–Mil gracias a vos y a vuestra encantadora esposa por la amabilidad demostrada con un extraño. No sé lo que me pasó. Pero el hechizo ha terminado y es hora de que me ponga en camino.

–No nos enteramos de nada –dijo Emer con firmeza y los ojos fijos en su marido.

–Por supuesto que no. ¿Con esa tormenta atronando ahí fuera? Antes entregaría un hombre al mismo Diablo que obligarlo a enfrentarse a un destino como ese.

–No, quitaos ese pensamiento de la cabeza –lo apaciguó Emer mientras ponía en sus manos el cuenco de sopa–. Gracias, Brigid. Y si tuvieseis que seguir adelante, ¿dónde ibais a ir? Salta a la vista que no sois de estas latitudes, si no os molesta que os lo diga, y a estas alturas incluso la puerta de la posada estará cerrada a cal y canto. No, esta noche os quedaréis aquí. Os prepararé un sitio junto al fuego.

–Sois demasiado amables con un viejo demonio –el Diablo apartó el cuenco ahora medio vacío de sus labios y se limpió la boca con el revés de la mano. Se detuvo al ver que la pequeña Columcille lo observaba desde el otro lado de la habitación.

»Disculpád mis modales –dijo a modo de disculpa–. Ha pasado algún tiempo desde la última vez que cené en tan buena compañía. Por lo general, tomo a solas las comidas que consigo. –Entonces, con aire confidente, añadió: – El estofado está excelente. Y sospecho que vuestro techo alberga a más de una excelente cocinera –miró en derredor hasta encontrara Brigid, que observaba con curiosidad no disimulada al recién llegado. La niña se ocultó tras las faldas de su madre.

El Diablo se terminó el guiso de pescado con más cuidado. De cucharada en cucharada. Para cuando hubo terminado, había conseguido mantener a raya a lo peor del frío y del dolor. La casita con tejado de paja era más que acogedora. Una sola habitación. A un lado de la mesa, diversas ollas y sartenes colgadas sobre ella y una despensa. Contra la pared trasera, la chimenea y la zona para sentarse. Al otro lado, una cortina hecha con una vela separaba la

cama y lo que, a juzgar por los sonidos provenientes de allí, debía de ser una cuna, del resto de la habitación.

–Ése es Brendan –dijo Emer que ya se encaminaba hacia allí–. Disculpádmelo.

–Por supuesto, no faltaba más.

Ella desapareció tras la cortina y el Diablo hizo un gesto a Corraig para que se aproximara.

–Una mujer excelente, tenéis suerte de haber dado con ella.

–Me lo recuerda todos los días. Pero decidme, ahora que habéis recuperado el aliento, ¿qué os ha traído por estas latitudes? ¿Tenéis parientes por aquí o vais por ventura de camino a Dublín? Me sorprende que no desembarcaseis allí. Por aquí no solemos ver más barcos que nuestras balsas de pesca.

El Diablo no se sentía inclinado a sacar a su anfitrión de su error.

–Los míos están desperdigados por los cuatro rincones de la Tierra –no era ninguna baladronada frívola–. No me sorprendería encontrar aquí mismo, entre los vuestros, a algunos parientes olvidados mucho tiempo atrás. Pero la verdad es que fue la tormenta lo que me desvió y me llevó a desembarcar aquí. De hecho nos dirigíamos a la ciudad de Dublín. Y debo ponerme en marcha enseguida.

–Descansad tranquilo, vuestros amigos no volverán a levar anclas hoy. Ni mañana, posiblemente. Podemos enviarles un mensaje al llegar el alba. Hacerles saber que estáis bien y que os reuniréis con ellos muy pronto. ¿Sois comerciante, entonces?

–No. Yo no soy más que un viajero que se ha impuesto a sí mismo un exilio de las comodidades del hogar y la familia –y nunca se dijeron palabras más ciertas–. Pero me gustaría pensar que hay por estos pagos una o dos personas que me recordarían con cariño –al decir esto, el Diablo se vuelve pensativo–. Había una joven dama que me era conocida, una tal dama de Baerne. Una moza inteligente con un raro don para encontrar cosas que se habían perdido. Todo el mundo en kilómetros a la redonda lo comentaba. Pero deben de haber pasado algunos años desde la última vez que crucé su puerta.

–¿La Bruja de Baerne? –Corraig rió–. Vaya, estoy dispuesto a apostar cualquier cosa a que nadie ha llamado a la Sabia una "moza"

desde mucho antes de que vos o yo nacióramos. Ya veo por qué os tenía cariño, tenéis lengua de plata –el rostro de Corraig se tornó sombrío–. Era una buena mujer, a pesar de todas sus adivinaciones y ensalmos y filtros. La echaremos de menos.

–¿Qué? ¿Me estáis diciendo que...?

Corraig levantó su copa.

–Por la Sabia de Baerne. Que esté en el cielo media hora antes de que el Diablo sepa que ha muerto.

DOMINGO, 25 DE JULIO DE 1999, 12:31 AM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

Parte de la mente de Foley era vagamente consciente de que había tenido lugar una anomalía. De que el tiempo estaba procediendo sin él.

Sus ojos se abrieron, pero, debido a la perversidad del tiempo, hubo una discrepancia entre el acto físico y la llegada de las ondas de luz que normalmente lo seguían. La porción de su mente que todavía prestaba atención a tales detalles recibía estímulos sensoriales que parecían tener varios minutos de antigüedad.

Sus labios se estaban moviendo como si tuviesen vida propia. Pronunciaban palabras en lenguas muertas. Pero el sentido del tiempo de su parloteo era diferente al de su visión. Palabras que sólo encontrarían voz al cabo de una hora se mezclaban con visiones que ya se habían perdido en el pasado.

Una onda oscurecía la percepción del tiempo y trocaba las relaciones entre las cosas. Foley veía ahora el modo en que sus manos cogerían (¿habían cogido?) las varillas de madera de pino. Sus ojos registraron cómo rompería cada varilla y cómo, no sabía sino sangre se vertería en la bandeja de plata: la sangre de un gato negro. De alguna manera aquello resultaba significativo.

¡Jacqueline, por supuesto! El gato tenía rostro de niña, de niña

pequeña. Le sonrió, mostrando unos colmillos vestigiales. Foley dejó que el rostro envejeciera en su mente. Sus líneas se endurecieron, se adentraron en la edad adulta y revelaron los rasgos familiares de su aprendiz, su jueza, su asesina potencial. Por supuesto. Volvió a escuchar a su madre diciéndole que un gato en la casa le robaría el aliento a los niños.

Foley no estaba seguro de cómo estaba pasando el tiempo en el mundo exterior y temía estar colapsándose peligrosamente hacia su interior. Pero había algo más allí. Algo que se le había pasado por alto. Ahora se encontraba muy cerca del centro, del *Interiora Terrae*. Si las respuestas podían encontrarse en alguna parte, había de ser allí. Con que sólo pudiera...

Repentinamente, una luz destelló en la oscuridad del laberinto. Un ardiente orbe amarillo. El ojo lo observó con suspicacia.

—¿Quién está ahí? —La voz parecía venir desde detrás de él—. Sé que hay alguien ahí, pero no puedo distinguirlo. ¿Lo ves? En las sombras, allí, entre las Espinillas de la Bruja.

Una segunda voz trató de calmarlo.

—Tranquilo, querido. No es nada. Un truco de la luz. No hay nadie aquí que pueda hacerte daño.

Foley rodeó el ojo con cautela mientras observaba fijamente las sombras que proyectaba sobre las paredes del laberinto. Creyó que podía distinguir una especie de abertura, una grieta oscura donde dos pilares se inclinaban el uno sobre el otro. Se acercó.

—¡Allí! Ha vuelto a moverse. Captúralo. Atrápalo. Échalo de aquí. No se debe permitir que interfiera.

La segunda voz intentó otra cosa.

—Leopold, mira quién está ahí. Es nuestro amigo, Foley. Foley ha venido a visitarte. ¿A que es simpático? Leopold, ¿recuerdas a Foley?

Leopold dejó caer el cincel. Chocó con estrépito contra el suelo de la cueva. Se negó a volverse.

—No.

—Foley, ven aquí, bajo la luz, querido. Deja que te vea. Eso está mejor. Aquí está tu primo Leopold. En este mismo momento estábamos hablando de ti, ¿verdad Leopold?

Foley no podía distinguir a la segunda persona que hablaba en la vastedad sembrada de sombras de la caverna. Algo soltó un destello justo detrás de un recodo. Algo que estaba un poco más allá de su campo de visión. Al entornar la mirada, tuvo la impresión de que se trataba de algo enorme. Algo arrancado a las sombras y que sólo había cobrado forma por la ambigua magia de la luz reflejada. Algo que emitía un resplandor apagado, con un lustre muerto como el del oro batido.

–¿Foley? Foley. No conozco a ningún Foley. Oh, échalo de aquí.

–Vaya, ése no es modo de tratar a tu primo. Ha venido desde muy lejos para verte. Para ver tu *trabajo*.

Al escuchar esto, Leopold se volvió. Dio un rápido paso hacia Foley y entonces se paró en seco como si hubiera sido golpeado.

–Todavía no está acabado. No puede verse aún. Vuelve más tarde.

–¡Leopold!

La propia caverna pareció reverberar con la fuerza de la gentil reprimenda. En algún lugar situado tras Foley, el ojo se encendió. Leopold se encogió frente a la intensidad de su luz.

–Está bien. Entonces puede quedarse y esperar, a mí me da igual. Pero que no le oiga decir una palabra o...

–Aquí no consentimos amenazas, Leopold. No puede haber amenazas entre primos, querido.

–O lo enviaré de regreso al pozo.

Con creciente horror, Foley sintió que sus labios se movían como si tuvieran voluntad propia para formar las palabras muertas que había pronunciado horas antes. Contempló cómo las sílabas salían a trompicones hacia la negrura.

–*Visita Interiora Terrae, Rectificando Invenies Occultum Lapidem.*

–¿Qué es eso? –preguntó Leopold muy cerca de Foley mientras lo manoseaba, lo zarandeaba–. ¿Qué es eso que dices? ¿*Occultum Lapidem*? ¿La piedra? ¿La piedra secreta? ¡Dámela!

Foley levantó una mano para protegerse y reveló la funesta gema negra hincada en la palma de su mano. Demasiado tarde, se dio

cuenta de su error. Sintió un interés que despertaba en la oscuridad, sintió que el ojo se acercaba.

Pero Leopold se apartó, asqueado.

–No sabe nada. ¡Nada! Oh, haz que se vaya –le dio la espalda a Foley–. ¿Pretendes tentarme, deslumbrarme con tu bonita piedrecilla? Yo he moldeado el fuego de la aletargada roca. Lo he moldeado con mis propias manos, he sentido cómo resbalaba entre mis dedos. Pero no es suficiente. No es el medio que se me prometió. ¿Dónde está tu *Occultum Lapidem*? ¿Tu piedra viviente? ¡Tráeme la piedra que respira vida! Ese sí que sería un buen regalo para hacerle a tu primo. Pero en vez de eso... no. Ya basta. Has sido un idiota por venir. Llévatelo.

–Leopold –dijo la voz con tono meloso–. ¿Quieres conseguir la bonita piedra roja para mí?

Foley sintió que la temperatura del aire descendía de forma dramática. Empezó a buscar el camino por el que había venido.

–No. Maldita sea la piedra. Idos sin más. ¿Es que no podéis iros sin más? Tengo mucho trabajo que hacer.

Allí. Foley vio dos estalagmitas que parecían inclinarse la una sobre la otra. Lentamente, empezó a retroceder en su dirección.

–Leopold...

El artista se estremeció, recogió su cincel.

–LEOPOLD...

La voz reverberó mientras su grito brotaba de docenas de bocas separadas. Foley, sobresaltado por el chillón coro, se detuvo en seco, se volvió. Otro error.

Allí, justo detrás de un recodo de la roca, la caverna se abrió y Foley se encontró cara a cara con la enormidad de la blasfema y farfullera obra maestra de Leopold.

El último recuerdo que Foley tuvo sobre la caverna fue el de sí mismo, tendido de bruces sobre el suelo, arañándolo frenéticamente en un intento por desaparecer de la vista.

* * *

En ausencia de dirección consciente alguna, los dedos de Foley

se habían vuelto hacia el familiar consuelo de la pluma y la tinta. Instintivamente, habían garabateado las divagaciones que su amo estaba grabando en vano en el suelo de la caverna.

Un gato negro con el rostro de un niño. Un radiante orbe amarillo. Una bruja patizamba. Un becerro de oro. Un escultor tuerto. Una piedra secreta. Y, finalmente, la tenue visión de algo vasto con una docena de bocas babeantes diferentes.

Acompañando a las macabras ilustraciones con una letra temblorosa, se encontraban las siguientes palabras: "Hazima-el, Leopold, *Occultum Lapidem. En el fondo del Pozo*". La parte inferior de la hoja mostraba la extraña leyenda, "Leopold = *Lapidem(?)*".

* * *

Foley se sentía como si se estuviese ahogando en piedra. Lenta, trabajosamente, trató de salir a la superficie. Parecía perdido sin el rasgar de la pluma para guiarlo. Sus labios todavía se movían formando palabras de poder, pero ningún sonido perturbaba el aire.

Fue entonces cuando sintió el impacto de la hoja. Con un tajo preciso y poderoso, cortó su columna vertebral. Sintió que su rostro chocaba contra la superficie de la mesa. El colapso de la visión le dolió más que el ataque físico. Las energías místicas que había conducido hasta la Caverna de las lamentaciones se volvieron sobre él. Se cobraron su deuda.

"Un Guerrero Imparcial"

–¿Qué? –grita el Diablo en voz alta–. ¿Cómo es posible? No he tenido noticia de ello. Seguramente, si la Bruja hubiera muerto, yo habría sido el primero en enterarme. A menos que... no, seguramente

no.

La voz del Diablo fue perdiendo intensidad hasta convertirse en un murmullo ensimismado. Corraig lo observó con curiosidad, creyendo que era presa de la fiebre. De tanto en cuanto, una frase escapaba de la corriente de sus cuchicheos: "No me preocupa CÓMO te has enterado" o "yo mismo me ocuparé de ello" o "limpiándole el trasero a Kerberos hasta que el Infierno se congele".

Corraig se había marchado con alguna prisa y regresó con la jarra en la mano. Sirvió generosa y descuidadamente una copa y cuando estuvo llena la empujó hacia su distraído invitado para reemplazarla que éste había derramado.

–Vamos, amigo, un trago en memoria de la Mujer Sabia de Baerne –vuelve a decir Corraig, se yergue y de nuevo añade la plegaria–. Si Dios quiere, que esté en el cielo media hora antes de que el Diablo sepa que ha muerto.

El Diablo se lo queda mirando sin decir nada, bastante frío. El vaso yace a su lado, sin tocar.

–Corraig –dice al fin–. Te estoy agradecido por tu hospitalidad, pero tengo que irme –acalla las protestas del hombre con un ademán–. Mi viaje no me ha reportado nada y tengo que regresar a mi casa a toda prisa. No pienso discutir. Has sido más que generoso y no quiero seguir siendo una carga.

El tono de su voz descendió.

–No, ni una palabra. Sé lo poco que te ha proporcionado hoy el mar y encima sin culpa ninguna por tu parte. Hasta que la tormenta amaine dentro de unos días, ya habrá suficientemente poco por aquí. No permitiré que a tus pequeños les falte algo por mi causa.

Este punto de vista dejaba poco espacio para la protesta.

–Con venido, pues –dijo el Diablo–. Pero me gustaría agradecerte tu amabilidad de alguna manera.

Reflexionó un instante.

–Te esperan tiempos difíciles, Corraig. Puedes contar con ello. Escúchame bien. Si no lo haces, cuando llegue el día en que tus hijos lloren de hambre, y los hijos de tus parientes y los hijos de tus vecinos, tratarás en vano de recordar mis palabras. Una niña aparecerá en tu vida, Corraig. Una huérfana, ojalá te otorgue tanta paz de espíritu

como me has proporcionado a mí en este día. Y mientras consigas mantenerla a salvo, ningún mal te afligirá a ti o a los tuyos. Pero debes mantenerla lejos de la Llanura de la Adoración, donde el Encorvado se obsesiona a solas con su apetito siniestro. Un océano entre ambos podría no estar de más, si en tiendes lo que quiero decir.

Corraig levantó la mirada hacia el Diablo, perplejo.

–Recuérdalas, Corraig. ¿Cómo podrás mirarlos a la cara si no logras recordar mis palabras? –El Diablo pasó bajo el umbral, desplegó las alas. La lluvia se apartaba de él siseando, chapoteando.

Corraig lo contemplaba, con un vaso de ouiskey olvidado pendiendo del extremo de un brazo.

En algún lugar tras él, un niño estaba llorando.

No bien el Diablo se encuentra fuera, el doloroso tañido de su cabeza regresa con más fuerza que nunca. Oh, sí, una rabieta completa y funesta se había apoderado de él.

–Antes de que el Diablo sepa que estás muerta –dijo en voz alta y con pringosa malicia.

Bueno, la blasfemia nunca se aleja demasiado de los labios del Diablo, así que con una maldición, abandona las hermosas costas de Eire y ya está urdiendo sus malicias. Y mientras se vuelve, una gota de sudor de su frente cae sobre el agua.

A la superficie acuden los peces, burbujeando y las aguas se tiñen de rojo y no darán tributo alguno en toda una estación, así que muchos murieron de hambre y muchos más la sufrieron.. Puede que alguno de vosotros recuerde la Primavera de la Marea Roja y podrá atestiguar que todas estas cosas son ciertas.

Y entonces el Diablo, Caudillo de las calamidades y el más Imparcial de los Guerreros, desapareció.

>>> >>>

DOMINGO, 25 DE JULIO DE 1999, 12:47 AM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

El brujo, sumido en un profundo trance, no tuvo oportunidad de salvarse. La feroz estocada de Anwar con su *katar* fue un movimiento fluido y el kafir chocó contra la mesa como un árbol talado. Anwar se encontraba sobre su víctima, bebiendo profundamente, antes de que sus párpados dejaran de revolotear.

Hadd. Venganza.

Durante cinco siglos, los hijos de Haqim habían languidecido bajo la maldición de los Tremere, habían sido incapaces de cumplir en su totalidad con los caminos de la sangre prescritos por el anciano de los ancianos. Pero ahora la segunda fortaleza, *Tajdid*, estaba siendo reclamada; cada hora de servidumbre sería pagada con creces. Anwar no había dado más que un golpe: un pequeño paso en la senda de la *hijra*.

Pero había poco tiempo para recrearse en la hazaña. Con las renovadas fuerzas que fluían por sus venas, volvió la vista hacia Aarón. El Tremere, cuya desazón era evidente, contemplaba boquiabierto el cuerpo de su hermano de clan. *¿Acaso no tienes estómago para la sangre?*, se preguntó Anwar. O quizá era la concentrada brutalidad de su acto lo que había intimidado a su guía. Pero debía de haber sabido que sería así.

Lenta, metódicamente, Anwar empezó a registrar a su víctima. Aarón se dio la vuelta a medias.

–¿Es eso de veras necesario?

Anwar abrió a la fuerza el puño crispado del brujo. Le arrebató algo a la presa del muerto.

–Está hecho. Vamos.

Envolvió la sanguinolenta piedra en un trapo y se la guardó en la faja.

Aarón flaqueó un momento. Entonces, con aire resuelto, recogió un pedazo de pergamino del suelo y se lo guardó en la manga de la túnica.

–¿Un recuerdo? –se burló Anwar.

–Una prueba acusadora.

Anwar se inclinó ligeramente.

–Guíame.

Rehicieron sus pasos, Anwar pisándole los talones al brujo. Mientras subían por la escalera de los suspiros, Anwar descubrió que volvía a encontrarse en guardia. Todavía no era demasiado tarde para que saltara una traicionera trampa o para que una horda de brujos cayera sobre él y lo arrastrase a las profundidades de su capilla.

Pero ningún asaltante emboscado se materializó frente a él. Atravesaron la oficina del piso de arriba y luego el corto pasillo que le separaba de la libertad. Anwar sintió el frío aire de la noche en el rostro.

–No deberías haberme hablado en el sanctum de Fol... del brujo –le acusó Aarón–. Ha sido peligroso y poco profesional.

–¿Acaso estás descontento con la manera en la que he cumplido el contrato?

–Y además dejaste allí el esbozo.

–Garabatos dementes. Los examiné. No eran relevantes. Decidí dejarlos.

–Yo aparecía en ese esbozo. Si yo estuviera implicado en esto, ¿no te parece que eso sería relevante?

–No pretendo ofenderte, Aarón Portador de la Luz. Pero ese hecho no es relevante.

–¿Qué quieres...?

–Tus superiores estarán disgustados.

–Sí –supongo Aarón con aire de cautela–. Supongo que...

Con un grácil paso, Anwar pasó el cable sobre la cabeza del Tremere. El alambre se hincó en el cuello del brujo y atravesó la tráquea y la yugular. Un fuerte tirón y la cabeza cayó al suelo separada de los hombros.

–Esto es algo parecido a la misericordia en comparación con lo que tus hermanos de clan te hubieran deparado. Descarea en paz, Aarón, Portador de la Luz. En el servicio sin tacha se esconden tanto la gloria como la redención.

DOMINGO, 25 DE JULIO DE 1999, 9:00 PM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

Tres golpes fuertes en la puerta. Sturbridge rodó sobre la cama y dio un manotazo al monitor que había al pie de la misma. A su contacto, el monitor parpadeó como si estuviera sorprendido y abandonó abruptamente el modo suspendido. Una voz de hombre, gruñona y con un definitivo y cantarín acento de Cork, habló por los diminutos altavoces:

–Invitados a primera hora de la mañana / Asaltantes, el hambre, forúnculos o moscas / Serían más bienvenidos.

Sturbridge ignoró al enfadado ordenador y conectó la imagen. La cámara que había justo al otro lado de la puerta reveló a Eva, parada con aire inseguro frente al umbral.

No vestía la túnica habitual de los novicios sino una blusa y una larga falda negra. Ropas civiles. Parecía incómoda, con una mano alzada, como si estuviera considerando si sería sabio llamar una segunda vez.

Un gesto de Sturbridge hizo abrirse a las cerraduras hidráulicas que aseguraban la puerta de la cámara. Eva se apartó bruscamente del reptiliano siseo y entonces, mientras la puerta se abría, dio tres pasos decididos para entrar en la habitación y se detuvo. Permaneció muda e inmóvil, con la cabeza y los hombros inclinados como si estuvieran soportando un gran peso.

Sturbridge se puso en pie y recogió una túnica que descansaba sobre una silla cercana.

–Entra, Eva. Gracias por venir a verme. Siéntate, por favor.

La novicia siguió de pie, con la cabeza inclinada, negándose a mirar a su regente a los ojos.

–Si mi señora me lo permite, preferiría permanecer de pie.

Sturbridge se cerró la faja alrededor de la cintura mientras observaba a la muchacha con curiosidad.

–Ya veo. Muy bien, dime, ¿qué te ronda la mente?

Eva reunió todo su coraje.

–He venido a someterme a vuestro juicio, su Regencia. La historia de Talbott, él dijo que tendría un precio. Estoy aquí para pagar la cuenta.

–Ah, sí, el precio –un silencio incómodo se instaló entre ambas–. Hubiera creído –reflexionó en voz alta– que una novicia que acudiera a presencia de su regente para tratar tan importantes asuntos hubiera debido hacerlo formalmente ataviada con su túnica de oficio.

–He devuelto mi túnica al vestuario –le costó mucho admitirlo–. He quebrantado la confianza de mi regente. He abandonado la comunión con esta capilla. Me someto a vuestro juicio.

–¿Hmmm? Oh, sí. Sí, haces bien. Veamos –Sturbridge le dio la espalda a la novicia y se abrió camino hacia el destartalado trono de libros–, supongo que ahora la cuestión es, ¿qué vamos a hacer contigo? ¿Te importa si me siento? Gracias.

Sturbridge se acomodó en el alto sitial y alzó la voz como si se estuviera dirigiendo a una corte de justicia.

–Grabación de acción disciplinaria. Caso presentado ante la regente: FitzGerald, Eva. Novicia del Primer Círculo.

La terminal situada junto a la cama emitió una serie de gruñidos renuentes, velados finamente como esfuerzos por acceder al disco duro y entonces dio comienzo a una transcripción de las palabras de Sturbridge.

–La novicia se presenta ante nos acusada por sí misma y confesa de, ¿cómo lo has llamado, querida?

–Quebrantar la confianza de mi regente –recitó Eva– y abandonar...

–Ah, sí, quebrantar la confianza de su regente y abandonar la comunión con la capilla. Magníficamente expresado. La novicia ha contraído también una deuda con el Hermano Portero, por el relato de un cuento. El informe debe recoger que el cuento en cuestión fue, a la manera habitual del hermano, bastante deslavazado y fantasioso, de modo que es de esperar que el precio sea muy elevado. Si se tiene en cuenta el exorbitante interés demostrado aparentemente por la novicia en pagar al narrador su cuento, puede también esperarse que la factura haya aumentado de forma exponencial. ¿Lo has recogido

todo?

El ordenador empezó a leer la transcripción.

–¡Su Regencia, por favor! Esto es muy serio. He estado todo el tiempo... pensando en abandonar la... y vos...

Sturbridge cruzó el espacio que las separaba y rodeó a la novicia con un brazo.

–Lo sé, chiquilla. Está bien.

Meció suavemente a Eva adelante y atrás.

–Querías saber más. Sobre mí, sobre el lugar del que provengo, sobre quién soy, sobre *qué* soy. Sobre cómo llegué hasta aquí y lo que se supone que voy a hacer ahora al respecto. ¿No?

Eva asintió, incapaz de gobernar su voz. Enterró el rostro en el hombro de Sturbridge.

–Está bien. Es bueno hacerse preguntas. Es bueno hacer preguntas. Es bueno dudar. Lo único que siento –continuó tras una pausa– es que no sintieras que podías venir a mí con esas preguntas.

–¿Qué derecho tengo a demandar explicaciones de vos? –la réplica de Eva fue rápida y había una nota de amargura tras ella.

Sturbridge mantuvo los hombros de la chica a la distancia de sus brazos.

–No tienes derecho a demandar explicaciones. Pero puedes acudir a mí. Puedes hacerme preguntas, incluso preguntas difíciles. Y si me es posible, las responderé. ¿Lo comprendes? Es una promesa. Si puedo, las responderé.

Eva asintió detrás de sus lágrimas.

–Ahora siéntate aquí y límpiame la cara. Das verdadero miedo con toda esa sangre derramándose por tus mejillas. Eres un verdadero monstruito.

Se vio recompensada por una risa ahogada que enseguida se disolvió en una serie de sollozos quebrados.

–Eso está bien. Siéntate aquí, junto a mí y te contaré algo más de esa historia que tan desesperadamente necesitabas conocer. Es una historia de magia e inmortalidad. De diablos y brujas. De sangre y fuego. Es tu historia. ¿Lo sabías? Ya has pagado su precio. Lo pagas cada anochecer cuando, contra toda razón y toda lógica, vuelves a levantarte. Lo pagas cada noche cuando cazas, bebes vida, resistes.

Lo pagas cada mañana cuando vuelves a rendirte a la pequeña muerte. Ya empiezas a reconocer algo familiar en el cuento, jirones de sueños, fragmentos de canciones. Cosas que sabías antes de que fueran sabidas. ¿Verdad? Bien. Son nuestra herencia. El legado de la Pirámide. La Sangre de los Siete que corre por las venas de todos nosotros. Conectándonos, atrayéndonos los unos a los otros, uniéndonos. No importa lo mucho que te alejes, pequeña. Extiende una mano. Toca la vibrante cuerda de sangre que se extiende entre nosotras y yo podré sentir tu contacto. En este mismo momento, yo puedo acudir a mi sire. Observa. Más cerca. Casi puedes ver el temblor que recorre su nuca. Casi como si alguien estuviera caminando sobre su tumba. Ah, ahora nos ha encontrado. –Los ojos de Sturbridge se cerraron al sentir la caricia que respondía a su llamada y se perdió un momento en el recuerdo antes de interrumpir el contacto–. Somos de una misma sangre. Nada puede cambiar eso. Ni siquiera la muerte. ¿Lo comprendes? Ahora tranquila, chiquilla. Tranquila.

Eva guardó silencio durante un largo rato. Entonces preguntó, insegura:

–Su Regencia, lo que Talbott dijo, ¿es cierto? Que tuvisteis una hija, me refiero.

Las líneas del rostro de Sturbridge se endurecieron. Apenas un momento atrás se había descubierto llamando "chiquilla" a esta pequeña. Tuvo que luchar para controlarse antes de volver a hablar.

–Sí. Tuve una hija una vez. Una niña pequeña y hermosa. Una niña mágica y viva. Sé que tal cosa resulta difícil de imaginar aquí.

Se descubrió pensando, y no por vez primera, lo mucho que se parecían su joven novicia y su hija desaparecida. Tenían la misma edad e incluso había la insinuación de un leve parecido entre ellas. Sabía que había sentido un deseo instintivo de protegerla desde el día que había llegado a los Cinco Distritos.

La voz de Eva interrumpió su ensimismamiento.

–Creo que me hubiera gustado tener una hija.

Sturbridge abrazó a la joven novicia y enterró sus lágrimas.

SEGUNDA PARTE :
«INTERIORA TERRAE»

18

MARTES, 27 DE JULIO DE 1999, 3:16 AM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

–¿Todos ellos, Su Regencia? –preguntó la abrumada novicia.

–Todos ellos –contestó Sturbridge–. Y quiero todos sus papeles: sus notas, sus cartas... incluso sus listas de la compra. Todos los libros que no se encuentren en su lugar, también los quiero. Si están abiertos, anota las páginas. Si no lo están, registradlos en busca de notas al margen y apuntad las páginas. Recorred toda la habitación... toda la habitación y todo el camino hasta el *Exeunt Tertius*, en busca de cualquier resonancia. Cualquier cosa que encontrareis, la quiero. Eso debería bastar para empezar. ¿Qué sabes sobre el ritual que estaba celebrando cuando fue... interrumpido?

Los ojos de la novicia no dejaban de extraviarse involuntariamente hacia el cuerpo desecado que ocupaba el centro de la habitación.

–No lo... quiero decir, es un ritual divinadorio, evidentemente, teniendo en cuenta la presencia del *diagramma hermetica*, pero... seguramente Jacqueline podrá responder mejor a estas preguntas. Ella ayudó en la preparación del... –la novicia se interrumpió, pero se recuperó rápidamente–. Enviaré a buscarla también –añadió apresurada, en previsión de la siguiente orden.

Sturbridge se detuvo y luego dejó caer el dedo que iba a ordenar eso mismo a Eva. Sonrió.

–Mejor. Dime, ¿cómo dirías que murió?

–Algo fue mal, Su Regencia. El círculo de protección ha sido borrado en algunas partes, las velas han caído al suelo. Tuvimos suerte de que la habitación entera no ardiera...

–No puede hacerlo, pero continúa –la interrumpió Sturbridge.

Eva lanzó una mirada interrogativa a la regente, pero al ver que no parecía acercarse más información, continuó con su especulación:

–El ritual fue mal. Algo... entró. Lo asesinó y huyó. Por allí, en dirección al *Exeunt Tertius* y luego a la calle. Aarón trató de impedir su huida y fue también asesinado.

Sturbridge sacudió la cabeza con lentitud.

–Te estás precipitando. Pero quizá es que no aprecias el peligro. Aquí nos enfrentamos a la muerte: a la Muerte Definitiva. ¿Lo entiendes? Cuando cazas mortales, puedes ser voraz. Sin embargo, si te enfrentas a la Muerte, debes ser desapasionada. Debes ser disciplinada. Debes ser paciente. También la Muerte es muy... paciente.

Pronunció las últimas palabras como si fueran una caricia. Pero no había ninguna calidez en ellas.

–Partes de demasiadas presunciones. Para empezar, ¿cómo es que el ritual fue mal? Foley era un regente secundus. Fue asistido por dos aprendices, uno del Tercer Circulo, otro del Séptimo, cualquiera de los cuales podría haber cerrado el ritual divinadorio por sí solo. Sencillamente, no se sostiene.

Eva empezó a protestar, pero fue interrumpida.

–Dos. No se puede "entrar" en una divinación. Ni tampoco pueden hacerlo los moradores del "otro lado". Esos son cuentos de viejas, útiles tan sólo para asustar a los neófitos. No es como abrir de par en par una puerta con postigos. Es más parecido a espiar por el ojo de una cerradura. Asomarse, más que ir. O, como diría una novicia *diligente*, escudriñar en vez de...

–Aportar –terminó rápidamente Eva, tratando de esquivar el significado implícito en la mirada de la regente–. Pero, ¿y si no se tratara de un ritual divinadorio? ¿Y si hubiera sido una invocación en toda regla? Sé que los preparativos habituales no están en su lugar: no veo ninguno de los nombres de los arcángeles protectores, ninguna barrera en los puntos cardenales, nada más eficaz que tiza y luz de

velas y pluma y pergamino. Pero puede que él no quisiera que nadie *supiera* que se trataba de una invocación.

La regente le lanzó una mirada de severo reproche.

–Sabes perfectamente que está prohibido realizar invocaciones dentro de los límites del *domicilium*. Incluso colaborar en tan desafortunada aventura sería arriesgarse a incurrir en mi más profundo desagrado.

El tono de esta última declaración transmitía una amenaza mucho más seria que las propias palabras. No obstante, Eva estaba demasiado absorta tratando de reunir las piezas de su teoría como para advertirlo.

–¡Razón de más para que quisiera esconder la naturaleza del ritual! Cualquiera de los *diagramma* rituales le hubiera condenado. Sus asistentes habrían advertido su propósito –se detuvo con aire triunfante... y entonces recordó de pronto dónde estaba– y le hubiera disuadido de tan temerario curso de acción –terminó, sin demasiada convicción.

–Sí, los asistentes –Sturbridge reanudó la narración–. A los que Foley había decidido incluir en su ritual "secreto", ¿con qué propósito? Me parece que ni siquiera los druidas, los adoradores de Satán o los templarios se toman tantas molestias para asegurarse de que sus rituales secretos estén bien concurridos.

–Si me permitís que hable con franqueza, Su Regencia –empezó a decir Eva mansamente–, hay en nuestra capilla quienes no respetan de manera tan ferviente como vos y yo los *interdicti*.

Sturbridge se alzó cuan larga era y por un momento pareció como si fuera a golpear a la novicia. Eva, mientras tanto, escudriñaba algún detalle del complejo diseño de las baldosas del suelo, con la cabeza inclinada en gesto de sumisión.

Sturbridge exhaló audiblemente.

–Los *interdicti* existen precisamente para impedir que novicios necios incurran en estupideces que los lleven a la autodestrucción. Lo creas o no, aquí estamos bajo asedio. ¿Sabes lo que hay tras esas paredes?

Una leve sonrisa se asomó a las facciones de Eva antes de que pudiera suprimirla. Estaba pensando en el relativamente eremítico

campus del Colegio Barnard, sobre el que estaba situada la capilla. Fue lo bastante sensata como para no prestarle voz a tales pensamientos.

–Más allá de estas paredes –continuó Sturbridge– se extiende el territorio enemigo. Nueva York es un baluarte del Sabbat. *EI* baluarte del Sabbat. Por mucho que hayas podido oír lo contrario del autoproclamado "príncipe" Ventrue de la ciudad. Hasta el momento, has sido cuidadosamente escudada de esta cruel e intransigente realidad. Pero sin duda, incluso en de la seguridad de la capilla, sabes lo que está en juego aquí.

–Sí, Su Regencia –el tono de Eva era de sumisión.

Sturbridge alzó el rostro gacho de la novicia.

–Podemos mantener a raya a los salvajes Sabbat. Los mantendremos a raya. Pero debemos hacerlo de la manera correcta. No recurrimos a rituales peligrosos, en especial aquellos que prescindan de las precauciones adecuadas, dentro de los confines de la capilla. No pondremos en peligro a nuestros hermanos con una búsqueda de mejores armas para enfrentarnos a nuestros enemigos. No implicaremos a otros poderes, y menos a aquellos ajenos a esta esfera terrestre, en nuestra lucha. Lo más importante al enfrentarse a los monstruos es asegurarse de que uno no...

–Se convierte en un monstruo –terminó Eva la cita del filósofo. Era un compatriota suyo, parte de la compleja tradición intelectual y mística que conformaba su heredad. Pero Eva no podía por menos que recordar que las pegadizas frases del filósofo formaban también parte de la heredad que había dado a luz al Reich. Lo a menudo que sus aforismos habían sido utilizados para defender y justificar un pogromo genocida que empequeñecía incluso los peores excesos de los no-muertos.

Por lo que parecía, también las palabras podían volverse desesperadas y monstruosas.

Sturbridge puso una mano sobre el hombro de la novicia y la condujo hacia la puerta.

–Pero parece fatigada. Ve al refectorio. Consigue un poco de alimento para tu organismo. Cuando estés completamente segura de que podrás con todo, entonces, y sólo entonces, puedes regresar y

hacer lo que te he ordenado.

Mientras Sturbridge cerraba la puerta de la cámara tras ellas, Eva se encogió a ojos vista como si la proximidad del cadáver hubiera sido lo único que la mantenía erguida. Recorrió tambaleándose el pasillo que conducía al refectorio. Como una sonámbula.

Sturbridge observó la figura que se alejaba hasta que llegó al recodo del pasillo, como si quisiera asegurarse de que no trastabillaría y caería antes de llegar. Satisfecha, la llamó:

–Eva...

La figura se volvió con aparente esfuerzo.

–Ten cuidado. No todos los monstruos provienen de más allá de estas paredes.

Entonces se encaminó con paso firme hacia su sanctum. Los pocos novicios con los que se cruzó de camino, al percatarse del humor de su regente, se pegaron contra las puertas y se deslizaron por corredores laterales para dejarla pasar.

La regente agitaba con aire ausente la mano frente a su rostro, como si pretendiera limpiarse una telaraña o algún insecto persistente. Activó a propósito no menos de tres sistemas defensivos (dos de ellos silenciosos y otro muy ruidoso) que había dejado tras ella para que el equipo de seguridad los desarmara. No estaba en absoluto complacida por la demostración de sus evidentes carencias dos noches atrás y no se sentía inclinada a facilitarles el trabajo esa noche. Incluso fue tan lejos como para acorrallar a un espíritu guardián especialmente perverso y liberarlo con el propósito de convencer a las defensas autónomas de la capilla de que el *domicilium* estaba ardiendo. Esa imposibilidad en particular debía bastar para mantenerlos ocupados algún tiempo. Posiblemente tendrían que desconectar muy, muy cuidadosamente el sistema "averiado" y desmantelar y volver a montar una por una todas las complejas protecciones místicas, electrónicas, bioquímicas y geomecánicas.

Era, quizá, una pequeña crueldad. Pero Sturbridge no se arrepentía de ella. El castigo era, en el mejor de los casos, por completo insignificante en comparación con el precio de sangre que podría haber exigido por su fracaso: un fracaso que había conducido a la muerte de su segundo en el mando en el santuario de su propio

laboratorio.

Mientras entraba en su propio sanctum, advirtió con satisfacción que la puerta se sellaba tras ella con el siseo hidráulico y el canto de los cerrojos de acero al encajar en sus cámaras. Comprobó el estado de las entradas de la capilla. Todas ellas estaban selladas. Se aproximó al escritorio y dio inicio a una sobrecarga *gimmel*, lo que abrió una de las puertas (la del *Exeunt Tertius*, sólo para mojarles un poco la nariz). Con unos pocos gestos rápidos, preparó una guarda (un aullador, uno muy ruidoso) para que saltara cuando la puerta fuera sellada de nuevo y gritara el tiempo exacto de respuesta.

Sólo entonces se permitió el lujo de dejarse caer sobre el enorme sillón que había en la esquina más alejada de la habitación. Este asiento era la única concesión a la comodidad en el austero estudio. E incluso así, había algo imponente, una semejanza a un trono, en él. Parecía alzarse sobre un estrado de libros apilados. En algunos lugares, los montones de volúmenes llegaban hasta la altura de los hombros y se mecían peligrosamente. No era infrecuente que un ala entera del edificio se desplomara y cayera al suelo en una avalancha de manuscritos miniados, revistas de moda, rollos de papiro, circulares informativas, manuscritos redactados a lápiz, tablas de arcilla y papeles sueltos.

Sturbridge se hundió en la voluminosa silla. Se envolvió en la muralla de libros y se arrebujaó tras ella. Sintió su tranquilizadora proximidad, su calor, su protección. Lentamente, las siniestras alas que revoloteaban frente a su cara empezaron a remitir.

Estaba más que familiarizada con su siniestro contacto, el temporal de golpes que ni cortaba ni magullaba sino que más bien parecía ahogar. Le zumbaban los oídos con los gritos de las aves de carroña. Podía sentir su peso sobre ella, planeando de forma opresiva como el sol de mediodía, aguardando. Uno entre ellos, más osado que el resto, se atrevió a picotear de forma experimental el borde de una manga.

La mano buscó cobijo tras el abrigo del capullo de libros. Su primer instinto fue el de azotar, golpear, aterrorizar y dispersar la bandada de cuervos. Con esfuerzo, logró reprimir esta respuesta instintiva y animal.

No era tan necia. No tenía ningún sentido consumir sus energías vengándose de meros mensajeros, de aquellos heraldos del fin. Retrajo su desprecio, reservándolo para su señor, la única Némesis verdadera.

Así que de nuevo está entre nosotros. Sturbridge se encontró de pronto reuniendo sus defensas de forma instintiva, trazando los contornos de ingeniosas protecciones, llamando con señas a aliados invisibles. No albergaba ilusión alguna sobre el resultado de aquel enfrentamiento tan antiguo como una vida. Incluso sus (considerables) poderes servirían de poco frente a aquel invitado no bienvenido.

Sturbridge no era una de esas bellezas legendarias que obligaban a sus pretendientes y rivales a sobreponerse a los océanos y las generaciones. Sin embargo, este pretendiente en particular poseía una paciencia y una persistencia inhumanas.

No era la primera vez que la Muerte venía a visitarla. Durante su última aparición, no sólo la había privado de su vida, sino también de su humanidad, su arte y su única hija.

Sólo esperaba que, esta vez, no se sintiera inclinado a quedarse.

MARTES, 27 DE JULIO DE 1999, 5:04 AM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

El traqueteo del teletipo interrumpió el mórbido ensueño de Sturbridge. Dio un respingo y estuvo a punto de provocar otra avalancha de libros y papeles. Desde la posición que ocupaba en lo alto del precario trono de libros, podía ver cómo sondeaba el aire la cinta perforada con aire experimental, como la lengua de un áspid.

Incluso allí, en el interior de su *sanctum sanctorum*, existían peligros y venenos implícitos. Con cuidado exagerado, descendió. A pesar de sus precauciones, una pequeña ola de papeles y sobres rompió tras su estela. Por un momento, pareció una figura clásica

emergiendo del mar y sacudiéndose de encima un manto de espuma. Antes de que la cascada de papeles hubiera remitido, golpeó a Sturbridge la premonición más que vaga de que las noticias no eran buenas. Como era su hábito desde hacía mucho tiempo, se preparó para lo peor.

Es Washington, pensó. Washington ha caído.

No era la propia ciudad la causa de sus temores. Sabía que ya estaba perdida, condenada, una baja más en la masacre que en ese preciso momento estaba haciendo estragos en toda la costa este. El Sabbat estaba rompiendo sobre los mamparos, tan inevitable como la marea. Tenía muy poco sentido negar la evidencia de que la capital estaba, incluso ahora, firmemente en sus manos.

No era un pensamiento tranquilizador.

El tamborileo de la cinta perforada enmudeció repentinamente.

Los instrumentos que decidimos

El día de su muerte fue un triste, frío día.

Sturbridge colocó una mano sobre el cristal ahumado del fanal para detenerlo mientras arrancaba la cinta de pergamino. Una tenue iluminación apareció justo al otro lado de la superficie del arco de cristal. Daba vueltas lentamente como un frente de tormentas, preñada con la promesa del rayo. Una mancha de luz y color teñía el cristal, extendiéndose desde el punto en que su mano había entrado en contacto con la opaca superficie.

Sturbridge resistió la tentación de sumergirse más profundamente en el juego de imágenes que se formaban y disolvían dentro del fanal. Aquel escudriñar el cristal, aquel ver de forma sombría a través de una superficie opaca era una magia humilde, casi reflexiva.

El arte era su derecho de nacimiento, un legado que había recibido a través de generaciones de decidoras de fortuna, mujeres sabias, brujas, oráculos, adivinadora, sacerdotisas y médiums. Sturbridge era el producto final de varios centenares, quizá miles, de años de experimentación ocultista, búsqueda espiritual y ferviente plegaria.

El cristal respondió ansiosamente a su familiar contacto.

Sería muy fácil para ella perderse en la danza de luz y forma que la llamaba con señas desde el interior de éste. Pero sería una indulgencia. Y en aquel preciso momento no podía permitirse indulgencia alguna.

En vez de ello, le dio la espalda al arcano dispositivo y volvió su atención al ominoso pedazo de cinta agujereada. Leyó con creciente agitación.

INICIO

BALTIMORE COMA 27 JULIO 99

PUNTO

*A STURBRIDGE COMA REGENCIA COMA C5D PUNTO DE DORFMAN
COMA PONTIFEX COMA WDC PUNTO SALUDOS ETC PUNTO COMA
PERTURBADORAS NUEVAS DEL CONCILIO CAMARILLA PUNTO
XAVIAR COMA JUSTICAR GANGREL COMA ENFURECIDO PUNTO
AMENAZA SACAR CLAN DE CAMARILLA PUNTO STURBRIDGE COMA
REGENCIA COMA C5D DEBE DIRIGIRSE BALTIMORE
INMEDIATAMENTE PUNTO INVESTIGUE COMA CONTROL DAÑOS
PUNTO INFORME EN RUTA PUNTO
MANTENGA CABEZA BAJA COMA
DORFMAN
FIN*

Maldición. ¿Sacar a todos los Gangrel de la Camarilla? ¿Podía hacer eso? Debía de haber algún error. Quizá el mensaje pretendía decir que amenazaba con retirar a los Gangrel de las reuniones del concilio de defensa de Baltimore. Seguramente era eso. Indudablemente, Xaviar era uno de los más prominentes caudillos Gangrel. Pero los miembros de su clan se jactaban de su independencia casi rabiosa. Sturbridge dudaba que ni siquiera el muy respetado justicar pudiera presumir de hablar con autoridad por todo su clan.

Se encontró preguntándose qué ofensa podía haber sido tan grave como para que el justicar abandonara, no sólo el concilio de Baltimore, sino quizá la Camarilla por completo. Sencillamente no

tenía sentido.

Los pensamientos de Sturbridge volvían una vez tras otra a María Chin, su predecesora en el concilio. Chin estaba muerta. Asesinada, se corrigió. Sturbridge había revisado el escenario una y otra vez en su mente y se había dado cuenta de lo fácil que hubiera sido que fuera ella y no Chin el objetivo de ese estrangulador. Trató de pensar en quién podía tener alguna razón para quererla muerta. Realizó un cálculo rápido mental y suspiró. Como ocurría demasiado a menudo entre sus hermanos Tremere, lo más fácil era preguntarse quién no tendría una razón para quererla muerta.

Sturbridge sería la primera en admitir que era una regente ambiciosa. Uno no alcanzaba una posición tan elevada sin ensangrentar unas pocas narices. Y, ciertamente, uno no permanecía demasiado tiempo en una posición tan controvertida sin atraer la atención no deseada de algunos rivales igualmente ambiciosos.

Y no sólo frente a sus iguales debía precaverse un regente. En el corazón de hasta el más modesto de los novicios latía un destello de codicia, y tras el frío exterior de incluso el más reservado de los superiores se escondía una peligrosa llama de celos.

La muerte de Chin bien pudiera haber tenido motivos políticos. Sturbridge conocía muy pocos de los detalles referentes al fallecimiento de su antigua regente. Los informes oficiales lo habían llamado asesinato, lo que implicaba claramente una componente política. Pero esa no era razón para suponer que se trataba de la política del clan.

Chin se encontraba entre los miembros fundadores del improvisado concilio de la Camarilla que se había reunido en Baltimore. En algunos aspectos, llamar "concilio" a aquellas reuniones era una suerte de eufemismo. Era más bien como un remanso natural del torrente de refugiados que huían de la devastación del Sureste, conforme Atlanta, Charlestown, Raleigh, Richmond, Washington y quién sabía qué otros baluartes tradicionales de la Camarilla caían en rápida sucesión frente al salvajismo del Sabbat. Sturbridge no podía imaginarse con qué clase de extrañas alianzas podía haberse indispuerto Chin en medio de la pleamar de los refugiados.

Y todas estas especulaciones ignoraban acaso al más evidente

de los sospechosos: la babeante horda del Sabbat que había rodeado, aislado y asediado la capilla de Chin en Washington D.C. Ciertamente, el Sabbat no hubiera tenido el menor reparo en eliminar físicamente a uno de los principales actores del escenario de Washington. El que el plan hubiera tenido éxito no auguraba nada bueno para la capilla de Washington... el último reducto de resistencia de la Camarilla en la capital de la nación. La situación no era nada ambigua ni tranquilizadora. Sturbridge no podía sino advertir que todos los Tremere que se habían atrevido últimamente a levantar la cabeza por encima de la línea de las trincheras la habían perdido de forma sumaria.

Y ahora esta convocatoria. Ya tenía cosas más que suficientes de que preocuparse en aquel mismo momento sin que la arrastraran a Baltimore. ¿Es que no sabían que se estaba librando una guerra allí mismo, en las calles de Nueva York? Desde Baltimore no podría coordinar la defensa de su propia capilla... y mucho menos la de la ciudad o de la región. Los informes más recientes sugerían la llegada de un contingente del Sabbat desde el interior del estado. Y ella no podía prescindir ni de las fuerzas necesarias para enfrentarse a esta pequeña incursión.

Maldición. No podía haber llegado en peor momento. Pero parecía que todo había sido decidido de antemano por los eslabones superiores de la cadena de mando. No tenía más opción que preparar las defensas lo mejor que fuera posible y volar a Baltimore para evaluar la situación.

Las misiones de perfil elevado como aquella siempre escondían buenas oportunidades. El truco, naturalmente, consistía en evitar un fallecimiento de no menos alto perfil.

Los maldijo.

–Que mantenga la cabeza baja –bufó con indignación.

Tras posar las dos manos sobre el fanal, realizó unos pocos, lánguidos y prescritos pases y empezó a dictar:

INICIO

NUEVA YORK COMA 27 DE JULIO 99 PUNTO

PARA DORFMAN COMA PONTIFEX COMA WDC PUNTO DE

*STURBRIDGE COMA REGENCIA COMA C5D PUNTO DORFMAN COMA
MALOS AUGURIOS SÍ PUNTO ME SENTIRÉ HONRADA ACUDIR PUNTO
IMPACIENTE POR VERLE ETC PUNTO COMA*

STURBRIDGE

FIN

*DOMINGO, 25 DE JULIO DE 1999, 9:00 PM
CABO MAY, NUEVA JERSEY*

Hubiera sido más inteligente esconderse sin más. Nickolai dejó que el sentimiento de autoreproche lo azotara como una ola.

Abandonar, hundirse. Se sintió arrastrado, sintió de forma aguda el peso de las aguas sobre sí. Era la cruda enormidad del pasado que lo mantenía postrado: la voraz inundación que ya se había tragado tres cuartas partes de la superficie de la Tierra y que todavía no estaba satisfecha.

Nickolai sabía por experiencia propia que aquella inundación nunca podría ser satisfecha. No hasta que hubiese devorado el mundo entero. Su fuerza era implacable y, al final, irresistible. Ya había reclamado las no-vidas de todos los suyos. Los había separado, marcado, acechado y explotado. Los había reunido a todos y ahora él era el último. Por defecto, se había convertido en la personificación, el producto final, del Gran Experimento. Era el único receptáculo de todo el conocimiento, las ambiciones, el saber, los deseos, los ritos, las decepciones, los planes, los apetitos, los ideales, la tragedia, la devoción y los sentimientos acumulados de un pueblo orgulloso. De todos cuantos antaño habían ostentado el nombre de la Casa Goratrix, él era el último.

Y ahora era poco más que un hombre a punto de ahogarse.

No, era mucho mejor dejar que las aguas se cerraran sobre él y descansar. Por fin, descansar.

Había algo seductor en el acuoso abrazo del pasado, en el olvido que ofrecía. Hubiera sido muy fácil rendirse a esa marejada. Aunque eso significase verse cara a cara con todas las indiscreciones de una vida entera, o para ser más precisos, de varias vidas enteras.

Nickolai era fuerte. Sabía que podía soportar el cúmulo de indiscreciones, incluso la inhumanidad, que habían sido sus compañeros constantes durante todas esas noches.

Dio la vuelta con la lengua a esta nueva recriminación. Inhumanidad. Era algo más afilada que su pensamiento original, *indiscreción*. La sal del agua hacía que le ardiera la garganta, pero se la tragó. Sí, podía incluso soportar incluso su reencuentro con la humanidad.

Pero nuevas imágenes se estaban alzando hacía él desde las turbulentas aguas. Le arrancaron sus racionalizaciones, las erosionaron y se las llevaron a lomos de la marea. Las imágenes le hablaron de un ajuste de cuentas todavía mayor. Arrastraron el gaseoso concepto detrás del cual se estaba cobijando, esta "inhumanidad", y se lo arrebataron, exponiendo la piel rojiza y desnuda que había debajo. Lo dejaron con un reproche mucho menos reconfortante al que aferrarse. Baño de sangre.

Las aguas se volvieron rojas a su alrededor. *En la sangre está la vida. En la sangre está la magia. En la sangre está el poder.*

Nickolai sabía que era una criatura, una construcción, de la sangre: una destellante dinamo que destilaba energía a partir de la vitae. Era la sangre lo que le proporcionaba su vitalidad. Era la sangre lo que le otorgaba poder sobre el mundo mortal. Era la sangre la que alimentaba los ritos y rituales de los suyos.

Si existía un único elemento común en aquella al parecer interminable procesión de noches, era la insaciable necesidad de sangre. Refutar este hecho no suponía ninguna ventaja. Se resignó a esta última condena. Inhaló profundamente y permitió que sus pulmones se llenaran con la sangre que lo rodeaba y pretendía ahogarlo.

Su cuerpo se convulsionó con un dolor súbito y furioso. Había creído que tragaría tan solo la sangre que él mismo había derramado, pero se vio inundado por una comprensión mucho más cruel. No era

sólo la sangre de sus labios sino las muertes. Los asesinatos.

Un interminable remolino de asesinatos. La monstruosidad desnuda de sus crímenes –no sólo de lo que había hecho sino de aquello en lo que se había convertido– atravesó en tropel su cuerpo. Se dobló, vomitó sangre. Años de sangre. Se derramó por sus ojos, su nariz, sus orejas. Nickolai podía sentir cómo se marchitaban sus extremidades. Sus dedos se secaron, se quebraron, se doblaron. Sus brazos se arrugaron, las muñecas y los codos se doblaron en ángulos imposibles. Sintió que sus mejillas se ahuecaban y luego se desgarraban, mostrando el hueso. La visión de un cráneo que se carcajeaba.

¡No!

Soy el último.

Nickolai arrojó el credo a la cara del pasado voraz. Un aullido de yo puro contra sus inevitables estragos.

Soy el último. Sobreviviré.

Podía sentir cómo rompía la ola y empezaba a doblar la espalda frente a él y se retiraba. Lo dejaba jadeando en busca del presente que otorgaba la vida.

Soy el último. Aunque el mundo entero se ahogue en esta inundación, yo prevaleceré.

Escupió cuanto quedaba en su boca de la mezcla de sangre y bilis y agua de mar. Era una montaña que se alzaba del mar.

Quizá sea el último de una raza de monstruos, un pueblo de depredadores.

Las montañas se contorsionaron, mostrando picachos retorcidos, crueles acantilados marinos.

Quizá sea una criatura de sangre y muerte, asesinato y crueldad, impíos ritos y ansias blasfemas.

La cumbre de la montaña se agitó, se quebró, se precipitó sobre el mar que esperaba a sus pies. Todo lo que quedaba allí era una confusión destrozada de roca y desolación.

Quizá mi mera existencia sea una maldición permanente impuesta a la Tierra.

Brotaron unos árboles negros y achaparrados sobre la ladera de la montaña. Formas siniestras se deslizaban entre el sotobosque.

Pero permaneceré firme frente al olvido.

El mar reunió todas sus fuerzas, se alzó contra la empalizada de acantilados y fue rechazado en desorden.

Me erigiré en monumento, una remembranza duradera de los míos.

Una nube negra pasó sobre la cumbre como la mano de un dios colérico. A su sombra, algo se reunía, giraba y giraba como una tormenta.

Una cosa de terror y de belleza. Y todos cuantos la miren temblarán y recordarán.

Mucho más abajo, las olas arañaban el pie de las colinas con mano insegura. Sí, con el tiempo lograrían abrirse camino. Sobre eso apenas podía existir duda.

Muy pronto, las olas del pasado cubrirían toda la Tierra. En esos últimos días, no habría otra vía de retirada que la que se adentraba en el interior: sumergirse en el mismo corazón de la Tierra.

Abandonar, hundirse. Hundirse. Pronto, ya. Paciencia.

Nickolai podía escuchar ya la locura de las aguas que lamían la ribera de la Última Costa.

*DOMINGO, 1 DE AGOSTO DE 1999, 9:05 PM
SANCTUM DEL REGENTE, CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS,
CIUDAD DE NUEVA YORK*

Eva depositó ruidosamente otro montón de libros sobre el suelo. Empezaba a ser difícil ver a Sturbridge, medio enterrada como se encontraba entre los libros y papeles tirados por el suelo del fallecido. No prestó atención al clamor que hicieron los libros al caer, y cuando Eva musitó una apresurada disculpa apenas levantó la mirada del texto que estaba examinando.

La fórmula que el presente libro describía tenía algo que ver con una tinta hecha con extracto de sangre de buho. La pegajosa nota

dejada por Eva para marcar la página rezaba:

En estantería.

Sellado (marcado con sello, familiar. ¿Una variante de la marca de Foley?), pero no protegido.

Resonancia: uso reciente.

Los ingredientes corroboran la lista de la compra de Jacqueline.

Ya había al menos otros cincuenta libros como aquel esperando pacientemente a que Sturbridge los examinara. Muchos de ellos no mostraban menos de una decena de notas indicadoras de color rosa, asomando subrepticamente por los bordes de sus páginas. Sturbridge cerró el libro con un suspiro de resignación. Exagerado por la súbita inhalación de aire producida por el libro al sellarse a sí mismo, como si fuera un viejo hábito. El sencillo encantamiento era ajeno al hecho de que su señor ya no necesitaba sus servicios.

Algo preocupaba a Sturbridge. Se puso lentamente en pie entre el desorden de los libros y los papeles de Foley. Se preparó para el hormigueo entumecedor de la sangre al volver a circular por sus agarrotadas piernas y entonces se reprendió por su necesidad.

Otro hábito estúpido y viejo que se negaba a reconocer la muerte de su señor. Había transcurrido el tiempo de varias vidas desde la última vez que Sturbridge hubiera tenido que preocuparse de inconvenientes biológicos tales como la circulación.

Aquella línea de investigación no la estaba llevando a ninguna parte.

–Muy bien. Después de tres noches catalogando los libros, papeles y curiosidades de Foley no tenemos una noción más clara de lo ocurrido la noche de su muerte que al comenzar. Quizá estemos siguiendo la pista equivocada.

Eva, aliviada por el indulto, se dejó caer en el suelo, a su lado.

–El secundus era una verdadera urraca... si me permitís que lo diga, Su Regencia; no pretendía faltarle al respeto al fallecido. Sería más sencillo hacer una lista de las cosas que *no* había metido en su estudio.

–Está bien –replicó Sturbridge, sumándose al juego–. ¿Qué no

estaba en el sanctum de Foley? O, para ser más precisas, ¿qué *faltaba* en la habitación?

–Oh, eso es bien sencillo. ¿Qué tal un demonio salvaje? O puede que un grupo de asaltantes del Sabbat. En este punto, incluso me conformaría con un asesino escurridizo emboscado en la esquina...

–No termino de creerlo –reflexionó Sturbridge–. Sigo pensando que la respuesta debe de estar aquí, entre sus papeles. Yo conocía a Foley. Conocía a Foley. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, lo escribió en alguna parte. Nunca estaba del todo tranquilo sin tener pluma y papel frente a sí. Mira cuántas anotaciones, las listas, los comentarios en los márgenes. Es algo obsesivo.

–No sé por qué se molestaba siquiera –replicó la abrumada novicia–. En poner las cosas por escrito, me refiero. Nunca olvidaba nada. ¿Recordáis el primer día que pasé aquí, en la capilla? Estaba tan aturdida que apenas puedo recordar más que unas pocas impresiones dispersas: las diminutas y salvajes caras esculpidas en la Grande Foyer, el sonido de los cerrojos de esta puerta cuando se abrió para admitirme a mi primera audiencia, el inesperado peso de la túnica de aprendiz, la vulgaridad de la tela... Son tontas de verdad las cosas que una recuerda. Pero el secundus... él era capaz de recitar los detalles exactos. Podía decirte quién se encontraba allí cuando llegaste, dónde se encontraba, lo que dijeron. Podía recordar cada una de las pequeñas crueldades, los tópicos, las aparentemente amistosas bienvenidas y las sutiles coletillas que las acompañaban. Era asombroso. Resultaba incómodo.

–Sí. Parece que Foley causaba ese efecto en la gente.

Se sentaron en silencio durante algún tiempo mientras cada una de ellas pasaba revista a sus propios recuerdos sobre el camarada caído.

–¿Qué gente? –fue Eva quien rompió el silencio.

–¿Perdona?

–He dicho que qué gente. ¿En qué gente provocaba ese efecto?

–Oh, sí. Ya veo. Sí. Bueno, en casi todos, supongo.

–¿En vos?

Sturbridge sonrió.

–Ciertamente. Pero no fui yo la que lo mató, si te refieres a eso.

–No, supongo que no. Las cosas no van a ser fáciles por aquí ahora que el secundus ha desaparecido. Y Aarón. Y ahora que Jacqueline... –se interrumpió.

–No he decidido todavía qué hacer con Jacqueline. Aunque sea inocente de todo mal en este asunto, y sigo convencida de ello, aún es responsable de haber permitido que este imprudente ritual llegara tan lejos. Eso fue algo irresponsable. Y no pienso tolerarlo. No puedo tolerarlo. Maldita sea, hay demasiado en juego.

–Son las pequeñas intrigas –replicó Eva tras una pausa–. Quiero decir, al final todo conduce a eso, ¿no? Seguro que es duro presenciarlo cuando uno se encuentra más cerca de ello, cara a cara. Sostienes el cuerpo en tus brazos y lo único que puedes ver son los agujeros de bala; tu cabeza está llena del olor de la sangre y la pólvora usada. Y piensas, otra muesca para el Sabbat.

Tres noches de aturdimiento y horror continuaron brotando a trompicones de sus labios.

»Sólo que no fue el Sabbat, no sé si me entendéis. Sí, seguro que algún cafre Tzimisce apretó el gatillo, pero también a vos os han disparado antes. Hasta a *mi* me han disparado antes. ¿Por qué seguimos aquí cuando otros como Foley han desaparecido? Porque no fue el Sabbat el que acabó con él. Y tampoco fue la bala que lo mató. Fueron las malditas intrigas. Foley consigue que lo maten en un ritual de locos y sumamente peligroso. Se supone que Jacqueline debía asistirlo. Sólo que no lo hace. Y no lo *detiene*. No sé por qué. Pero puedo suponerlo. ¿Qué hay del resentimiento? Foley ha estado jactándose de su última conquista durante una semana. Y Foley no hubiera tenido ningún aprendiz nuevo del que jactarse de no ser porque Jacqueline lo había sometido a esa obligación de servicio. Y Jacqueline no hubiera tenido que hacer esa estúpida elección si no hubiera estado tratando de atraer la atención hacia el pequeño proyecto personal de Foley acudiendo con retraso al ritual de caza. Y así es como van las cosas. Capa sobre capa. Todo es tan absolutamente carente de sentido y autodestructivo y odioso... Lo odio. No lo soporto.

Sturbridge puso una mano sobre el hombro de la novicia.

–Está bien, Eva. Todo va a ir bien.

Bajó la mirada hacia su más joven novicia. Su joven protegida. Ella era su más grande esperanza. Las facciones de Sturbridge se pusieron tirantes. Y sin embargo, era un producto inconfundible de su clan. Ya ostentaba los signos... esta joven mujer que tenía más miedo a sus propias hermanas que al Sabbat.

–Jacqueline no asesinó a Foley –dijo Sturbridge. La frase parecía un poco incongruente, pero por el momento era lo más reconfortante que se le ocurría–. Ninguno de quienes moran en este lugar lo hizo. ¿Lo comprendes?

Eva se secó los ojos y asintió.

–Le fallamos. No hay manera de negarlo. Todos nosotros le fallamos. Pero nosotros no matamos a los nuestros.

La voz de Sturbridge se fue apagando. Sus pensamientos no estaban en Foley sino en Jacqueline, quien todavía aguardaba juicio por el papel interpretado en el desagradable asunto.

–Nosotros no matamos a los nuestros.

–Oh, Su Regencia, lo siento. Es sólo que...

–Lo sé, chiquilla, lo sé.

–Jacqueline me contó que trató de advertirlo, que trató de hacer que se detuviera, pero él se limitó a... –apartó a un lado los detalles del desagradable encuentro–. Él no quiso escucharla. Ya sabéis como era cuando estaba obsesionado con algo. Simplemente asumía que cualquier cosa que se le dijera era un intento por sabotear sus esfuerzos. Como con esa caja suya. Obsesivo. No permitía que nadie se acercara. Vaya, una noche se la encontró abierta e hizo azotar a tres novicios apenas a unos centímetros de...

–Estoy al corriente del incidente en cuestión –la desaprobación de Sturbridge resultaba evidente en su tono de voz.

–Oh, Su Regencia. Deberíais haberle quitado esa caja. Deberías haber...

Sturbridge volvió a la novicia hacia ella. Eva abrió mucho los ojos.

–¡Perdonadme, Su Regencia! No pretendía sugerir que todo esto fuera culpa vuestra. Sólo quería decir que ojalá...

–No sabes lo que había en la caja –comprendió Sturbridge en

voz alta. Eva parecía confusa.

–Pero yo pensaba que la caja *era* lo que... Era muy antigua y muy hermosa. Y despedía una resonancia muy intensa... una sensación histórica. Pero no de una historia agradable, creo. Si no tenéis inconveniente, preferiría no tener que volver a tocarla.

Esa era una impresión interesante. Sturbridge la archivó para una reflexión posterior.

–Había una piedra, una gema. Pequeña, esférica. De un color rojo ahumado con espirales negras en los extremos. No estaba allí cuando encontramos el cuerpo. Lo sé porque la busqué... había asumido que tú también sabías lo que teníamos que buscar. No importa, necesito que lo pienses cuidadosamente. ¿Te has encontrado con una piedra como ésa en el transcurso de los últimos tres días? No sólo en los aposentos de Foley, en cualquier parte.

Eva reflexionó.

–No, creo que hubiera recordado algo como eso.

Sturbridge se maldijo en su fuero interno. Si había pasado por alto un detalle tan evidente, ¿qué más podía haber olvidado?

–Está bien. Repasemos lo evidente. ¿El cuerpo estaba intacto? ¿Todas sus partes estaban presentes? ¿Fueron recontadas?

Eva arrugó la nariz.

–Sí.

–La caja. Tengo un recuerdo bastante claro sobre esto, pero comparémoslo al tuyo. ¿Estaba cerca de él?

–En el suelo. Bajo la mesa de laboratorio.

–¿Abierta o cerrada?

–Abierta y volcada. Como si se hubiera caído.

–¿Contenía algo?

–Estaba vacía. El forro estaba ennegrecido. Estaba chamuscado.

–¿Causa?

–El fuego alrededor de la mesa. Unas velas tiradas. Siete velas. Unos cuantos papeles habían ardido, estaban dañados o habían sido destruidos. El suelo y las patas de la mesa sufrieron daños circunstanciales.

–Bueno, parece que tenemos gran cantidad de papeles. Pero,

por el momento, nada que parezcan notas, preparativos, fórmulas, descripciones o transcripciones del ritual que se estaba llevando a cabo.

–Podéis atribuir eso a su maldita memoria.

–Así que nada en sus papeles o libros. Eso ya lo hemos comprobado. De forma exhaustiva –Sturbridge pareció arrepentida al reparar en la gran cantidad de libros que no habían revisado todavía–. ¿Había una estilográfica? ¿Una pluma? ¿Un estilo, lo que sea?

–Una pluma, sí. Sobre la mesa de trabajo. Estaba partida en dos.

–¿Dónde?

–¿Cómo?

–La pluma. ¿Por dónde estaba partida? ¿Por la mitad? ¿En la punta?

–Yo no diría que por la mitad. A unos dos centímetros de la punta. ¿Por qué?

–Justo en el punto en que lo hubiera hecho de haberla tenido en la mano. Eso sugiere que estuvo escribiendo algo en *algún momento* del ritual. Si la hubiese partido como una especie de acto ceremonial, lo hubiera hecho en el punto medio. ¿Qué me dices del tintero?

Eva hizo una pausa y pensó un momento.

–Sí –contestó con aire inseguro–. Había un tintero. En el suelo, no muy lejos de la caja, creo.

–Otra cosa que había caído de la mesa de trabajo. ¿Estaba roto?

–No, pero sí que estaba volcado. Debía de estar casi vacío. No recuerdo haber visto manchas de tinta en el suelo.

–No es definitivo. Puede que se volcara antes de caer al suelo. O puede que cayera sobre alguna de las hojas tiradas.

–Más papeles desaparecidos.

–¿Qué quieres decir?

Eva se tomó un momento de tiempo antes de contestar.

–Quiero decir que si la tinta se hubiese volcado sobre una hoja de papel, ¿dónde está ese papel? Sí, es posible que fuera uno de los que ardieron, pero, ¿qué hay de lo que quiera que Foley hubiera estado escribiendo? Habéis dicho que tenía que haber escrito *algo*.

¿Estaba firmando algún contrato siniestro? ¿Transcribiendo la fórmula de un rito prohibido? ¿Tratando desesperadamente de dejarnos una advertencia? ¿Una confesión? ¿Una nota de suicidio? ¿Dónde está el papel que falta?

–No en la habitación. La hemos registrado por completo.

–Puede que el asesino se llevase la prueba consigo.

Sturbridge sacudió la cabeza.

–No, todavía no. No tenemos un asesino. Lo único que tenemos es una víctima.

–No –la voz de Eva era firme, confiada, a pesar de su creciente excitación–. Lo único que tenemos son dos víctimas.

–Sí, maldita sea mi estampa –Sturbridge estaba de pie y arrastraba a la novicia detrás de sí.

–Probablemente.

Sturbridge, en el umbral, empezó a volverse, pero entonces pareció pensárselo mejor. Eva entrevio el diminuto destello de una sonrisa.

–Si hay algo que no puedo soportar en una novicia, señorita FitzGerald...

Eva se reunió rápidamente con su señora y siguió sus largas y resueltas zancadas con algún esfuerzo.

–Sí, su Regencia. La familiaridad.

–No, de veras. No será ningún problema. No me importa registrar su habitación –a Eva le falló la voz. Las toscas paredes absorbieron el sonido y ella confió en que confundirían sus palabras con el goteo distante del agua y transmitirían el resultado de mano en

mano por todo el laberinto de enrevesados túneles.

–Los papeles no se encuentran en su habitación –le explicó Sturbridge pacientemente–. Los papeles se encuentran en el cuerpo.

–Sí. Bien. No pretendo crear complicaciones innecesarias, pero, ¿cómo se supone que vamos a encontrarlo?

–¿Qué podría ser más fácil que encontrar un cuerpo en un mausoleo? Mira por dónde pisas.

Sin aviso, el espacio que había a la derecha de Eva se abrió repentinamente a un abismo. Ella se apartó precipitadamente del borde y al hacerlo desalojó un puñado de nudillos que cayeron traqueteando por el precipicio.

–Todas estas viejas galerías –continuó Sturbridge como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo común– se extienden alrededor del pozo central. Sólo de tanto en cuanto se ve un poco de él, pero siempre sabes que está allí. Puedes saber qué paredes dan al abismo porque son más frías y húmedas.

–¿Qué hay en el fondo?

Sturbridge se encogió de hombros.

–Más huesos. Al menos uno de mis antecesores sentía tal aversión hacia el lugar que tenía el hábito de hacer más sitio en los pasillos superiores arrojando por el borde a los anteriores inquilinos.

Eva cambió rápidamente de tema.

–No habéis respondido a mi pregunta. ¿Cómo se supone que vamos a dar con el cuerpo que estamos buscando? En vez de, digamos, ése. O ese otro. O...

–Ésos son meramente decorativos, querida. Aquí estamos.

Se detuvo frente a un nicho excavado en la roca. Por lo que Eva podía ver, era idéntico a cualquiera de los centenares junto a los que habían pasado hasta ese momento.

Sturbridge empezó a canturrear sobre el oscuro nicho. Sus esfuerzos se veían acompañados ocasionalmente por el sonido musical del entrechocar de los huesos.

Por fin, extrajo del nicho una túnica cuidadosamente doblada. Estaba cubierta por un fino polvo blanco.

–No me explico por qué han puesto esto primero –se quejó la regente mientras sacudía la túnica.

Eva reconoció las marcas de un novicio del séptimo y último círculo. *Casi libre*, pensó.

–Veamos qué tenemos aquí. Bolsillos... vacíos. Puños. Forro. Ahora cuidado. No queremos desgarrarlo.

Pasó la uña de uno de sus dedos por la costura y el tejido se separó sin ofrecer resistencia.

–Ahora veamos lo que Foley quería que supiéramos y Aarón no.

Sturbridge extrajo una hoja de pergamino. Estudió la página un momento, las curiosas ilustraciones, las enigmáticas inscripciones. Chasqueó la lengua en un gesto de desaprobación y le pasó el pergamino a Eva.

–¿Nos vamos? Aquí abajo hay algo en el aire que siempre me recuerda que debo estar en otro lugar.

*VIERNES, 27 DE AGOSTO DE 1999, 9:12 AM
AEROPUERTO DULLES, WASHINGTON D.C.*

–Profesora... ¡Profesora Sturbridge!

Un destello de sorpresa o fastidio cruzó las facciones de Sturbridge mientras se volvía. Trató de distinguir la fuente de la voz entre la muchedumbre de cuerpos... sugerentemente cálidos. Enfadada, apartó tales pensamientos a un lado. Ya tendría tiempo de sobra para alimentarse más tarde, una vez que hubiese alcanzado la relativa seguridad de Baltimore. Allí, a las mismas puertas del Washington desolado por el Sabbath, era vulnerable, estaba demasiado expuesta.

No sólo debía permanecer alerta frente a las amenazas directas (y, se recordó con arrepentimiento, un ghoul de guerra Tzimisce de cinco metros de alto no era una posibilidad por completo descabellada en aquel lugar) sino, especialmente, frente a las amenazas más sutiles: la impaciencia, la indulgencia y la indiscreción. Estas tres

mortales hermanas la matarían tan segura, si no tan rápidamente, como cualquier demonio.

La riada de cuerpos humanos rompió contra su mirada, dura como la roca, y se abrió por la mitad. Tras retroceder, el río de humanidad se reagrupó y siguió fluyendo a ambos lados de ella. Sturbridge no parecía poder enfocar la mirada sobre ninguno de los rostros que discurrían a su alrededor, más de lo que podía distinguir el latido de un corazón en particular. Pero alguien en aquella multitud la había reconocido o, lo que era peor, había anticipado su llegada.

Necesitaba encontrar a esa persona y hacerlo enseguida.

Su primera reacción había sido volverse y enfrentarse directamente a esa desconocida presencia. Sin embargo, mientras registraba la muchedumbre, empezó a ser consciente de los muchos peligros que aquel mar de sangre podía ocultar. Cautelosamente, retrocedió un paso, esperando que no fuera ya demasiado tarde y permitió que el gentío la arrastrara poco a poco hacia atrás.

Un brazo que sujetaba un libro de bolsillo comprado en algún mercadillo apareció sobre la multitud. Saludó adelante y atrás de manera exagerada, haciendo aletear y ondear las páginas.

–¡Profesora Sturbridge!

El brazo parecía unido a una camisa gris con coderas (que proclamaba "GEORGETOWN") y a una sonrisa tan luminosa como una farola. Tras poner el libro en la otra mano, que también sostenía uno, una joven se abrió paso entre la gente. Le dio la mano a Sturbridge y apretó. Se la estrechó con todo el cuerpo, con el brazo extendido por completo desde el hombro, dando sacudidas arriba y abajo como si pretendiera proporcionarle mayor énfasis al gesto.

–Profesora, no sabe lo encantada que estoy de conocerla al fin –de nuevo, la radiante sonrisa eclipsó su rostro por entero–.

Francesca Lyon, departamento de Antropología. Llámeme Chessie. Soy su mayor admiradora.

–Señorita Lyon –replicó Sturbridge mientras mantenía la mano de la chica a la distancia de su brazo. Observó a la recién llegada con escepticismo.

Rondaba la treintena, era delgada y llevaba descuidado el negro pelo. Sus gafas eran probablemente las máximas responsables de que

tuviera un aire algo aburrido. Sus vaqueros, no obstante, estaban un poco sucios en las rodillas. A juzgar por todas las apariencias, la acosadora de Sturbridge era exactamente lo que pretendía ser: una estudiante de doctorado que el azar había colocado en el camino de una profesora visitante.

Las sospechas de Sturbridge, no obstante, no se aquietaron. Quizá porque, para empezar, sabía el mortal error que podía suponer asumir que ella no era más que una "profesora visitante".

Pero había algo todavía más perturbador en todo ello. Sturbridge se había tomado bastantes molestias para conseguir que su itinerario no fuera conocido. No estaba segura de quién (si es que había alguien) que no perteneciera a la jerarquía de los Tremere podía estar al tanto de su nuevo "nombramiento" frente al concilio *ad hoc* de la Camarilla reunido en Baltimore. Reflexivamente, pasó revista en sus pensamientos a los posibles sospechosos.

Pieterzoon debía de esperar su llegada, por supuesto. Como líder *de facto* del concilio, debía de haber sido informado de que ella iba a ser la nueva representante Tremere. Puede que tuviera incluso una idea aproximada de la fecha de su llegada.

Pero no podía haber anticipado que iba a llegar desde el sur, desde el Washington devastado por la guerra, desde el mismo corazón de la amenaza Sabbat. Sturbridge había confiado en esta artimaña en particular –y había aceptado voluntariamente correr riesgos adicionales– para obtener pasaje seguro a Baltimore.

Sin embargo, desde el mismo momento en que escuchara cómo la llamaba esa voz, Sturbridge había sabido que su salvoconducto había sido cancelado de forma sumaria. Ahora estaba sola, en tierra, en territorio enemigo.

Por lo que sabía, Pieterzoon podía haber anunciado su inminente llegada a sus compañeros del concilio. Podía haber sido tan incauto hasta para mencionarlo frente a la totalidad de la asamblea... que no sólo incluía a los Vástagos de Baltimore sino al descontrolado enjambre de refugiados que huía de la ocupación del Sur por parte del Sabbat.

Demasiada gente, concluyó. Demasiados malditos sospechosos. Demasiados sospechosos malditos.

La voz de Chessie irrumpió en sus cavilaciones.

–El Dr. Dorfman siente no poder haber venido para encontrarse con usted en persona. Pero está fuera del país. ¡Viena! Bastardo afortunado, ¿no es para matarlo?

–Huelgan las disculpas –la mirada de Sturbridge taladró a la chica, tratando de arrancarle el significado a aquella pantalla de comentarios ambiguos y esa crispante sonrisa.

Dorfman. Eso era algo concreto. El Pontifex Peter Dorfman. En los círculos Tremere, ése era un nombre a tener en cuenta. La mera mención de ese nombre abriría de inmediato puertas contra las que no habían logrado nada los esfuerzos más concertados del dinero, el poder y el privilegio durante los tres últimos siglos. Dorfman era lo que los novicios, allá en la Capilla de los Cinco Distritos, llamaban abiertamente un "Ramsés": una figura capital en la Pirámide Tremere.

No era ningún secreto que Dorfman dirigía las operaciones políticas del clan en el continente norteamericano. Ni suponía una sorpresa que hubiera elegido Washington D.C. como su base de operaciones. Aparte de estos dos detalles críticos, había muy pocas cosas obvias concernientes a Peter Dorfman.

Dorfman había tomado la propensión de los Tremere por el subterfugio y la intriga casuales y la había convertido en un arte tan preciso, hermoso y mortal como una cobra. Era el da Vinci de las maquinaciones letales.

Era también el hombre responsable de haberle concedido ese ambiguo honor: representar a los Tremere frente a las asediadas fuerzas de la Camarilla en Baltimore. El pensamiento no la confortó.

No era una misión atractiva. Sin duda, sus compañeros de concilio querrían saber cuándo podrían esperar algo de ayuda concreta de los Tremere. Al decir "concreta" querrían decir "arcana". Al decir "arcana" querrían decir algo así como lluvias de fuego sobre las partidas de guerra del Sabbat o el asesinato físico de sus líderes, o quizá meramente darle la vuelta al flujo del tiempo de modo que, para empezar, sus hogares nunca hubieran sido saqueados, expoliados y arrasados.

Sturbridge no traía milagros en las alforjas. Ni siquiera tenía las respuestas que querían. Esperaba encontrarse con resentimiento. Era

posible que la rodeasen sentimientos de traición. No la sorprendería toparse con acusaciones.

–Siento no haberlo visto –contestó Sturbridge–. Pero ha sido muy amable por su parte venir en su lugar.

–No me lo hubiera perdido por nada del mundo. Hemos estado muy ocupados desde que el Dr. Dorfman se marchó, pero hacemos lo que podemos. Tengo un coche esperando en el exterior y el Dr. Dorfman ha dejado algo de material para usted sobre el congreso de Baltimore. ¿Sobre qué va a hablar?

–Sobre el Mal de Ojo en las costumbres populares de Nueva Inglaterra. Déme su dirección y le enviaré una copia. ¿Cuándo dijo el Dr. Dorfman que regresaría?

Chessie se rió.

–Siempre es difícil de saber. Pero le diré una cosa, si me llevaran a Viena a mí, no sé si regresaría alguna vez.

VIERNES, 27 DE AGOSTO DE 1999, 11:52 PM

AUDITORIO MCHENRY, HOTEL LORD BALTIMORE, BALTIMORE, MARYLAND

Sturbridge se detuvo frente a las dobles puertas y sopesó sus opciones. Todavía no era demasiado tarde para dar la vuelta. El portero incluso le pediría un taxi. Podía estar en el aeropuerto en media hora y de regreso en Nueva York a tiempo de frustrar cualquiera de la media docena de mezquinas intrigas que se habrían tramado durante su breve ausencia.

No. Era mejor entrar y acabar con ello. Se preparó y penetró en el auditorio esperando lo peor. Parecía que las celebraciones estaban en pleno apogeo.

–*¿Qué estabais pensando, en nombre de los nueve infiernos?*

–la voz, que Sturbridge reconoció de inmediato como perteneciente a su querido vecino, el Príncipe Lladislas, recientemente desalojado de

Buffalo, resonó desde las vigas. El hecho de que el grupo al que se estaba dirigiendo (uno de cuyos miembros, un hombre de aspecto digno, respondía perfectamente a la descripción de su anfitrión, el Príncipe Garlotte) no se encontrase siquiera a un metro de distancia no le parecía razón suficiente para moderar el volumen de su estallido.

Garlotte recibió este insulto directo con una paciencia visiblemente tensa.

Sturbridge realizó un cálculo rápido mientras tomaba asiento discretamente en la primera fila. Lladislas y lo que quedaba de su corte no podían llevar en Baltimore mucho más de una semana. A juzgar por la expresión de Garlotte, había sido una semana muy intensa.

–Dado que abrazar a un puñado de neófitos ignorantes funcionó tan de puta madre en Buffalo, ¿estáis planeando volver a hacerlo en Hartford? ¡Qué demonios...! Podía haber esperado esa clase de truco de ti, Garlotte. Pero, Theo...

Calmada y gentilmente, el arconte Brujah posó una mano disuasoria sobre el hombro de Lladislas. El destronado príncipe se la sacudió de encima con un bufido, pero abandonó su diatriba. Su voz bajó de volumen, pero la acusación persistió en ella.

–Confiaba en ti.

Bell lo miró con franqueza.

–Bien. Con eso y un dólar tengo para una taza de café –esbozó una amplia sonrisa y le dio a Lladislas una palmada en el hombro–. Buffalo era una trampa mortal. Tú lo sabes; yo lo sé. Siento que duela oírlo. No había nada más que pudieras haber hecho salvo bajar a repartir golpes. Pero te diré una cosa: habrá otras batallas, batallas de verdad, batallas que pueden significar algo. Y quiero tenerte allí cuando llegue el momento. ¿Nos entendemos?

Lladislas alzó las manos. Parecía que todavía se estaba acostumbrando al humilde papel de príncipe en el exilio. Sturbridge podía seguir el curso de sus torturados pensamientos sobre las líneas de su rostro mientras el ex Príncipe pugnaba por medir cuan lejos podía enviar exactamente de un empujón a su anfitrión.

La voz de Garlotte interrumpió sus vacilaciones.

–...un privilegio tener entre nosotros a la regente Aisling

Sturbridge de la Capilla de los Cinco Distritos de Nueva York. Si se me permite, señora Sturbridge, diré que es un gran honor contar con la presencia de tan veterana y firme oponente a los avances del Sabbat.

Sturbridge recuperó la compostura y se puso en pie para dirigirse a los presentes. Saludó con un gesto a las personalidades más importantes, al tiempo que asociaba los nombres con los pocos rostros que no le eran familiares:

–Príncipe Garlotte, Arconte Bell, Príncipe Vitel, Príncipe Lladislas, señor Pieterzoon.

Su tono era cuidadosamente desapasionado, formal. Igualmente podría haber estado dando una clase a un grupo de escolares o indicando la dirección a un motorista perdido que dirigiéndose a lo que quedaba del orgullo de la Camarilla en la Costa Este.

–Hace tres semanas, el Príncipe Garlotte informó al representante Tremere en Washington de las aseveraciones realizadas frente a esta asamblea por el Justicar Xavier del Clan Gangrel. Hablando oficialmente en nombre del Clan Tremere, no podemos otorgar credibilidad a las absurdas afirmaciones de las que se nos ha informado. No tenemos razones para dudar de la veracidad del justicar. Siempre ha sido una torre de fuerza y un pilar de integridad. Sentimos una profunda simpatía hacia su perturbadora pérdida. Lloramos a nuestros camaradas caídos. Pero no podemos, sin embargo, aceptar de forma literal la valoración del justicar sobre la situación. Ya hay suficientes monstruos babeando a las mismas puertas de esta ciudad. No hay necesidad de conjurar míticos Antediluvianos para distraer y desmoralizar aún más a nuestras fuerzas. No podemos permitirnos el lujo de distraer parte de nuestros muy necesitados recursos en el presente conflicto para vengar la pérdida personal de la partida de guerra de Xavier. No os confundáis, su pérdida es una tragedia. Los echaremos terriblemente de menos en las atribuladas noches que se avecinan. Pero los Tremere no serán influidos ni obligados participar en una insignificante venganza por las menos que veladas amenazas formuladas contra este concilio por el justicar.

Sturbridge miró a cada uno de sus compañeros de concilio, uno tras otro. Vio que sus propios sentimientos encontraban eco en las

estoicas miradas, los ojos vueltos hacia el suelo, los rostros apartados de sus pares.

–Lo que me preocupa –Pieterzoon rompió el incómodo silencio– es qué podría haber *aterrorizado* a alguien como Xaviar hasta ese punto. Si fuera yo el que hubiera aparecido desvariando sobre Antediluvianos –esbozó una sonrisa de desprecio hacia sí mismo–, todos nos hubiéramos reído justo antes de olvidar el asunto. Pero Xaviar... no me parece de los que se excitan con facilidad.

–Fuera lo que fuese lo que encontraron allí –dijo Garlotte–, es mejor evitarlo por completo. Puede parecer algo maquiavélico, pero pienso que, sea lo que sea, ahora es problema del Sabbat. Lo siento, pero así es como lo veo.

–Lo mismo que Nueva York –las palabras de Sturbridge cayeron pesadamente sobre el silencio.

–¿Disculpe?

–Nueva York. Ahora es problema del Sabbat. Buffalo, Albany, Nueva York. ¿Qué es una pesadilla suelta más?

–Señora Sturbridge, he sido un pésimo anfitrión, no pretendía ofenderla. Ni tampoco pretendía apremiarla a acudir a las sesiones del concilio antes de que hubiera tenido tiempo de descansar y recuperarse del viaje. Confío en que me permita usted enmendarme.

–Eso no será necesario, Príncipe. He hablado por enfado. El comentario no representa la posición de mi clan. Lo retiro. No es mi intención descartar de plano las preocupaciones del justicar –continuó–. Hemos descubierto nuevas pruebas que confío en que viertan un poco de luz sobre la naturaleza de lo que Xaviar y su grupo encontraron para su desgracia en aquellas montañas.

Depositó un maletín de cuero sobre la mesa y sacó de su interior un sobre manila sin señal alguna, que contenía una simple hoja de pergamino. Se lo tendió a Jan y éste lo abrió.

Un único ojo sin párpado lo miraba. Más ilustraciones y anotaciones ocupaban la hoja, realizadas todas ellas por la misma mano temblorosa y desesperada. El pergamino parecía retorcerse en sus manos. Jan se estremeció involuntariamente.

–¿Qué se supone que es esto? –preguntó mientras pasaba rápidamente el pergamino a Vitel, que se encontraba a su derecha.

–Bueno, eso es precisamente lo que confiaba en que me ayudaran a determinar, señor Pieterzoon. La página fue descubierta junto al cuerpo de uno de mis asociados –Sturbridge relató apresuradamente aquel conjunto de medias verdades–, que fue asesinado en el transcurso de un... ritual bastante heterodoxo.

La hoja de pergamino continuó dando la vuelta a la mesa en el sentido de las agujas del reloj hasta llegar a Gainesmil, mayordomo de Garlotte y su mano derecha. Éste dejó escapar un silbido bajo.

–Quienquiera que imaginara todo esto era un caso especial. Un verdadero lunático. –Le pasó el documento a Victoria Ash y su mano se demoró un momento de más sobre ella.

–La razón por la que he querido presentar este boceto ante el concilio es la ilustración del borde inferior izquierdo, el hombre tuerto rodeado por lo que parece ser un montículo de huesos astillados. Este dibujo trajo a mi memoria...

–Sí, ya veo –Vitel tenía una mano en el pergamino, pero Victoria parecía reacia a soltarlo–. La descripción de Xaviar. El monstruo del ojo llameante.

–Las circunstancias que rodearon a la creación de este dibujo no están todavía del todo claras, pero el momento coincide casi con total exactitud con la confrontación descrita por el justicar.

A pesar del tono discreto de Sturbridge, sus palabras estaban causando efecto. Jan se agitaba en su asiento, incómodo.

–¿Qué demonios es esa cosa?

–Una pregunta razonable –dijo Sturbridge. Pero si tenía alguna respuesta razonable, no la compartió con ellos.

–¿Me permite? –Por segunda vez, Vitel intentó quitarle el documento a la inusualmente reservada señora Ash. Ésta sujetaba el pergamino de manera obstinada.

¿Qué esperan ganar los Tremere de todo esto?, pensaba Jan. ¿Acaso pensaban que podían desviar la atención de ellos mismos y de su señalada falta de implicación en la presente crisis ofreciendo al concilio una información tan ambigua? Lo que él necesitaba era información sólida: posiciones del enemigo, composición de sus fuerzas, líneas y puntos de suministro. No anotaciones al margen y especulaciones absurdas.

–Leopold.

La voz de Victoria les llegó como venida desde gran distancia. El impacto de una gota de agua en las profundidades de un pozo.

–¿Disculpa? –Garlotte se volvió hacia ella.

–Es Leopold –dijo ella con tranquilidad, sin que sus ojos abandonaran el pergamino un solo instante.

–Sí, creo que esa es una de las inscripciones –Vitel se inclinó sobre el pergamino–. *Leopold*. Y esta otra se parece a *Hazima-el*. Y ésta, *Occultum*...

–No, éste. Éste es Leopold –los dedos de Victoria sujetaban con tal fuerza el pergamino que parecía que fueran a desgarrarlo.

–¿Lo conoces? –preguntó Gainesmil con incredulidad.

–¿Quién es Leopold? –preguntó el Príncipe Garlotte.

Victoria miraba el dibujo sin dar señales de haber oído al príncipe. Sus manos temblaban. Parecían retroceder frente a sus ojos.

–¿Puede alguien decirme quién demonios es Leopold?

–Lladislav estaba en pie.

–Nadie –dijo Victoria simplemente–. Un escultor. Un Toreador. De Atlanta.

Todo el mundo habló a la vez.

–No me lo creo. Lo que estás tratando de decirnos es...

–¿Estás completamente segura de que lo reconoces? No es más que un esbozo a lápiz...

–Esto es ridículo. Ya he tenido más que suficiente...

Sturbridge podía sentir que las alas negras se cernían sobre ella. Enfurecida, las apartó de sí con un ademán.

–Lo siento. ¿Ha dicho usted Atlanta, señora Ash?

Victoria se limitó a asentir, pero Garlotte ya se estaba adentrando a toda prisa por esa línea de especulación.

–Parece una pequeña coincidencia, ¿no es así? Un regente Tremere asesinado. El primero de los asaltos del Sabbat. Su propia fuga... por los pelos. Y ahora, pretende hacernos creer que esta criatura...

Lladislav fue golpeado repentinamente por lo absurdo de todo ello.

–¡No estarás sugiriendo que un solo Toreador destruyó a un

pequeño ejército de Gangrel!

Ahora sí que levantó Victoria la mirada. Miró directamente a Jan, con aire suplicante, para confirmar en silencio su creencia.

–Lo único que digo es que éste es Leopold –apartó de sí la hoja y cruzó los brazos.

–Está bien –intervino Sturbridge rápidamente–. No es culpa suya –miró directamente a Lladislas como si lo estuviese desafiando a contradecirla–. No es culpa suya.

–Muy bien. –Garlotte estaba recuperando la compostura–. Entonces, ¿qué es lo que hacemos ahora? ¿Enviar a alguien tras Xaviar? ¿Decirle que se ha cometido un gran error? Que la cosa con la que se encontró no era más que...

–¡Oh, eso sí que dará resultado!

–Me temo que hay muy poco que pudieras decirle a nuestro orgulloso justicar en este momento –la voz de Vitel sonaba calmada, razonable–. No estoy por completo seguro de que haya algún beneficio práctico que podamos obtener de esta información. No pretendo ofender a la representante de los Tremere –inclinó la cabeza en dirección a Sturbridge.

Ésta se volvió para enfrentarse al inesperado ataque recibido desde una dirección inesperada.

–No lo habéis hecho, mi Príncipe.

–Yo voy a ir –dijo Victoria en tono bajo.

Vitel continuó pensando en voz alta, de forma casi ausente.

–Dígame, señora Sturbridge, ¿ha dicho que ha venido usted pasando por Washington? ¿Cómo está...?

Mi ciudad. Sturbridge pudo oír las palabras casi con tanta claridad como si el otro las hubiese pronunciado en voz alta.

–¿Cómo está progresando el esfuerzo por reclamar la capital?

Se alzó un gruñido al otro lado de la mesa y Lladislas alzó los brazos, exasperado.

–¡Esa vieja cantinela otra vez no!

Sturbridge lo ignoró.

–La capilla sigue resistiendo, mi Príncipe. Y mientras lo haga, seguirá habiendo esperanza.

–A Atlanta. Para encontrar a Leopold. Alguien tiene que ir

–Victoria no parecía haberse dado cuenta de que la conversación había tomado otros derroteros.

–Ni se plantea –dijo Garlotte–. Es peligroso. No tiene sentido. No hablemos más de ello.

–¿No crees que deberíamos escucharla?

Sturbridge se volvió de inmediato hacia Jan, asombrada por su repentina traición. Su rostro seguía impasible. Suavemente, casi sin ningún esfuerzo, acababa de redefinir a Victoria. Quien había sido antaño una par, una compañera de concilio, quizá incluso una rival, acababa de ser convertida en otra herramienta prescindible para ser arrojada a las fauces de las fuerzas del Sabbat. Resultaba inquietante.

–¿Estás completamente segura de que quieres hacerlo? –la preocupación de Gainesmil estaba mezclada con un deseo demasiado aparente de distanciarse de cualquier asociación desafortunada con la señora Ash, que empezaba a irse a pique.

–Partiré de inmediato –apartó la silla y estuvo a punto de arrojarla al suelo–. Señor Gainesmil, mi Príncipe. Jan –casi huyó de la mesa.

Vitel asintió distraído, sin reparar aparentemente en la apresurada marcha de la Toreador.

–Todavía hay esperanza. Por supuesto. Por supuesto. Pero, dígame, señora Sturbridge, ¿qué noticias hay de mi viejo amigo, Peter Dorfman? Debo confesar que me... entristece su silencio desde que me vi obligado a exiliarme aquí.

Sturbridge sintió que una grieta se abría bajo sus pies. Dorfman. Vitel. Maldición. ¿Cómo se le podía haber pasado por alto esa conexión?

Trató de refutar la insinuación.

–El pontifex ha salido del país hace algún tiempo, mi Príncipe. La casa madre. Viena.

Las palabras se volvieron frías y pesadas al abandonar sus labios. Mentiras, se percató demasiado tarde. Mentiras transparentes.

–Viena –repitió Vitel con tono ausente–. Ya veo. ¿Así que no se ha involucrado en la resistencia, en la defensa de la ciudad? ¿Podría, incluso ahora, no estar al corriente de la cruel carta que el destino ha jugado contra su viejo amigo?

Sturbridge se dio cuenta de que los cuernos del dilema se precipitaban sobre ella. Trató de explicarse.

–Según tengo entendido, ha estado allí desde antes de...

–¿El ataque sorpresa? Un hombre afortunado. Un hombre muy afortunado. Eso nadie puede negarlo. Estoy seguro de que se las arreglará muy bien solo. En Viena –añadió intencionadamente.

–¿Adónde quieres ir a parar, Vitel? –le interrumpió Garlotte de mala manera. Él, más que nadie, parecía desconcertado por la brusca marcha de Victoria–. ¿No pretenderás sugerir que el pontifex sabía de antemano que...?

–No, no. Nada de eso. ¿Cómo puedes siquiera pensar tal cosa? Vaya, estar al corriente de un ataque del Sabbat sobre tu propia ciudad y no advertir a tu príncipe, vaya, eso sería...

–Absurdo. Sospechas sin fundamento. De veras, Vitel, esto es impropio de ti.

–Sería casi tan malo –continuó Vitel con voz calmada– como solicitar de forma activa tal ataque.

SÁBADO, 28 DE AGOSTO DE 1999, 1:35 AM

HOTEL LORD BALTIMORE, BALTIMORE, MARYLAND

Sturbridge se detuvo con una mano sobre la antigua puerta de paneles de madera de la suite que ocupaba en el Lord Baltimore. Toda el ala estaba en silencio. Un cambio bienvenido tras el escándalo de la sala del concilio. Teniendo en cuenta la suerte sufrida por el último huésped Tremere de este establecimiento, Sturbridge había tenido pocos problemas para convencer a su anfitrión de la necesidad de reservar este piso completo para su uso personal.

No estaba de humor para soportar compañía.

En la sala del concilio, los acontecimientos habían dado un dramático e inesperado giro para peor. La habían cogido

completamente desprevenida. No había esperado tan abierta oposición por parte del antiguo príncipe de Washington D.C. Era posible que, con unas pocas insinuaciones cuidadosamente elegidas, Vitel hubiera destruido la credibilidad de la que ella –y por extensión, los Tremere– pudiera gozar todavía en el concilio.

Inmersa en la nocturna lucha por la supervivencia de Nueva York, Sturbridge debía de haber estado aislada de lo que imaginaba habría sido una rivalidad verdaderamente épica e implacable desarrollada puertas adentro en la capital de la nación. Dorfman y Vitel. Al contemplarlo con perspectiva, Sturbridge estaba sorprendida de que la ciudad hubiera conseguido albergar a dos intrigantes tan ambiciosos y tan poco escrupulosos durante tanto tiempo.

Las afirmaciones de Vitel eran patentemente ridículas, por supuesto. Dorfman era una piedra angular en la Pirámide Tremere. Sencillamente, uno no alcanzaba ese nivel de influencia sin aprender algunas lecciones difíciles, entre las cuales una de las más importantes era que no se financian enfrentamientos personales con la credibilidad del clan.

Sturbridge había estado allí, así que sabía cómo eran las cosas. Tenía una capilla propia de la que preocuparse. La mera idea de arriesgarlo todo –las décadas de cuidadosa planificación, las duras elecciones, los sacrificios– sólo para saldar una cuenta personal... Era inimaginable. Era monstruoso. Era...

Era, se percató, exactamente la clase de maniobra que otros podrían esperar de un intrigante Tremere tan influyente y poco escrupuloso. La afirmación de Vitel se aproximaba demasiado a lo que todos ellos querían creer, a lo que todos ellos aceptaban de forma instintiva. Sus esfuerzos en aquel lugar habían sido socavados antes de que hubiera podido darles comienzo.

Se apoyó pesadamente sobre la envejecida puerta de su suite. Parecía como si proviniera de un naufragio sucedido mucho tiempo atrás, en los tiempos en los que los altos navios todavía dominaban el puerto.

Quizá fue eso lo que la detuvo. La sensación de edad –de Historia– que despedía. Sturbridge escudriñó las líneas y nudos de la vieja madera como una quiromante, tratando de adivinar las

serpenteantes hebras de su pasado y su futuro.

Podía distinguir la tracería de alargados mástiles y velas ondeantes que antaño salieron y entraron del puerto como aves exóticas. Rozaban la superficie, cargaban sus brillantes mercancías y reemprendían la marcha.

Desnudó la historia de la puerta con las yemas de los dedos, sintió sus fibras, su calor, su solidez. Una parte distante de ella –una antigua, gastada, quebrantada parte de ella– despertó en repuesta.

Maeve.

Obligó al pensamiento a retirarse. Muy lejos. Hasta los más lejanos confines del dolor y la pérdida.

Pero incluso esta defensa instintiva le dolió. De alguna manera inexplicable, expulsar el recuerdo se le antojaba como expulsar a la propia Maeve. Era una traición. Mientras empujaba el recuerdo al fondo del pozo de la memoria, era el rostro de Maeve el que estaba sumergiendo por la fuerza bajo la superficie de las negras aguas. La mantuvo allí hasta que dejó de debatirse.

Al cabo de unos pocos momentos, el recuerdo se había hundido bajo la superficie y Sturbridge volvía a ser dueña de sí misma. *Una pensaría que después de todos estos años... ¡todas estas vidas de entrenamiento...!* Sturbridge se enfureció contra sí misma, contra su propia debilidad, contra su falta de disciplina. Eso la ayudó a concentrarse. Era bueno estar enfadada consigo misma, aunque sólo fuera para tener algo concreto hacia lo que desviar su furia. No podía enojarse con recuerdos y remordimientos. En ellos no había sustancia a la que empujar. Y, se percató, era tan incapaz de prevenir esos ataques como de responder a ellos.

Sin dejar de castigarse por su debilidad, devolvió su atención a la puerta. Había algo en la antigua madera, algo en su soñoliento latido de vida, que le recordaba... que le recordaba a ella. Titubeando, Sturbridge extendió el brazo en busca de ese algo.

Envolvió su consciencia con fuerza alrededor de la vieja madera y sintió que se caldeaba lentamente con su contacto. Se deslizó entre sus fibras. Sus pisadas resonaron con un profundo eco en los laberintos de la madera. Los corredores y las galerías estaban invadidos por zarcillos de pulpa que pendían de las paredes. Dio la

vuelta, una tras otra, a cada húmeda y basta hebra, separándolas, escudriñándolas.

Allí. Se precipitó sobre una de ellas y la levantó. Triunfante, sintió el tembloroso pulso. Una vena. Un cordón umbilical.

Trató de huir de ella, de escapar a las profundidades del laberinto. Pero Sturbridge la sujetó con más fuerza. Siguió el rastro tenue del latido de la vida hasta su fuente, hasta el mismo corazón de la madera.

Era una cosa frágil, el corazón de la madera. Una madeja cristalina urdida por completo con fibras de cuerda. Resplandecía de vida.

Sturbridge aspiró profundamente el aroma de las cosas verdes que crecían, de la marga, de la vida. Bebió del delicado patrón con ansiedad voraz. Trazó cada giro, en busca de la resonancia del cristal viviente, su punto fijo, la esencia misma situada entre el proceso de su crecimiento y el de su decadencia. Le dio un golpecito, con dedos que caían con la seguridad y la gracia del martillo de un joyero.

Sintió que el cristal se quebraba, se partía. Las fibras gimieron, se retorcieron y reventaron mientras el elaborado nudo empezaba a deshacerse violentamente.

Sturbridge retrocedió por lo bastos y fibrosos corredores, luchando contra el azote y las caricias de los zarcillos, cada uno de los cuales era tan grande como la cadena del ancla de un barco. Con un esfuerzo final, se liberó y, tambaleándose, retrocedió un paso de la puerta.

La huella sanguinolenta de la palma de una mano resultaba claramente visible sobre la antigua superficie.

La madera crujió, se hinchó, se partió. Nuevos retoños verdes emergieron de la agrietada superficie. El marco de la puerta entero pareció estremecerse, tomar aliento. La antigua madera se engalanaba de nueva vida.

Sturbridge dio un paso para acercarse a la maravilla que se desplegaba ante sus ojos. Extendió una mano cautelosa y sintió cómo brotaban las nuevas yemas bajo sus dedos. Las ramas recién nacidas se arrastraron instintivamente hacia ella, como si buscasen el sol. Se enroscaron alrededor de sus dedos, acariciándolos, entrelazándose.

Extasiada, Sturbridge observó mientras surgían ramas. Se deslizaron apartándose de la madera viviente y se abrieron como bocas de serpiente. Cada una de aquellas grietas revelaba venas de un enfermizo color rojo y negro que palpitaban ligeramente. Las espinosas hojas castañetearon contra sus dedos mientras Sturbridge retrocedía y desgarraba parte de la verde e inquisitiva materia en su prisa por liberarse.

Los brotes se endurecieron y se convirtieron en ramitas y luego, rápidamente, en crueles espinos que despedían resplandores húmedos por causa de alguna sustancia oscura y viscosa. Mientras retrocedía con paso inseguro, vio que un hongo rojizo y ligeramente fosforescente había cubierto ya la mitad superior de la puerta.

Toda la superficie crujía y palpitaba. Se doblaba hacia ella, su creadora, la que le había otorgado la vida, su madre. Su primera reacción fue apartarse, retroceder.

Maeve. En algún lugar, no muy lejos (aunque no estaba segura de si lo que los separaba era un espacio de distancia o tiempo) escuchó el llanto de una niña. Su niña. Para su vergüenza, su primera reacción había sido retroceder.

Su primera reacción siempre había sido retroceder.

Maldita sea. ¡Otra vez no!

Luchó por hacer retroceder la creciente marea del recuerdo, por hundirla en las negras aguas del olvido. Pero ahora era más fuerte. Alimentada por la fuerza de la nueva vida. Nueva vida otorgada y nueva vida despreciada. Podía sentir su innegable hambre, su necesidad. Era abrumadora. La estaba arrastrando hacia arriba por los pies, hacia la superficie, hacia la luz del recuerdo.

El primer contacto quemaba como el sol del mediodía. Sturbridge aulló.

Detrás de ella una niña estaba llorando, una niña recién nacida. Ante ella las obras de Esculapio yacían abiertas en medio de un desorden de velas, diagramas de tiza, insignias elementales. Trató de ignorar los sollozos. El hambre, la incesante necesidad. Trató de concentrarse en la disciplina de la Gran Obra, en la grandeza calmada de los Misterios.

Podía sentir que su piel empezaba a ennegrecerse y agrietarse

bajo el implacable sol. La sangre empezó a brotar de la agrietada piel.

Enfurecida, cerró el libro de un golpe y sacó a la niña de la cuna.

Una hermosa niña pequeña. Mi Maeve. Mi precioso angelito.

Al evaporarse, la sangre parecía fría sobre la superficie de su desgarrada piel. Lenta, tortuosamente, el líquido de la vida hervía y se evaporaba en el aire seco. Ondas de calor ascendían perezosas hacia el cielo frente a sus ojos. Ya no tardaría mucho.

Meció a la niña suavemente en un intento distraído por calmarla.

–El-pe-que-ño-Án-gel-de-Ma-mi-El-pe-que-ño-Án-gel-de-ma-mi
–eso sólo pareció aumentar sus sollozos.

Es el sol. Sturbridge escuchó su propia voz como si viniese desde una gran distancia. *El sol, no me quiere, sólo quiere la sangre. Cuando ésta se haya terminado, me dejará sola. Me dejará en paz. Pronto, ya. Paz.*

–Está bien. Está bien. Chist. Mami sabe lo que quieres –volvió a su mesa de trabajo, apartó los instrumentos arcanos, se sentó y acercó la niña a su pecho. Ésta se prendió inmediatamente de él y un silencio contenido volvió a caer sobre el diminuto desván.

Sturbridge volvió en sí frente a la pesada puerta de roble que custodiaba la suite que ella ocupaba en el Hotel Lord Baltimore. Una de sus manos descansaba suavemente sobre la agrietada y gastada superficie. Sintió su rugosidad, su calor, su solidez. El áspero hongo rojizo que había bajo su mano no la desconcertó. Ni la hizo retroceder el agujijoneo de los espinos. Ni la hizo detener el fluido de sangre vital la comeción de las voraces hojas.

A su alrededor, por todas partes, excavando las paredes y los muebles de la suite que había al otro lado, brotaban zarcillos y se extendían, buscando, apresando.

Ella podía verlos, podía seguir la complejidad de sus giros y vueltas. Podía ver el picaporte de una de las ventanas, que había sido recientemente forzado. Podía ver los aparatos de escucha escondidos en el candelabro y en el jarrón con flores que descansaba sobre la mesita de noche. Podía ver el sobre que había sido introducido apresuradamente bajo la puerta.

Los serpenteantes zarcillos empezaron a recoger la carta para ella, pero Sturbridge rechazó su preocupación. Ya habría tiempo de

sobra –para leer, para las cartas, para los planes y las intrigas, para las veladas amenazas y las promesas– más tarde.

*<<< JUEVES, 29 DE JULIO DE 1999, 12:30 AM
HOTEL PLAZA, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Nickolai sostuvo el cuenco de cobre frente a sí, a la distancia de un brazo. El dedo cortado flotaba perezosamente sobre el líquido, que ya había empezado a coagularse. Guiñó un ojo y miró en la dirección que señalaba el dedo. Norte nordeste. Hacia el interior de las montañas.

Como un halcón que hubiese divisado su presa, Nickolai se zambulló de cabeza en su búsqueda. La lujosa habitación del hotel retrocedió, olvidada, tras él. El chorreante dolor de su mano –la rítmica columna vertebral del ritual– era lo único que lo anclaba a su forma física.

Hasta el momento sus esfuerzos le habían procurado muy poco. Una serie de intentos frustrados por reestablecer contacto con sus hermanos lo había conducido hasta allí, hasta la ciudad de Nueva York. Era como partir de cero. La casa Goratrix era una orden aislacionista; Nickolai tenía muy pocos lazos fuera de su hermandad. Sabía que tratar de contactar con cualquier que lo conociera demasiado bien se convertiría rápidamente en una sentencia de muerte para todos los implicados.

Al final, había llamado a un antiguo socio de negocios, alguien que podía ser persuadido para ayudarlo. Pero parecía que también Benito Giovanni había desaparecido. Nickolai debiera haber sido capaz de encontrarlo, pero el rastro se había vuelto repentina y ominosamente frío. Temió lo peor. La posibilidad de que el enemigo hubiera acabado con Benito convertía el dar con el Vástago que los

relacionaba en algo completamente imperativo.

Ya debía de encontrarse cerca. La sangre no mentía. Se internó más aún en la visión. Hasta la luz de aquella remota ladera montañosa había adquirido un aspecto enfermizo. Era demasiado blanca, demasiado cegadora para tratarse del brillo reflejado de la luz de la luna. A Nickolai le recordaba el blanco insidioso de un hospital o una clínica: un obvio y fútil intento por mantener a raya la creciente oscuridad de la muerte y la locura.

Podía sentir cómo el peso de aquella luz se cernía sobre él, frenando su ascenso por la ladera de la montaña. Era como caminar bajo el agua. La membrana de luz se retorció para anticiparse a cada uno de sus movimientos.

Pero él no dejó de ascender por la rocosa y desnuda ladera. Trataba de buscar los pocos árboles que la salpicaban, aunque sólo fuera para disfrutar de los breves momentos de sombra y respiro que ofrecían. Pero la luz parecía llegar hasta él desde todas direcciones a la vez, como si la montaña estuviese envuelta en una niebla luminiscente. A Nickolai le parecía que el brillo se hacía más intenso cerca de la cumbre de la montaña. No había el menor rastro del rojizo resplandor del amanecer sobre la cima. Más bien, la luz se volvía más pálida, más áspera, al rojo blanco. Se descubrió pensando en las estribaciones desérticas que había en las proximidades de la frontera mejicana, en profundas tumbas a un lado de la carretera, en la luz de la luna sobre unos huesos descoloridos.

Dio un traspie, pero mantuvo el equilibrio. Allí, el suelo era irregular, traicionero. Fragmentos dentados de roca parecían alzarse de improviso para bloquear su avance. Se abrió camino cautelosamente entre aquellos obstáculos y por encima de ellos, maravillado ante la magnitud de las fuerzas cataclísmicas que habían arrojado, edades atrás y de forma tan violenta, aquellas montañas hacia el cielo. A juzgar por el revoltijo de cantos rodados que cubría la roca, muchos de aquellos lanzamientos debían de haber fallado.

Quizá fuera un truco de aquella luz crispante, pero conforme avanzaba hacia la cima, Nickolai empezó a pensar que el granito estaba adoptando formas más reconocibles. Aquello era seguramente un gran obelisco caído de su pedestal. Allí, un puente desplomado se

extendía sobre un mareante abismo cubierto de niebla iluminada. Y al otro lado, una gran mesa plana de granito, lo bastante grande como para albergar varias docenas de comensales.

Se encontró preguntándose desde muy lejos adónde habrían tenido que marchar con tal apresuramiento los invitados y por qué estarían tan alejados de su banquete. Muchos de sus asientos estaban volcados y su comida se había quedado tan fría como la piedra.

Mientras ascendía, la disposición de las rocas que salpicaban la ladera de la montaña pareció volverse más regular, como si algún esquema oculto estuviese esforzándose por afirmarse sobre el paisaje. Nickolai no pudo dejar de advertir y luego admirar el artístico orden de las rocas. Una mano había operado allí, una mano de artista. Podía distinguir con total claridad la devoción de algún invisible guarda.

Sin el menor asomo de aprensión o repugnancia, advirtió entonces que se encontraba en medio de las lápidas ordenadas con precisión de algún cementerio olvidado. Se detuvo, la cabeza inclinada a un lado, tratando de escuchar los reveladores cuchicheos entre las tumbas: la letanía de los muertos, repitiendo interminablemente para sí el mismo discurso: nombres, fechas, hazañas.

Pero las piedras guardaban un extraño silencio. Estaban en paz.

Sturbridge aseguró la puerta con un gesto despreocupado. Nudosos zarcillos de madera ennegrecida descendieron enroscándose desde la exuberante celosía de enredaderas que ocultaban el techo de la vista. Abrazaron amorosamente el antiguo portal, lo reforzaron, lo

apuntalaron. Ella asintió para mostrar su aprobación. Cualquiera lo bastante estúpido como para tratar de forzar la entrada haría mejor en intentarlo por la pared. Eso lo retrasaría unos pocos momentos. Tiempo suficiente para que pudiera aprestar sus defensas.

Satisfecha, se aproximó al escritorio que ocupaba el centro de la habitación. Un cenador enrejado sin medio visible de soporte se alzaba tras la silla. Se estiró sobre los hombros de Sturbridge y formó un improvisado dosel sobre el escritorio.

Ella encendió la lamparilla y tomó el primero de los sobres. Las doradas letras grabadas rezaban, "Consejera Aisling Sturbridge". Dio la vuelta al sobre y lo abrió con un solo movimiento. Una tarjeta, igualmente grabada con caracteres dorados, cayó sobre el escritorio: una invitación para una cena privada en compañía del Príncipe Garlotte, aquella misma noche.

Consejera Sturbridge,

El Príncipe le ruega le conceda el honor de su compañía esta noche, para que pueda daros personalmente la bienvenida a nuestra hermosa e histórica ciudad.

Mi señor acudirá a sus aposentos en persona sobre las tres, para escoltarla en una visita a nuestro renombrado puerto.

Seguirá un ágape ligero en la Biblioteca Principal del Lord Baltimore.

En este veintiocho de agosto, en el año de nuestro Señor mil novecientos noventa y nueve.

R. Gainesmil, Senescal

La invitación se cerraba con el sello de Garlotte, los tres barcos anclados bajo las Llaves del Reino cruzadas.

Sturbridge sostuvo la tarjeta a cierta distancia, como si estuviera sujetando un áspid. No estaba en absoluto convencida de que el príncipe fuera el caballero anciano y senil que representaba. Se había dado cuenta de que algunos de los otros miembros del concilio, en especial la señora Ash, habían creído en tal persona. A Sturbridge se le antojaba un error de cálculo particularmente peligroso.

Sus pensamientos no dejaban de volver a María Chin, su desgraciada predecesora en este concilio. Si el príncipe quería

eliminar la presencia Tremere de la reunión o incluso de la ciudad entera, nada hubiera sido más fácil. Chin había sido su invitada; se había puesto por entero en manos de Garlotte. Como todos los demás miembros del concilio (por no mencionar a la horda de refugiados) se había sometido a sus reglas, a sus cortapisas. Había pasado los días –el momento de mayor vulnerabilidad– bajo su techo. De noche, las restricciones alimenticias de Garlotte dictaban con exactitud cuándo y dónde podía cazar cada uno de sus "súbditos".

A ella le habían resumido tales "medida de precaución" mientras se dirigía a su suite. El botones había sido al mismo tiempo exhaustivo y diplomático. Sturbridge estaba empezando a formarse una impresión del peculiar clima político que se vivía en la asediada ciudad.

Sí, extender el brazo y arrebatarse la no-vida a cualquiera que se encontrase dentro de las fronteras de su dominio sería un gesto sencillo para Garlotte. Sabía con precisión dónde y cuándo se encontraría cada uno de ellos cuando sus defensas estuvieran bajas.

Sturbridge devolvió cautelosamente la invitación al sobre. Tras sacar una hoja de papel y una pluma estilográfica del escritorio, redactó una rápida y elegante disculpa. No tenía intención de pasar un solo día en aquella ciudad. Baltimore estaba bajo asedio... no sólo por parte de las fuerzas del Sabbat que babeaban en sus puertas sino también desde el interior. Una ciudad entera de vástagos asediada por su príncipe. Sturbridge podía ver que muchos jugadores poderosos habían caído ya en el laberinto que era Baltimore, esta ciudad de callejones sin salida y falsos giros... esta elaborada trampa. Jan Pieterzoon. Marcus Vitel. Theo Bell. Todos ellos poderes que habían de ser tenidos en cuenta por propio derecho. Pero cada uno de ellos había sido arrancado de su propio suelo y trasladado apresuradamente aquí, para alimentarse de la ciudad maldita y servirla. Sus raíces estaban perdidas ya entre las raíces de la ciudad. Y, cuando llegara el momento, la ciudad los sacrificaría, conscientemente, sin vacilación, para preservarse a sí misma.

Sturbridge no estaba del todo segura de que fueran a dejarla abandonar aquella ciudad enmarañada. Pero haría el intento aquella misma noche. Por la mañana estaría a salvo tras los muros de su capilla o Garlotte estaría explicando la última de una serie de

calamidades a un pontifex Tremere bastante poco amistoso.

La pérdida un embajador Tremere podía ser considerada una tragedia; la pérdida de dos suponía una grave negligencia.

SÁBADO, 28 DE AGOSTO DE 1999, 1:00 AM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

Jacqueline cerró los ojos, contó hasta tres y abrió con indecisión la pequeña puerta.

Nada. La habitación que había al otro lado estaba en silencio y por completo a oscuras. Desde el diminuto rectángulo de su campo de visión, sus ojos, acostumbrados desde hacía tiempo a la caza nocturna, podían distinguir el perfil de alguno de los muebles dominantes de la habitación. Rápidamente identificó las patas de león de la pesada mesa de trabajo, los dos cajones inferiores de sendos archivadores llenos a rebosar, las piernas patizambas de un ibis disecado y una gran cantidad de libros, curiosidades y otros obstáculos desperdigados sin orden ni concierto por el suelo. Una quietud pendía de aquellos objetos, un estancamiento que era más que el mero aire mohoso de una habitación que llevaba varias semanas cerrada.

Jacqueline se arrastró a gatas hasta el interior y agachó la cabeza para no golpearse con la esquina del armario. Mientras emergía, rompiendo el plano del bajo umbral, el vértigo se precipitó sobre ella como un golpe físico que le hubiera sido propinado en la boca del estómago. Sus dos oídos se destaponaron al mismo tiempo y sintió que un diminuto chorrito de sangre empezaba a descender por su mejilla izquierda. El suelo se alzó hacia ella y sólo pudo ser detenido por un fuerte, aunque no intencionado, golpe de su frente. Probablemente era una suerte que no hubiera estado de pie. Sacudió

la cabeza para disipar el repiqueteante dolor y, atravesando el armario bajo, penetró a rastras por completo en el sanctum de Foley.

No cerró la pequeña puerta tras ella, no fuera a cortar el lazo que la unía con la sacristía, la tenue construcción que con tantos esfuerzos había levantado durante las dos últimas semanas. Estaba descubriendo que el uso de este ritual en particular resultaba bastante más costoso que su preparación.

El Maestro Ynnis, su antiguo mentor, había hecho que pareciera la cosa más sencilla del mundo. Recordaba vividamente la primera vez que lo había visto abrir con aire ausente uno de los cajones de su escritorio y extraer de él un cuchillo... uno que ella sabía muy bien que debía encontrarse en el cajón de acero inoxidable que había justo debajo del aguamanil, en el refectorio (Jacqueline estaba más que familiarizada con la amplia gama de tareas mundanas necesarias para el mantenimiento de la capilla). La hoja todavía había tenido gotas de agua sobre ella.

Ynnis era un maestro indiscutible en el arte de la translocación. Podía hacer el truco con casi cualquier cosa que pudiese abrirse y cerrarse. Mantenía una correspondencia regular con un socio de Londres por medio de una bonita jaula de pájaros hecha de bambú y una paloma mensajera especialmente delgada. Había visto cómo lograba provocar en Foley ataques de furia extrayendo "por accidente" documentos de los celosamente guardados archivos del secundus y devolviéndolos después con una disculpa. Siempre se producía una sensación de trepidación cuando uno ponía la mano sobre el pomo de una puerta en su presencia. Nunca se estaba completamente seguro de adónde conduciría una puerta que de ordinario era fiable.

Sin embargo, Jacqueline no recordaba haber experimentado nunca esta desorientación, este mareo, estas náuseas. Trató de ignorar los desagradables efectos secundarios y se puso en pie con esfuerzo. Una mala idea. Fue devuelta al suelo sin la menor ceremonia.

Obligó a sus ojos a enfocarse en el pequeño rectángulo de parqué que había frente a ella. El mareo remitió ligeramente. Estaba tan cerca que podía distinguir incluso las fibras de la madera a través de la fina pátina de tiza y polvo rayada por el paso de los pies.

Foley no lo hubiera tolerado, por supuesto... si hubiera seguido allí para poner objeciones. El dejar algún residuo de una inscripción ritual, aunque sólo fuera hasta la mañana siguiente, le hubiera asegurado una severa reprimenda por parte del secundus.

Jacqueline estaba especialmente interesada en las protecciones, después de los rumores que había escuchado en la sala de los novicios. Levantó con precaución la cabeza para seguir la línea del hermético *diagramma*. Al ver que el vértigo no la azotaba por esta presunción, se atrevió a arrastrarse a cuatro patas a lo largo de la línea. Sí, era lo que pensaba. El *diagramma* había sido ocultado, borrado a propósito. Pero, ¿por qué?

Los novicios de más edad contaban toda clase de cuentos sobre invocaciones llevadas a cabo sin las necesarias protecciones y sobre ritos siniestros y diablos. Jacqueline maldecía a ese necio narrador de cuentos de Talbott por espolear sus locas especulaciones. Lo primero que habría que hacer para prevenir la divulgación de rumores sobre las artes oscuras –una discusión que podía conducir a un examen más pormenorizado de las herramientas ceremoniales empleadas en el ritual y ciertos ingredientes sospechosos utilizados en la creación de las mismas– sería hacer saber que las protecciones apropiadas habían sido de hecho utilizadas. Que el ritual había sido perfectamente normal y quizá incluso mundano, pero que esas protecciones habían sido borradas a propósito por el asesino de Foley.

No sería prudente que fuera la propia Jacqueline la que señalara este hecho, pero en cualquier comunidad pequeña como aquella había maneras de asegurarse de que ciertas cosas eran sabidas.

Jacqueline se incorporó sobre una rodilla, apoyándose con todo su peso sobre el archivador más cercano. Mejor. Tras otra pausa prolongada se sintió lo bastante confiada como para ponerse en pie. Tenía que recoger algunas cosas e, incluso con la idea de una nueva y terrible translocación delante de ella, cuanto menos tiempo tuviese que pasar allí, tanto mejor.

Tras mirar a su alrededor, descubrió que, tal como había sospechado, había por lo menos otra protección en la estancia. Esta última había sido, evidentemente, instalada tras el hallazgo del cadáver. Adornaba el lado interior de la única puerta de la habitación:

la que conducía a la oficina contigua. No era difícil extrapolar la existencia de una protección similar en la puerta exterior de los aposentos de Foley.

Era la suposición de la existencia de tales barreras lo que había llevado a Jacqueline a evitar por completo los medios de entrada convencionales. El ritual le había costado dos semanas de tiempo: un pequeño precio en circunstancias normales, pero, en este caso, el tiempo era mucho más precioso puesto que había mucho más en juego. Había vivido aquellas dos semanas sumida en el temor constante de ser llamada a presencia de la regente para ser juzgada.

Pero esa llamada no se había producido. Jacqueline había capeado el interrogatorio inicial adoptando el muy honrado papel de la novicia aterrorizada. Había dicho tonterías, había agitado las manos, había pedido perdón por cada vez que le había deseado algún mal al secundus. Había mantenido contra viento y marea la afirmación absurda de que era personalmente responsable del fallecimiento del secundus porque, en el fondo de su corazón, había deseado que éste muriera.

Era por completo posible, naturalmente, que su interpretación no hubiera resultado del todo convincente, que no hubiera escapado a su juicio, que la sentencia de la Muerte Definitiva no estuviera sino demorando un tanto su llegada. Si ella podía ser paciente aquellas agonizantes semanas, sin la menor duda también Sturbridge podía serlo.

Incluso ahora que la regente se encontraba en Baltimore, Jacqueline era consciente de que su mera presencia en las habitaciones de Foley la ponía en grave riesgo. La protección de la puerta atraería sin duda a un equipo entero de seguridad si la hacía saltar inadvertidamente. Y eso asumiendo, por supuesto, que no estuviera concebida para neutralizar por sí misma a los intrusos.

Con un cuidado agónico, atravesó la habitación hasta la mesa de trabajo. Se inclinó y estudió algo que yacía en el suelo, abandonado. Una vela roja. Satisfecha, asintió. Extrajo un fardo de entre los voluminosos pliegues de su túnica y lo desplegó sobre la mesa. Contenía precisamente siete velas rojas y siete varillas de madera. Se quitó un guante y, tras levantar la primera e inmaculada vela, trazó una

línea a lo largo de su borde con la uña de un dedo. Allí donde ésta se posaba, la cera se fundía y empezaba a fluir. Determinó la longitud de la vela y luego la de la mecha, la midió con los dedos y tomó nota del borde limpio, negro y quemado. Rompió su vela en el mismo punto en el que la otra se había partido en su caída y luego examinó el resultado con mirada crítica. Bastaría.

Al acabar, había recuperado tan sólo cinco velas y seis varillas de madera de pino. Tendría que confiar en que el resto hubiesen sido consumidas por el fuego. No se atrevió a recrearse en la alternativa: que se las hubiesen llevado de la escena del crimen.

Volvió a cerrar su fardo con todo cuidado, se puso el guante y se volvió hacia el armario bajo. La membrana arcana que permanecía estirada y tirante a lo largo de la entrada despedía un tenue y tranquilizador crepitar.

Jacqueline se quedó helada. El sonido había estado a punto de ahogar, sin llegar a hacerlo, un ruido apenas perceptible proveniente de la puerta exterior. El inconfundible crujido producido por el picaporte de una puerta al girar.

SÁBADO, 28 DE AGOSTO DE 1999, 3:00 AM

HOTEL LORD BALTIMORE, BALTIMORE, MARYLAND

–¿Preparada para salir, profesora Sturbridge? –Francesca Lyon aguardaba bajo el umbral de la puerta como si no estuviera demasiado dispuesta a entrar.

–Casi, señorita Lyon. Pase, por favor. Ha sido muy amable de su parte venir habiéndola avisado con tan poco tiempo de antelación –señaló con un gesto el sillón que había junto a la chimenea y continuó haciendo la maleta.

–Gracias. ¿Le echo una mano?

–No, ya estoy terminando. Siéntese, por favor. Póngase

cómoda.

Sturbridge caminó hasta el armario de madera de roble intrincadamente tallado que había junto a una de las paredes. Las dos puertas gemelas estaban decoradas con un diseño nudoso que semejaba una guirnalda hecha de ramitas secas entrelazadas. La joven tuvo la inequívoca sensación de que la puerta de la vitrina se abría una fracción de segundo antes de que la mano de Sturbridge entrase en contacto con el pomo. Ésta sacó una jarra y dos copas de cristal del interior envuelto en sombras.

No fue hasta entonces cuando Sturbridge se decidió a adoptar ese curso de acción. Quizá había sido la inquietante experiencia vivida antes, al extraer la vida de la antigua madera la que le había hecho pensarlo. Quizá habían sido los recuerdos demasiado frescos de su propia hija. Quizá había sido sólo la frustración ante el hecho de que el viaje entero a Baltimore hubiese demostrado ser una pérdida de tiempo.

Mientras volvía a cruzar la habitación, estudió los rasgos de su invitada en busca de cualquier señal de comprensión o aprensión. En esto se vio decepcionada. El comportamiento de Chessie seguía siendo amigable, personal, cómodo.

Sturbridge empezó a llenar ambas copas.

Chessie alzó una mano en un gesto de educada negativa.

–No, para mí no. Pero gracias de todas formas.

–Insisto. Brindaremos a la salud del Decano Dorfman para que pueda cargarle la cuenta a asuntos oficiales de la universidad.

–El Decano Dorfman me advirtió de que no debía beber con ninguno de sus colegas –dijo Chessie con poca convicción.

–Esta es una cosecha especial que llevo siempre conmigo para ocasiones así. Ha superado el examen de los paladares más exigentes. Creo que la disfrutará.

Lentamente, alguna idea de lo que se le estaba ofreciendo pareció ocurrírsele a Chessie. Observó la copa como lo habría hecho con un vaso de cicuta.

–Es una antigua receta familiar que me fue transmitida por mi sire y a éste por el suyo mucho antes. Hay muchas generaciones en este noble linaje –Sturbridge hizo girar su cáliz de forma reverente e

inhaló el untuoso aroma.

–Seguro que es delicioso. Pero no puedo pedirle que comparta conmigo un tesoro familiar como ése. El Decano Dorfman...

–Seré franca, señorita Lyon. Estoy preocupada por la seguridad del Decano Dorfman. Lleva mucho tiempo lejos del país cuando apenas puede permitirse el lujo de ausentarse. Si no regresa rápidamente, necesitará usted dar con un nuevo consejero. Me gustaría ayudarla. No se ponga nerviosa. Así es como nos sentamos a discutir las cosas en mi casa. ¿Comprende? Primero compartimos la sangre. Luego hablamos de negocios.

–No sabía que traficara usted con la verdad, profesora.

–No lo hago. Comercio con la sangre, señorita Lyon. Sólo con la sangre. Todo lo demás es fugaz, traicionero y, al final, intrascendente.

–Por la sangre –Chessie llevó la copa a sus labios, cerró los ojos y bebió. Inmediatamente, se deslizó al interior de los susurros.

–Por los negocios –replicó Sturbridge mientras saboreaba la espléndida cosecha.

Chessie estaba rodeada de voces que cuchicheaban. Un paisaje compuesto únicamente por volutas de noche y voces apagadas. Los susurros tenían un tono muy bajo, justo por debajo del límite de su comprensión. Las palabras parecían extraviar su camino en la oscuridad; sólo podía distinguir la sinfonía de tonos. Tiraban de ella, la empujaban y la golpeaban. Ora las voces la instaban a actuar, ora la consolaban, la juzgaban, o se reían de ella, o insinuaban lo prohibido, ladraban órdenes, recitaban elegías, le daban pacientes instrucciones... pero todas eran por completo claras en un punto. Todas querían algo de ella. Esperaban algo. Algo que no podía terminar de entender en medio del incesante y totalmente revuelto farfullar.

El remolino de sus expectativas la golpeó, la arrastró, la arrojó de bruces. Su consciencia destellaba, peligrosamente cerca del límite de la extinción. Cada nueva ráfaga amenazaba con apagar por completo la delicada llama. Y ésta se aferraba a la vida, a sus fragmentos rotos, como una persona subiendo y bajando entre los restos de un naufragio.

Chessie alcanzó la superficie, con la respiración entrecortada, no

en busca de aire sino de consciencia. Sus manos encontraron un resto y se aferraron a él. Se retorció, tratando de soltarse, pero ella se mantuvo firme. Desesperadamente, se apartó el cabello de la cara con la mano libre, vio lo que estaba sujetando y la esperanza le falló. Una gran anguila, cuya lustrosa piel despedía resplandores rojizos, serpenteó entre los restos del naufrago y se precipitó hacia mar abierto. Chessie observó horrorizada cómo se retorció, se arqueaba y por fin se zambullía hacia las profundidades. Se aferró a sus resbaladizo flancos con ambas manos mientras pasaba bajo ella por última vez.

La anguila era una veta roja que perforaba las profundidades. Mientras su consciencia se disolvía hasta convertirse en un apagado brillo de luz situado muy por encima de ella, Chessie se descubrió pensando que la anguila no parecía más que un fibroso zarcillo de sangre suspendida en las turbias aguas.

La consciencia parpadeó una última vez y desapareció. Extinguida por el peso del agua sobre ella.

Entonces no quedó más que la sangre.

La sangre arrastró la rota cáscara hacia abajo, hacia las profundidades del mismo corazón del mar. La enterró allí, en las arenas finas y cambiantes.

Miserere nobis.

Miserere nobis.

Dona nobis pacem.

El suelo del océano era un vasto reloj de arena. Pasaron los años, medido su transcurso por el movimiento de un número determinado de granos de arena.

* * *

Años después.

El fondo del océano.

El roce de los granos de arena. Cayendo con lentitud. Con lentitud cayendo.

El sonido intruso penetró el bienvenido olvido. Como un suave arañar sobre la tapa de un ataúd. El sonido del paso de los años.

Rasca. Rasca. Rasca.

El paso de tres años.

Rasca. Rasca. Rasca.

El sonido aumentó en volumen e inmediatez. Caía con la regularidad de una pala.

Golpea, hunde, cava.

Una palada de años.

Golpea, hunde, cava.

Había urgencia en el sonido de la pala. Una compulsión. Y una nota de algo familiar.

Fran. Ces. Ca.

Fran. Ces. Ca.

Las extrañas sílabas no significaban nada para la cáscara muerta y rota enterrada en el corazón del océano. Pero los sonidos resonaron y rebotaron en el interior de esa cáscara, redoblando su significado y su intensidad, hasta que algo que había allí despertó al sonido de la invocación.

Francesca.

La consciencia regresó en tropel, fluyendo en una oleada atroz. Ella se retorció sobre sí misma, revolcándose, dando patadas. Trató de enterrarse más profundamente en las arenas, en el cálido olvido.

Pero la voz no la dejaría descansar.

Francesca.

Conocía aquella voz. Sturbridge. La profesora Sturbridge.

Francesca se orientó por aquella voz y empezó a nadar desesperadamente en busca de la superficie.

Lo primero que regreso a ella fue la luz. Lentamente, se disolvió en formas definidas, patrones, visión. Pronto, no pudo apartar de sí el enjambre de sombras arremolinadas que la rodeaba.

El mar estaba lleno de centenares de cuerpos que se ahogaban y todos ellos luchaban por alcanzar la superficie. Los miembros azules e hinchados de aquellos que ya habían sucumbido al esfuerzo se aferraban a ella, la sujetaban, la arrastraban hacia abajo. Hacia el lecho del océano y los brazos amorosos del olvido.

—¡Aisling!

Un rostro hinchado se apretó al suyo. Se mecía suavemente, a

la deriva, de lado a lado, el pelo extendido por la corriente. La observaba con una imparcialidad cínica, casi serena. Unos dedos gruesos, como salchichas, la tantearon y empujaron experimentalmente. Chessie golpeó el cuerpo, tratando de separarse de él.

–No temas. Estoy aquí –la voz sonaba pequeña y distante.

El cuerpo ahogado era mucho más cercano. Envuelto lánguidamente en grilletes de algas trepadoras, abrazó a Chessie y maniató sus agitados miembros mientras, juntos, daban vueltas y vueltas. Desde algún lugar en aquella maraña, se produjo un destello de metal, el beso de una hoja afilada como un escalpelo y un viscoso rastro de sangre brotó como un cordón umbilical de una incisión en el pecho de Chessie. Perdida bajo su propio aullido, creyó poder distinguir la calmada voz de Sturbridge mientras avanzaba pesadamente con paciencia y reverencia, como si estuviera recitando algún cuento o leyenda antigua.

–Él era la serpiente en el Jardín de Hermes. Nuestra amada serpiente del oráculo. El producto final de cientos de años de devoción a la Gran Obra.

La aparición agarró su premio con un puño hipertrofiado. Con un movimiento ágil, atrapó el extremo de la colgante hebra de sangre que todavía se desenrollaba de la herida abierta en el pecho de Chessie y le dio tres vueltas alrededor del puño.

Dio un tirón. Ella se dobló como un arco.

–Él era el objeto de nuestra devoción, el significado oculto tras el sacrificio de incontables vidas: pitagóricos, cataros, masones, alquimistas... todos luchando en la oscuridad para que un día, generaciones más tarde, un hombre pudiese sostener en su mano el fruto prohibido, la Piedra Filosofal, el elixir de la vida eterna. Su nombre era Goratrix, nuestro portador de la luz, nuestro Prometeo, nuestro Lucifer.

El rostro hinchado se inclinó ante ella en una media reverencia burlona. Atrajo a Chessie lentamente, se apretó contra ella demasiado cerca, un amante a punto de confiar un oscuro secreto. Sus gélidos labios acariciaron su oreja.

Impotente en aquellos brazos, Chessie sintió más que escuchó

las palabras:

Visita Interiora Terrae, Rectificando Invenies Occultum Lapidem.

–Visita el centro de la Tierra –tradujo con voz titubeante–. Y... ¿purificándote...? Llegarás a encontrar la piedra secreta.

Una mano grotescamente hinchada y azul le dio una palmada cordial en la espalda. La cabeza del cadáver se echó atrás en una carcajada que Chessie pensó que podría arrancarla del cuerpo por completo. Pero en esto se vio defraudada.

Tras echarse al hombro el cordón umbilical de Chessie, el ahogado se volvió y descendió hacia el lecho del océano. Su cautiva tenía pocas posibilidades salvo flotar tras él.

Chessie sintió que la oscuridad volvía a cerrarse de nuevo. Que la consciencia volvía a desertarle. Que se escurría a través del agujero de su pecho.

La voz de Sturbridge era la nana susurrada por las corrientes oceánicas.

–Estaba en la sangre, por supuesto. El poder estaba en la sangre. Pero Goratrix no compartió su oscuro don. No inmediatamente. En vez de ello regresó a su Casa y buscó a su maestro y depositó a sus pies la fruta prohibida.

Chessie no podía concentrarse en las palabras. Ya no podía discernir dónde terminaba ella y dónde empezaba la extensión de negras aguas. Se deslizaba despreocupadamente hacia un sombrío agujero en el lecho del océano, mientras seguía con la mirada una luz que se balanceaba en la lejanía. La esquiva luz parecía salir a hurtadillas de la diminuta ventana de una linterna alzada. La linterna era sostenida en alto por un solitario trabajador que regresaba a su hogar al anochecer y que se esforzaba portando una pesada carga.

Mientras el trabajador cambiaba la carga de hombro, Chessie se percató de que la luz no estaba separada de la linterna sino que estaba unida a ella, era intrínseca a ella. La luz fluía en su interior: roja, arrollada, impaciente.

Está en la sangre, por supuesto, pensó, al tiempo que una risotada casi histérica empezaba a formarse en su interior. La luz está en la sangre.

Mi sangre.

Ya estaba muy cerca. Cerca del imprudente abandono de la histeria. Cerca del punto de rendición, del retorno al olvido. Cerca del oscuro agujero del centro del lecho del océano.

Visita Interiora Terrae.

El centro de la Tierra. El lugar prohibido. La oscura región en el mismo centro de sí al que no se atrevía a ir (al que no podía ir). El lugar en el que escondía, cuidadosamente protegidos, los secretos a sí misma.

Era un lugar que le estaba vedado. Más allá de las confortables paredes del auto engaño y la auto ilusión. Sabía que había un punto de quietud, un lugar de desgarradora claridad en el que todas las justificaciones, todas las racionalizaciones de una vida entera de anhelos inhumanos ardían y se consumían. Dejándola a solas con sus pecados, sus defectos, su egoísmo... su yo.

Era el lugar de descanso de verdades tan oscuras que habían sido obligadas a enterrarse, encadenadas al lecho de roca para impedir que pudieran asaltarla en las horas de oscuridad.

Visita Interiora Mea.

Hubo un movimiento en los más profundos confines del oscuro agujero del corazón del océano. Algo se agitaba allí.

Chessie se retorció, se debatió contra su cadena. Tratando en vano de apartar la mirada de la presencia que se alzaba desde las profundidades.

Se formó un remolino de arena que se trocó rápidamente por un embudo retorcido. Una masa ominosa que cobraba forma, que empezaba a ser.

El creciente remolino aulló con un estrépito de arena y agua. Se tapó los ojos. Pudo sentir con toda claridad el impacto de cada grano de arena contra su expuesto cordón umbilical. La forma tenebrosa que la arrastraba hacia las profundidades se había perdido ya en las turbulentas aguas.

La única evidencia de que su predecesor no había sido destruido por completo era el continuo tirón sobre su yunta, que la arrastraba directamente hacia el corazón del remolino.

Una gran oleada de arena y agua la golpeó, la cegó, la atrapó. Ella giró alocadamente, dando vueltas y vueltas, tirando de su ancla.

No podía terminar de sacudirse de encima la sensación de que había algo tras las arremolinadas aguas, una presencia que se desperezaba y emergía de las profundidades, una voluntad. Chessie se quitó la arena de los ojos y entornó la mirada contra el peso del agua.

Allí, en el centro mismo del maelstrón, una vasta forma se estaba elevando, pacientemente, capa sobre capa. Se esforzó por distinguir siquiera una insinuación de la misma entre las arenas que le azotaban los ojos. Tenía que saber. Tenía que comprender. Aunque sólo fuera durante un breve momento, antes de que la visión le fuera arrebatada.

Deliberadamente, reunió fuerzas y empezó a bucear hacia las profundidades.

De súbito, se encontró en medio de aguas calmadas. Azotada, sangrando, medio ciega, había logrado abrirse paso a través del maelstrón. Ahora flotaba, suspendida, invertida, en el mismo ojo de la tormenta submarina, el punto de quietud en el corazón de la arremolinada confusión de percepciones sensuales.

Chessie se preparó, obligó a sus ojos a abrirse y vio.

Una forma colosal se cernía sobre ella, llenando todo su sanguinolento campo de visión. Sus pies se perdían en las insondables profundidades del agujero del lecho del océano. Tuvo la descorazonadora impresión de que sus raíces se enterraban hasta el mismo corazón de la propia Tierra.

Visita Interiora Terrae.

Su pétreo semblante la fulminó con la mirada desde lo alto. Su corona, exaltada, fluía en tropel hacia la superficie, hacia el mundo de la luz. Entre aquellas dos extremidades se encontraba la vasta extensión de su cuerpo, cuya superficie antaño esculpida se había vuelto suave con el paso de los años y del agua. La mirada de Chessie recorrió aquel acantilado en toda su longitud, luchando por combatir el vértigo mientras trataba de orientarse.

El acantilado no era, como ella había pensado al principio, totalmente recto. Más bien, se inclinaba pesadamente hacia otros dos. Otros dos acantilados, se percató con la claridad del amanecer. Una vasta pirámide.

Mientras la sensación de vértigo remitía, se dio cuenta de que era ella y no la pirámide la que se estaba moviendo. Se deslizaba a través de las profundidades, hacia la base del gran acantilado.

Muy por debajo de ella, se produjo en respuesta un movimiento en el punto en el que la pirámide había atravesado con tanta violencia el lecho del océano. Chessie creyó que podía reconocer una forma familiar allí, realizando los movimientos de algún elaborado ritual. Reconoció al hinchado cadáver con el que antes había luchado: el que la había atrapado, el hombre ahogado. La voz de Sturbridge resonó en sus pensamientos para otorgarle un nombre: Goratrix. La amada serpiente de los Tremere. Nuestro prometeo, nuestro Lucifer.

Brotó luz del puño alzado del mago mientras golpeaba tres veces la inamovible puerta de la pirámide. Chessie sintió la repercusión de cada uno de aquellos golpes en el interior de su pecho. Se apresuró en su descenso y estuvo a punto de chocar contra la cara de la pirámide.

Desde el interior llegó una voz, una respuesta:

Quien se atreve a demandar entrada...

–Soy yo –Goratrix alzó su puño en alto y reveló el corazón empapado de sangre que ocultaba allí. Era tan rojo y lustroso como una manzana barnizada–. Entonces se abrirán vuestros ojos –su voz asaltó los impasibles muros– y seréis como dioses, concedores del bien y del mal.

Durante mucho tiempo reinó el silencio en las profundidades.

Entonces, como respuesta, el gran portal de la Casa Tremere se abrió de par en par para recibir al hijo pródigo y su precioso presente de dos caras.

Mientras el corazón era llevado más allá del umbral de la pirámide, al cautiverio, Chessie chilló y se perdió en la misericordia del olvido.

SÁBADO, 28 DE AGOSTO DE 1999, 1:24 AM

CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

Jacqueline se quedó helada. Su primer impulso fue arrojarse hacia la puerta del armario. Todavía podía distinguir el crepitar de energía arcana estirada a lo largo de la pequeña abertura, señal de que el conducto temporal que llevaba hasta la sacristía funcionaba todavía. Probablemente podría arrastrarse por la portezuela y, asumiendo que el vértigo no fuera tan severo como para provocarle un desvanecimiento, cerrar la correspondiente puerta de la sacristía tras ella, lo que cortaría la conexión. Pero este frenesí de actividad atraería muy probablemente la atención de quienquiera que hubiese entrado en la habitación contigua y lo alertaría sobre la presencia de un intruso.

Su segunda idea fue situarse sigilosamente tras la puerta. Desde aquella posición ventajosa, podría caer con facilidad sobre cualquiera lo bastante estúpido como para entrar en el sanctum y cogerlo desprevenido. Ya había dado dos pasos subrepticios en esa dirección cuando se le ocurrió que no sería buena idea encontrarse cerca de la protección cuando la puerta se abriera.

Volvió a detenerse, sintiéndose torpe y expuesta en mitad de la habitación. Alguien encendió la luz de la oficina. El brillo se deslizó bajo la puerta y se extendió sobre el suelo dibujando la forma de una hoja de guillotina.

Jacqueline maldijo para sus adentros. Si no era el equipo de seguridad –entrando ruidosamente por la puerta principal, registrando la oficina de Foley y encendiendo las luces–, éste no tardaría mucho en aparecer. Quienquiera que se encontrase en la otra habitación era un idiota, alguien muy descuidado o...

El glifo de la puerta cobró vida de pronto. Jacqueline ya se había arrojado, no hacia el armario (que precisamente ahora se encontraba dos pasos demasiado lejos) sino en busca de la protección que ofrecía la sólida mesa. Desde el otro lado de la puerta se alzó un grito agudo, seguido al instante por el sonido de algo pesado que chocaba contra el suelo. En el lado interior de la puerta, el glifo se apartó flotando de la madera y cayó suavemente sobre el suelo, convertido en un reguero

de cenizas fundidas.

La quietud se enseñoreó de los aposentos de Foley. Olvidada, la puerta se abrió lentamente hacia dentro.

Jacqueline se arrastró hacia el armario. Si tenía suerte, el impacto habría hecho perder el conocimiento al recién llegado. El equipo de seguridad ya tendría a su intruso y Jacqueline se enteraría de todo ello al día siguiente. Pero si no tenía suerte...

Quizá temerariamente, lanzó una mirada rápida a la puerta abierta y a la oficina de Foley que había más allá. Allí, tendida sobre el umbral, se encontraba Eva, sacudiendo la cabeza con aspecto aturdido mientras trataba de ponerse en pie.

En aquel instante, sus ojos se encontraron.

Maldición.

Jacqueline abandonó su loco gateo y, con visibles reservas, recobró la compostura. Ahora no tenía sentido salir corriendo. Se volvió hacia la novicia caída.

–Pequeña tonta. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

–tomó a la muchacha bruscamente del brazo y la hizo ponerse de pie de un tirón–. ¿Puedes sostenerte?

Eva asintió y la apartó.

–Lo siento. Oí a alguien dentro. La regente fue muy específica. Nadie, ni siquiera los miembros del equipo de seguridad, debía entrar en estas habitaciones mientras ella estuviese fuera. ¿Qué estabas...? Oh.

–Podría hacerte la misma pregunta. Pero calculo que no tenemos más de dos minutos antes de que tengamos más compañía no deseada –de forma inconsciente, su mano acudió al pergamino cuidadosamente enrollado que escondía bajo la rúnica. *Sangre de gato negro; corazón de gallo negro. Tenemos compañía.*

Se maldijo a sí misma y entonces volvió su furia sobre Eva.

–No puedo creerte. Entrar por la puerta principal... Encender y apagar las luces... ¿Qué es exactamente lo que pretendías...? No, no importa. No respondas a eso. Mira, ésta es tu historia. Estabas pasando por aquí. Escuchaste un ruido. Podías haber ido a buscar ayuda, pero pensaste que entonces podrías llegar demasiado tarde. En contra de lo que te dictaba el sentido común, decidiste franquear la

puerta...

–Pero si eso es *exactamente* lo que ha pasado.

–Tanto mejor. Pero si deciden comprobar tu historia, insiste en ver a la regente antes de que te dejen abrirte una vena. Tú eres su favorita; todo el mundo lo sabe. No se arriesgarán a provocarlo... su desagrado, me refiero. Probablemente te encierren unos cuantos días bajo la piedra clave hasta que ella regrese. Ahora escucha. Entraste aquí, llegaste hasta la puerta del sanctum y entonces... ¡Bam! Cuando volviste en ti, supiste que tenías que quedarte aquí e informar del incidente al equipo de seguridad. No viste ni oíste nada. ¿Lo entiendes?

–No soy estúpida y tampoco una niña –Eva se alisó la túnica. Sin levantar la mirada, preguntó –. ¿Por qué mataste a Foley?

–Mira, yo no he matado a nadie, ¿me comprendes? Me enfrentaré al cuchillo sobre este punto y la sangre demostrará que no miento. Foley no me gustaba... Dios, lo *odiaba*, pero no lo maté.

–¿Entonces por qué estás aquí? ¿Y cómo has entrado, además?

–Ahora no hay tiempo para eso. Dime que tenemos un trato para que pueda salir de aquí.

–¿Por qué debería protegerte?

Jacqueline se alzó sobre ella.

–Porque yo soy tu superior, *neófita*. Puedo hacer que las cosas sean mucho más fáciles para ti o... bastante difíciles.

–No si decido no protegerte.

Jacqueline calculó rápidamente, evaluando la testarudez de Eva contra el tiempo que le quedaba. No valía la pena arriesgarse.

Puso los ojos en blanco como si la amenaza no le importara en absoluto.

–Muy bien, mira. Hay algunas cosas en este asunto que no son como deben. Pero tenía que verlas por mí misma. Para asegurarme.

Esperaba una réplica al llegar a este punto, pero, al ver que no recibía ninguna, prosiguió a toda prisa.

–Ahora mismo no puedo extenderme en detalles. Las protecciones no es que falten, es que han sido borradas. En cambio las notas... *estás* sí que faltan. Foley alardeaba mucho de su memoria

fotográfica, pero siempre lo ponía todo por escrito. Era obsesivo. No podía hacer la colada sin escribir antes una lista. Y la gema ha desaparecido. Ya te has dado cuenta, ¿no? La que guardaba en la caja de la flor de lis. Ésa por la que hizo azotar a tres novicios hasta desollarlos. Todo el ritual tenía que ver con eso, con la gema. El Ojo de la Cerradura, así la llamaba. Una pequeña y fea roca. Roja con manchas negras en los extremos. Le dije que no sabía lo que veía en ella y se rió de mí. Dijo que en este lugar, cuando te asomabas por el ojo de una cerradura, lo único que veías era otro ojo que te devolvía la mirada. *Y si te asomas durante mucho tiempo al abismo, el abismo acaba por asomarse también a ti.*

–¿Qué?

–No es nada. Algo que la regente me dijo cuando... lo encontramos. Mira, estás tratando de averiguarlo que le ocurrió a Foley. Puedo contarte más cosas sobre el ritual. Sobre lo que debería haber estado aquí, pero no está. Puedo ayudarte. Pero si los chacales me encuentran aquí ahora, no seré más que otra víctima.

¿Comprendes? ¿Tenemos un trato?

Chacales, pensó Eva. Anubis. Seguridad de la Pirámide.

–Lo tenemos. Pero tengo que hablar contigo... o con quien sea. Y pronto. Creo que alguien ha estado...

Escucharon en sonido de unos pasos vigorosos que se acercaban.

–Mañana por la noche. A medianoche. En el refectorio

–Jacqueline le estrechó la mano y la sostuvo un instante para atraer la atención de la novicia. Eva ya estaba estirando el cuello hacia la puerta—. Si no apareces, sabré que te han encerrado. En ese caso... escúchame... en ese caso, no te dejarán salir hasta que la regente regrese. Estarás a salvo. Y nos encontraremos la noche de la vuelta de Sturbridge. ¿Comprendes? Vas a superar esto. Todo irá bien.

Eva asintió y Jacqueline le dio un apretón tranquilizador en la mano.

–Ahora sal de aquí y consígueme algo de tiempo.

Eva cerró con cuidado la puerta del sanctum tras su camarada de conspiración, que ya empezaba a retirarse. Se volvió y esbozó lo que esperaba que fuera su cara más valiente para recibir a los

chacales.

*SÁBADO, 28 DE AGOSTO DE 1999, 4:15 AM
HOTEL LORD BALTIMORE, BALTIMORE, MARYLAND*

Chessie se debatía salvajemente, combatiendo la sensación de que se estaba ahogando, enterrada bajo una pesadísima masa de agua. Escuchó una voz familiar.

–Ya es suficiente, por fin vuelve en sí.

Sintió que algo enorme se desenrollaba sobre lo alto de su pecho. Abrió los ojos alarmada, pero su visión estaba cubierta por una película de sangre. Tuvo la fugaz impresión de que una rama nudosa se apartaba retorciéndose hacia una esquina de la habitación y desaparecía entre las vigas con un crujido.

–Ha regresado con nosotros, señorita Lyon. Estaba empezando a temer por su seguridad.

–Profesora Sturbridge –parpadeó repetidamente, tratando de disipar la neblina que le tapaba los ojos, pero los encontró humedecidos con nueva sangre–. ¿Qué ha...?

–No fue nada, señorita Lyon, se lo aseguro. Nada que no hubiera hecho por una novicia confiada a mi cuidado. ¿Puede incorporarse? No, despacio. Mejor.

Chessie se secó los ojos con el revés de una mano.

–Discúlpeme. Me temo que no me encuentro bien.

Mientras su visión regresaba, inspeccionó el desorden de los muebles que rodeaban la chimenea. Lo que quedaba de una mesa, su lámpara, la jarra de cristal y las dos copas habían sido apartados rápidamente a un lado, dejando un espacio vacío en el suelo. Chessie yacía en el corazón del huracán.

–Lo siento. No sé lo que...

Sturbridge le quitó importancia con un ademán.

–No es nada. Yo no intentaría ponerme todavía en pie si fuera usted.

Chessie se vio obligada a coincidir con su juicio y se desplomó sobre el suelo con toda la dignidad que pudo reunir.

–Parece que estoy en deuda con usted. Me hizo volver.

Sturbridge la miró con curiosidad.

–¿Que la hice volver?

–Sí, volver del... dígame, ¿estaba muerta? Quiero decir, muerta *de verdad*.

–No más que cualquier otra persona.

–Por favor, profesora, esto es bastante angustioso. Me llamó usted desde el fondo del mar, desde el mismo centro. Desde la *Interiora Terrae*.

Al instante, el tono frívolo de Sturbridge desapareció, reemplazado por preocupación.

–Bueno, ese sí que es un largo camino –se inclinó y tomó con firmeza la barbilla de Chessie en una mano. Le abrió primero el primer párpado y luego el segundo y estudió sus ojos en busca del brillo revelador del delirio.

»Hábleme del fondo del océano. Debía de ser un lugar muy... apacible.

Chessie se encogió como si la hubieran golpeado, pero Sturbridge no la soltó.

–¿Apacible? El agua estaba llena de cuerpos y cadáveres. No me dejaban en paz. Me golpeaban, me empujaban, se apoyaban contra mí sin parar. Y sus rostros... Oh, si hubiese podido usted ver sus rostros..

–*Rostros tan redondos y brillantes como lunas...*

–¿Qué es eso? –le espetó Chessie.

–Nada. Un antiguo sueño. Un poema, el fragmento de una canción. No es nada. Me estaba usted hablando de los niños.

–Los niños.

–Los Niños del Pozo.

–No, no, no me está usted escuchando. No había niños. No había ningún pozo. Le estaba hablando del fondo del océano, del

Hombre Ahogado.

–Lo siento. La he malinterpretado. Continúe, por favor.

–...O al menos yo pensaba que era un hombre. Un hombre que podría haber sido una serpiente. Una serpiente marina. Sí, creo recordar una serpiente marina. Y un naufragio. Oh, debe de pensar usted que soy una gran idiota. Qué sinsentido. ¡Qué sinsentido más absoluto!

Con un gran esfuerzo de voluntad, Chessie logró ponerse en pie. Sturbridge se movió para ayudarla, pero la mirada de la joven dejó bien clara que su asistencia no sería ni necesaria ni bienvenida.

–En absoluto, señorita Lyon. Su relato no es tan extraño como podría usted imaginar. Cuenta usted con toda mi atención. ¿Puede hablarme del Hombre Ahogado?

–¿Que le hable de él? Pero si era usted la que me hablaba a mí sobre él. "Nuestra amada serpiente del oráculo", así lo llamó usted. "Nuestro prometeo, nuestro Lucifer".

–El Portador de la Luz. Sí, ya veo. Pero, ¿qué estaba haciendo? ¿Hizo o dijo algo... inusual? –su mirada se tornó astuta, predadora–. ¿Qué le dijo?

Chessie titubeó, desconcertada por la repentina intensidad del interés de Sturbridge. La joven podía sentir cómo penetraba en su interior, igual que el calor de una llama. Se agitó, incómoda, pero no había razón para ocultarle la información a Sturbridge.

–Me dijo... me dijo que visitara el centro. *Visita Interiora*.

Una amplia sonrisa se dibujó en las facciones de Sturbridge. Chessie exhaló un profundo suspiro, aliviada, al ver que la mujer a la que conocía regresaba.

–Vitriolo. ¿Le dio la copa de vitriolo? ¿Está usted completamente segura, señorita Lyon?

–¿Copa? No he dicho nada sobre una copa. Creo que fue *usted* la que me dio vitriolo para beber. Todavía no me he recuperado de los efectos de su poción y no estoy segura de que vaya a hacerlo por completo alguna vez.

–No, me malinterpreta usted, señorita Lyon. Vitriolo. V-I-T-R-I-O-L. Es una antigua fórmula alquímica: *Visita Interiora Terrae, Rectificando Invenies...*

–*Occultum Lapidem*. Sí, esas mismas palabras. Es extraño. Algo bastante raro para que yo lo soñara, ¿no le parece, profesora? La posibilidad de que me topara accidentalmente con una especie de antiguo proverbio ocultista... vaya, debe usted admitir que no son muy elevadas.

–¿Cree usted que se trata de una coincidencia, señorita Lyon?

–No –replicó ésta con énfasis.

Sturbridge decidió ignorar el tono acusatorio.

–Bien. Me permitiría sugerirle, entonces, que no ha sido ningún accidente que descubriera usted esta gema en particular, esta *occultum lapidem*, en su primer viaje hacia el interior. Es un mapa de carreteras, señorita Lyon. Será un gran consuelo para usted en los años venideros, en los viajes que realice por ese país interior. Y también es una promesa: la promesa de que regresará usted allí.

–No estoy completamente segura de desearlo. No era un lugar... agradable.

Al escuchar esto, Sturbridge rió en voz alta.

–Es *su* lugar, señorita Lyon. Es el lugar del que usted emana. Es el lugar que lleva usted consigo misma, incluso ahora. Es el lugar al que, con el tiempo, deberá regresar. Pero no esta noche, creo.

Las sospechas de Chessie, no obstante, no se apaciguaron del todo.

–Si me permite usted decirlo, profesora, no me parecía en absoluto un lugar mío. Se parecía sospechosamente a *ustedes*. Estaba lleno con sus antepasados, sus rituales, sus símbolos, sus parloteos ocultistas. Ni siquiera yo me parecía a mí misma. Me sentía como uno de los protagonistas de una historia arcaica... una historia de su gente.

–Quizá es que todavía no lo comprende. Cree que me he aprovechado de usted, que he drogado su bebida, que le he hecho perder el conocimiento y le he susurrado sugerencias hipnóticas al oído.

Se produjo un silencio incómodo antes de que Chessie contestada.

–Yo no he sugerido tal cosa.

–Claro que sí. Escúcheme, señorita Lyon. Las cosas que vio no

fueron obra mía. Yo no sabía que había viajado usted a la *interiora Terrae*, no sabía que se había encontrado con Gora... con el Hombre Ahogado, no sabía lo que él hizo o dijo. No es mi voz la que le ha estado susurrando, es la voz de la sangre.

Algo que había en sus palabras sonaba a verdad y, al mismo tiempo, llenó a Chessie con un miedo espantoso.

–Está en la sangre –recitó con voz hueca–, el poder está en la sangre.

Sturbridge asintió.

–La sangre que corre por sus venas, la sangre que hemos compartido esta noche, es la sangre de los Tremere. La Sangre de los Siete. La argamasa de la Pirámide. Es antigua, es potente y le habla a cada uno de nosotros... en visiones y en pesadillas. En palabras arcaicas y en gestos rituales olvidados. Y en los lugares silenciosos, a los que nadie más acude, la sangre nos susurra al oído.

Chessie sintió una sensación abrumadora, como si un agujero se estuviera abriendo en su mismo corazón. La furia emergió burbujeando para llenar el vacío.

–¡Yo no lo he pedido! Vine aquí de buena fe, porque usted me pidió que lo hiciera. ¿Y así es como me trata? ¿Emponzoñándome con su maldición? Es usted un monstruo, una criatura de engaño y de traición. Me ha envenenado con su sangre maldita.

Sturbridge sostuvo su mirada, sintió la fiebre que ardía en su interior, vio cómo empezaba a desbocarse la misma locura que antes se apoderara de la joven.

Chessie se abalanzó sobre ella. Sturbridge no trató de impedirselo. Un abrazo inflamado por una pasión muy diferente a la de dos amantes.

La sangre cantó entre ellas.

Una nube pasó frente a la luna y las filas de lápidas se esfumaron, reemplazadas por el mucho más mundano desorden de rocas quebradas que salpicaban la ladera. Muy lejos de allí, en un hotel de lujo situado cerca de Central Park, el cuerpo de Nickolai cambió con destreza el cuenco que sostenía a su mano derecha y trazó un complejo signo en el aire con la izquierda.

Se sorprendió en el acto y maldijo su propia estupidez en un lenguaje olvidado mucho tiempo atrás. En las muchas vidas transcurridas desde su fallecimiento, nunca había logrado sacudirse por completo de encima las estúpidas supersticiones de su existencia mortal. Era una tenaz magia campesina. Una taumaturgia de estiércol y cebollas. Para consternación de Nickolai, ningún grado de sofisticación podía eliminarla por completo. Ningún poder real podía enterrarla del todo.

Quizá era un nuevo truco de la luz o el efecto de sus visiones que todavía perduraba, pero le pareció que el símbolo trazado por sus dedos se quedaba allí, suspendido en el aire. Examinó el familiar glifo.

El signo contra el Mal de Ojo.

Con gran deliberación, tomó su dedo índice por la yema y volvió a trazar el símbolo con sangre. La delicada red de líneas devoró la preciosa vitae y entonces se encendió repentinamente y cobró vida.

En otro lugar, en lo alto de las Adirondack, otro aspecto de Nickolai dio un paso adelante, alarmado, y estuvo a punto de caer sobre la más próxima de las lápidas. Se recuperó justo a tiempo de ver cómo los últimos y llameantes restos del glifo llovían delicadamente sobre las rocas, más abajo.

La luna, tras quitarse el velo de nubes, lo fulminó con una mirada acusadora. No pudo soportar la intensidad de su semblante y se volvió rápidamente. Por un momento creyó haber visto una forma tenuemente gaseosa que se retiraba entre las lápidas. Casi escuchó la goteante risa de un arroyo que discurría ladera abajo. Resuelto, le dio la espalda a las trampas y distracciones de la noche y dio comienzo a la última etapa de su ascenso.

La senda que discurría entre las lápidas (rocas, se recordó) lo

condujo hasta el borde de un precipicio. Se encontraba ya muy cerca de la cumbre, asomado a una amplia depresión, una hondonada abierta por un antiguo arroyo. El lecho de aquella cuenca estaba salpicado de toscos obeliscos de roca que sobresalían en ángulos improbables. Era como si todo el suelo de la hondonada hubiera sido perforado desde dentro por innumerables lanzas arrojadas por un encolerizado dios de la montaña. Perturbado, sin duda, en mitad de su pétreo sueño. Nickolai sintió envidia de la letárgica deidad. Cada noche luchaba contra la tentación de sumergirse en brazos de la tierra y liberarse a su abrazo y a un sueño pétreo. Para estar libre de los peligros de las Últimas Noches, de las manipulaciones y encubiertos peligros de la Yihad. Para dormir, para olvidar; por ventura, para ser olvidado.

Pero él era el último y ahora debía cargar con las responsabilidades de su Casa. Solo. Examinó la quebrada pared en busca de una buena ruta para descender.

No muy lejos de donde se encontraba, uno de los colosales obeliscos se había desplomado como un roble golpeado por el rayo. Se apoyaba en precario equilibrio contra la pared del precipicio, la punta extendida muy por encima de la altura de Nickolai. Tal vez fuera posible, pensó éste, descender por el lado inclinado hasta el suelo de la depresión.

Mientras se acercaba al caído gigante, empezó a cobrar consciencia de su gran antigüedad. Sus costados estaban salpicados con la evidencia del lento paso del agua y de los años. Inmediatamente pensó en estalagmitas y estalactitas. No obstante, jamás había visto columnas tan intrincadamente talladas a cielo abierto. Hubiera creído que la indiscriminada mano de la lluvia borraría tan delicado trabajo de cincel.

Puso un pie sobre la gran columna de roca para asegurarse de que no cedería bajo su peso. Era poco probable, pensó. Si el gigante hubiera estado tan solo un poco desequilibrado, se hubiera derrumbado mucho tiempo atrás por su propio peso.

Miró al lugar en el que había impactado y se había apoyado contra la pared del precipicio y, para su sorpresa, vio tierra removida recientemente. Era como si el impacto del coloso hubiera tenido lugar

hacía pocos días en vez de siglos atrás. Apoyó una mano sobre la roca y pasó los dedos sobre la superficie profundamente horadada. ¿Era su imaginación o la piedra estaba caliente? Durante un breve instante, le pareció que la roca todavía temblaba con suavidad, como si conservase el recuerdo de su precipitado vuelo a través de la superficie de la Tierra, su primera visión del cielo y el impacto de su calamitoso regreso al suelo.

Nickolai sacudió la cabeza como si pretendiera ahuyentar tales tonterías de sus pensamientos, pero no pudo sacudirse del todo la imagen del enfurecido dios de la montaña, despertado de su letargo.

Había otros poderes, pensó mientras realizaba el traicionero descenso, que dormitaban aletargados en las profundidades de la Tierra. Poderes oscuros. Poderes coléricos.

Se le ocurrió que podía estar adentrándose con lentitud y las manos desnudas en la guarida de uno de tales dioses. Registró su memoria en busca de cuentos o historias que hablasen sobre la domesticación de una montaña. Con la vana esperanza de poder dar con algún arma eficaz.

*SÁBADO, 28 DE AGOSTO DE 1999, 5:42 AM
HOTEL LORD BALTIMORE, BALTIMORE, MARYLAND*

Sin una palabra o una mirada atrás, Sturbridge cerró la puerta tras de sí.

Chessie estaba durmiendo ahora, al fin, el rostro enterrado en la almohada manchada de sangre. Sturbridge había esperado a que los débiles sollozos remitieran antes de salir sigilosamente del aposento. Cruzó el salón hasta el armario que había junto a la puerta del vestíbulo y sacó de él la mayor de las dos maletas de aspecto serio. La subió a la mesa con una mano. Las cerraduras se abrieron en respuesta a un susurro bajo de sus labios y revelaron ordenadas filas

de prendas de vestir perfectamente dobladas.

Terminó de guardar sus cosas y ató las correas de satén que aseguraban que todo permaneciera en su lugar. Se inclinó sobre la tapa de la maleta y los cierres volvieron a colocarse en su lugar con sendos chasquidos metálicos. Se había vuelto para bajarla de la mesa cuando su mirada se posó sobre el caos del mobiliario diseminado junto a la chimenea. Fragmentos de cristal yacían desperdigados formando un brillante arco que se extendía hacia el centro de la habitación. La ola de cristales había roto con más fuerza sobre la chimenea y se había dispuesto en fragmentos más grandes y dentados.

Se dirigió instintivamente hacia el armario para buscar una escoba con la que limpiar el desorden. Se detuvo con la mano sobre el picaporte.

Ahora se marcharía. Un taxi hasta el aeropuerto. Un avión de regreso a Nueva York. Y a salvo en casa antes de la salida del sol.

Recordó las noches en las que tenía que regresar sigilosamente a casa de sus padres, corriendo contra los primeros rayos del sol del amanecer. Cargada de adrenalina, jazz, enamoramiento y ginebra de garrafón.

En casa antes de la salida del sol, pensó. El romanticismo de la idea había empezado a disiparse un poco al cabo de casi un siglo. Las subrepticias carreras de madrugada habían adquirido un rostro feo, duro. Había oído hablar, por supuesto, de aquellos que habían sido sorprendidos por el celoso sol. ¿Quién no? Era una de las partes críticas de la educación de los novicios. Era uno de los Portales de la Iniciación.

Pero el firme progreso de los años había cambiado las tornas para ella. Como regente de la Capilla de los Cinco Distritos, cada vez más a menudo se había encontrado en la posición de la madre ansiosa, esperando a que sus díscolas hijas regresaran a casa. Incluso, en una ocasión, había llegado a ordenar –recordaba el incidente con atroz claridad– que las puertas de la casa fueran cerradas antes de la llegada de una impenitente e irreformable novicia. El sol la había sorprendido en el umbral.

En casa antes de la salida del sol.

Y seis cosas imposibles antes del desayuno.

Pensó en *Alice* y en *Maeve*. Pensó en las noches que había pasado leyéndole a su niña pequeña las historias de la Oruga, la Duquesa, el Grifo y el Caballero Blanco. Su hermosa hija. Su hija mágica. Perdida para ella, desaparecida. Desaparecida por un agujero del suelo.

*En un país maravilloso viven
Soñando mientras los días pasan despacio
Soñando mientras mueren los veranos
Siempre a la deriva en el arroyo
Demorándose bajo la dorada luz
La vida, ¿qué es sino un sueño?*

Bajó la maleta de la mesa trazando un gran arco. Golpeó con fuerza contra la pared antes de sucumbir a la fuerza de la gravedad. Escuchó cómo, en respuesta, *Chessie* se agitaba en la habitación interior, pero no despertó.

Quizá fuera una pequeña crueldad abandonarla así. Pero no se arrepentía de ella.

Era difícil saber lo mucho que recordaría la muchacha al despertar sobre la ordalía de aquella noche. ¿Recordaría acaso lo que *Sturbridge* le había hecho? ¿Sería capaz de convocar a su mente el sabor inconfundible de la Sangre de los Siete, su poder, su compulsión, su locura? ¿Sería capaz de reconstruir los fragmentos de recuerdos de su viaje hacia el interior, el contacto del Hombre Ahogado, la majestad de la Pirámide, la terrible traición del Sacrificio?

Y lo que era más importante, *Sturbridge* se preguntó si *Chessie* recordaría su propia debilidad al despertar del sueño de la potente *vitae*. Las suspicacias, la furia irracional.

Casi como si lo hubiera reconsiderado, se detuvo en el umbral. Fue hasta el escritorio, extrajo una hoja de papel cremoso y la pluma estilográfica. Con su gruesa y firme caligrafía, escribió:

Ven a Nueva York. La demora sólo supondrá fiebre y tormento. No estás sola.

~ A.S.

Dobló la nota pulcramente por la mitad y la dejó sobre la repisa de la chimenea como una pirámide.

Tras pasar la mano afectuosamente por la madera de la antigua puerta, cargó sus maletas y se puso en camino. El pasillo y el resto de lo que había terminado por ser conocido como el Ala de la Bruja estaban, como podía esperarse, desiertos. Sólo después de que la puerta se hubiese cerrado con un suspiro, se permitió Sturbridge dudar.

34

*DOMINGO, 29 DE AGOSTO DE 1999, 12:07 AM
REFECTORIO, CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS,
CIUDAD DE NUEVA YORK*

Eva llegaba con retraso, corriendo y evidentemente agitada. En dos ocasiones se había detenido súbitamente y había aguzado el oído tratando de percibir el revelador sonido de unos pasos sigilosos siguiéndole la pista.

Ya era demasiado tarde para dar la vuelta. ¿A quién acudiría? ¿A la seguridad de la capilla? Por alguna razón, no ansiaba una nueva confrontación con Helena y sus chacales. Especialmente una en la que tendría que explicar cómo y por qué se había liberado de sus cadenas. Su recuerdo del reciente encuentro seguía demasiado fresco en su mente.

No, era mejor terminar con aquello de una vez y regresar antes de que su ausencia fuera advertida. Se encontraría con Jacqueline. Le explicaría sus sospechas y conseguiría su ayuda. Ahora que Sturbridge estaba lejos, Eva empezaba a darse cuenta de lo vulnerable que era su posición en la capilla.

Su agitación no se vio aliviada en modo alguno por el hecho de

que el camino al refectorio –y a su clandestino encuentro con Jacqueline– la conduciría directamente junto a los aposentos del secundus. Ahora se encontraban justo delante de sí, tras el siguiente recodo. Casi podía sentir su presencia como un peso apoyándose contra ella, conteniéndola. Eva se dio cuenta de que, inconscientemente, su paso se había frenado hasta convertirse en un renuente avance.

Resuelta, se obligó a doblar el corredor. Sintió la primera y gentil caricia del miedo en la nuca.

Trató de ignorarla. Mantuvo los ojos fijos de manera rígida en lo que tenía delante y contó cada rápido paso que iba dando. Uno, dos, tres... se encontraba a la altura de la puerta cuando se percató de la fuente de su aprensión: el ojo de la cerradura.

Y si te asomas durante mucho tiempo al interior del abismo, el abismo se asoma a tu interior.

Cerró los ojos con fuerza; no conocía otra manera de no espiar por el ojo de la cerradura. Se obligó a avanzar. Rogó a sus pies que dieran sólo un paso más. Levantarse, descender, nada más.

No sirvió de nada. Podía sentir el calor del ojo omnisciente del muerto mientras se entornaba para observarla por el ojo de la cerradura. Mientras se cernía sobre ella. Todo cuanto tocaba ardía con la brillantez de la luz del sol, de la verdad.

Eva sabía que su existencia dependía de sombras, de reflejos turbios, de malas interpretaciones y verdades a medias. No podía soportar la desgarradora intensidad de esa mirada que no pestañeaba.

Puede que gritase. Recordó haberse puesto en pie –ignorando el reciente dolor de sus magullados codos y rodillas– y continuó tambaleándose y de forma ciega por el pasillo.

Llegó al refectorio temblando y sin aliento. Estaba segura de que el ruido de su salvaje fuga había atraído una atención que no deseaba. Jacqueline la maldeciría (o algo peor) por permitir que la siguieran.

Puso en orden sus disculpas y excusas y abrió la puerta del refectorio.

Incluso antes de que pusiera los ojos sobre Jacqueline, todas sus cuidadosamente ordenadas racionalizaciones la abandonaron. Cerró la boca y retrocedió apartándose del cuerpo decapitado que

yacía frente a la doble pila de acero inoxidable.

Un turbio jirón de sangre flotaba sobre el agua jabonosa. Eva se llevó una manga al rostro en un vano intento por bloquear el penetrante olor de la vida derramada. El aroma de la sangre enlodaba sus pensamientos y los arrastraba hasta el otro lado del deshilachado borde de la razón.

Enfrentada con la súbita y abrumadora presencia de otro cadáver, hizo la única cosa que podía hacer. Echó la cabeza atrás y aulló. Convocó a los chacales.

TERCERA PARTE:
«LOS NIÑOS DEL POZO»

*<<< JUEVES, 29 DE JULIO DE 1999, 11:30 AM
LA TUMBA DEL DRAGÓN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Leopold avanzaba cuidadosamente por el irregular y descolorido paisaje. No podía ver con claridad sus pies a través del brillo. El avance resultaba traicionero. Una extensión ininterrumpida de resplandeciente blanco se extendía hasta desaparecer de la vista delante de él. Huesos. Hasta donde alcanzaba la vista, nada más que huesos. Sobresalían abruptamente, como obeliscos. Se inclinaban como árboles en un viento fuerte. Caían hasta el suelo en crujientes cascadas. Se extendían en todas direcciones formando círculos concéntricos de ruinas laberínticas.

El propio Leopold descubrió que sus pensamientos regresaban con añoranza al frío y silencioso escondrijo de la Caverna de las

Lamentaciones... y a la obra maestra que había acometido allí. Pero ahora, todo eso estaba perdido para él. *Robado*.

Cuando había recuperado el sentido, estaba medio ciego e histérico y tanteaba la herida en la que el Ojo había estado alojado. A través de una neblina de dolor y cólera, lo golpeó la inquietante sensación de que alguien estaba de pie sobre él, zarandeándolo para hacer que despertara.

La figura parpadeó de forma incierta bajo la tenue luz de la caverna y desapareció de nuevo casi antes de que los sentidos de Leopold hubieran registrado su presencia. El artista no entrevio más que el momentáneo destello de una severa figura que sostenía un cuenco de cobre batido lleno de sangre.

La primera idea de Leopold fue recuperar el Ojo que le había sido arrebatado. No le fue difícil seguir su rastro montaña abajo y hacia el sur, hacia las brillantes y blancas torres de hueso que se alzaban en la lejanía. La Tumba del Dragón.

¿Por qué aquí?, pensó Leopold. *¿Por qué siempre termino aquí?*

Volvió a limpiarse el sudor y la sangre de la desnuda y vacía cuenca ocular. Su camisa de seda estaba ya completamente empapada. Se pegaba a él como una segunda piel mal ceñida.

La camisa molestaba a Leopold. No sólo por la manera en que se apretaba contra su piel. Más bien, era el hecho de que estuviese ya estropeada. Una lejana parte de su mente le estaba agujoneando, diciéndole que dado que acababa de llegar a aquel lugar sombrío, la camisa debería estar todavía limpia.

No, eso no es del todo cierto. Al mismo tiempo que se formaba el pensamiento, un segundo y conflictivo recuerdo se impuso por la fuerza. Recordaba con claridad haber andado bajo el calor toda la mañana. Más allá de los Campos Susurrantes, a través de las Espinillas de la Bruja, por el Mar de Polvo. Recordaba todos estos lugares con viveza, pero de algún modo le eran ajenos. Como si formaran parte de una historia escuchada en una encrucijada.

El brillantísimo calor del sol de mediodía parecía pender sobre él, describiendo círculos con pereza. Era una presa fácil, el único objeto móvil hasta donde se extendía el horizonte. El opresivo calor marcaba su avance, esperaba el momento adecuado, le arrancaba

gota tras gota de la humedad que otorgaba la vida.

¿La luz del sol? Algo estaba completamente mal. Todos los sentidos de Leopold le gritaban que tuviera cuidado, que aquello era un engaño. Sacudió la cabeza como para aclarar sus confusos pensamientos.

En algún lugar, unas damas altas y silenciosas con zapatillas de satén estaban patinando sobre fríos corredores de mármol. Leopold cerró los ojos. Podía escuchar el suave roce de la seda, el sonido de una risa lejana, el rumor de una bobina alzándose desde el salón de baile del piso de abajo. Todo ello parecía tan real. Tan próximo.

Como si sólo la más tenue de las barreras separara las dos impresiones.

Volvió a abrir el ojo al resplandor del severo sol de mediodía. Se quedó conmocionado. Había algo tras el muro de asesino calor. Un propósito. Un apetito. Leopold podía sentir su aliento contra su piel.

En alguna parte del corazón de aquel paisaje desolado por el sol... un parpadeante y arremolinado maelstrón de hambre. El Dragón se agitaba. Rompió sobre él como una ola, como el sonido de un lamento lejano.

Sacudió la cabeza para alejar de sí el pensamiento y desperdigó preciosas gotas de vida a su alrededor. No podía permitirse el lujo de pensar sobre el hambre. En aquel inhóspito lugar había poquísimas esperanzas de encontrar algo de sustento. Trató de enfocar su mente en preocupaciones más inmediatas. Debía de ser cerca del mediodía. Tenía que encontrar refugio cuanto antes.

Si sólo hubiese podido apagar el sol de mediodía, podría haber tenido la fuerza suficiente como para hacer un nuevo intento por liberarse. Por arrastrarse a través de los grilletes del calor del desierto. Por deslizarse entre los barrotes de su esqueleto, su prisión durante los últimos treinta y tres años. Podría haberse apartado un paso del torpe lienzo de carne y hueso y contemplarlo con mirada de artista, volver a pintarlo.

En las alturas, una solitaria ave del desierto se sumergió en una corriente ascendente, se ladeó y se desvaneció contra el rostro del implacable sol.

*LUNES, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 11:40
SALA DE REUNIÓN, CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS,
CIUDAD DE NUEVA YORK*

Deslizándose, Talbott cruzó el umbral y penetró la distancia exacta de tres pasos en la habitación. Se detuvo, pivotó con suavidad hacia el este. Su cuerpo se inclinó de cintura para arriba para realizar una reverencia en dirección a Viena. Cada uno de sus gestos era un movimiento exacto de un ritual antiguo e intrincadamente coreografiado. Pivotó de nuevo sobre las puntas de sus pies y fluyó con asombrosa paciencia y gracia hacia el punto focal de la habitación, situado frente a él.

Sturbridge estaba sentada sobre el suelo, al otro lado de la sala. Sólo ella, de entre todos los allí reunidos, estaba de cara a la puerta abierta. Ciertamente, se había percatado de los primeros movimientos de la aproximación de Talbott. No obstante, no hizo ademán alguno de ir a levantarse ni pareció haber reconocido al recién llegado.

Los demás miembros de la capilla estaban cuidadosamente ordenados alrededor de su regente. Cada uno de ellos se sentaba en el suelo, en la misma posición exacta de relajada alerta: apoyados sobre talón derecho, con la rodilla izquierda levantada y doblada por completo contra el pecho.

La asamblea irradiaba a partir de Sturbridge en amplios semicírculos y la posición de cada miembro estaba dictada estrictamente por el rango y la tradición. El arco más interior, situado a los pies mismos de la regente, estaba formado ahora solamente por Helena y Johanus, los dos adeptos asignados a la capilla.

Sturbridge era consciente con dolor de la novedosa asimetría que había sido introducida en la cuidadosamente ordenada asamblea. Debiera haber habido tres personas situadas frente a ella. Aquella era

la primera reunión formal de la capilla desde el entierro de Foley.

En el tres estaba la fuerza, la completitud. El mismo Dios se manifestaba como Trinidad: Padre, Hijo, Espíritu Santo. De manera similar el hombre, creado a Su imagen y semejanza, era triple: mente, cuerpo, alma. Las Gracias, las Parcas y las Furias eran tres.

En comparación, el dos era un número feo. Un número divisivo. Bien y mal. Verdad y mentira. Nosotros y ellos. Sturbridge estudió los rostros de sus dos adeptos en busca de la agitación propia de la envidia, la avaricia, la ambición. Ninguno de ellos se atrevió a mirarla.

No pudo por menos que advertir que los adeptos habían cerrado filas para llenar el espacio vacío dejado por su recientemente fallecida camarada. Esta aparente solidaridad le provocaba una desconfianza instintiva. Con qué *rapidez* habían cerrado filas. La naturaleza se había apresurado a llenar el vacío dejado por su camarada caída. Sturbridge sospechaba que esa era su naturaleza elemental. A ojos de un extraño, no había la menor señal de que alguna vez hubiese habido uno más entre ellos. Sturbridge se asomó a su interior y reprimió su reciente, y acaso injusto, resentimiento.

Sabía que cada uno de los adeptos era un poder con el que había que contar. Cada uno de ellos había recorrido los siete círculos de la maestría prescritos por la Regla. Habían viajado muy lejos antes de aceptar este prestigioso y peligroso puesto. Cada uno de ellos había perfeccionado sus talentos en el crisol del conflicto constante con el Sabbat que era el especial legado (y la maldición) de aquella capilla. Cada uno de ellos estaba siendo probado, y probado con gran severidad.

Sturbridge sabía que un conflicto entre los dos bien podría destruir a la capilla, golpeada ya por la guerra.

Sin excepciones, los adeptos asignados a C5D eran los mejores de los mejores. Foley, no pudo evitar pensarlo (con cierta amargura), podría haber dirigido su propia capilla y haber hecho un trabajo mucho mejor que el de varios regentes a los que ella podía nombrar. Podría haber utilizado su apoyo en algún lugar cercano: Jersey, Connecticut... pero ¿qué sentido tenían ahora tales conjeturas? En vez de crear una capilla hermana para reforzar la línea Tremere contra el Sabbat, Foley estaba muerto.

Foley había sido *asesinado*, se enmendó.

Sturbridge miró con dureza los rostros de los otros dos adeptos. Cada uno de ellos podría, con el tiempo, aspirar a su propia regencia. Cada uno de ellos estaba ahora precisamente un paso más cerca de culminar tal aspiración.

Eso era una estupidez. Sturbridge sabía perfectamente que eran inocentes del derramamiento de la sangre de Foley. Era el deber de los adeptos prepararse para el día en que les pidiera que asumieran el manto de la regencia. Al igual que era el de ella asegurarse de que ellos dos sobrevivían lo suficiente para tener esa oportunidad. Le había fallado a Foley. No estaba acostumbrada a la compañía del fracaso.

Su mirada se endureció. Se posó sobre la totalidad de los allí reunidos. Más allá del círculo de adeptos se encontraban aquellos que, a través de siglos de manejos e intrigas, habían alcanzado el codiciado título de maestro. Dentro de los siete círculos de maestría, los miembros se organizaban cuidadosamente de acuerdo a su estatus, antigüedad y precedencia.

Más allá de las cerradas filas de los maestros se sentaban los siete círculos del noviciado.

Más allá de los novicios se encontraba tan solo la puerta que daba al mundo exterior y los golpes de los puños Sabbat contra el portal.

A juzgar por los cuchicheos que se escuchaban en la asamblea, era evidente que Sturbridge no era la única que percibía intensamente la ausencia del secundus. Los murmullos preocupados aumentaron cuando Talbott, en silencio, apareció ante los ojos de las filas posteriores de novicios. Se dirigió directamente hacia la regente, ajeno a las olas de figuras sentadas que cortaba sin sonido alguno. Cuando llegó al círculo interior, el de los adeptos, todas las miradas estaban fijas en él. Se detuvo, pivotó de nuevo hacia Viena, hizo una reverencia. Entonces se inclinó ante Sturbridge y se sentó con elegancia en el suelo. A pesar de lo avanzado de su edad, adoptó sin esfuerzo la misma posición del resto de los presentes. Esperó con la cabeza todavía inclinada.

–Sí, Hermano Portero –Sturbridge se dirigió a él.

–Con vuestro permiso, Su Regencia. Hay un invitado ahí fuera. Dice que le gustaría hablar con vos sin demora.

–¿Quién es este invitado, Hermano Portero? ¿Es de la sangre? Si es así, puedes traerlo a nuestra presencia ahora mismo. Si no, puedes escoltarlo hasta la sala de estar, donde nos esperará.

Talbott pareció vacilar.

–Sí, Su Regencia. Es de la sangre. Sus credenciales son impecables. Pero quizá queráis hablar con él en privado. Ha... ha venido desde muy lejos –terminó con aire incómodo.

–Si nuestro invitado desea descansar y refrescarse, te ocuparás de sus necesidades. Si prefiere venir ante nosotros directamente, puedes traerlo aquí.

–Pero, Su Regencia, viene de... –empezó a decir Talbott, evidentemente agitado. Entonces recuperó la compostura–. Como deseéis, Regencia.

Talbott se puso en pie de un solo movimiento, sin aparente esfuerzo. Se inclinó ante Sturbridge, giró en dirección este y se inclinó hasta que su cabeza estuvo casi paralela al suelo. Todavía apuntando en dirección a Viena, salió de la sala con paso sigiloso y caminando hacia atrás.

Se encontraba apenas fuera de la sala cuando el sonido de un alboroto proveniente del pasillo rompió el incómodo silencio. Podían oírse dos voces diferentes: una alta y desafiante, la otra baja y conciliatoria. Unos cuantos novicios estaban ya ladeando las cabezas para poder tener una visión mejor del umbral. Cuando por fin se abrió la puerta con un crujido, lo único que pudieron ver fue la amplia espalda de Talbott. Estaba todavía enzarzado en una discusión con la figura que había justo tras él, tratando aparentemente de interponer, no sólo sus palabras sino también su voluminoso cuerpo, entre el otro y la sala.

Tas obtener una ventaja momentánea, Talbott aprovechó la oportunidad para deslizarse ágilmente por la ranura de la puerta. Se volvió hacia los allí reunidos mientras seguía bloqueando la puerta con todo el cuerpo.

Tardó un instante en recomponerse. Tras aclararse la garganta de manera audible, anunció con voz rota:

–Mil perdones, Su Regencia. Tenemos invitados. Por favor, permitidme que os presente, recién llegado desde Viena, al Señor...

Su voz se ahogó y se apagó de pronto, y se revolvió como si hubiera recibido un golpe por detrás. Sólo la cabeza del recién llegado podía verse, asomándose por la abertura de la puerta. Se llevó un nudoso dedo a los labios. La marchita mano temblaba ligeramente, como si sufriera a causa de la avanzada edad o la parálisis. Talbott trató de hablar, pero lo único que escapó de su garganta fue un áspero graznido animal y un fino reguero de sangre.

El recién llegado sostuvo la sobresaltada mirada del hermano portero durante un momento brevísimo. Satisfecho, bajó el dedo admonitorio y empujó pesadamente la puerta. Ésta se abrió de par en par, permitiendo que entrara en la habitación arrastrando los pies. Casi como si se le acabara de ocurrir la idea, se volvió hacia Talbott, mientras musitaba para sí:

–No está del todo bien. Puedes marcharte, Hermano Portero.

Talbott retrocedió tambaleándose mientras el recién llegado pasaba con andares cansinos junto a los allí reunidos.

Entonces murmuró con una voz que derramaba edad y vitriolo:

–Disciplina, laxa... seguridad laxa... –continuó con aquella letanía condenatoria mientras recorría el salón entero. No se detuvo hasta que hubo penetrado en el círculo interior de adeptos. Entonces se volvió hacia los presentes. Su cuerpo entero tembló con la intensidad de su emoción y el esfuerzo por hablar.

–¡Niños! He cruzado océanos para venir aquí y todo lo que encuentro en esta casa es un grupo de niños. Desaseados, indisciplinados, maleducados. ¿Dónde está el regente de esta casa?

Un incómodo silencio se posó sobre la sala. El extraño se había colocado de manera que se encontraba entre Sturbridge y sus súbditos. No sólo le había dado intencionadamente la espalda, sino que ella era la única de los presentes a la que había desairado así. Además, se había interpuesto directamente entre los suyos y ella... como si pretendiera eclipsarla y hurtársela a su vista.

Una voz sosegada y clara rompió el silencio:

–Sé bienvenido entre nosotros. Soy Aisling Sturbridge. Has venido desde una gran distancia y sin duda estarás cansado. Toma

asiento. Descansa –señaló con un ademán un lugar situado junto a ella. Su voz adquirió un tono reverente como si estuviera recitando palabras de alguna escritura antigua–. La sombra de la Pirámide es larga; hay espacio suficiente para que más se cobijen bajo ella.

Sus palabras eran calmadas, precisas, sin la menor sombra de agitación. Sin embargo, tras esta barrera de aparente compostura, los pensamientos de Sturbridge corrían a toda prisa. *Un representante de Viena.*

En todo el tiempo que había pasado como regente de la Capilla de los Cinco Distritos, la "oficina central" de Viena jamás había creído conveniente hacerle una visita. Una visita no anunciaba. No, ciertamente no parecía un buen presagio.

Había escuchado las historias, por supuesto. Todo el mundo lo había hecho. Sobre cómo ciertos individuos que perdían el favor de la jerarquía eran repentinamente "llamados a Viena"... y desaparecían por entero de la sociedad Tremere. Caían por la cara de la Pirámide.

Pero esa clase de cosas siempre ocurría en otros lugares. Lugares muy lejanos. *Por favor, aquí no.*

Era el asesinato. Tenía que ser eso. Los asesinatos.

Primero Atlanta, luego Baltimore y ahora allí. Por supuesto, a los jerifaltes no les serviría de mucho dejarse caer por la capilla de Atlanta para hacer una demostración de poder. Seguramente, a estas alturas las cenizas se hubieran enfriado lo bastante para permitir que pudiera visitarse sin peligro, para contemplar los ennegrecidos restos, para buscar alguna pista sobre lo que había ido mal (tan terriblemente mal). Pero, ¿con qué fin? No quedaba nadie en Atlanta a quien hacer responsable. Nadie para devolver a Viena lo que era de Viena.

¿Y Washington? Sturbridge no estaba siquiera segura de quién era el nuevo regente en la capital ahora que Chin había muerto y Dorfman... no estaba disponible. Algo desagradable se agitaba en el fondo de su mente, pero lo acalló. ¿Estaría la asediada capilla de Washington sufriendo en aquel mismo momento la ni deseada ni anunciada atención de su propio enviado de Viena?

Su invitado se volvió hacia ella con mucha lentitud. Liberados del encantamiento de la atención del extraño, los adeptos se reagruparon rápidamente y se levantaron como un solo hombre. Sturbridge obtuvo

poca satisfacción de aquella demostración de unidad.

Se preguntó lo que harían ellos, sus ambiciosos adeptos, si percibían una amenaza directa al bienestar de su regente. ¿Saltarían en su defensa o acaso sus lealtades seguirían líneas más establecidas? Sturbridge se sentaba en calma como si no fuera consciente del silencioso conflicto de intereses que debía de estarse desarrollando en el interior de los pensamientos de cada uno de sus adeptos.

–¿Que tome asiento? No nos –el visitante pronunciaba cada palabra separadamente– *sentamos* a la misma altura que los novicios. Es poco apropiado y erosiona la disciplina –miró con el ceño fruncido la figura todavía sentada de Sturbridge–. Permaneceremos de pie.

Sturbridge ignoró el reproche y habló a quienes se encontraban a la espalda de su acusador:

–Talbot, por favor, trae una silla a nuestro huésped. Resulta poco caritativo hacerle esperar de pie durante tanto tiempo.

Aunque Talbot se encontraba al otro lado de la sala, la acústica de la misma permitía que la regente no tuviera que alzar jamás la voz. Talbot pareció agradecer la oportunidad de abandonar la habitación y recobrase.

Sturbridge había estado negándose con toda firmeza a considerar siquiera la alternativa: que el representante de Viena estuviese allí por alguna otra razón, alguna razón muy personal. Eso sí sería algo que temer.

Se había esforzado mucho, por supuesto, en mostrarse circunspecta en las pesquisas que había llevado a cabo sobre el papel de los Tremere en la ofensiva del Sabbat. Naturalmente, estaba intrigada, confundida, frustrada por la casi sistemática negativa de los Tremere a tomar parte alguna en la resistencia.

Pero, ¿y si habían llegado noticias a Viena sobre sus *dudas* personales en ese asunto? ¿Sobre sus conversaciones encubiertas con los líderes del Concilio de la Camarilla en Baltimore? ¿Sobre su entrevista con Jan Pieterzoon, líder del mismo? ¿Sobre el "trato" concluido durante dicha entrevista?

Considerado con perspectiva, aquel arreglo era, quizá, un error de cálculo. No un error *per se*. Pero quizá, como solución, no fuera tan

sutil como hubiera sido deseable. La oficina central estaba más cómoda cuando sus cuidadosamente elegidos regentes permanecían allí donde habían sido cuidadosamente destinados. Sí, sin duda habrían hecho averiguaciones sobre su viaje a Baltimore.

Se preparó, esbozó una sonrisa para su huésped y formuló la pregunta que más quería conocer y menos quería hacer:

–Nos honra esta atención inmerecida. ¿A qué debemos el honor de esta visita, Señor...? Discúlpeme, Talbott no tuvo la oportunidad de terminar de presentarle.

Estas palabras, que pretendían ganarse la simpatía del recién llegado, provocaron exactamente el efecto contrario.

Tras erguirse en toda su altura, el emisario respondió con voz ahogada:

–Somos Palabra de Etrius. Nos apesadumbran las noticias de las recientes desgracias acaecidas en la Capilla de los Cinco Distritos. Hemos oído los gritos de nuestros hermanos y hemos acudido. Nos preocupa profundamente la posibilidad de que influencias externas pongan en peligro el armonioso funcionamiento de la capilla. En particular, nuestros hermanos tienen el solemne derecho a esperar que dentro de estos muros estén a salvo de todo peligro. Hasta el momento en que se demuestre que vuestra seguridad haya sido restaurada, permaneceremos entre vosotros. Con efecto inmediato, la Regente de la Capilla de los Cinco Distritos nos informará directamente a nos, en vez de a su superior geográfico habitual. Somos Palabra de Etrius.

Sturbridge se quedó atónita. No la habían, como había temido, convocado a Viena. No había sido sentenciada a muerte. No le habían arrebatado el control de su capilla. Entonces, ¿por qué se sentía como si un gran abismo acabara de abrirse bajo sus pies?

En silencio, se zambulló de cabeza en el pozo.

<<< DOMINGO, 31 DE JULIO DE 1999, 5:15 AM
LA TUMBA DEL DRAGÓN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Leopold movía cada pie cuidadosa, deliberadamente. Como un bailarín novicio, se abrió camino entre los afilados fragmentos de hueso. Sus sandalias le ofrecerían poca protección frente a las crueles puntas que había bajo sus pies. No le cabía la menor duda de que al menor mal paso la carne de sus pies estaría adornando los huesos de otro.

Reptaba por la Tumba del Dragón. Trató de obligarse a tener paciencia, pero estaba exultante. Había acorralado a su presa y el Ojo volvía a ser suyo.

La serpiente era una estúpida por haber pensado que podría robar el Ojo para sí misma. Leopold enfocó su recién recobrado Ojo sobre la pequeña franja de terreno en la que debía posarse su siguiente paso. Los detalles más importantes del paisaje se le escapaban, estaban más allá del alcance de su mundo. Su atención era consumida por un área que tenía exactamente un paso de longitud por un paso de anchura y que se encontraba directamente delante de sí.

Dentro de los confines de esa área, un paisaje diverso se desplegaba ante sus ojos, conformado por tonos del blanco y del negro. El severo blanco del hueso nuevo, mondado recientemente, que se alzaba con fiereza para formar acantilados y despeñaderos. Los blancos descoloridos de los huesos abandonados demasiado tiempo atrás, que se mostraban, giraban y se amontonaban los unos encima de los otros como colinas. El negro severo de cada uno de los espacios de sombras que había entre cada hueso y que acechaba en forma de barrancos, hondonadas y tierras yermas, preparado para tragarse a los incautos.

Al asomarse a los estanques de oscuridad desperdigados entre los huesos, Leopold podía ver que éstos eran muy numerosos. El suelo estaba formado por capa tras capa de huesos. Las capas se mezclaban, se quebraban, se partían a cada paso que daba.

Un puñado de nudillos repiqueteó ligeramente entre sus pies.

Algunos de los trozos se deslizaron por entre los huecos que formaban los huesos más grandes. Traqueteando, rodando, cribándose mientras caían hacia las profundidades insondables. Leopold se detuvo en mitad de un paso para escuchar el sonido hecho por los huesos al perderse. Suponía que las capas óseas debían de alcanzar al menos la altura de un hombre. Se imaginó a sí mismo deslizándose entre ellos y sumergiéndose hasta desaparecer de la vista. Escapando del cruel sol. Serpenteando para descansar en el frío, dos metros más abajo.

Pero había otros sonidos entre los huesos. Leopold no pudo evitar darse cuenta (concentrado como estaba en los más minúsculos detalles del suelo que se abría ante él) de que algunas veces los huesos parecían moverse por propia voluntad.

Como si unas pisadas invisibles hubiesen pasado delante de él.

No obstante, sospechaba que el origen de las perturbaciones era otro. Su aguzado oído no tuvo dificultades para distinguir el tenue castañeteo que tenía lugar bajo los estratos superficiales.

Arrastrándose, escabullándose, sacudiéndose bajo los mismos huesos por los que él caminaba. Miles de diminutas pisadas que reflejaban y magnificaban cada paso que se producía en la superficie. Leopold era reacio a poner el pie en tierra, no fuera a escurrirse por los sombríos espacios que había entre los huesos. No había manera de saber qué podría conjurar en los oscuros nichos un simple traspié.

Estaba tan concentrado en sus pies, que reparó tan sólo en el afloramiento de hueso porque sintió su sombra. Un cambio bienvenido frente a los mortales rayos de aquel sol que le robaba la vida. Se apoyó sobre él con una mano mientras reunía todas sus reservas de fuerza para proseguir su marcha.

Al instante retrocedió, pues la superficie que estaba tocando parecía hervir de vida. Una miríada de ácaros blancos casi invisibles se dispersó en todas direcciones. Se limpió el revés de la mano repetidamente sobre los gastados vaqueros, pero no parecía capaz de sacudirse de encima la sensación de unas patas diminutas que se escurrían sobre su piel, abriéndose paso sobre el quebrado y reseco paisaje de poros y folículos.

Con un grito de puro triunfo animal, supo que, al fin, había

logrado el gran cambio y encontrado un camino para trascender el infierno de aquel osario.

–Hola, Leopold. Te he estado buscando. Me llamo Nickolai.

Leopold se volvió para encararse con la familiar voz y vio, en carne y hueso, a alguien a quien había entrevistado anteriormente en sueños febriles.

–Tú eres el que me mantuvo despierto en la caverna. El guardián del pasado. Te recuerdo a pesar de que una vez trataste de comerte esos recuerdos. Fuiste tú el que...

–Despacio, Leopold. Hay muchas cosas que debes saber. Pero debes aprender cómo acechar al conocimiento... con calma, desapasionamiento, paciencia. Si eres demasiado voraz, la presa sentirá tu hambre y escapará de ti.

Leopold sonrió.

–¿Cómo va a escapar mi presa de mí?

En un mero instante, había alcanzado el Gran Cambio. Él era la Tumba del Dragón. Nickolai y los millones de habitantes de la ciudad se escabullían por su piel... abriéndose paso por el quebrado y reseco paisaje de poros y folículos.

En las profundidades del lecho de roca sobre el que se asentaba la ciudad, algo vasto y carente de razón se agitó en respuesta.

Nickolai sintió que la tierra temblaba. Sujetó a Leopold firmemente por los hombros, lo encadenó, lo ancló. Leopold se agitó desde el interior de sus propios huesos. De pronto parecía muy frágil y muy debilitado.

–Parece que la cuestión es más bien –replicó Nickolai–, ¿cómo vas a escapar tú?

Los cerrojos de la puerta acababan de cerrarse con un siseo cuando Sturbridge giró sobre sus talones para enfrentarse a su invitado.

–¿Quiere explicarme de qué demonios iba todo eso?

–Le recuerdo que se está usted dirigiendo a su superior directo, señora Sturbridge. No pienso tolerar la insubordinación. ¿Es eso lo que se considera decoro en esta atrasada colonia? ¿Familiaridad? ¿Vulgaridad? No me complace.

–No me importa si es usted el Archiduque de Austria. Mientras esté en mi casa, es mi invitado y se comportará como tal. ¿Me he explicado con claridad?

–Creo que no aprecia usted la gravedad de la situación. Yo soy Palabra de Etrius. Se me ha encomendado poner orden en esta casa. Emplearé cualquier medio que sea necesario para conseguirlo. No fracasaré y no mostraré el menor escrúpulo en eliminar a cualquiera que se oponga a la voluntad del concilio en este asunto.

Una amenaza abierta. Sturbridge no reaccionaba bien frente a las amenazas.

–Lo que crea usted que es su misión aquí o no, me preocupa bien poco. He visto sus credenciales. Es usted un embajador. Y le recordaré, señor Embajador, que históricamente, los diplomáticos que no se comportan con dignidad son expulsados de forma sumaria y devueltos a su casa en desgracia.

–Le aseguro, señora Sturbridge, que no cuenta usted con tal autoridad –sus agrietados labios esbozaron una sonrisa y se inclinó hacia delante con aire confiado–. ¿Qué va a hacer, pedirle a su portero que me acompañe hasta la puerta?

Si esperaba conseguir una demostración de furia más abierta por parte de ella, se vio decepcionado.

–Si le parece bien –replicó con un tono almibarado en las palabras–. ¿Le irá bien una llamada al mediodía?

–He tomado ciertas precauciones para ahorrarle la humillación que supondría que yo sufriera algún daño mientras estoy confiado a su cuidado. No me gustaría que hubiera la menor ambigüedad en este

punto concreto.

Tomó un grueso volumen de lo alto de la pila de libros más próxima a él. A juzgar por el número de notas amarillas que asomaban de sus páginas, Sturbridge podía decir que era una de las obras confiscadas en los aposentos de Foley. Mientras ella observaba, los bordes de las notas empezaron a ennegrecerse. Una diminuta voluta de humo negro ascendió dando vueltas. Antes de que Sturbridge pudiera reaccionar, o siquiera protestar, el libro estalló en llamas.

Escuchó el revelador clic de las defensas autónomas de la habitación al conectarse.

–¡Anulación! –gritó.

–Anulación confirmada –respondió una voz incorpórea–.

Sturbridge, Aisling, Regente. Equipo de defensa enviado.

Inmovilización de sistemas defensivos: Fuego. Inmovilización de sistemas defensivos: Arcanum. Inmovilización de sistemas defensivos: Intruso. Alarma de sistemas antiincendios: estatus anulación. Tiene 180 segundos para apagar manualmente el fuego. Despresurización iniciándose. Alarma de sistemas Arcanum: estatus anulación. Efecto taumatúrgico no autorizado. Abierto. Piromántico. Respuesta: aprobada y armada. Desencadenantes: proximidad delta, temperatura delta. Alarma de sistemas de anti-intrusos: estatus anulación. Por favor, identifique inmediatamente persona desconocida para mantener estatus anulación.

–Etrius, Logos, Embajador –Sturbridge fulminó con la mirada a su invitado–. Tratamiento: señor Embajador. Autorizaciones: aposentos de invitados, autorización de propietario. Áreas comunes, autorización de residente. Toda las demás áreas, restringidas. Acceso sólo permitido en compañía de Sturbridge, Aisling, Regente o FitzGerald, Eva, Novicia. Entrada/salida de la capilla, prohibida.

–Confirmado. Ficha de visitante añadida. Por favor, suministre voz para completar la ficha y cancelar la alarma de sistemas anti-intrusos.

La voz de Sturbridge se convirtió en un susurro.

–Señor Embajador, ha sido usted señalado como objetivo por tres sistemas defensivos autónomos diferentes. Por favor, escuche cuidadosamente. Es imperativo que se abstenga de realizar ningún

movimiento brusco que pueda ser considerado hostil. También le recomendaría que apagara de inmediato el libro que está ardiendo. La llama se extinguirá por sí sola, por supuesto, en cosa de dos minutos y medio... cuando el oxígeno que queda en la habitación sea expulsado de ella. Le aseguro que la despresurización provoca una sensación singularmente desagradable, incluso en aquellos seres, como nosotros mismos, que ni soñarían en desperdiciar el aire en algo tan mundano como la respiración. Además, si fuera tan amable de ofrecerle unas pocas palabras de inspiración al sistema de reconocimiento de voz... tres o cuatro frases deberían bastar para registrar el patrón de la suya... así el sistema de alarma dejará de referirse a usted como un intruso. Esta situación ofrece ciertas ventajas. Se lo recomiendo encarecidamente.

–Debería enseñarle a sus espíritus guardianes mejores modales –replicó él–. ¡Qué presunción! Y también le advierto, señora Sturbridge, que llame a sus perros. Como le estaba explicando antes de sufrir tan impertinente interrupción, esta pequeña demostración no tenía mayor objeto que ilustrarla. Si llegara a ocurrirme cualquier cosa mientras estoy bajo su protección...

Permitió que el brazo que sujetaba el libro que ardía descendiera unos pocos grados en dirección al suelo. Las llamas lamieron alegremente la ondulada manga de su túnica, prendieron y se persiguieron las unas a las otras por su antebrazo. Sturbridge entrevio por un momento una extensión de piel que se ampollaba, crepitaba, se ennegrecía. Logró dar medio paso hacia él antes de que el dolor la golpeará. Se dobló mientras el fuego corría por sus venas como metal fundido.

–¡Basta! –sometidas a la voz de su maestro, las llamas se encogieron, retrocedieron y se apagaron tras un último parpadeo.

–Identidad de voz confirmada –la musical voz mecánica proseguía impertérrita–. Etrius, Logos, Embajador. Bienvenido. Alerta de sistema defensivo: Intruso, cancelada. Alerta de sistema defensivo: Fuego, cancelada. Alerta de sistema defensivo: Arcanum, cancelada. Equipo de respuesta en ruta y tratando de establecer contacto.

–Cancelar equipo de respuesta –la voz de Sturbridge sonaba áspera, vacía. Repitió la frase para sus adentros, consciente del

esfuerzo que suponía inhalar aire para formar las palabras adecuadamente.

El embajador seguía hablando, como si no hubiera reparado en la interrupción mecánica.

–El fuego y la luz del sol son herramientas tan torpes, tan imprecisas... Siempre es difícil saber si acertarán o afectarán a un testigo inocente. Como usted, quizá. Estamos unidos, usted y yo. Ahora lo sabe. Se me ha prometido entrada y salida libre en esta casa. Es usted la garantía de esa promesa.

Sturbridge se estabilizó con una mano y se irguió. Dio un cauteloso paso al frente para comprobar su equilibrio.

–No sé cómo demonios ha hecho eso, pero puede estar completamente seguro de que no va a volver a ocurrir. Programación de sistemas de seguridad –dijo en voz alta–. Alerta de proximidad, individual. Sujeto: Etrius, Logos, Embajador. Sujeto sufre extremada vulnerabilidad a luz, calor. Si el sujeto se aproxima a menos de ocho metros de una llama o de la luz del sol, incapacitar y extinguir inmediatamente. Fin.

–Me conmueve su preocupación por mi seguridad. No obstante, su espíritu guardián es inconstante y perverso. Tendré su nombre verdadero antes de que pasen quince noches: Puede usted darme por seguro. Entonces le enseñaremos verdaderos modales.

Al ver que Sturbridge no reaccionaba frente a su pulla, continuó.

–He estado considerando la posibilidad de instalarme en estos aposentos durante mi estancia, pero la compañía no termina de agradarme. Creo que la habitación del secundus me servirá perfectamente. Después de todo, cuanto más tiempo estén desocupadas, más se propagarán rumores y supersticiones entre los novicios.

–Por supuesto, señor Embajador. Haré que retiren las protecciones y le preparen la habitación esta misma noche. Entretanto, imagino que querrá revisar lo antes posible las pruebas relacionadas con la muerte del secundus. ¿Quiere que haga que se las envíen al *edificium*? Hubiera ordenado que las llevaran a los aposentos de Foley, pero no estoy segura de que fuéramos capaces de volver a meterlo todo.

–Está usted muy equivocada.

–¿Perdón?

–He dicho que está usted equivocada. No tengo el menor deseo de reabrir el caso. He leído su informe preliminar sobre este desafortunado capítulo en la historia de esta capilla y soy de la opinión de que cuanto antes cerremos el caso, mejor.

–Pero la situación ha cambiado desde que ese informe fue redactado. Para empezar, se ha producido una nueva muerte y...

–¿Otro asesinato? Esto es intolerable. Es una negligencia terrible. ¿Qué se está haciendo para proteger la capilla frente a las amenazas externas? Y no me refiero a ese absurdo Sistema Defensivo Anti-intrusos cuya actuación he presenciado aquí esta noche. Creo que ya he tenido suficiente. ¿Por qué no están sus espíritus guardianes protegiendo el perímetro en vez de acosar a los huéspedes de la capilla?

–Señor Embajador –la paciencia de Sturbridge empezaba a agotarse–. Existen evidencias de peso que sugieren que el asesino de Foley no sorteó la seguridad de la capilla sin ayuda.

–¿Qué es exactamente lo que está usted tratando de decirme, señora Sturbridge? Si esto es un mero intento por desviar la atención de sus propios errores...

–Nuestras investigaciones hallaron determinados documentos en el cuerpo de Aarón... el novicio que fue asesinado justo fuera del *Exeunt Tertius* la noche de la muerte de Foley. Documentos que habían sido retirados de la escena del crimen. Sin duda no se le escapará la significación de...

–Aarón fue un héroe –el embajador habló lentamente y con precisión–. Murió protegiendo esta capilla... deber que, le recuerdo, señora Sturbridge, recae sobre sus hombros. No pienso quedarme aquí a escuchar cómo injuria a los muertos.

–Pero debe usted de... –empezó a decir, pero se interrumpió a mitad de la frase. La comprensión había tardado en llegar, pero había reunido fuerzas con la espera. Rompió sobre ella como una ola. ¿Aarón, un héroe, a pesar de todas las pruebas que aseguraban lo contrario? ¿Por qué iba a mostrarse el representante de Viena tan firme en este punto, sino por...? –. Oh, ya veo.

–¿Qué es lo que ve, señora Sturbridge?

–Que no fue una traición, después de todo, ¿verdad? Fue un acto de lealtad. Lealtad al clan, a Viena. Sí, estaba muy confundida. Gracias por señalar mi error. Esto arroja una luz muy diferente sobre las cosas.

–Dejemos que los muertos descansen, señora Sturbridge. Haría bien en preocuparse por la seguridad de sus novicios.

–Sí, ahora lo comprendo. Gracias.

JUEVES, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 10:49 PM

EL MAUSOLEO, CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

–Ya sabe mucho, mi Señora. Y lo que no sabe, lo sospecha –el embajador había juntado las manos frente a su rúnica para impedir que el dobladillo arrastrara por el polvo de hueso que cubría el suelo.

–Absurdo. No tienes nada que temer de la regente –Eva reflexionó un instante–. No, eso no es del todo cierto. Yo diría que no tienes nada *más* que temer de ella. Si le das la oportunidad te destruirá, por supuesto.

–Es insufrible. Se resiste a mi misma presencia en este lugar y trata de socavar mi autoridad a cada minuto que pasa.

–Pues claro que lo hace. Ha disfrutado de mucha libertad hasta el momento y ya ha llegado la hora de tensar la cadena. Esta autonomía relativa ha sido un mal necesario. El consejo es consciente del precio de mantener una capilla en primera línea de batalla. Es un coste que hemos estado dispuestos a pagar hasta el momento para mantener a raya al Sabbat. Pero ahora...

–Sí, ahora existen otras consideraciones –doblaron una esquina en el estrecho pasillo. Una ráfaga de aire húmedo proveniente de algún escondido nicho traía consigo el olor de los huesos

enmohecidos. El embajador arrugó la nariz, asqueado—. Las aves carroñeras han empezado ya a reunirse.

—Ésa es una bonita imagen. Puedo imaginármelos ahora mismo. Una bandada de derrotados justicar y arcontes descendiendo sobre la ciudad con sus aleteantes gabardinas de cuero negro. Pero debemos tener cuidado de no asustar a nuestros hermanos de la Camarilla por el momento. El clima político sigue siendo volátil.

Él dejó escapar un bufido.

—Lo encuentro más que ligeramente irónico. Parece que no haya pasado apenas tiempo desde que nuestros aliados de la Camarilla estaban haciendo puchereros, dando patadas al suelo y haciendo toda clase de sonidos de disgusto... por la falta de implicación Tremere en este conflicto. Y ahora, cuando al fin han encontrado pruebas de nuestra vigilancia...

—Pisa con cuidado. Si te refieres a los rumores provenientes de la capital de la nación, oficialmente no podemos concederles ninguna credibilidad. No obstante, tu argumento es correcto. La Pirámide ha hecho ya mucho más por revertir las ganancias del Sabbat de lo que cualquiera de nuestros amigos puede siquiera imaginar. Incluso los más contumaces entre nuestros detractores deben sin duda darse cuenta a estas alturas de que las capillas de Nueva York y Washington son los últimos bastiones de defensa para nuestros asediados aliados. Sí, uno debe tener mucho cuidado con lo que desea.

—Ojalá terminase esta maldita espera. No me gusta esta pequeña pantomima, nunca me ha gustado. Aquí soy yo el que está al borde del precipicio. Si las cosas empiezan a desvelarse ahora...

—Nada va a desvelarse. No estás aquí para caer. Estás aquí para... —vaciló sólo un instante. Sin embargo, en aquel momento él leyó con claridad su propia sentencia de muerte—. Para impedir que Sturbridge recupere el equilibrio.

Logos Etrius caminó en silencio durante un rato.

—Ni siquiera vos os creéis eso. Mirad, es demasiado peligroso mantenerla en el poder. Ya está empezando a recoger el cabo suelto del secreto de Aarón. No pasará demasiado tiempo antes de que tire de él. Necesitamos sacarla de la escena...

—Ni se plantea.

Él alzó la voz para imponerse a la interrupción.

–...sacarla de la escena aunque sólo sea por algún tiempo.

Podríamos enviarla de nuevo a Baltimore.

–No puedo alentar más interacciones con ese concilio *ad hoc* que Pieterzoon ha reunido en Baltimore. Es demasiado impredecible, demasiado peligroso. Ya hemos plantado las necesarias semillas entre ellos. Hemos establecido a Sturbridge como su "enchufe"... su lazo con la ciudad, su hendidura en la pirámide. Cuando vengan a Nueva York, le prestarán homenaje a la Príncipe Micaela, pero será a Sturbridge a quien acudan en busca de ayuda. Esta capilla les proporcionará la inteligencia, la experiencia y la potencia de fuego que necesitan para llevar a cabo la liberación de la ciudad.

–Hacéis que suene como si todo ello hubiera ocurrido ya.

Envidio vuestra confianza.

–Lo que tú llamas confianza yo lo llamo control. La victoria aquí se reducirá a la sencilla cuestión de quién controla el campo de posibles desenlaces. Al eliminar ahora los no deseables y alimentar los más fructíferos, todo conducirá a una conclusión inevitable... una vez que el polvo se haya asentado.

Él sacudió la cabeza.

–Todavía hay demasiadas incertidumbres, demasiadas permutaciones. No sé cómo podéis pretender siquiera atravesar la maraña lo bastante como para discernir un desenlace favorable. Vos y yo estamos demasiado inmersos en el cuadro como para poder juzgar los detalles.

–La situación es compleja, sí. En un sentido, estaremos combatiendo una batalla en dos frentes. No basta con ganar la guerra abierta contra el Sabbat. También debemos triunfar en la partida encubierta por la predominancia con nuestros hermanos de la Camarilla. Los Tremere tenemos la suerte (algunos dirían que es cosa de previsión) de estar ya muy por delante de nuestros competidores. Estamos ya en el campo. Nuestras piezas están en posición. Hemos sido especialmente entrenados y equipados para combatir a este enemigo en particular, en este lugar en particular y de esta manera en particular. Ahora, todo lo que tenemos que hacer es ser pacientes y continuar eliminando los elementos incontrolables de la situación..

–Más deprisa de lo que nuestros aliados las introducen, queréis decir. Ya sabéis lo que pienso sobre este juego de esperas. Hay tantos preparativos que podríamos estar llevando a cabo... y más aún si Sturbridge no estuviera tras nuestra pista.

–Sigues pensando en términos logísticos. Fuerzas que mandar, suministros que preparar, rituales que realizar. Estás acumulando certezas. Yo prefiero las incertidumbres. Sé que es el único método que puede producir éxitos fiables en la destilación de los desenlaces que nos conviene en las enlodadas aguas de la mera posibilidad. Por eso no me preocupan rus aves carroñeras. Los justicar y los arcontes son monolíticos, pesados, predecibles. Uno no puede enviar un acorazado a la batalla con sutileza ni retirarlo con gracia una vez ha sido enviado. Pueden ser tenidos en cuenta en las ecuaciones, evaluados. No, son los Foley los que me preocupan. ¿Te sorprende? Son los iguales de Aarón y de Jacqueline los que me esperan cuando cierro los ojos. Los niños. Sus intrigas son más humildes y, por tanto, a menudo más amenazantes. No hay manera de prever en qué medida uno de sus mezquinos celos, una de sus crueldades casuales podría desviar el cálculo completo en una dirección previamente inexplorada y desastrosa.

–¿Así que los eliminamos?

–No, ciertamente. Eliminamos las incertidumbres. Las incertidumbres. A los niños los sacamos al mundo, los obligamos a declararse y, algunas veces, a cometer un desliz. Cuando han revelado sus crecientes ambiciones, sus miedos, sus deseos, entonces podemos disponer de ellos.

–Volvéis sus pasiones hacia ellos. Debéis admitir, mi señora, que el resultado se aproxima bastante. Foley está muerto. Aarón, muerto. Jacqueline...

La mirada de ella se endureció.

–También permitimos que algunas pasiones sigan su curso. Las predecibles. Las que contribuyen a la inevitabilidad del cálculo final. ¿Estás sugiriendo que de alguna manera somos responsables de la muerte de Foley? Si estuviera en tu posición, no me apresuraría tanto a enunciar una opinión tan ridícula y acaso hasta subversiva.

–¿Ridícula? ¿Estáis diciendo que no somos en absoluto

responsables de la muerte de Foley? Si es verdad, serían de veras buenas noticias. Es una de las cosas que más me preocupa. Confío en que podáis tranquilizarme en algunos puntos menores. Quizá podáis explicarme cómo pudo Aarón, un novicio enclaustrado, ponerse en contacto con la más antigua y temida hermandad de asesinos. O cómo logró convencerlos de que no mataran a uno de los odiados brujos nada más verlo. O cómo logró reunir los no desdeñables recursos necesarios para contratar un asesinato en el que bien podría ser el edificio más peligroso de todo el Nordeste para llevar a cabo tal transacción. ¿Sabéis lo que pienso?

La voz de Eva sonó fría, distante.

–No puedo ni imaginármelo, pero estoy segura de que estás a punto de decírmelo.

–Creo que no somos inocentes. En este punto, me siento incluso implicado en el asesinato, manchado. He pasado las últimas dos semanas durmiendo en la cama de un muerto. Y ahora estoy convencido de que soy yo el que lo ha asesinado.

–No estás bien. Debe de ser el aire de este lugar. Hay algo insalubre en él... un humor maligno, lo llamó Sturbridge. Vamos, debemos regresar. Ve tú primero y yo te seguiré dentro de diez minutos.

–Sí, algo en el aire. La capilla entera se ha hundido en la miasma. Como la atmósfera espesa y estancada que reina en una mina abandonada. O el aire húmedo y preñado del fondo de un pozo. No creo que haya nadie bajo su techo que no esté afectado, que no sea culpable. Ni una sola alma que no sea responsable de esas tres muertes.

–Escúchame. Los Tremere no se dedican a asesinar a sus propios novicios... a devorar a sus jóvenes. ¿Me entiendes? ¿Lo comprendes?

Pero él ya se había perdido para ella. Sus ojos vidriosos miraban a su alrededor y no veían la ordenada acumulación de los cientos de cuerpos que se apilaban frente a ellos, el monumento a la tradición monolítica, a la solidaridad, la continuidad, sino otro memorial más humilde. Ante sus ojos, vio sólo la interminable procesión de los rostros jóvenes y brillantes, los ojos redondos como platos, atrapados

bajo el peso de las negras aguas.

<<< VIERNES, 10 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 2:24 AM
UNA GRUTA SUBTERRÁNEA, CIUDAD DE NUEVA YORK

La llama de una única vela afrontaba la oscuridad circundante. Mientras observaba su bailante nimbo, Celebros sentía que, con cada siseo y cada parpadeo, sus grandes pupilas se contraían y dilataban alternativamente. Buscaba respuestas en el fuego, pero la iluminación sólo servía para volver aún más profundas las sombras que lo rodeaban.

COPIA DE ARCHIVO

10 de septiembre de 1999

Re: Ojo de Hazimel

11/6 Atlanta - Estatua enviada al Museo de Arte.

21/6 Atlanta - Rolph se lo entrega a Vogel. Vogel destruido, Ojo desaparecido en ataque del Sabbat.

22/6 - 25/7 - Desaparecido.

26/7 Interior del estado de NY - masacre Grangrel (¡¿A manos de Leopold?!))

28/7 Interior del estado de NY - Hesha le arrebató el Ojo a un Leopold en estado inerte.

31/7 Ciudad de NY - Leopold ataca a Hesha y lo hiere gravemente. Recupera el Ojo.

1/8 - presente - Desaparecido. No puede encontrarse a Hesha (como currió durante el anterior período en que estuvo desaparecido) .

~ ¿Por qué? ¿Quién / Qué está protegiendo el Ojo?

*JUEVES, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 11:50 PM
EL MAUSOLEO, CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA
YORK*

–Eso no será necesario. Puedes dejarlo donde está. Por favor, apártate –la voz de Sturbridge sonaba neutra y desapasionada en la oscuridad. La única luz provenía de una abertura en lo alto. Otro corredor.

Se encontraban en las profundidades de las catacumbas. Cerca de las tumbas que alojaban los restos de los fundadores de la capilla. Pasillos que habían, mucho tiempo atrás, perdido toda justificación para mantener tráfico alguno con los seres que se levantaban de sus tumbas.

–¡Oh, gracias a Dios! El embajador está herido. Muy gravemente, me temo. Tenía miedo de moverlo. Se cayó desde la galería –Eva señaló a la distante luz que había sobre ellos–. Me llevó algún tiempo encontrar el camino para bajar.

Sturbridge dio una vuelta con cautela.

–Ha sido una estupidez bajar aquí sola. ¿Qué te ha llevado a...?

–El embajador insistió. Quería examinar los restos. Del cuerpo de Aarón y del de Jacqueline. Traté de pedir ayuda, pero supongo que los sistemas de seguridad no funcionan a esta profundidad.

–Así es. Continúa.

–Algo le ocurrió. Parecía atormentado, poseído. Estaba divagando sobre una miasma que se cernía sobre nosotros. ¿Sabéis lo último que me dijo? Me dijo que había pasado dos semanas durmiendo en la cama de un muerto y ahora estaba convencido de haberlo matado. Eso fue lo que me dijo. Le rogué que se detuviera, que me dejara ir. Le dije que me estaba asustando. Pero él... –parecía a punto de romper a llorar.

Eva se secó la cara con furia. Sus mangas se deslizaron hacia abajo y revelaron los magullados y golpeados antebrazos.

–Lo empujaste –se adelantó Sturbridge.

–Sí. ¡No! No exactamente. No lo empujé por... –tragó saliva con fuerza–. Me liberé y corrí. Podía oír cómo me seguía en la oscuridad. El hueco sonido de los huesos desperdigados por el suelo que repentinamente alzaban el vuelo y chocaban contra las paredes mientras él se acercaba. De alguna manera lo perdí en la oscuridad. Encontré un nicho. De hecho, tropecé con él. Era uno de los más grandes y (gracias a Dios) desatendidos. Me arrastré a su interior y me acurruqué allí. Con los ojos cerrados con fuerza, esperando que todo terminara por sí solo. Pude oírlo mientras pasaba. Sentí que el aire estancado se removía a su paso. Olí el aroma salado de su esfuerzo. Y entonces desapareció. No mucho tiempo después, ciertamente antes de que me atreviera a moverme o siquiera a creer que estaba a salvo, escuché un grito prolongado y menguante y el eco reverberante del impacto.

–Una interpretación muy convincente. Debo felicitarte. Sí, me sería muy fácil llegar a creer tus cuentos de hadas.

La confusión y luego el dolor cruzaron con un parpadeo las facciones de la novicia.

–No os entiendo. ¿Por qué decís esas cosas horribles? ¡Miradme! –blandió sus magullados brazos alrededor del rostro manchado de sangre.

Sturbridge le devolvió la mirada sin pestañear y sacudió lentamente la cabeza.

La novicia parecía a punto de ceder a la histeria.

–No me creéis. ¿Qué es lo que creéis? ¿Que lo atraje hasta allí, hasta el borde del precipicio y lo arrojé por él? Miradme. Ni siquiera puedo cargar con su maldito cuerpo inconsciente. ¿De veras creéis que podría haber...?

–Ya basta, Eva. Ya ha terminado. Todo ha terminado.

–¡Oh, Su Regencia! Entonces es que me creéis. Él confirmará lo que he contado, sé que lo hará. Cuando vuelva en sí. Le haréis que os lo diga, ¿no es así?

–El embajador no regresará del lugar al que lo has enviado.

Sturbridge hablaba con certeza. Podía sentir el paso de las aguas heladas por sus venas. Conocía instintivamente las acuosas

profundidades a las que había sido arrojado. Aunque quedase una tenue chispa de no-vida en la destrozada cáscara de su cuerpo, aquel que una vez había sido conocido como Logos Etrius no volvería a calentarse frente a ella.

–En eso os equivocáis, Su Regencia. Él regresará. Todos regresarán. Precisamente vos, entre todos, debéis daros cuenta de ello.

VIERNES, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 12:01 AM

EL MAUSOLEO, CAPILLA DE LOS CINCO DISTRITOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

–El embajador no va a regresar, Eva –Sturbridge empujó el cuerpo inmóvil con la punta del pie. Con un suspiro, todo el torso se desplomó en una cascada de cenizas grises y hueso amarillento–. Ni Jacqueline, ni Aarón ni Foley –fulminó con la mirada a su protegida como si la estuviese desafiando a discutir la afirmación.

–De veras no lo entendéis todavía –el tono de Eva era de sorpresa más que de disculpa.

–Entiendo lo suficiente. He sido lenta en llegar a este entendimiento y me ha costado muy caro. Me has arrebatado a tres de mis pequeños de las manos. Me has robado mi capilla. Has roto mi confianza. Y ahora debes tratar de quitarme la poca vida que me queda.

Eva sacudió la cabeza.

–Aquí abajo reina un mórbido humor en el aire. Un fétido aroma a melancolía, desconfianza, lástima de uno mismo. Puedo sentir cómo es exhalado entre los rotos dientes de estas criptas abandonadas. Tenéis mucha razón al advertir a los demás que no se acerquen. Pero os equivocáis si pensáis de veras que os quiero muerta. Sois mi regente, mi protectora, mi benefactora.

–No sé lo que eres –replicó Sturbridge con frialdad–. Una vez, pensé que eras... alguien muy especial. Pero no soy más que una anciana estúpida. Eres tan vulgar como la muerte.

Eva retrocedió como si acabara de recibir un golpe y pareció a punto de contestar con furia. Entonces se calmó visiblemente.

–No lo decís en serio. Sé que no. No sois vos misma. Es este lugar, es tan... –se estremeció–. Vamos. Salgamos de aquí.

–No vamos a ir a ninguna parte hasta que te hayas explicado. No hasta que yo comprenda por qué estás haciendo esto.

–No estoy haciendo nada. Y debéis daros cuenta de que a estas alturas no corréis ningún peligro... ¡Y mucho menos por mi causa! Si el asesino os hubiese querido muerta, todos estos embustes no hubieran sido necesarios. Foley seguiría en su puesto. Aarón hubiera recibido su ascenso y hubiera sido trasladado discretamente a otra capilla. Jacqueline, bueno, Jacqueline difícilmente hubiera llamado la atención de alguien fuera de esa casa, ¿verdad? No os confundáis, Su Regencia, alguien no se ha ahorrado molestias para traeros sana y salva hasta esta coyuntura.

–Has traído la muerte a mi hogar; no dejarás la responsabilidad por estos asesinatos en la puerta. No es culpa mía que estén muertos. Ahora lo sé, aunque también este entendimiento ha tardado demasiado en alcanzarme. He sentido el peso de su sangre sobre mí. He pasado días sin dormir, preguntándome si había algo que hubiera podido hacer de forma diferente... algo que hubiera podido salvarlos. Puedes descansar con la seguridad de que en el juicio final serás responsable por cada uno de esos días.

–Ahora me estáis asustando. Os lo ruego, Su Regencia, abandonemos este lugar de inmediato.

Sturbridge la ignoró.

–Su sangre corre entre mis dedos. No puedo contenerla y ella, a su vez, se niega a aferrarse a mí. Hubo noches, por supuesto... noches en las que me revolqué en su vida derramada, traté de reclamarla como propia. Ésta es mi casa, maldita sea y todo cuanto ocurre en ella es en último caso un reflejo de mí, de quién soy. Todo cuanto ocurre bajo mi techo lo hace con mi aprobación... sea implícita o explícita. Creo que soy responsable de haber permitido que Foley

fuera asesinado y, al no lograr encontrar a su asesino, condené a Aarón y luego también a Jacqueline.

–Pero eso son más divagaciones, delirios –tomó a Sturbridge de la mano–. Vamos, iremos a ver a Helena, ella sabrá cómo ayudar. Vais a ponerlos bien.

Sturbridge no se movió.

–No, la lógica de la condenación personal resultaba implacable. Soy responsable de todo cuanto ocurre bajo este techo. Foley, Aarón y Jacqueline fueron asesinados bajo este techo. Por tanto, soy responsable de sus muertes. *Quod Erat Demonstrandum*. No podía liberarme de ese maldito silogismo. Esto es, no pude hasta la llegada de tu cómplice. Ése fue tu primer error verdadero.

Eva dejó caer la mano de Sturbridge.

–¿Mi cómplice?

Con la punta del pie, Sturbridge removió de forma impaciente la pila de cenizas y huesos.

–A su peculiar manera, el embajador me recordó que, a pesar de mi rango y título, yo no era la verdadera señora de esta casa. La escritura de esta capilla no estaba firmada con mi sangre. No tengo nada aquí que Viena no pueda arrebatarme en una sola noche.

–No estoy segura de estaros entendiendo. ¿Así que estáis diciendo que, desde que os disteis cuenta de que no sois en realidad responsable de cuanto ocurre aquí, es posible que no fuerais responsable de esas tres muertes? ¿Es eso?

–Y eso me permitió volver a mirar a mi alrededor para buscar al verdadero responsable. Una vez más, el embajador acudió en mi ayuda. Al hablar con él, me di cuenta de que él, y por extensión, Viena (porque él era exactamente lo que afirmaba ser: un portavoz, nada más), consideraban a Aarón como un héroe. Pero, ¿cómo era tal cosa posible?

Eva abrió la boca para hablar, pero Sturbridge prosiguió antes de que pudiera interrumpirla.

–Sabíamos que Aarón había escoltado a un asesino a través de las defensas de la capilla. A pesar de todas las absurdas especulaciones sobre infernalismo y demonios liberados, aquel que atacó al secundus entró en la capilla por medios más mundanos. Fue

guiado a través del *Exeunt Tertius* y escapó siguiendo la misma ruta. Por supuesto, Aarón no podía saber que el asesino reclamaría también su propia sangre. Mas ésta es la parte curiosa. En vez de ser señalado como traidor, Aarón era considerado un héroe. No tenía sentido. Ahora bien, entre los nuestros, la única hazaña que merece esa clase de honores es la entrega de la propia vida en el cumplimiento del deber. Así que empecé a hacerme preguntas. Siempre me había costado asumir la idea de que Aarón había actuado por traición. Sencillamente, la proposición no resistía un análisis. Incluso el neófito más inexperto sabe lo rápido e inmisericordemente que cae toda la pirámide sobre el primer indicio de deslealtad. Aarón no podía tener esperanzas de escapar a su cólera. Más bien, confiaba en alguien más que lo libraría de las consecuencias de sus acciones. Y no fue hasta después de haber hablado con el embajador cuando me di cuenta de que el héroe había muerto por su clan. No era la traición lo que lo había motivado sino más bien la lealtad... y quizá la promesa de una rápida promoción y un billete de salida de esta capilla asediada. Estaba llevando a cabo una misión bastante peligrosa (y, sin que él lo supiera, suicida) para sus superiores. Estaba recibiendo órdenes directas de la casa madre de Viena.

Por fin Eva pudo intervenir.

–Ahora sí que me he perdido por completo. Vuestras especulaciones parecen plantear más preguntas de las que contestan. ¿Por qué iba Viena a querer muerto a Foley? Y aunque fuera así, ¿por qué no "convocarlo" a Viena, donde podría arreglarse una desaparición más privada? ¿Y por qué introducir un asesino ajeno al clan y por tanto poco fiable en vez de ordenar al propio Aarón que asesinara al *secundus*? ¿Y cómo podía esperarse que Aarón...?

–Tus preguntas son espurias. Ya conoces las respuestas. Pero quizá te gustaría averiguar si yo las conozco. Muy bien. Sospecho que la muerte de Foley no te interesaba tanto como la excusa para poder involucrarte en los asuntos de esta capilla. Con un par de asesinatos no resueltos, podías confiar en que tu golpe de estado encontrara poca resistencia. Al insertar a un legado especial enviado desde Viena, al romper la cadena de mando regional te habrías asegurado mano libre en la dirección de los asuntos de la capilla. Sólo serías

responsable ante el propio concilio. No estoy del todo segura de por qué es tan importante para ti la Capilla de los Cinco Distritos, pero sospecho que debe de tener algo que ver con la guerra Sabbat. Es evidente que eres una intrigante experta. Perteneces al clan y estás íntimamente familiarizada con la manera de utilizar el sistema en tu propio beneficio. Y no tienes escrúpulos a la hora de acabar de forma despiadada con quienquiera que se oponga a tus planes o se acerque demasiado a tus maquinaciones o incluso resulte poco fiable. A estas alturas, mi suposición es que eres una poderosa desaprensiva que pretende saquear los recursos de esta capilla. Ciertamente respondes al perfil, si no a los detalles. ¿Piensas dirigir nuestras fuerzas a la lucha por recuperar Washington? ¿O simplemente absorberás nuestros activos hasta que el último núcleo de resistencia que queda en Nueva York se colapse bajo la presión creciente de la marea Sabbat?

Eva la miraba con incredulidad no ocultada. Parecía atrapada entre la preocupación por su señora y el deseo de huir en busca de ayuda.

—¿Qué eres? —repitió Sturbridge intencionadamente, ahora que sus especulaciones habían al fin cerrado el círculo.

Eva guardó silencio durante largo rato. Cuando por fin encontró las palabras, su voz sonó suave y lejana:

—Ven y lo verás.

Sin volverse para asegurarse de que la seguía, se encaminó hacia la más profunda oscuridad entre los arcaicos huesos.

demás residuos inefables que llenaban el estrecho túnel. Aquellos corredores tan profundos estaban sumidos en la oscuridad. Una oscuridad mezquina, vengativa, que había permanecido muchos años sin ser perturbada. Que guardaba celosamente sus secretos. Que trataba de asirse a sus tobillos. Que le golpeaba manos y brazos con inesperados recodos.

Sturbridge seguía penosamente la estela de Eva. Ya no podía ver a su antaño protegida, pero distinguía jirones de su voz, amortiguada, chocando contra la penetrante oscuridad.

–Una poderosa desaprensiva. Muy romántico. Pero te aseguro que la verdad no es tan mercenaria. No obstante, tu comprensión de la situación política resulta muy prometedora. En otras circunstancias se haría merecedora de una atención futura.

Sturbridge no estaba muy segura de que le gustasen las implicaciones de esta última frase. Sentía que la estaban arrastrando inevitablemente por una espiral descendente y cada vez más estrecha. Había una presencia en el fondo. Una fuerza que se reunía, que giraba como una tormenta en las profundidades. Se inclinó sobre ella y luchó por continuar bajando.

–En cierto sentido, supongo que tienes razón. Hubiera sido por completo imposible traer aquí a "mi cómplice" sin un escándalo que hubiera justificado su presencia. El asesinato de Foley fue ese escándalo. Murió por tu causa, pero eso ya te lo he dicho.

Sturbridge ya había escuchado ese argumento antes. En algún lugar situado más adelante, una llama lejana cobró vida con un parpadeo.

–No puedo aceptar eso. De acuerdo, una discreta convocatoria a Viena no hubiera servido a tus propósitos. Sin escándalo, no hubiera existido necesidad de una intervención tan drástica. Por tanto, contrataste a los Assamitas para asesinar a Foley. ¿Pero por qué Foley? Y todo el asunto de recurrir al enemigo ancestral me resulta un poco chocante. Extravagante. ¿Es posible que este detalle añadido pretendiera alimentar la ya colorida controversia?

–Una vez más pasas por alto lo meramente pragmático. No había lugar para el error; buscamos y utilizamos sólo a los profesionales más cualificados que existen. ¿O acaso crees que es la

primera vez que miembros de nuestro clan han realizado tratos con los infieles?

Sturbridge llegó a los confines de la tenue luz. De nuevo tenía manos. Pudo distinguir los nudillos de esas manos. Y luego las líneas de las venas vestigiales, en desuso. Todavía había sangre en su interior, pero ya no fluía siguiendo los caminos tradicionales que Dios y la naturaleza habían designado. Aquella red de líneas era una imagen falsa. Una vida inmóvil.

No pudo contener la amargura de su voz.

–Entonces Aarón no fue más que el contacto inconsciente, destinado de antemano a caer, la víctima número dos.

–¿Le tenías cariño?

La pregunta la sorprendió con la guardia baja.

–Demonios, les tenía cariño a *todos* ellos –Sturbridge salió del bajo túnel y se alzó en toda su estatura. Sombría como un cuervo negro y erguida como un clavo–. Puede que tú no sepas lo que es ser responsable de...

Entonces reparó por vez primera en lo que la rodeaba y sus palabras se apagaron en pos de las imágenes que sugerían y se perdieron como un eco por los vacíos túneles... balbuciendo por las propias venas vestigiales, en desuso, de la capilla.

–Creo que poseo cierta familiaridad con las cargas del mando. Pero continúa, me estabas hablando del asesinato de Foley. De cómo Aarón logró atravesar los sistemas de seguridad de la capilla.

Sturbridge pestañeó al contemplar la vasta y tosca caverna, incrédula ante la evidencia que le mostraban sus ojos. Nunca hubiera sospechado que tan colosal espacio pudiera existir bajo los estrechos confines de la capilla. La luz que Eva sostenía en alto era una cosa pequeña, casi frágil frente a la inmensidad de esa vaciedad. El alfilerazo de una sola estrella frente a la totalidad del cielo nocturno.

–Superó la *mayoría* de los sistemas de seguridad –replicó en voz baja–. Podía navegar entre las defensas de la capilla. Podía desarmar cualquier sistema mecánico que le causase problemas, pero no podía desactivar el elemento humano... los equipos de seguridad, Helena...

–Y tú. Sí, muy cierto. Pero aquella noche los centinelas no

vieron nada fuera de lo normal. Hasta que fue demasiado tarde. Y en cuanto a ti... tú estabas ocupada con otros asuntos.

Sturbridge era intensamente consciente de que había llegado al punto de calma, al mismo centro de la espiral descendente. Podía sentir el peso de montañas enteras sobre sí.

–Sí, comerciando palabras con ese estúpido narrador de cuentos. No he olvidado que fuiste tú la responsable de arrastrarme a ese pequeño intercambio. Estabas tratando descaradamente de obtener información sobre mí, sobre mi pasado... y aguijoneaste a Talbott para que te contara una historia que conocía lo bastante bien como para saber que no debía relatarse en público. Y mientras yo estaba ocupada tratando de contener lo peor de los pomposos relatos y las salvajes exageraciones de Talbott, Foley estaba muriendo.

–Sí –la voz sonó casi como un ronroneo de satisfacción–. No es que estuvieras exactamente tocando el arpa mientras Roma ardía, pero veo que has comprendido la cuestión.

Sturbridge suprimió por la fuerza el inquietante pensamiento de las toneladas de granito y piedra caliza que había sobre ella y penetró desafiante en la caverna, en dirección a la fuente de su acusación. La oscuridad pareció resistirse a cada uno de sus pasos.

–Me habías cogido desprevenida una vez. No era probable que me dejase engañar una segunda. Debes de haberte dado cuenta de esto. Esperaste hasta que estuve lejos, en la reunión del concilio de Baltimore, para actuar de nuevo.

–Tu envío al concilio no fue sólo una coincidencia fortuita. Pero no, no teníamos intención de "actuar de nuevo"... asumo que te refieres a Jacqueline. Al menos no hasta que se convirtió en un elemento incontrolable.

Ahora, las palabras de Eva llegaban hasta Sturbridge lentamente, como si la oscuridad por la que avanzaban fuera más espesa que el mero aire. Ya habían pasado varios minutos, mientras las sílabas se abrían camino entre el espacio que las separaba. Pero no podía dejar que tan monstruosa afirmación quedara impune. Sabía que debía darle alguna respuesta o estaba perdida. Con todo, no obstante, no fue la necesidad de hablar contra la injusticia de la muerte de Jacqueline lo que la impulsó. Ni la compulsión de condenar

la despreocupada brutalidad del acto. Ni el reflejo de defenderse a sí misma, de racionalizar su propio fracaso. No, la necesidad que impulsó a Sturbridge a preguntar fue algo más humilde y menos noble. Su respuesta fue la única manera que tenía de aferrarse al tenue cordón umbilical de palabras que conectaba a las dos antagonistas. El lazo que era lo único que impedía que cada una de ellas quedara aislada, abandonada, perdida en la creciente oscuridad.

–Maldita seas. Maldita seas por siempre –la voz de Sturbridge temblaba–. ¿Un elemento incontrolado? ¿Un comodín? Era una persona. Una novicia de tu propia orden. Una hermana. Una niña. No nos comemos a nuestros jóvenes. Es una de las pocas cosas en las que coinciden las leyes de Dios, las del hombre y las de la Pirámide. Cada una de ellas reserva un oscuro agujero para los monstruos como tú. ¿Qué te había hecho Jacqueline? ¿Qué podía haberte hecho? Se topó contigo mientras revolvías las cosas de Foley. Vio algo –la acusó Sturbridge.

La voz de Eva no titubeó.

–Justo al contrario. Fui yo la que se encontró casualmente con ella. Creo que estaba llevando a cabo una pequeña investigación por su cuenta... además de estar eliminando pruebas que más tarde podrían acusarla, por supuesto. Pero eso era de esperar.

Su tono se volvió contemplativo.

–Puede decirse que es irónico. Pero creo que es posible que Jacqueline fuera el único de los asesinos potenciales del secundus que albergaba malos deseos hacia él. Según parece, era un individuo demasiado impopular como para haber sido eliminado por razones tan impersonales, ¿no te parece?

Con las manos entrelazadas, Sturbridge cubría lentamente la distancia que las separaba.

Eva ignoró sus esfuerzos.

–La muerte de la propia Jacqueline fue un asunto completamente diferente. En sus torpes esfuerzos, había dado con ciertas inconsistencias en la historia que habíamos elegido para encubrir el asesinato de Foley. Sabía demasiado sobre el ritual, sobre los preparativos, sobre las predilecciones de Foley...

Sturbridge sintió que la oscuridad rompía sobre ella como una

ola. Se aferró al cordón umbilical y estuvo a punto de perderlo. De alguna manera, logró recuperar la voz.

–Fue Jacqueline la que se dio cuenta de que las barreras de protección habían sido borradas, de que las notas de Foley habían sido eliminadas, de que sabías demasiadas cosas sobre los secretos del secundus: su "ojo", su caja del tesoro. Se dio cuenta de que no era la única que estaba falsificando pruebas.

Eva se encogió de hombros y prosiguió con sus preparativos.

–Había estado esperando a que hiciera el intento. Era evidente que había estado ansiosa y se había comportado de manera sospechosa desde la primera vez que la interrogamos. Sólo era cuestión de paciencia el que reuniera el valor suficiente para meter la cabeza en la soga.

Sturbridge cerró los ojos para tratar de contener aquella insensible letanía de crímenes. Siguió avanzando con andares pesados, mientras contaba el número exacto de pasos que la separaban de su venganza.

–Lo que no esperaba –la voz de Eva trepidó por el cordón umbilical– fue que Jacqueline llevara cabo una translocación completa para conseguir acceder al sanctum de Foley. Qué promesa tan inesperada, qué potencial tan desaprovechado. En nuestros días son tan pocos los novicios con la prudencia necesaria para asegurar que sus dones tienen la oportunidad de madurar y desarrollarse... Éste es uno de los signos de decadencia de nuestra orden. Temo que las Últimas Noches estén sobre nosotros, *Aisling*.

Sturbridge retrocedió ante el sonido de su propio nombre, ante la familiaridad de la novicia. En circunstancias menos amenazantes, hubiera supuesto una nota discordante.

–Jacqueline, al menos, no estaba dedicada a acelerar este declive por medio de la pura fuerza del desgaste. Recibirás tu recompensa por el papel desempeñado en este asunto, ¿sabes? Igual que Aarón recibió el suyo, *fratricida*.

La siseada invectiva hizo que Eva se incorporara un instante, con el trazo de tiza a medio terminar.

–Somos una raza fraticida, Aisling. Nuestro fundador fue el primero de una larga y distinguida estirpe de fraticidas. Oh, no el viejo

gusano que languidece presa de las pesadillas bajo la casa madre de Viena, sino nuestro Primer Padre. Él fue el primer asesino y logró que la Muerte atravesara el umbral para entrar en nuestro mundo. Ésa es una pesada responsabilidad que todos nosotros debemos arrostrar todas y cada una de las noches.

Sturbridge tenía más que una pasable familiaridad con la muerte. La mera mención de ese nombre invocaba una serie de pensamientos no deseados: pensamientos sobre su propia muerte y la de su hija, Maeve. Sintió más que oyó las palabras de Eva. Una vibración transmitida a través de la vena fantasmal, la delicada hebra de vida que las unía. Satisfecha consigo misma, Eva dio los últimos toques al *diagramma hermetica* con un ademán ostentoso.

–Vamos, Aisling. ¿Qué es la muerte de una novicia comparada con una responsabilidad tan solemne? ¿Sabías que, a pesar de toda mi paciencia espera, Jacqueline estuvo a punto de escapárseme? Su adaptación del ritual de translocación (que, por cierto, había robado al Maestro Ynnis) fue un hecho inesperado. Pero al final, creo que de hecho operó en nuestro beneficio. Al encontrarme con ella en una posición claramente comprometedor, pude presionarla para que se aviniera a reunirse conmigo... a solas y en un lugar apartado. En efecto, permití a Jacqueline elegir el momento y lugar de su propia muerte. Muchos le envidiarían ese regalo.

Sturbridge alargó el cuello para identificar la tenue luz y evaluar la distancia a la que se encontraba. Se balanceaba ligeramente como una linterna colgada del bauprés de un barco avistado en la lejanía del mar. No parecía encontrarse más lejos ahora que cuando se había encendido por primera vez. En cualquier otro, esto hubiera provocado una respuesta desesperada. Pero, con total deliberación, Sturbridge plantó ambos pies en el suelo, se inclinó hacia la impetuosa oscuridad y soltó el cordón umbilical.

La luz se balanceaba sin control, ora sobre ella, ora a su espalda. Sturbridge caminaba dando traspiés por la oscuridad. La voz de Eva seguía allí, un ancla en medio del maelstrón si se decidía a extender la mano hacia ella. Las palabras pasaron junto a ella como un torrente, encontrando apenas asiento en su consciencia.

–Fueron sus locas historias sobre el Maestro Ynnis y sus

translocaciones las que me llevaron hasta el medio de acabar con la problemática novicia. No creo que se diera cuenta ni siquiera en esos últimos momentos. Ni siquiera cuando alargó la mano hacia arriba para cerrar el armario que había sobre la pila, que aparentemente se había abierto por si solo. Ni siquiera cuando vio el destello del metal y sintió su cálido beso en la garganta. Sí, deberías haber estado allí. Su expresión continuaba siendo apacible, incluso después de que su cabeza se separara de su pedestal y cayera con un chapoteo en la pila para desaparecer bajo las turbias aguas.

Sturbridge se tambaleaba de un lado a otro, atrapada en el remolino, azotada, arrastrada hacia abajo.

Logró decir con voz entrecortada (o imaginó que lo había hecho):

–Pareces haberle cogido gusto a las atrocidades innecesarias.

Dime, ¿y el embajador, es que se descorazonó, amenazó con traicionarte?

Eva desechó la pregunta con un gesto.

–Se había vuelto inestable. Se balanceaba sobre el borde del abismo y llevaba demasiado tiempo escudriñando la oscuridad. Su utilidad no justificaba ya las incertidumbres que introducía en al ecuación.

Sturbridge sintió que la calculada indiferencia de las silenciosas aguas se cerraba sobre su cabeza.

Mientras la luz remitía, fue volviéndose más consciente del enjambre de arremolinadas sombras que la rodeaba. El mar era un hervidero de formas convulsas. Cientos de cuerpos que se ahogaban y sacudían desesperadamente los brazos en un frenético intento por alcanzar la superficie. Los miembros azules e hinchados de aquellos que habían sucumbido ya tiraban de ella, se aferraban a ella, la arrastraban hacia el abismo.

Sturbridge trató en vano de no fijarse en los rostros conocidos que había entre los ahogados, en sus rasgos de reproche, distorsionados, bulbosos por causa del agua. Podía sentir su presencia tras ella, como el dolor de una muela picada.

Sin embargo, no pudo evitar revolverse para mirar entre la masa de cuerpos, tratando de entrever una figura que se alejaba. Distinguió apenas un destello de la desgarrada figura de una niña, miembros

largos, recta como un clavo, trenzas negras como las plumas de un cuervo negro.

Sturbridge se retorció en un intento por liberarse de la helada masa, de perseguir la figura que se le escapaba. Un rostro hinchado, de ojos brillantes y redondos como platos, se interpuso en su camino y se apretó al suyo de forma desagradable. Se balanceaba suavemente, sin propósito, de lado a lado, el cabello mecido por la corriente. La observaba con un desapasionamiento cínico, casi sereno. Unos dedos gruesos como salchichas, la palparon y tocaron con avidez experimental. Ella lo golpeó, tratando de apartarlo. Cubierto lánguidamente en jirones de algas marinas, abrazó a Sturbridge y rodeó sus miembros mientras los dos daban vueltas y vueltas.

Había algo familiar en el Ahogado mientras se acercaba a ella de forma desagradable: un amante inclinado para confiar un oscuro secreto. Sus helados labios acariciaron la oreja de ella.

–Visita Interiora Terrae, Rectificando Invenies Occultum Lapidem.

Los pensamientos de Sturbridge parpadearon y se ocultaron en su interior durante un momento muy breve y entonces retornaron con renovado ardor. Devolvió el frío beso al asombrado Portador de la Luz y, con un aullido de triunfo, se impulsó hacia la superficie.

Las manos que se aferraban a ella se apartaron por todos lados mientras se daba cuenta de que eran casi como el mar. Y que el mar era casi como la persistente oscuridad. Y que la oscuridad era casi como el peso de una montaña. No eran amenazas externas, sino meras sombras de las verdaderas amenazas: las internas. Eva había preparado bien sus trampas. Sí, de hecho estaba familiarizada con las cargas del mando. Había introducido el brazo en las incertidumbres de Sturbridge y había sacado el peso de la regencia –de los fracasos de Sturbridge al guiar a sus novicios a salvo a través de los peligros– y lo había hecho caer sobre ella con el peso de una montaña.

Había abierto las compuertas de la ignorancia de Sturbridge –de su incapacidad para desentrañar los brutales asesinatos que amenazaban con destrozarse su capilla– y había estado a punto de ahogarla en un mar de persistente oscuridad.

Había convertido una mano ofrecida en confianza –y quizá

incluso genuino afecto, por muy monstruosa que tal posibilidad pudiera resultar entre los de su raza – en las manos hinchadas y temblorosas de los ahogados.

Y había estado a punto de tener éxito.

Visita Interiora Terrae, Rectificando Invenies Occultum Lapidem.

Sturbridge emergió de las oscuras aguas como una piedra arrojada inexplicablemente *fuera* del pozo.

Se encontraba no en una vasta caverna envuelta en la oscuridad, sino en una pequeña cripta abandonada, en las profundidades de la capilla. Eva la esperaba allí.

Sonreía.

–Había esperado que vinieras. Pero te estabas tomando tanto tiempo que temí que tendría que recurrir al plan de contingencia. No importa, he completado los preparativos. Todo lo que falta es que digas las palabras.

Sturbridge bajó la cabeza y dio un paso hacia su joven protegida. Chorreaba vitriolo como si fuera agua. Eva alzó una mano en un gesto de advertencia.

–Cuidado, por favor. Te prevengo que no debes romper la línea del *diagramma*. La verdad es que no fue concebida pensando en ti sino en quienes te seguirán. No anticipé que utilizarías una ruta tan indirecta para llegar hasta mí. Hubiera sido mucho más eficaz venir por las tumbas, como cualquier otro. Algunas veces puedes ser bastante exasperante. Pero, dado que has venido por el Pozo, eres prisionera de las mismas prohibiciones que todos los que vendrán después que tú. Y ahora, si eres tan amable de recitar las palabras que te han sido confiadas...

Sturbridge ignoró la orden, pero se detuvo a escasa distancia de la barrera ritual. Una ardiente furia asomaba entre las grietas de su compostura. Fulminó con la mirada a Eva, separada de ella tan sólo por unos pocos centímetros y una tosca línea de tiza.

–¿Tienes la temeridad de darme órdenes a mí? No te confundas, pequeña. No hay nada de todo aquello que has confiado a mi cuidado, tus calculados engaños, tus fingidas compasiones, tus despreocupadas traiciones, que te vaya a ser devuelto ahora.

Eva habló de forma lenta y deliberada, como si se estuviese

dirigiendo a un niño especialmente torpe:

–Todas las palabras que hemos intercambiado hasta ahora no son nada. Las vacías exhalaciones de la tumba. El siseo del viento al pasar por dos cráneos exhumados. No, las palabras requeridas te fueron confiadas mucho antes de que nos conociéramos. Las Palabras del Fuego y de la Sangre. Es hora de liberar lo que ha sido maniatado. Es hora de poner fin a la pesadilla.

Una sensación de vértigo se desplomó sobre Sturbridge. Sus ojos se negaban a enfocarse. En la periferia de su visión parpadeaban imágenes fantasmales. Arcaicos versos y fragmentos de canciones mezcladas en un murmullo uniforme, entonado justo por debajo del alcance del oído. Era como si dos mundos diferentes compitiesen por la atención.

–Las Palabras del Fuego y de la Sangre –volvió a instarla Eva. Sturbridge se apartó de ella. Mientras retrocedía con paso tambaleante, se vio asaltada por la sensación súbita de que algo vasto se alzaba tras ella. Se volvió hacia el Pozo.

Las oscuras aguas cobijaban algo siniestro: un apetito antiguo e insaciable que se negaba a ser contenido entre los polvorientos confines del mausoleo. Alzaba su cabeza y sus hombros sobre las criptas, ignorando las protestas de las paredes y los techos que los rodeaban.

Sturbridge entrevio por un instante la imagen de un ídolo inmenso y tosco, cuyos pies, tallados en piedra negra y fría habían cobrado una suavidad perfecta por el paso de siglos de sangre.

–*Ya es demasiada sangre* –pensó en voz alta sin saber de dónde provenían las palabras ni que ya habían sido pronunciadas una vez, mucho tiempo atrás– *Sangre de los primeros nacidos. Te conozco, Cromm Cruiach. Tú fuiste su Moloch, su Fratricida, una pesadilla de un orden más antiguo. Castigado por Dios, fuiste exiliado a los lugares oscuros del mundo y te escondiste de la luz del día, que otorga la vida. Has tenido siglos para aguardar en esa oscuridad, marcando el tiempo por el goteo de la sangre en tu sombrío pozo.*

En algún lugar, muy por debajo de ellos, el Dragón se agitó.

Sturbridge trató de combatir la brusca acometida de lo mítico, aferrarse a lo literal. Casi pudo imaginarse que el Pozo era sólo la

seca y vacía cáscara de una cripta rota. Podía fingir que los blasfemos rasgos del Encorvado no eran otra cosa que el juego de luces y sombras provocado por las luces de las antorchas sobre las toscas paredes de la cripta.

Cerró los ojos y se aferró a esa imagen.

–Así que a eso se reduce todo esto, ¿no? Es por los Niños. Todas las mentiras, las traiciones, los asesinatos. Nunca ha tenido que ver con la venganza de unas novicias humilladas o las ambiciones de un aspirante a oficial. No tiene que ver con intrigas o infemalismo, con asesinatos o maniobras políticas. Ni siquiera es consecuencia de las manipulaciones de Viena o de la maldita guerra del Sabbat. Todo se reduce a los Niños.

–Tú sólo tienes que decir las palabras –le conminó Eva–. Puedes llamarlos, ellos responderán a tu voz. Mis cálculos han sido precisos, no pueden haber fallado en este punto. Los Niños oirán tu llamada y no te rechazarán. Y entonces todo esto –hizo un amplio ademán para indicar acaso su actual situación o quizá a la propia capilla, o quizá a las cuidadosamente ordenadas filas de criptas, los muertos Tremere, su historia, la suma de todos sus afanes y luchas–, entonces todo esto dejará de importar. Por fin seremos libres de la pesadilla. Di las palabras, Aisling.

La voz de Sturbridge empezó tenue e insegura, pero creció en confianza con cada sílaba.

–Logos Etrius –recitó–. Jacqueline. Aarón. Foley.

–¡No! necia, lo arruinarás...

–Los Niños son tus acusadores, Eva, no tu redención. ¿No puedes oír sus voces? Claman por tu sangre –la voz de la propia Sturbridge retumbaba por las criptas. Las antiguas paredes trepidaban con su autoridad–. Como regente de esta casa, es mi veredicto que tu sangre está mancillada con el imperdonable pecado del fratricidio... y está condenada. Que Dios se apiade de los vivos y los muertos.

Eva retrocedió como si hubiera recibido un golpe.

Instintivamente, Sturbridge extendió un brazo hacia ella, liberándose del manto del juicio con la misma rapidez con la que lo había vestido. En sus ojos, la preocupación por su joven protegida tenía espacio suficiente para coexistir con la determinación por ver la justicia

cumplida.

–Vamos, Eva. Es hora de ir a casa. La pesadilla ha terminado para ti –la mano de Sturbridge se extendió lentamente y vaciló justo al otro lado de tenue línea de tiza.

Con un grito de furia, Eva tomó el incensario que descansaba sobre el altar central. Como un ángel oscuro, recogió el fuego del altar y lo balanceó tres veces en un amplio arco. Entonces lo soltó y arrojó el llameante cometa al suelo, al mismo centro del oscuro pozo. Las aguas se agitaron en respuesta, con un aullido de muchas voces. El trueno danzó sobre ese aullido y tras él retumbó el terremoto.

Sturbridge no pudo sino observar presa del horror mientras su cuidadosamente construida presa sobre la realidad era hecha pedazos. En la turbulenta luz que emergía burbujeando del pozo, podía distinguir ya cómo tomaban forma los familiares rasgos del Encorvado. El cuerpo de ébano del ídolo se estremecía al ritmo de la música de las llamas. Sturbridge vio que la escultura no estaba formada por un único bloque de piedra pulimentada, tal como había creído al principio, sino por docenas de seres menores, los cuerpos retorcidos, congelados en el tiempo, preservados en actitudes de horror, desesperación y derrota. Sus rostros eran bastos y animales. Sus heridas abiertas derramaban todavía sangre. Los gemidos de sus cuerpos quebrantados, al rechinar los unos contra los otros, hacían sonar los viejos huesos que cubrían el suelo de la cripta.

Se apartó de aquel ser múltiple, tratando de escapar a la mirada escrutadora de su único ojo. Sentía que la helada garra del miedo se cernía ya sobre ella. Trató de huir, pero la atraparon por detrás. Unos dedos torpes e hinchados se aferraron al tejido de su túnica. Sus pies chapotearon y estuvo a punto de perder el equilibrio mientras se sacudía la presa del ahogado. El Pozo estaba vertiendo a los suyos.

–Di las palabras, Aisling.

Sturbridge trató de volverse hacia la voz, pero descubrió que la escena había vuelto a cambiar. Estaba perdida en un paisaje de piedra caliza, una caverna tallada en el corazón de una montaña por siglos del goteo del agua. La caverna era un osario de estalagmitas y estalactitas diseminadas. Se abría como una boca putrefacta llena de dientes rotos.

El gemido era más alto allí, como un eco, redoblado. Sturbridge trató de apartarse del clamor, de esconderse en su propio interior. El afilado aullido perforó sus defensas. Irrumpió en su santuario y la empujó al exterior.

Sintió que era arrastrada hacia el centro de la caverna y la blasfema escultura que se acurrucaba allí. La escultura de Leopold, se dio cuenta con creciente aprensión. Su obra maestra. Su vida inmóvil.

Eso es lo que Foley vio, pensó, justo antes de que...

Sus ojos no se detuvieron sobre la maraña de los restos de los masacrados Gangrel. Su mirada vagó sin entender sobre la cambiante línea de los cuerpos destrozados y rotos. Su mente no parecía capaz de abarcarlo todo. Una víctima fluía a la siguiente mientras toda distinción se desvanecía en el perfecto matrimonio de la carne. Uno en cuerpo. Uno en sangre.

Se dio cuenta de que la escultura no era tanto un monumento a los muertos como una acusación hacia aquellos que, como ella, se demoraban todavía allí, entre los vivos.

–Puedes liberarlos, Aisling –dijo un coro de voces emitido por una docena de bocas chillonas, como si la estatua entera no fuese más que un siniestro órgano para ser tocado por Eva–. Puedes deshacer esta atrocidad. Puedes poner fin a su pesadilla.

–¡Basta! ¿Por qué estás haciendo esto?

–Piensa en los Niños, Aisling –entonces la voz adquirió un tono más ominoso–. Piensa en tu propia niña. Piensa en Maeve.

La escena volvió a cambiar y Sturbridge se encontró balanceándose sobre el mismo borde del oscuro pozo. Sacudió los brazos y a duras penas logró sujetarse sobre las resbaladizas piedras. Las aguas, que ya habían desbordado la amarga copa, lamieron sus pies y empaparon el dobladillo de su túnica.

No era la voz de Sturbridge la que se alzaba sobre el borde del pozo y se perdía en la oscuridad, sino la de una niña. Una pequeña niña asustada.

Sturbridge se volvió hacia el sonido, sabiendo que ya era demasiado tarde. Años demasiado tarde. Se inclinó sobre el abismo, tratando desesperadamente de aferrarse a la nada.

Su rostro se apretó contra las húmedas rocas, sus ojos se

cerraron con todas sus fuerzas. No podía obligarse a asomar la mirada sobre el borde, a contemplar los rostros que sabía que la estarían esperando allí. Su cuerpo se aflojó. Su voz fue un susurro roto, carente de toda certeza.

–No. Ella se... se ha ido, se ha perdido. Se perdió para todos nosotros, hace mucho tiempo.

–Llámala, Aisling. Vendrá a ti. Quiere volver a casa. Se han extraviado, eso es todo. Pero quieren volver a casa. Están preparados para volver a casa ahora.

–¿Maeve? –los labios de Sturbridge dibujaron la palabra, pero lo único que escapó de ellos fue un sonido roto y animal.

–Eso es. Y ahora más alto, para que pueda oírte. ¿Cómo podrá seguir tu voz si no puede oírte? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que la viste, Aisling? ¿Cuánto tiempo desde el día en que se perdió?

–Noche –respondió Sturbridge con voz inexpresiva. Parecía absorta en el recuerdo y ajena a cuanto la rodeaba–. Fue una noche. Ella se perdió en la oscuridad. La llamé. Le dije que regresara. Se lo supliqué.

–Pero ella no escuchó –añadió Eva–. Si hubiese algo. Algo que hubieses podido hacer.

–Mi preciosa niña –Sturbridge se desplomó sobre el suelo y se hizo un ovillo con los codos envolviendo las rodillas. Ignoró la crecida de las aguas–. Mi niña mágica. Demasiado tarde. Era demasiado tarde. Traté de seguirla.

–Por supuesto que lo hiciste. No podías saber que se había ido. Pero todavía hay tiempo. Llámala, Aisling. Llámala y ella regresará a ti.

Sturbridge se mecía adelante y atrás, al tiempo que gemía suavemente. A despecho de sí misma, aguzó el oído tratando de distinguir el sonido de una voz distante, un grito perdido, una necesidad familiar.

–Maeve –fue más un sollozo que una llamada–. Si lo hubiera sabido. Con que sólo lo hubiera sabido. No, ella no va a volver. Ya no. Sabe lo que he hecho. Sabe en qué me he convertido.

–¿Pero cómo hubieras podido saberlo? –dijo Eva con voz melosa–. Ella entenderá. Volverá a tu lado. Eres su madre. Ella te

quiere.

–Nunca se lo dije –Sturbridge se puso en pie trabajosamente, luchando contra el peso muerto de su túnica empapada. Se volvió hacia Eva, derramando palabras y agua–. Pero pensé que estaría bien. Pensé que todo acabaría bien. Igual que en la Biblia, con Abraham e Isaac. Abraham nunca se lo dijo a Isaac, ¿sabes? Nunca se sentó con el muchacho y le explicó lo que había de hacerse. ¿Cómo puede uno explicar una cosa como esa? Eso es lo que he estado leyendo estas últimas noches. Debo de haber leído la historia una decena de veces.

–Entonces, ¿es que sabías que ella iba a morir?

–No –la voz de Sturbridge era aguda, defensiva–. Sabía que yo iba a morir. Ése es el precio que ha de pagarse por la iniciación en los secretos de esta casa. Un eco distante de los sacrificios de nuestro Fundador y de los Siete. Es el contrato que firmamos con el Diablo, el contrato firmado con nuestra propia sangre. Ser transformados, morir, alzarnos de nuevo. Pero nunca me di cuenta de que cuando muriera... Pensé que ella... –Sturbridge se detuvo en seco, las palabras aferradas a su garganta. Las acusaciones de Eva habían dado en el blanco. La cruel punta mordió la carne, se retorció, se revolvió en la herida.

Sabía que ella iba a morir.

Unas alas oscuras se agitaron frente al rostro de Sturbridge, la primera y familiar caricia de la Muerte, su pretendiente desde hacía tanto tiempo. Unas garras afiladas destrozaron las justificaciones que tan cuidadosamente había construido. Trató de apartarlas de sí, trató de apartar aquella tormenta de golpes que ni cortaba ni magullaba sino que más bien parecía ahogar. Sus oídos repicaban con los gritos de las aves de carroña.

¡No! Yo no la maté. Yo no soy una fratricida. Nosotros no nos comemos a nuestros jóvenes.

Debía de haber pronunciado las palabras en voz alta. Eva se movió hacia ella, tratando de apaciguarla.

–Ahora tranquila. Calma. Está bien. Pero sólo hay una manera de saber si ella lo entenderá, si te perdonará. Debes decir las palabras. Debes abrir el Pozo. Debes llamarla. Ahora no puedes

volverte atrás, sabiendo que está tan cerca. ¿Cómo podrías vivir contigo misma si no le tiendes la mano, si no haces al menos un intento por alcanzarla?

Sturbridge se inclinó sobre sí misma, se dobló sobre la herida abierta que atravesaba su costado. Lento y bajo, como un rumor quebrado que se alzase desde las profundidades de la tierra, el nombre se liberó de ella:

–Maeve... mi niña. Mi preciosa niña.

Con reticencia, Sturbridge se zambulló en aquel lugar prohibido de su mismo interior, el oscuro pozo en el que había enterrado tan cuidadosamente todas aquellas cosas a las que no se atrevía a enfrentarse durante sus horas de vigilia. Desesperadamente alzó la voz mientras las desconocidas aguas la mecían y trataba de encontrar siquiera la insinuación de la consoladora imagen de un rostro de niña. El inconstante y vengativo recuerdo la eludió.

Tiene que estar aquí. No puede haber escapado de mí. He sufrido tanto para mantenerla aquí, para mantenerla a salvo...

Un rostro se alzó hacia ella, cruzando las siniestras aguas. Una oleada de alivio y culpa anegó a Sturbridge mientras contemplaba los primeros y familiares rasgos: la mata de cabello ensortijado, negro como el plumaje de un cuervo negro. Y la desgarrada forma de niña que apareció a la vista un instante más tarde no era ningún cadáver azul e hinchado; era vibrante y recta como un clavo. La niña se enfrentó a la mirada implorante de Sturbridge sin pestañear. Sturbridge sólo podía ver que los ojos de la niña eran blancos como la leche, con la visión de bruja.

El gozo que la había embargado se desvaneció. Los rasgos de la niña no estaban del todo bien. Conforme se le acercaba más, las líneas de su cara se hicieron más claras. Sturbridge devoró aquellas líneas como si fueran las de la palma de una mano, tratando de encontrar significados, entendimiento.

La maraña de líneas se enfocó repentinamente. Con un grito de negación, Sturbridge se encogió y se apartó tanto de la comprensión como de la figura que había frente a ella... la figura que no era la de su hija, que nunca lo había sido. Sino la suya.

Enfurecida, se alejó violentamente de sí misma, retorciéndose,

gritando el nombre de Maeve una vez tras otra. Pero sabía que ya era demasiado tarde. Décadas de justificación y auto engaño se hicieron evidentes. Sturbridge se encontró aferrándose con desesperación al extremo de su propia hebra de Ariadna, que se le escurría entre los dedos.

Maeve no está aquí. Nunca lo ha estado.

Se sumergió más profundamente en el siniestro pozo de locura, buscando las confortantes arenas del olvido que había en su fondo. Había perdido a su niña, a su única hija. Y ahora incluso el recuerdo le estaba siendo arrebatado. *Perdido. Desaparecido. Como si nunca hubiera existido.*

Sturbridge se arrodilló en el fondo del pozo, revolvió frenéticamente las arenas del olvido, en busca de algún fragmento de recuerdo que hubiera podido escapar a los estragos del tiempo. Alguna prueba. Alguna justificación.

Trató de dragar el día del nacimiento de Maeve... el día que había cambiado irrevocablemente la vida de Sturbridge. El día que había despertado por vez primera a su propia naturaleza mágica. Nada.

Trató de invocar las imágenes de aquellas últimas y tensas horas antes de la muerte de Maeve, antes de que ella misma muriese y fuese dada de nuevo a luz en la blasfema sociedad de los condenados. Sólo más hebras sueltas. Nada a lo que pudiera aferrarse.

Ya se cernía sobre ella la intuición de la monstruosa verdad, pero no se volvería para afrontarla. Un nacimiento que no era otro que el suyo. Una muerte que no era otra que la suya. Una niña que no era una verdadera niña sino la llama despertada de su propio yo mágico, su alter ego, su avatar. La parte mística de sí misma que había sido asesinada de forma tan brutal en su transformación. Enterrada bajo los pies del Encorvado, el Fratricida.

Sturbridge sintió que los últimos jirones del engaño caían al suelo. Ya no tenía sentido seguir resistiendo. Su voz sonó perdida y diminuta en medio de la vastedad de las tumbas.

–Visita Interiora Terrae, Rectificando Invenies Occultum Lapidem.

Eva era sólo vagamente consciente de la voz de Sturbridge mientras recitaba con tono vacío las palabras que tanto tiempo atrás le habían sido confiadas por el Portador de la Luz: las Palabras del Fuego y de la Sangre. Ya se había revuelto, rápida y voraz, ansiosa por contemplar la primera imagen de unos dedos tentativos y azulados que emergían por el borde del Pozo.

Las aguas se agitaron y chapotearon violentamente sobre el pozo. Se produjo una brusca ráfaga de viento y una figura radiante, brillante y pálida como la luz de la luna, emergió de la superficie de las hirvientes aguas. Eva retrocedió tambaleándose. Con un aullido penetrante, la resplandeciente figura se liberó y se alzó triunfante sobre el pozo, desplegando unas alas de pura llama.

Por un momento, Eva tuvo la clara y perturbadora sensación de que la figura que se alzaba sobre ella estaba delineada por completo en negativo. No parecía ocupar el espacio de la misma manera en que lo haría una persona u objeto normal. No tenía profundidad ni grosor. Más bien, parecía un desgarramiento con forma humana abierto sobre el fondo de la cámara. Una grieta a través de la que penetraba una luz penetrante.

Eva sintió cómo se cernía sobre ella el calor hiriente de esa luz, sintió el escrutinio de ese ojo que todo lo consumía. Chilló y se cubrió el rostro con las manos.

En aquellos momentos finales, mientras se asomaba directamente a los más profundos confines de ese pozo resplandeciente, Eva tuvo la más peculiar de las impresiones. Pensó, al menos por un instante, que todo el mundo que ella conocía, un mundo delimitado sin la menor ambigüedad por criptas sombrías y muros de capillas, por pirámides y jerarquías, por fórmulas rituales y un linaje ininterrumpido de víctimas (cuyos acuosos ojos eran brillantes y redondos como platos), ese mundo cuidadosamente ordenado no era más que un triste y viejo telón de cartón. Que sólo el más fino velo, tendido con el mayor apresuramiento, protegía a los habitantes de este mundo del voraz escrutinio de lo divino.

La última cosa que escuchó antes de que la luz la consumiera por completo fue la voz de Sturbridge, ronroneando tranquila, monstruosa, para sí misma:

–Mi niña. Mi preciosa niñita.

{Final vol.12}